

Momentos interesantes de la Historia de España en este siglo

LA ESPAÑA DE 1936

# PREPARACION Y DESARROLLO DEL ALZAMIENTO NACIONAL

(Bosquejo histórico por Felipe Bertrán Güell)



1938

Ayuntamiento de Madrid

TB  
683



Preparación y desarrollo  
del Alzamiento Nacional



1110

---

---

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito  
que marca la Ley.

---

---

---

Imprenta Castellana - VALLADOLID

Ayuntamiento de Madrid



Momentos interesantes  
de la  
Historia de España en este siglo

---

LA ESPAÑA DE 1936

---

TB/683

PREPARACION Y DESARROLLO  
DEL ALZAMIENTO NACIONAL

(Ensayo histórico por Felipe Beltrán Güell)

R. 86.061

VALLADOLID  
LIBRERÍA SANTARÉN  
Fuente Dorada, 27  
1939

Ayuntamiento de Madrid







A Su Excelencia el Generalísimo  
Franco.

*A mi general, D. Andrés Saliquet.*

*A mis jefes y compañeros del Estado Mayor del  
Ejército del Centro, subordinadamente*

**El autor**





## PRÓLOGO

*Al iniciarse el Movimiento Nacional, y en cuanto fue posible al autor de estas líneas escapar de la zona roja, cumplió su deber de presentarse a las Autoridades Militares de Pamplona, centro entonces del Ejército liberador del Norte de España, y a la Junta de Guerra Carlista, que asumía en aquellos días la dirección y organización del Movimiento, en su parte civil, ofreciendo sus servicios, por si en algún modo se les consideraba utilizables.*

*Dadas sus aficiones y sus trabajos en el campo de la Beneficencia pública, se le encargó en aquel momento, por la Junta de Defensa Nacional, la misión de organizar el aprovisionamiento y distribución en los hospitales de todo el material sanitario, del que con dolor del alma se hallaban carentes aquellos establecimientos.*

*Esta tarea tuvo, al que esto escribe, en constante movilidad, desde los frentes y ciudades en que se combatía, a las poblaciones del extranjero donde se organizaban y expedían los indispensables productos, que para el alivio del dolor o para su curación, se reclamaban con angustioso afán.*

*Así pudo vivir en aquellos días con intensa emoción los episodios que en la guerra se venían desarrollando. Normalizado y organizado el aprovisionamiento sanitario, aquellos quehaceres se hicieron compatibles con los de una*



intervención directa en la labor que desarrollaban en Francia las Oficinas de Información del Nordeste de España, sirviendo de constante enlace con los jefes militares y las autoridades nacionales, así para la transmisión de comunicaciones y órdenes, como para establecer el contacto entre ellas y los hombres representativos de otros países, que deseaban conocer a los conductores de la única y legítima España histórica.

Ello le colocó también en situación excepcional para percibir, de muy cerca y autorizadamente, los incidentes de la gran Cruzada en lo fundamental y heroico, que de todos puede ser conocido, y en lo accidental y episódico, que el tiempo se encarga de esfumar, incluso para aquéllos que tan de cerca y con tanta emoción los percibieron. Para no olvidarlos los ha ido ordenando, puntualizando y completando, en las horas libres que ahora, en los menesteres de la campaña, se lo han permitido, y, cuando ya unidos, se le aconseja que los dé a la publicidad, lo intenta, sin pretender darles mayor valor que el que tienen de por sí, como relato fiel de un testigo, narraciones vividas de acontecimientos históricos, sin pretensión literaria de ninguna clase y sin siquiera el tiempo que una debida corrección de estilo imponía, y que los apremios del editor hacen imposible.

Y éste es el primer tomo de estas narraciones históricas, que arrancando del período en que podemos decir que imperaba en España "la Ley de la Selva", se van desenvolviendo en los años de nuestra marcha lenta, sangrienta y trabajosa, en la que, bajo las órdenes de nuestros jefes, etapa por etapa, paso a paso, liberamos a la humanidad del estrago marxista.

Expansión espiritual del autor, quizás este libro, con el valor de su espontaneidad, ayude al lector a reforzar



su convencimiento de que la España de hoy, con sus defectos, tiene toda la savia y todas las virtudes de la España de los siglos, de la España tradicional e histórica; que los episodios que se narran en él tienen su equivalente en la España de nuestros mayores; que la Historia, como dijo el inolvidable jefe general Mola "tiene la coquetería de repetirse". Los héroes de Toledo, Oviedo, Gijón y Santa María de la Cabeza son sangre de la propia sangre de los héroes de Numancia y Sagunto; se lucha y se muere por la independencia ante la invasión marxista como se luchó y murió contra los invasores de todos los tiempos: contra los celtas, contra los romanos, contra los bárbaros, contra los árabes y contra las huestes francesas de Napoleón. Madrid, Zaragoza, Bailén, Gerona, el puente de San Payo, los Bruchs, no se diferencian del Oviedo de hoy, de Huesca, Zaragoza, Toledo y la Virgen de la Cabeza. Se da la vida por la fe de Cristo con la sonrisa en los labios, afirmándola como lo hiciera San Hermenegildo; ni una apostasia se registra entre los miles y miles de españoles mártires de la Fe y de la Patria, en esta persecución más cruenta que las del emperador Diocleciano. La milicia, la nobleza, el clero, el pueblo, unidos en la trinchera por un Dios y una Patria mejor, no son, por su valor ni espíritu, cosa distinta, sino carne de la propia carne que llevaba la fe de España, en el espíritu guerrero de antiguas Cruzadas, con la Cruz en el pecho; ni distinta de la de los que dominaron en los Países Bajos; ni diferente de la que en su espíritu imperialista conquistara, también con la Cruz por símbolo y bandera, nuevos mundos para el Cristianismo, para la civilización y para la Patria; y émulos de Viriato, del Cid, de Guzmán el Bueno, de Gonzalo de Córdoba, de Juan de Austria y de Castaños, genios de la guerra, conductores



*de Ejércitos invencibles, de Falanges Imperiales, de Tercios Flamencos, son nuestros Franco, Mola, Queipo, Aranda, Moscardó, Varela, Vigón, Muñoz Grande, Yagüe, Solchaga, García Escámez, etc.*

*Es la España eterna la que se reproduce en nuevo período heroico, con sus brillantes matices, con sus especiales características; una y única, fundida en la unidad indestructible de sus comunes destinos, de sus virtudes resurgidas, de sus idealismos magníficos y desinteresados, de sus sueños y de sus realidades imperiales.*

*Si esa unidad, que cristalizó brillante y se fundió con fuego, por manos geniales, con pasta amasada en sangre de héroes y mártires en el rodar del año 1936-37, como con toda verdad, sencillamente, se narra en este libro, si sus episodios sirven para que, llegada la hora de la paz, al sustituir las armas del combate por las del trabajo, olvidemos el pasado y elaboremos para el futuro, con el mismo ritmo y con la misma indestructible compenetración con que hemos luchado en esta guerra, la Historia de la gran España "tendrá la coquetería de repetirse".*

\* \* \*

*En cuatro partes dividimos el contenido de esta obra. Dos factores fueron la causa inicial del Movimiento: un factor negativo, la obra de destrucción nacional realizada por el Frente Popular, que llevaba—el pueblo lo percibió bien—al derrumbamiento total de España; un factor positivo, la labor de unos hombres que no se sometían a la fatalidad y trabajaban, oscuramente unas veces, al descubierto otras, en la obra de Resurrección. Estos dos factores son tema respectivo de las dos primeras partes de esta obra.*



*En la tercera, se ensaya la descripción emocionante de los primeros pasos del Movimiento, a través de todas las regiones que le sirvieron de base para lanzarse a la nueva Reconquista española. Y, en la cuarta parte, se dan algunas consideraciones de carácter general, y las biografías de los hombres-cumbre que dirigieron e hicieron posible nuestra redención. Para ellos, nuestras gracias, las gracias de la España toda.*

Ayuntamiento de Madrid



# PRIMERA PARTE

---

## DERRUMBAMIENTO DE ESPAÑA

---

### CAPÍTULO I

#### **La situación política a comienzos del 1936**

A primeros de enero de 1936, reinaba en España la mayor desorientación política. Desde que se instauró la República (el 14 de abril de 1931) hasta esa fecha (56 meses), habían corrido 28 ministerios y, especialmente, en el último trimestre de 1935, no hubo un solo gobierno que tuviera cierta consistencia.

El 28 de octubre del 35, ante el formidable escándalo producido por el asunto «Straperlo», en que estaban seriamente comprometidos varios elementos del Partido radical (entre ellos Aurelio Lerroux, Pich y Pon y Salazar Alonso) Lerroux y Rocha dimitieron del Gobierno presidido por Chapaprieta, sustituyéndoles Usabiaga y Bardají.

El 9 de diciembre dimitió Chapaprieta, y el presidente de la República abrió las consultas: *Besteiro*: «Aconseja la disolución de Cortes y nuevas elecciones». *Martínez Ba-*



rrio: «Nuevas elecciones». Y *Cambó*: «Reforma constitucional y ley electoral».

Se encarga formar gobierno a Martínez de Velasco, pero el día 11 declina por falta de concurso. (Portela, entre otros, le niega su cooperación. Ese mismo día el presidente de la República encarga la formación de gobierno a Miguel Maura, quien tampoco lo consigue. El 12 se lo encarga a Chapaprieta, y al día siguiente también tiene que renunciar a ello. Ese mismo día, al fin, forma Portela gobierno.

Una reunión tenía que celebrarse a los pocos días en la finca del general Fanjul (en las proximidades de Madrid), a la que tenían que asistir importantes personalidades: ¿Goded, Franco, Fanjul y Varela?; pero debido a la salida de Gil Robles del Ministerio de la Guerra, quedó sin efecto.

Algunos almuerzos de gran interés político se efectuaron, sin embargo, en el Restaurant Landy; ¡si las paredes pudieran hablar, muchas cosas nos dirían las de ese Restaurant!

El 18 de diciembre, el señor Gil Robles declara que debe irse a unas elecciones generales, y las izquierdas, en cuantas ocasiones se les presentan, hacen idénticas declaraciones. El 25 empieza a rumorearse la crisis, por discrepancias dentro del Gobierno. Al día siguiente se puede averiguar que en el Consejo de ministros había habido una acaloradísima discusión entre Chapaprieta y el Presidente, habiendo llegado a dirigirse frases soeces ambos personajes. El 30 se produce la crisis del Gobierno, que se resuelve ratificando la confianza a Portela.

Portela prohíbe a los Ministros hacer manifestaciones sobre los Consejos, diciendo que él es el único director de la política; acuerda que sólo el Gobierno podrá utilizar la



propaganda por Radio, y que la de Avión estará sujeta a la Dirección General de Seguridad.

En la declaración ministerial se anuncian los siguientes propósitos: «*Obra de pacificación y reconstrucción del país*». «*Gobierno Centro-Izquierda*».

En 1.º de enero se acuerda suspender las sesiones de Cortes hasta el 31; algunos grupos parlamentarios lo encuentran justificado; pero el día 2, Gil Robles dirige una carta a don Santiago Alba, presidente de las Cortes, en que declara que se ha vulnerado la Constitución, y que ese acto equivale a un golpe de Estado; dicho en otras palabras, que el Presidente y el Gobierno estaban fuera de la ley.

Los monárquicos, por su parte, en un escrito dirigido también al presidente de las Cortes, declaran que por el acto de suspensión de Cortes, el presidente de la República incurre en responsabilidad criminal.

En vista de esta delicada situación, el presidente del Consejo y el de las Cortes acuerdan convocar a la Diputación Permanente para el martes 7 de enero; pero dicho día por la mañana, en el Consejo de ministros celebrado en Palacio, al plantear el presidente del Gobierno el problema político, el presidente de la República le ratificó su confianza y firmó el decreto de disolución de Cortes y la convocatoria para el día 16 de febrero de las terceras elecciones generales de la República.

Con la firma del Decreto de disolución de Cortes, en favor de Portela, la política de Gil Robles había fracasado rotundamente; la política de conciliación con los hombres que se llamaban la Derecha de la República recibía la puntilla final.

¿Por qué se convocó a nuevas elecciones? Nadie acertaba a contestar a esta pregunta. ¿Quiénes las deseaban?



Las izquierdas, e inconscientemente, Gil Robles; nadie más.

Todavía no se habían terminado los procesos de los encartados en la revolución de Asturias y sublevación de Cataluña. Hay condenados, aunque pocos, que pueden servir de héroes, siempre útiles para una campaña electoral. ¡Qué inoportunidad!

El Frente Popular se constituye a los pocos días con los elementos de Izquierda Republicana (Azaña), socialistas, Esquerra de Cataluña, nacionalistas vascos y comunistas, impuesto por la masonería de Francia y Bélgica y unido como una mole. Por otro lado, lucha encarnizada entre Gil Robles, Portela, Martínez de Velasco, Cambó, Rodezno y Goicoechea; no hay conferencia de propaganda electoral de uno de ellos en que no dedique grandes párrafos a desacreditar al otro.

Empiezan los carteles electorales; de la CEDA los hay por todas partes.

Gil Robles logra un éxito en Córdoba, donde, a pesar de hablar en tres teatros, queda un gentío inmenso sin poderle oír; tiene formado su plan electoral, y cada candidato que se intenta quitarle es para él cosa de vida o muerte; creía que en esos dos años de Gobierno había aumentado sus afiliados y votantes, siendo todo lo contrario; no supo darse cuenta de su error.

Durante el bienio rojo (1931-1933), que Martínez Barrio llamó muy acertadamente «bienio de fango, sangre y lágrimas» (naturalmente, lo dijo antes de que las órdenes masónicas le obligasen a unirse con el Frente Popular), Gil Robles estuvo valiente y acertadísimo en la oposición, y ese ambiente se reflejó en las elecciones del 19 de noviembre de 1933; votaban, al votar a Gil Robles, al anti-Frente Popular, y una esperanza en su persona de buen



gobernante. Pero dos años de transigencias y vacilaciones dentro del gobierno radical habían variado las cosas.

José Antonio Primo de Rivera, en un magnífico artículo que se titulaba: «Una victoria sin alas», publicado en el semanario de Falange Madrileña; y en otro titulado «Una ocasión de España», que apareció en *Libertad*, de Valladolid, decía entre otras cosas, refiriéndose a las consecuencias de la revolución de octubre de 1934:

«Si la lucha hubiese surgido entre proletariado y burguesía, ésta podría invocar ahora, aunque nos doliera, el derecho del vencedor. Pero no han sido esos los términos en que se planteó la batalla: la batalla se planteó entre lo antinacional y lo nacional, entre la anti-España y el genio perenne de España. Este ha vencido; para él el triunfo; pero no para nadie—clase o partido—que ahora se lo quiera apropiar».

«Se ha vertido en estas fechas demasiada sangre española—sangre popular española—, de soldaditos estóicos y alegres, de guardias veteranos y oficiales magníficos, de gentes ligadas a nuestras tierras por una permanencia de generaciones y generaciones, para que todo redunde en el restablecimiento de un orden burgués, con barbacanas de sindicatos obreros domesticados. No se ha combatido para eso. Nuestros soldados no han muerto por eso, que les es ajeno a los más; han muerto por lo que es de todos: por su España y por nuestra España; por romper esa costra de desaliento y cobardía y abyecta conformidad en que vegetábamos».

«No haya perdón para los que quieran malograr el triunfo. Todo un esfuerzo así reclama airadamente que se extraigan las últimas consecuencias. Otra cosa fuera estar el caudal de sangre y de heroísmo recién descubierto. Si ha triunfado el genio de España, hay que entregar a



España a su propio genio, para que la posea con amor y dolor, para que la devuelva las eternas palabras enmudecidas, para que la fecunde, la temple y la alegre. En la madrugada del 7 de octubre, los cañones emplazados frente a la Generalidad llamaron otra vez—con su vieja voz conocida—al alma profunda de España. Ella respondió, trágica y heroicamente. No resulte ahora que fué invocada para una bagatela. No lo tolerarían las sombras de los muertos. Ni lo toleraríamos nosotros.»

Respondió a esta desilusión de la Falange, que a la vuelta de año y medio iba a ser la desilusión de toda España, Onésimo Redondo, en un suelto al alcance de todas las mentalidades, en el que, con su prosa limpia y sencilla, hacía comprender nuestras razones oportunas y ambiciosas, incluso a los olvidados campesinos de las más pequeñas aldeas.

En cambio, la actuación de Gil Robles en el Gobierno fué siempre de ritmo retardado; domina en ese período la absoluta ineficacia creadora. En el orden espiritual se proponen soluciones al problema religioso, pero todo queda en proyecto; se habla de volver a instaurar la bandera bicolor, pero no se toma acuerdo alguno; se dice que en quince días van a ser juzgados los encartados en la sublevación de Asturias y Cataluña, pero a los catorce meses todavía hay causas pendientes; se estudian cuatro presupuestos, pero ninguno se llega a aprobar; radicales en el Poder preparan negocios tortuosos, como el «Straperlo» y otros muchos.

La gente, en general, quedó defraudada de Gil Robles como gobernante. ¿Fué todo culpa suya? ¡Qué difícil contestar a esta pregunta! Si hubiese tenido mayoría absoluta en el Parlamento, sería más fácil contestarla; pero, por una parte, necesitaba de los votos de los radica-



les para gobernar, y no sabemos cuántas veces serían rechazados sus proyectos por personas con quienes tenía que contar para realizarlos; por otra parte, no hay que olvidar que el presidente de la República le miró siempre con gran recelo, y que todo cuanto proponía era estudiado y tamizado con gran cuidado, precisamente por venir de él.

Si en el porvenir no se le presenta oportunidad de ser probado en el difícil arte de gobernar, Gil Robles pasará a la Historia, cuando menos, como el «Gobernante Desconocido»; sin embargo, su labor al frente del Ministerio de la Guerra, la única que pudo realizar libremente, aun cuando poco espectacular, fué recta y bien orientada, según se asegura.

El hecho es que, las aspiraciones de Gil Robles en las elecciones eran tales, que era muy difícil pudiese entenderse con los demás políticos.

Por otra parte, Portela, con su ambición desenfrenada, creía llegado el momento de crearse artificialmente un partido propio, maniobrando con los resortes del Poder, entre Derechas e Izquierdas, para colocar sus candidatos personales. Así se dificultaba más y más toda concentración electoral derechista.

El ambiente estaba cada vez más caldeado.

Faltaban pocos días para las elecciones: las Derechas habían presentado en Barcelona, como en todas partes, varias candidaturas.

La gente sensata estaba indignada con esa duplicidad; como sucede en esos casos, unos daban la culpa a la intransigencia de Cambó y otros a las exigencias de Renovación Española o de Acción Popular, partido reciente en Cataluña.

Parece ser que una mañana se presentaron dos señoras en el despacho de una persona muy especializada en el



estudio de cuestiones relacionadas con la Masonería y que poseía un importante archivo de las logias. Estas señoras le dijeron: —«Nos convendría saber si es masón don Fulano de Tal, que se presenta en la candidatura X». —«Esperen ustedes un momento que en seguida se lo diré», les contestó. Registró su archivo y regresó, diciendo: —«Señoras, gracias a Dios, dicho señor no forma parte de las logias»; una de ellas miró a la otra, y con expresión compungida le dijo: «¡Qué lástima!».

Os daréis cuenta de la exaltación que esto representa: ¡Dos católicas no comprenden que su religión no les permite sentir satisfacción del mal ajeno, ni desear que haya el mayor número posible de asociados en las logias masonicas!

Las discusiones entre derechistas de diferente fracción política dividen familias, tertulias y llegan hasta a producir divorcios.

Los indiferentes, los escépticos, los intransigentes o intolerantes y los acomodaticios defienden con calor sus teorías.

En cada tertulia había por lo menos uno, cuyo nerviosismo era tal, y tan grande su indignación contra los que no pensaban exactamente como él, que sólo con aparecer en el casino o café empezaban a marcharse sus contertulios para evitar conflictos; a esos, que desgraciadamente eran muchos, se les llamaba «metralla», porque destruían todas las peñas...

El partido de Acción Popular hace su campaña con marcadas actitudes fascistas. A Gil Robles, en mítines, conferencias y artículos periodísticos, se le llama «Jefe»; sus juicios son en tono de reto; concentración en El Escorial, desfiles; habla de los 300 con gran seguridad, aun cuando para conseguirlos tenía que realizar el milagro de



los panes y los peces, pues no llegaba de mucho a esa cifra la suma de *todos* los candidatos presentados por Acción Popular.

Los demás partidos, más modestamente, a base de propagandas más sencillas, menos espectaculares, hacen su campaña cada uno por su lado, no sólo aislados unos de otros, sino en gran pugna entre ellos, como queda dicho.

En el Monumental Cine, de Madrid, habló Gil Robles el domingo 9, escuchándose su discurso desde diez teatros y cines. Habló de las candidaturas, de las necesidades nacionales, del orden social, de la liquidación de la revolución, de «la amnistía para los engañados, castigo para los culpables», de la política económica, lo que necesitaba el campo, reforma agraria, etc. (Grandes ovaciones).

A los dos días va a Sevilla y 2.000 automóviles y 300 camiones salen a esperar en Carmona su llegada a la capital.

Sólo pocos días antes de las elecciones, llegan casi todos los partidos de Derecha a un acuerdo; pero las masas, que tardan en reaccionar, que escuchan más de lo que parece a sus dirigentes, ¿cómo iban a votar con entusiasmo a Gil Robles, por ejemplo, siendo de Renovación, o agrarias, o centristas, o regionalistas, si no habían oído más que críticas de tal político, de la candidatura, por sus propios jefes, hasta ese momento? Unos se abstienen, otros votan candidaturas mixtificadas y otros se limitan a ir a votar ellos, sin hacer la menor propaganda de la candidatura, ni en sus propias casas. «¡Yo no voto a Gil Robles aunque me maten!», se oía decir a uno. «¿Votar a Goicoechea yo?, ¡antes, que se hunda España!», decían otros.

En cambio, el Frente Popular marchaba unido, mo-



vido por el resorte sentimental de la amnistía, alimentado por todos los fermentos de revolución social que el extranjero había vaciado sobre las masas obreras españolas.

Suspicias entre las Derechas, unión en las Izquierdas, tortuosidad en las directivas gubernamentales: éste era el programa político en la vigilia de la jornada electoral.



## CAPÍTULO II

### **Las elecciones del 16 de febrero**

Así amaneció el día 16 de febrero; día tranquilo y sereno; las votaciones se celebran con el mayor orden; los partidos anárquicos, que como norma y doctrina no concurren nunca a las urnas, se echan esta vez a ellas en bloque. Por la tarde, Portela, por Radio, dice que el orden es completo y que las elecciones tienen una marcada tendencia hacia las Izquierdas. Eso es todo lo que se puede saber ese día.

El 17 se reúne el Consejo de ministros. El ministro de la Guerra propone declarar el estado de alarma, cosa que se aprueba, pero en el Consejo celebrado en Palacio el presidente de la República se opone, diciendo que «esto sería una provocación al pueblo».

El presidente de la República y su familia se instalan momentáneamente en Palacio, y el Gobierno acuerda reunirse en sesión permanente.

Largo Caballero se entrevista con Portela, y le pide la apertura de las Casas del Pueblo, a lo que Portela accede. Pocas horas después las Izquierdas, por Radio, recomiendan «serenidad». ¿Qué más convinieron Largo Caballero y Portela?

Se van conociendo nuevos detalles de las elecciones,



que dan un resultado favorable para las Derechas; pequeño, pero suficiente para gobernar. Se habla de 235 diputados de Derecha y 214 de Izquierda. Las Izquierdas presienten su drama: el Poder para las Derechas por mucho tiempo...

España pasa unas horas sin gobierno. Un hombre antes enérgico y de visión clara, que siempre había hecho gala de mantener el orden en todas las zonas de mando, pierde el control de sí mismo y se convierte en un guiñapo; es desbordado por tres amigos que le rodean: uno de ellos Martínez Barrio. Ese hombre era el presidente del Consejo de ministros, y ministro de Gobernación Portela Valladares.

La estructura de gobierno cede; en varias provincias los gobernadores abandonan sus puestos, y empieza seguidamente la tarea del robo y falsificación de actas en los distritos electorales donde triunfaban las Derechas.

Grandes disturbios en Granada y Cuenca. ¡¡Hay que arrancar el Poder a las Derechas, sea como sea!!

En La Coruña son detenidos todos los candidatos de Derecha en el Gobierno Civil, y se les hace firmar a la fuerza actas falsas.

Los guardias de Asalto de Cáceres se apoderan de las actas electorales, llevándolas al Gobierno Civil, donde se falsifican.

Aquella tarde, el diputado a Cortes señor Bau, tuvo en su casa, a tomar café, al secretario del presidente del Consejo, señor Martí de Veses, asistiendo más tarde don José Calvo Sotelo, y preparándose allí, para aquella misma noche, una entrevista Portela-Calvo en el Hotel Pallace, en un salón previamente reservado. Calvo, con hermosas y patrióticas frases, expuso a Portela el cuadro dramático que se avecinaba en España, y la conveniencia de que ante ello

entregase  
dos, y al  
de régimen  
rece que  
pero, desp  
pudieron r

El 19 s  
Se celebra  
salida, Por  
Goded y

Por la  
bran las c  
Ya las

les, anulan  
so; trucos  
Valencia y  
nada se an

El resu  
das éstas,  
256 diputa  
165 »

52 »  
—  
473 diputa

A pesar  
Centro-Der  
contra sólo  
de la más  
de Azaña!



entregase el Poder a las Derechas: robo de actas, atentados, y al fin, un levantamiento comunista. No le habló de régimen para nada, pero sí de *Patria*. Al principio, parece que Portela estaba bastante dispuesto a aceptarlo; pero, después... nuevas entrevistas con otros elementos pudieron más.

El 19 se rumorea que están detenidos algunos generales. Se celebra Consejo de Ministros por la mañana, y a la salida, Portela desmiente que estén detenidos los generales Goded y Franco.

Por la tarde dimite el Gobierno; en una hora se celebran las consultas y Azaña forma gobierno.

Ya las Izquierdas en el Poder, asaltan centros electorales, anulan las elecciones donde su resultado les es adverso; trucos de todos los órdenes en Pontevedra, Coruña, Valencia y Murcia. En Salamanca, Cuenca, Burgos y Granada se anulan las actas.

El resultado de las elecciones, días después de celebradas éstas, resulta amañado así:

256 diputados del Frente Popular.

165       »       de Derechas (CEDA, agrarios, regionalistas etcétera).

52       »       del Centro (portelistas, Alcalá Zamora, etc.).

---

473 diputados en total.

A pesar de ello, resultaba aún que las candidaturas de Centro-Derecha habían obtenido 4.910.000 votos en total, contra sólo 4.497.000 de las del Frente Popular. ¡Artilugios de la más absurda de las leyes electorales, obra eminente de Azaña!



## Bajo

El 20  
vas Cort  
sidente d  
para ese

Gil R  
tido al se

En el  
plimiento

La Di  
por unan  
tros del c  
de abril.

Se de  
afectos a  
de la Ge  
bre, y a  
diéndose

Gonzá  
llones de  
Madrid p  
salvador

Razón



## CAPÍTULO III

### Bajo el Gobierno del Frente Popular

El 20 de febrero celebraron su primera sesión las nuevas Cortes, nombrando a don Diego Martínez Barrio, presidente de las mismas (Besteiro es ya demasiado templado para ese público).

Gil Robles traspasa temporalmente la jefatura del partido al señor Jiménez Fernández.

En el primer Consejo de Ministros ya se habla de cumplimiento de compromisos electorales.

La Diputación Permanente de las Cortes había aprobado por unanimidad la Ley de Amnistía, y el Consejo de Ministros del día 24 acuerda celebrar elecciones municipales el 12 de abril.

Se destituyen ilegalmente todos los Ayuntamientos no afectos al Gobierno. Se suelta de las cárceles al Consejo de la Generalidad, condenado por los actos del 6 de octubre, y a todos los encartados en la sublevación, prescindiéndose de los trámites legales.

González Peña, el bandido asturiano que robara millones del Banco de España de Oviedo, es recibido en Madrid por 60.000 personas, que le aclaman como a un salvador de la Patria.

Razón tenía Unamuno cuando, recordando ese perío-



do, dijo en Salamanca en un acto público que: «Parecía que buscaban los licenciados de presidio para mandar a los pueblos».

Los consejeros de la Generalidad, desde sus respectivas cárceles hasta Barcelona, a donde llegaron el día 29, fueron saludados entusiásticamente por todo el recorrido; ¡pueblos castellanos enteros salen a recibir y ovacionar a quienes salían de presidio por haber querido separar a Cataluña de España!

En medio de ese ambiente destructor y revolucionario de terror, se celebraron el 1.º de marzo las elecciones complementarias, allí donde se hizo necesaria la «segunda vuelta», por no haber alcanzado los candidatos elegidos el 40 por 100 del total de votantes; en esa segunda vuelta se vieron hechos tan sorprendentes, que únicamente se explican por el pánico que llegó a producir el Gobierno del Frente Popular en el país.

La composición del Congreso, después de estas elecciones, es la siguiente:

Derechas .....	142	Diputados
Centro .....	64	»
Izquierdas .....	160	»
Fuerzas obreras .....	107	»
<i>Total</i> .....	473	»

De este gran juego de prestidigitación salió el tan careado Gobierno de España, que algunas naciones consideran el único legal.

El 16 de marzo se reunió, por primera vez, el nuevo Parlamento. Unos hombres en el Congreso se consideran en el deber de representar al gran sector español tradicional de:



Religión, Patria, orden y propiedad. Son: Calvo Sotelo, Gil Robles y Ventosa. Se les abuchea constantemente.

Con motivo de un incidente surgido entre un diputado de Izquierdas y el señor Carranza, a quien quisieron obligar a gritar «¡Viva la República!», contestando él «No me da la gana», unos entonaron la Internacional, el doctor Albiñana cantó el Himno Nacionalista Español, etc., etc.; Besteiro, a la salida, dijo: «Este principio no tiene fin» y Prieto hizo el siguiente comentario: «Ha salido que ni ensayado».

Calvo Sotelo pudo denunciar en el Congreso los actos punibles cometidos desde el 17 de febrero al 31 de marzo:

*Asaltos y destrozos.*—De centros políticos, 58; de establecimientos públicos y privados, 72; de domicilios particulares, 33; de iglesias, 36. Total, 100.

*Incendios.*—De centros políticos, 2; de establecimientos públicos y privados, 45; de domicilios particulares, 15; de iglesias (destruidas, 56), 106. Total, 178.

Huelgas generales, 11; motines, 169; tiroteos, 39; agresiones, 85; heridos, 345; muertos, 74.

En su intervención parlamentaria del 6 de mayo, el señor Calvo Sotelo completaba esta relación con los episodios de violencia, de lucha, de sangre, de incendio y destrucción material y espiritual ocurridos desde el primero de abril hasta el 4 de mayo.

Los treinta y cuatro últimos días de Frente Popular quedaban sintetizados en estas cifras:

Muertos, 47; heridos, 216, de los cuales 200 graves; huelgas, 38; bombas y petardos, 53; incendios totales o parciales, en su mayor parte de iglesias, 52; atracos, atentados, agresiones, 99.

Hay, añadía el señor Calvo Sotelo, una variedad casi infinita en los hechos englobados en estas cifras: es un



cromatismo verdaderamente siniestro, en el que pueden apreciarse todos los matices de la maldad, de la barbarie suelta, del salvajismo y, también, de la autoridad ausente, cuando no cómplice. No falta en esta gama horrisona ninguna, absolutamente ninguna, de las notas inhumanas imaginables por los hombres que tengan el espíritu más delirante. Con relación a estos hechos y otros anteriores se ha realizado una serie de detenciones, que unos calculan en ocho mil, otros en diez mil y hasta doce mil españoles, muchos por ser fascistas, otros por parecerlo, otros por haberlo sido.

Estas denuncias constantes de nuestros diputados no modifican en nada la táctica del Gobierno, que tiene ya su plan trazado de acuerdo con las directrices de Moscú y de la Masonería Internacional.

*"La Historia tiene la coquetería de repetirse"*. Castelar, en un gran discurso, retrató un período de la República del 73 con estos párrafos: «...La dictadura demagógica en Cádiz; sangrientas rivalidades en Málaga, que causaron la huida de casi la mitad de sus habitantes; el desarme de la guarnición de Granada después de crueles batallas; las bandas de Sevilla y Utrera; los incendios y los asesinatos de Alcoy; la anarquía en Valencia; las partidas en Sierra Morena; el campo de Murcia entregado a la demagogía; los burgos de Castilla convocando desde las fábricas a una guerra de Comunidades, como si Carlos de Gante hubiera desembarcado otra vez en las costas del Norte; una horrible e histórica escena de querellas y puñaladas entre los cantonalistas y los defensores del Gobierno de Valladolid; la capital de Andalucía en armas; Cartagena en delirio; Alicante y Almería bombardeadas; la escuadra española pasando del pabellón rojo al pabellón extranjero...».



Los señores Gil Robles, Goicoechea, Ventosa y Lamamié de Clairac visitan a Azaña el día 24, ante la crítica situación del orden público, para exigirle garantías.

Azaña dice al otro día: «Un golpe de fuerza y la implantación del soviet son fantasmas». «Compenetración entre el Gobierno y el país». «Si alguien se sale de la Ley, que no se queje».



**Aza**

C  
bres  
timas  
el ac  
pacha  
leyes

Sa  
cisa  
de C  
cione

Sa  
mento

B  
haga  
la Co

E

la dis  
en m  
nen c

lo ser

P

contr



## CAPÍTULO IV

### Azaña, presidente de la República

Conviene recordar la contestación dada por los hombres de Izquierda al presidente de la República en las últimas crisis gubernamentales, antes de entrar a fondo en el acuerdo del Parlamento del 7 de abril, por el que se despacha al presidente de la República más aprisa que las leyes de trabajo permiten hacerlo con un doméstico.

*Santaló* (de Esquerra Republicana de Cataluña): «Precisa la concesión de una amplia amnistía y reintegración de Cataluña a la plena vigencia del Estatuto. Unas elecciones generales parecen el único camino para llegar a ello».

*Sánchez Román*: «Cambio de política, nuevo Parlamento y Gobierno Republicano».

*Barcia*: «Un Gobierno auténticamente republicano, que haga una consulta al país, para cumplir los mandatos de la Constitución».

En cambio, *Cambó* había aconsejado: «Se ha de evitar la disolución del Parlamento y el acudir a unas elecciones, en momentos tan delicados y con la virulencia de que vienen dando muestras los partidos extremos. Este espectáculo sería bochornoso e inadecuado».

Pues bien, el 7 de abril, el Parlamento, por 238 votos contra 5, y la abstención de las Derechas, pronunció un



voto desfavorable a la necesidad de haber disuelto las anteriores Cortes, llevando anejo el acuerdo, según el artículo 81 de la Constitución, la destitución del presidente de la República.

Las revoluciones de tipo anarquista son como Saturno: devoran a sus propios hijos. El hombre que atrajo a la República, y por lo tanto a la revolución marxista tantos cientos de miles de votos de desdichados, que creían en una república de orden, católica y justa, es devorado por las fieras que le rodean y a quienes ha amamantado, por sus propios hijos.

Una vez efectuada la votación, la misma noche, la Mesa de la Cámara se traslada al domicilio particular de Alcalá Zamora. Este no les recibe, y se levanta un acta, que fué leída al día siguiente en las Cortes. La misma noche, también, toma posesión de la Presidencia de la República, interinamente, el presidente de las Cortes, Martínez Barrio, y a la mañana siguiente éste, en plenas funciones, ratifica al Gobierno su confianza, convocando para el 10 de mayo elecciones a la Presidencia de la República.

Se cita como posibles candidatos a los señores Besteiro, Azaña, Albornoz, Martínez Barrio y de los Ríos.

El Gobierno se presenta a las Cortes, y en su discurso, el Presidente (Azaña), entre otras cosas, dice: «No hemos venido a presidir una guerra civil, pero tampoco estamos dispuestos a tolerar a quien la propague, organice o costee». Dice que es «el mismo de 1932». Ya dice bastante: el del Bienio, Casas Viejas, Villa Cisneros, Castilla blanca, quema de conventos, incautación de fincas, huelgas y persecuciones. Ese es el cuadro que nos espera.

Al día siguiente, por 195 votos a favor y 78 en contra, se aprueba el voto de confianza al Gobierno, y los primeros acuerdos de éste son: disolver por ilegales todas



las Ligas fascistas, y privar de sus derechos a los militares retirados en virtud de la Ley de 1931, que se mezclen en actividades políticas contrarias a la paz pública y al Régimen.

\* \* \*

El 1.º de mayo se celebra con gran pompa en toda España, inaugurándose el grito de «¡Rusia, sí; España, no!»

\* \* \*

Se reúne el Consejo Nacional de Izquierda Republicana, autorizando a su representante en el Frente Popular para que proponga la candidatura de don Manuel Azaña para la Presidencia de la República.

Los socialistas y comunistas, días después, también acuerdan designar a Azaña para presidente de la República; y, en días sucesivos, todos los partidos que forman el Frente Popular van aceptando dicha candidatura.

El 10 de mayo, en el Palacio de Exposiciones del Retiro, se celebra la elección de Presidente, siendo elegido por diputados y compromisarios el señor Azaña. Este hace la promesa ante el Parlamento, siguiendo la toma de posesión, ovaciones y desfile militar.

El Gobierno, presidido por el ministro de Estado (Barcia), presenta su dimisión al nuevo Presidente.

Ni los Soviets en Petrogrado, con todo su poderío y su ausencia total de lazos morales con los Zares, ni Hindenburg en Alemania, ni el Gobierno Republicano en París (ni aun en las épocas del Terror y de la Commune), ni el Presidente de la República Portuguesa, se permitieron el capricho de habitar los antiguos Palacios Reales; éstos se



convirtieron desde el mismo día de instaurada la República en Museos Nacionales, pero alguna vez tenía que cambiarse la regla, y Azaña se instala en el Palacio Real. Hace grandes reformas; le traen muebles del Palacio de El Pardo y de La Granja, y organiza su Guardia Presidencial, según el «Diario Oficial del Ministerio de la Guerra», en la siguiente forma: Plana Mayor de Mando, Batallón de Guardia Presidencial, Banda Republicana y Escuadrón de Escolta.

\* \* \*

El día 12, el Presidente ofrece el Poder a los señores Prieto y Martínez Barrio, declinando éstos y acto seguido Casares Quiroga forma gobierno.

La proposición de confianza es aprobada por 217 votos contra 61, absteniéndose los agrarios, Centro y Lliga.

Se produce un gran escándalo en las Cortes porque Calvo Sotelo dice «que el general Primo de Rivera se hizo respetar incluso por los socialistas, que colaboraron con él».

En la plaza de toros de Cádiz se celebró un mitin el día 24 de mayo, organizado por la Federación de Artes Gráficas, al que asistieron unas 7.000 personas y en el que habló Largo Caballero en los términos siguientes: «Cuando se rompa el Frente Popular, que se ha de romper, el triunfo del proletariado será seguro: implantaremos la Dictadura del Proletariado, que no es opresión contra el proletariado, sino contra la clase burguesa y capitalista. Los problemas planteados no se pueden resolver en un régimen republicano burgués». Anuncia que ésta es la última crisis del régimen, que le lleva a su desaparición, y sigue el anarquismo dominando en toda España.

*El Diario Vasco*, de San Sebastián, en su número del



14 de mayo, podía recoger el siguiente balance de un día, tamizado por la censura:

*Vigo*.—Tiroteo contra jóvenes fascistas. Interviene un coronel en favor de éstos, y hace nueve disparos. El jefe militar tiene que recluirse en su casa, que es incendiada. La Guardia civil, que interviene, es tiroteada. Hay muertos y heridos.

*Jaca*.—Un concejal comunista es agredido por un oficial de Infantería. Las turbas pretenden linchar al militar. Se originan graves disturbios.

*Coruña*.—El párroco de Roderío fué apaleado. Después, las turbas le amarraron, y de esta suerte fué exhibido al pueblo. La casa rectoral de Horro es asaltada.

*Santander*.—Han sido incendiadas las iglesias de Campuzano, Ganzo, Cortiguera y Zurita.

*Barcelona*.—La Policía ha practicado más de cuarenta detenciones de personas acusadas de fascistas.

*Valencia*.—Graves desórdenes en Alcira. Las iglesias de San Juan y Santa Catalina han sido incendiadas, así como un convento, un colegio de niños y la casa del Notario. Los desórdenes se propagan a los pueblos inmediatos.

*Oviedo*.—La huelga de mineros aumenta. La semana próxima serán 30.000 los huelguistas.

*Valencia*.—En Sueca se ha declarado la huelga general.

*Fuentelapiedra*.—Han ocurrido desórdenes. La iglesia parroquial ha sido quemada. Al frente de los incendiarios iban el Alcalde y el jefe de la Policía.

*Córdoba*.—Huelga general en Zueros. La Guardia civil ha sido apedreada.

*Oviedo*.—En esta capital y en Gijón continúan las detenciones de derechistas, acusados de conspirar contra el régimen.



*Teruel.*—En Alfambra son tiroteados y encarcelados algunos jóvenes, acusados de fascistas.

*Priego.*—Ha habido colisiones. Tres heridos y muchas detenciones.

Atracos en Oviedo y en Granada.

Todo esto da de sí un día de Frente Popular, filtrado por la censura.

La  
día viv  
El  
en la q  
cíamos  
las des  
nos enc  
El  
que rec  
grandes  
constitu  
unas fi  
la signi  
pertene  
esto, u  
El  
telo un  
refirién  
pa; es  
Vo  
sensata



## CAPITULO V

### Las últimas advertencias

La situación del país se hacía insostenible, así no podía vivirse. Llegaron, inútilmente, las últimas advertencias.

El día 14 de junio, el señor Cambó dió una conferencia en la que, hablando de la situación actual, dijo que «padecemos una honda crisis social y económica, de resultados de las desdichadas elecciones del 16 de febrero, y anunció que nos encontrábamos en una situación predictatorial.

El 18 de junio Gil Robles hacía unas declaraciones que recogió «Informaciones», en las que, hablando de las grandes agrupaciones que se dibujaban claramente y que constituían: el Frente Popular, por una parte, y por otra unas fuerzas contrarrevolucionarias, que sin prescindir de la significación de cada uno de los sentidos políticos a que pertenecen, actúan de común acuerdo, dijo que «tras de esto, una situación de fuerza».

El 16 de junio pronunció el diputado señor Calvo Sotelo un admirable discurso en las Cortes; entre otras cosas, refiriéndose al Gobierno, dijo: «Son reos de su propia culpa; esclavos, más exactamente dicho, de su propia culpa.

«Vosotros, vuestros partidos o vuestras propagandas insensatas, han provocado el sesenta por ciento del proble-



ma del desorden público, y de ahí que carezcáis de autoridad.

»Y es que, sin duda alguna, comienza a caer de vuestros ojos aquella venda de optimismo engañoso que os había cegado en los días alegres de las bodas del Frente Popular, después de vuestro triunfo electoral, y ahora os sentís muchos de vosotros, aunque no lo digáis, tan llenos de zozobra e inquietud como nosotros, porque os dais cuenta de que estáis metidos en un desfiladero que no tiene fin ni horizonte.

»Es un gobierno sin ayer ni mañana; es un punto muerto, que solamente un milagro divino podría galvanizar. Pero el Parlamento, y esto es lo más curioso, adolece de la misma vejez prematura.

»España no es esto, ni esto es España.

»No están ahí la causas, ni quisiera tampoco situarlas por razón del régimen, porque doctrinalmente, ni la Monarquía tiene la exclusiva del orden, ni la República el monopolio del desorden.

»En Burgos, lo que ocurre es que los obreros socialistas y sindicalistas, que son minoría, tratan de impedir que trabajen los obreros católicos, que son la mayoría.

»Sus Señorías son víctimas de la horda, por eso sus Señorías no pueden imprimir en España un sello autoritario.

»Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque creo, y no me negaréis cierta autoridad moral para formular este aserto, que no existe actualmente en el Ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera, sería un loco o un imbécil, lo digo con toda claridad, aunque considero que también sería loco el mi-



litar que, al frente de su destino, no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera.»

Continúa exponiendo varios episodios ocurridos últimamente. Entre ellos dice:

«Un día, señores del Gobierno, ocurren en Oviedo unos incidentes, en una verbena, entre guardias de Asalto y el público, y como sanción espectacular se destaca de Madrid un teniente coronel, o comandante, instructor del expediente, y a las veinticuatro horas, ante los guardias de Asalto (no son jefes, no son oficiales, son guardias de Asalto, cuerpo creado por la República y al cual, por tanto, no se le puede poner ningún cuño exmonárquico ni arcaico), ante los guardias de Asalto del décimo grupo, reunidos en su compañía, se da entrada a un pelotón de guardias rojos, comunistas, para que reconozcan entre aquéllos, formados en rueda de presos, a los autores de los incidentes habidos la noche anterior en la verbena. Y aquellos guardias de Asalto han de apretar los labios y contener las lágrimas ante el vejamen a que se les somete. Pues por ese episodio se han decretado sanciones colectivas.

»Un cadete de Toledo tiene un incidente con los vendedores de un semanario rojo. Se produce un alboroto, no sé si incluso hay algún disparo; ignoro si parte de algún cadete o de algún oficial, de un elemento militar o civil; no lo sé, pero lo cierto es que produce un incidente de escásima importancia. Los elementos de la Casa del Pueblo de Toledo exigen que, en término perentorio, se imponga una sanción colectiva, y, en efecto, a las veinticuatro horas siguientes, el curso de la Escuela de Gimnasia es suspendido «ab irato»; se ordena el pasaporte y la salida de Toledo, en término de pocas horas, a todos los sargenios



y oficiales que asisten al mismo; y la Academia de Toledo es trasladada fulminantemente al campamento—donde no había intención de llevarla, puesto que hubo que improvisar menaje, utensilios, colchonetas, etc.—y allí sigue. Se ha dado satisfacción así a una exigencia incompatible con el prestigio del uniforme militar, porque si se cometió alguna falta, castíguese a quien la cometió, pero nunca es tolerable que por ello se impongan sanciones a toda una colectividad o toda una corporación.

»En Medina del Campo estalla una huelga general. ignoro por qué causas, y para que los soldados de Artillería allí de guarnición puedan salir a la compra, consiente no sé qué jefe—si conociera su nombre lo diría aquí, y no para aplaudirle—que vayan acompañados en protección por guardias rojos.

»En Alcalá de Henares, un día un capitán, al llegar allí, es objeto de insultos, intentan asaltar su coche y se ve obligado a disparar un tiro para defenderse, y es declarado disponible. Otro día un capitán, en la plaza municipal de Alcalá, es requerido por unas mujeres para que defienda a un muchacho que está siendo apaleado por una turba de mozalbetes; interviene, se promueve un incidente, y el Coronel ordena que pase al cuartel, queda allí arrestado, y se le declara disponible. Otro día (hace poco más de un mes), llega a Alcalá, en bicicleta, el capitán señor Rubio; la turba le sigue, se mete él en su casa; la turba intenta asaltarla y tiene que defenderse; pide auxilio al Coronel o al General; se lo niegan; sigue sosteniendo la defensa durante dos o tres horas, y tiene que evacuar a la familia por la puerta trasera de la casa donde vive. Al día siguiente, el general de esa brigada ordena que los oficiales salgan sin uniforme ni armas a la calle, y al otro día, gracias a las gestiones que realizan los elementos de la Casa del Pue-



blo en los Centros Ministeriales, se da la orden de que, en el término de ocho horas, sean desplazados los dos regimientos de guarnición en Alcalá, el uno a Palencia y el otro a Salamanca.

»En Palenciana, pueblo de la provincia de Córdoba, un guardia civil, separado de la pareja que le acompañaba, es encerrado en la Casa del Pueblo y decapitado con una navaja cabriterá.

»Para que el Consejo de Ministros elabore esos propósitos de mantenimiento del orden, han sido precisos 250 o 300 cadáveres, 1.000 o 2.000 heridos y centenares de huelgas. Por todas partes desorden, pillaje, saqueo, destrucción. Pues bien, a mí me toca decir, señor presidente del Consejo, que España no os cree. Esos propósitos podrán ser sinceros, pero os falta fuerza moral para convertirlos en hechos. ¿Qué habéis realizado en cumplimiento de esos propósitos? Un telegrama circular, bastante ambiguo por cierto, que yo pude leer en un periódico de provincias, dirigido a los gobernadores civiles, y una combinación fantasmagórica de gobernadores, reducida a la destitución de uno, ciertamente digno de tal medida, pero no digno ahora, sino hace tres meses. Y quedan muchos otros que están presidiendo el caos, que parecen nacidos para esa triste misión, y entre ellos y al frente de ellos, un anarquista con fajín, y he nombrado al gobernador civil de Asturias, que no parece una provincia española, sino una provincia rusa.

»Yo digo, señor presidente del Consejo de Ministros, compadeciendo a su Señoría por la carga impropia que al azar ha echado sobre sus espaldas...»

El Presidente del Consejo de Ministros: «Todo menos que me compadezca su Señoría. Pido la palabra».

El señor Calvo Sotelo: «El estilo de impropio carac-



terístico del antiguo señorito de la ciudad de La Coruña...»

El Presidente del Consejo: «Nunca fui señorito».

El señor Calvo Sotelo: «El señor Largo Caballero ha dicho, terminantemente, en Oviedo—aquí tengo el texto, pero no es cosa de leerlo y os evito esa molestia—que ellos van resueltamente a la revolución social, y que esta política, la política del Gobierno del Frente Popular, sólo es admisible para ellos en tanto cuanto sirva al programa de la Revolución de octubre, en tanto cuanto se inspire en la Revolución de octubre. Pues basta, señor presidente del Consejo, si es cierto eso, si es cierto que su Señoría, atado umbilicalmente a esos grupos, según dijo aquí en ocasión reciente, ha de inspirar su política en la Revolución de octubre, sobran notas, sobran discursos, sobran planes, sobran propósitos, sobra todo; en España no puede haber más que una cosa: la anarquía.»

En la rectificación, Calvo Sotelo dice al presidente del Consejo, Casares Quiroga:

«Para que su Señoría dé lecciones de prudencia, es preciso que comience por practicarla, y el discurso de su Señoría de hoy es la máxima imprudencia que en mucho tiempo haya podido fulminarse desde el banco azul. ¿Imprudente yo, porque haya tocado el problema militar y hablado concretamente del desorden militar? ¡Y esto lo dice un orador, un político que se vanagloria—lo ha declarado con reiterada solemnidad esta tarde—de demócrata y parlamentario!

»Para mí el Ejército—lo he dicho fuera de aquí, y en estas palabras no hay nada que signifique adulación—, para mí el Ejército—y discrepo en esto de amigo como el señor Gil Robles—no es, en momentos culminantes para la vida de la Patria, un mero brazo, es la *columna vertebral*. Y yo agregó que en estos instantes en España se desata



una furia antimilitarista que tiene sus arranques y sus orígenes en Rusia, y que tiende a minar el prestigio y la eficiencia del Ejército español.

»Han paseado tranquilamente uniformados y militarizados cinco, seis, ocho o diez mil milicianos rojos, que al pasar ante los cuarteles no hacían el saludo fascista que a su Señoría le parece tan vitando, pero sí hacían el saludo comunista, con el puño en alto, y gritaban: ¡Viva el Ejército rojo!

»Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas espaldas. Su Señoría es hombre fácil y pronto para el gesto del reto y para las palabras de amenaza. Le he oído tres o cuatro discursos en mi vida, los tres o cuatro desde ese banco azul, y en todos ha habido siempre la *nota amenazadora*. Bien, señor Casares Quiroga, *me doy por notificado de la amenaza de su Señoría*. Me ha convertido su Señoría en sujeto, y por tanto, no sólo activo, sino pasivo, de las responsabilidades que puedan nacer no sé de qué hechos. Bien, señor Casares Quiroga. Lo repito, mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdén ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para bien de mi Patria y para gloria de España, yo las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis». Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio. Pero, a mi vez, invito al señor Casares Quiroga a que mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, puesto que es hombre de honor, estrechamente, día a día, hora a hora, por lo que hace, por lo que dice, por lo que calla. Piense que en sus manos están los destinos de España, y yo pido a Dios que no sean trágicos.



Mida su Señoría sus responsabilidades, repase la historia de los veinticinco últimos años, y verá el resplandor doloroso y sangriento que acompaña a dos figuras que han tenido participación primerísima en la tragedia de dos pueblos: Rusia y Hungría, que fueron Kerenski y Karolyi. Kerenski fué la inconsciencia; Karolyi la traición a toda una civilización milenaria. Su Señoría no será Kerenski, porque no es inconsciente, tiene plena conciencia de lo que dice, de lo que calla y de lo que piensa. ¡Quiera Dios que su Señoría no pueda equipararse jamás a Karolyi!»

Una sola contestación recibe el diputado Calvo Sotelo por parte del Gobierno, a sus constantes discursos: «que le hace responsable de todo lo que pase», y «que un atentado contra él sería completamente justificado».

Casares Quiroga, otro día, dice: «En esta lucha el Gobierno se declara beligerante». ¿Beligerante el gobierno de un país, que es el encargado de mantener el orden? El gobierno que no mantiene orden no es gobierno, y el Estado que no tiene gobierno no es Estado.

\* \* \*

Franco, desde su semidestierro de Canarias, sigue con máximo interés los acontecimientos y el derrumbamiento de España, y escribe la siguiente carta al Ministro de la Guerra, Casares Quiroga:

Hay un membrete que dice: «El General de División, Comandante Militar de las Islas Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 23 de Junio de 1936.—Excmo. señor don Santiago Casares Quiroga, Ministro de la Guerra.—Respetado Ministro: Es tan grave el estado de inquietud que en el ánimo de la Oficialidad parece producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y



faltaría a la lealtad debida si no le hiciese presente mis impresiones sobre el momento castrense y los peligros que para la disciplina del Ejército tienen la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud moral y material que se apercibe, sin palmaria exteriorización, en los Cuerpos de Oficiales y Suboficiales. Las recientes disposiciones que reintegran al Ejército a los Jefes y Oficiales sentenciados en Cataluña y la más moderna de destinos antes de antigüedad, y hoy dejados al arbitrio ministerial, que desde el movimiento militar de Junio del 17 no se habían apenas alterado, así como los recientes relevos, han despertado la inquietud de la gran mayoría del Ejército. Las noticias de los incidentes de Alcañá de Henares con sus antecedentes de provocaciones y agresiones por parte de elementos extremistas concatenados con el cambio de guarniciones, produciendo, sin duda, un sentimiento de disgusto, desgraciado y torpemente exteriorizado, en momentos de ofuscación, que interpretado en forma de delito colectivo tuvo gravísimas consecuencias para los Jefes y Oficiales que en tales hechos participaron, ocasionando dolor y sentimiento en la colectividad militar. Todo esto, Excelentísimo señor, pone aparentemente de manifiesto la información deficiente que acaso en este aspecto debe llegar a V. E. o el desconocimiento que los elementos colaboradores militares pueden tener de los problemas íntimos y morales de la colectividad militar. — No desearía que esta carta pudiese menoscabar el buen nombre que posean quienes en el orden militar le informen o aconsejen, que pueden pecar por ignorancia; pero sí me permito asegurar, con la responsabilidad de mi empleo y la seriedad de mi historia, que las disposiciones publicadas permiten apreciar que los informes que la motivaron se apartan de la realidad y son algunas veces contrarias a los intereses patrios, presentando al Ejército bajo



vuestra vista con unas características y vicios alejados de la realidad. — Han sido recientemente apartados de sus mandos y destinos Jefes, en su mayoría de historia brillante y de elevado concepto en el Ejército, otorgándose sus puestos, así como aquellos de más distinción y confianza, a quienes, en general, están calificados por el noventa por ciento de sus compañeros como más pobres en virtudes. — No sienten ni son más leales a las Instituciones los que se acercan a adularlas y cobrar la cuenta de serviles colaboraciones, pues los mismos se destacaron en los años pasados con Dictadura y Monarquía. Faltan a la verdad quienes le presentan al Ejército como desafecto a la República; le engañan quienes simulan complots a la medida de sus turbias pasiones; prestan un desdichado servicio a la Patria quienes disfracen la inquietud, dignidad y patriotismo de la Oficialidad, haciéndoles aparecer como símbolos de conspiración y desafecto. — De la falta de ecuanimidad y justicia de los poderes públicos en la administración del Ejército en el año 1917, surgieron las Juntas Militares de Defensa. Hoy pudiera decirse virtualmente, en un plano anímico, que las Juntas Militares están hechas. Los escritos que clandestinamente aparecen en las iniciales de U. M. E. o U. M. R., son síntomas fehacientes de su existencia y heraldos de futuras luchas civiles, si no se atiende a evitarlo, cosa que considero fácil con medidas de consideración, ecuanimidad y justicia. — Aquel movimiento de indisciplina colectivo de 1917, motivado, en gran parte, por el favoritismo y arbitrariedad en la cuestión de destinos, fué producido en condiciones semejantes, aunque en peor grado que las que hoy se sienten en los Cuerpos del Ejército. — No le oculto a V. E. el peligro que encierra este estado de conciencia colectivo en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales con aquellas otras de todo buen



español, ante los graves problemas de la Patria. — Apartado muchas millas de la Península, no dejan de llegar hasta aquí noticias por distintos conductos, que acusan que este estado que aquí se aprecia, existe igualmente, tal vez en mayor grado, en las guarniciones peninsulares e incluso entre todas las fuerzas militares de Orden público. — Conocedor de la disciplina, a cuyo estudio me he dedicado muchos años, puedo asegurarle que es tal el espíritu de justicia que impera en cuadros militares, que cualquiera medida de violencia no justificada, produce efectos contraproducentes en la masa general de las colectividades, al sentirse a merced de actuaciones anónimas y de las calumniosas delaciones. Considero un deber hacerle llegar a su conocimiento lo que creo una gravedad grande para la disciplina militar, que V. E. puede fácilmente comprobar si personalmente se informa de aquellos Generales y Jefes de Cuerpo que, exentos de pasiones políticas, vivan en contacto y que se preocupen de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados.—*Francisco Franco*».



To  
sentía  
dente,  
de su  
dos lo  
sonali  
terror  
ruina  
enjam  
revolu

En  
que d  
blico,

Lo  
se de

El  
de ju

No

del p  
optan  
ción,  
plo, a



## CAPÍTULO VI

### En pleno caos

Todas las advertencias fueron inútiles. El Gobierno se sentía desbordado y, aunque parezca imposible, el Presidente, Casares Quiroga, se complacía en ello. La soberbia de su mezquino espíritu se nutría con la destrucción de todos los valores que superaban el alcance de su escasa personalidad y de su nulo valor moral. La incompetencia, el terror, el fraude, imperaban por doquier. Se consumaba la ruina total del país. Y en su dirección no había más que un enjambre de vanidosos y de corrompidos, al servicio de los revolucionarios que los jaleaban. El caos tenía vía libre.

En el Consejo de ministros del día 6, dice el Gobierno que la situación que se ha creado, respecto al Orden Público, debe ser contada inmediatamente; palabras vanas.

Los comunistas presentan una propuesta para incautarse de los bienes de la nobleza.

El Consejo de ministros estudia en el Consejo del día 10 de julio la nacionalización de los ferrocarriles.

No sabiendo cómo empezar una reconstrucción general del país, cosa que es obligada en un cambio de política, optan por la destrucción, desorganización y descomposición, más fácil que construir y crear. El labrador, por ejemplo, ara el terreno, lo siembra, lo riega y lo cuida; tarda



meses en esta obra creadora; la cosecha se puede recoger en un día. Planta un árbol y, hasta que es grande, pasan años y requiere cuidados; luego, en una hora, lo tiene podado o talado.

La famosa Ley Agraria y, en general, la táctica seguida por el Gobierno, producen el natural desconcierto y pánico en el país, pánico que se refleja inmediatamente en el aumento de parados, que llega a la cifra de 600.000. Dictan la Ley de Parados, que, junto con la de Términos Municipales, arruina por completo la agricultura. Al propietario de fincas rústicas, que con el producto de su cosecha, ya muy depreciado, tenía justo para pagar impuestos y gastos, le cargan sobre ello un número de «asentados»; sastres, barberos, limpiabotas, antiguos cocheros y holgazanes de carrera se lanzan al campo, a conseguir puestos de «asentado», desorganizando la vida agrícola de la nación.

Había personajes de la situación: socialistas, de Acción Republicana o radicales, que sin conocimiento de ninguna clase llegaban a reunir en «enchufes» unas 100.000 pesetas al año. Todo se vendía si se quería comprar. Ocurría en los Ministerios lo que en, otro orden de ideas, dice Sor Juana Inés de la Cruz, que

Unos pecan por la paga  
Y otros pagan por pecar.

Cuentan que a un ministro de Obras Públicas de cierto país americano se le presentó un gran terrateniente, diciéndole: «Si la carretera que va a construirse pasa por mi finca, le daré 100.000 pesos y *no se lo diré a nadie*», a lo que el ministro contestó: «Deme usted 200.000 y *dígaselo a todo el mundo*».



Viene a la memoria esta anécdota contemplando esa nefasta situación de España inmediatamente antes del Movimiento, y también se acuerda uno del epigrama:

En tiempos de las bárbaras naciones,  
De las cruces colgaban los ladrones;  
Pero ahora, en el siglo de las luces,  
Del pecho del ladrón cuelgan las cruces.

Una tarde, en Madrid, se hace correr el rumor de que señores de la mejor sociedad repartían, de acuerdo con el clero, caramelos envenenados a los niños de los obreros; con este absurdo pretexto se vuelven a quemar conventos e iglesias; casas particulares y comercios son asaltados; señoras por las calles son maltratadas de palabra y obra. No se detiene a nadie. ¡Se trata del pueblo republicano!

Se confiscan los bienes de más ordenes religiosas.

Continúan los saqueos por las carreteras, la ocupación de fincas, las huelgas ilegales bajo cualquier pretexto.

En Barcelona son asesinados los hermanos Badía, y en el entierro se desfila con banderas separatistas.

Tan viciada estaba el alma de los españoles, que la Ley de Divorcio produce entusiasmo indescriptible hasta en los grupos sociales más elevados, sin comprender que por encima de lo que dictasen Azaña, Marcelino Domingo y hasta el Ministro de Justicia, De los Ríos, estaban las leyes divinas, que son indestructibles.

La gente, apenada, triste y preocupada por la forma como se desarrollan los acontecimientos refleja a menudo estos sentimientos. En una fiesta flamenca, un gitano improvisa un fandanguillo, diciendo:



Yo tenía una bandera  
De colores sangre y sol.  
Me dicen que no la quiera;  
Yo ya no soy español,  
¡Soy de una patria cualquiera!

Ese gitano presentía claramente cuál era el espíritu comunista de nuestros gobernantes.

Otro gitano, en una procesión en Córdoba, arranca espontáneamente, cantando esta saeta ante las imágenes y las luces de la procesión:

Dios es la eterna bondad;  
Si tan... jorobaos... nos tiene  
Será porque nos conviene,  
¡Cúmplase su voluntad!

Empresas arruinadas, periódicos suspendidos, paro obrero en aumento, déficit presupuestario cada vez mayor, enorme disminución de tributos, pornografía y ataques al Ejército y a las instituciones básicas del país, incendio de iglesias y conventos, productos del campo por los suelos, son la tónica de la vida diaria.

Todas las clases conservadoras, propietarios, industriales, desarmados; en los centros socialistas y casas del Pueblo montones de armas y municiones.

Giras campestres donde se hacían prácticas de tiro.

El Gobierno parecía un barco sin timón, un barco perdido.

Un día tuve que ir a visitar al ministro de Trabajo para tratar con él de una huelga ilegal que teníamos pendiente; después de explicarle el caso, éste me dice: «Tiene usted toda la razón, pero... no se puede luchar contra el pueblo. *Hay que dar carne a las fieras*». ¡Lástima que esta carne tenga que ser siempre inocente!



Uno tras otro, industriales y propietarios del campo van transigiendo con los conflictos que se les presentan, ante la amenaza del Ministerio o Jurado Mixto, salvo una honrosísima excepción, de la que no se puede dejar de hablar al reseñar este período. A raíz de la República, el director y propietario de «A B C», marqués de Luca de Tena, tuvo una larga entrevista con S. M. el Rey, en Londres, entrevista que días después, convertida en interviú, fué publicada en su periódico, siendo este acto de iniciación del resurgimiento del monarquismo en España, después del 14 de abril, el que sirvió para la creación del Partido Monárquico en Madrid, con fines electorales.

La primera reunión dió lugar a aquel motín por las calles de Madrid, en que las turbas, durante varias horas, intentaron entrar en los locales del Círculo, quemaron conventos, iglesias, automóviles y maltrataron de obra a su antojo a señoras y niños por las calles. De resultas de ese motín, el ministro de la Gobernación, que no tuvo la energía suficiente para sofocarlo, sí la tuvo para aplicar una represión «sui generis» por los hechos ocurridos, y como toda medida encarceló durante tres meses al marqués de Luca de Tena. Al salir éste de la cárcel se encontró con que a sus obreros, adictos de siempre, que disfrutaban de condiciones especialísimas de mejoras y aumentos automáticos, y que nunca habían pertenecido a partido político alguno, con trabajo de zapa los habían maleado, y ya todos ellos poseían el carnet de la U. G. T. Pocos días después compareció por la mañana una comisión en el despacho de la Gerencia, para comunicar que había que despedir a un obrero minervista, por estar éste asociado a F. E. El Gerente les contestó que no podía despedirlo por esta sola razón, pues la Ley de Asociaciones autorizaba la libre elección de Sociedades Obreras. A este argumento po-



deroso contestaron que, de no acceder a lo que pedían, se declararían en huelga, como así lo hicieron a los breves momentos. Los Jurados Mixtos tuvieron que declarar la huelga ilegal, pero a pesar de ello, el ministro de la Gobernación apremió repetidas veces a la Empresa la resolución del asunto a favor de los obreros, declarándose pocos días después la huelga general de Artes Gráficas. La energía del patrono hizo que, después de meses, se ganase la huelga por la Empresa, que se admitiesen 400 obreros y quedasen despedidos 500 de los 900 que tenían; así la Empresa pudo seguir trabajando los años 34 y 35, hasta que en 1936, a raíz de volver Azaña al Poder, pretendió entre otras cosas, nada menos que se despidiese a los 500 obreros que habían sido nombrados en sustitución de los anteriormente despedidos, y que se reintegrase a éstos, con una indemnización del jornal íntegro durante todo el período mencionado, lo que representaba unos cuatro millones de pesetas. El marqués de Luca de Tena defendió a sus 500 obreros cuanto pudo, y mantuvo su punto de vista de justicia y prestigio, hasta que, en marzo de 1936, la imposición y la amenaza le obligaron a dimitir del cargo de gerente de su propia casa, y poco tiempo después, por un proceso promovido por Indalecio Prieto, tuvo que salir para el extranjero, donde se entregó por completo a ayudar a la preparación del Movimiento.

Este patrono procedió con la dignidad que se debe en estos casos. Sin embargo, no todos podían actuar así: unos por intereses creados, otros por representar intereses ajenos o por falta de energía y valor, fueron muchos los que tuvieron que llegar a transacciones humillantes, que no servían más que para envalentonar al obrero rebelde y dar prestigio a los sindicalistas, a costa del prestigio patronal y del de la autoridad gubernativa.



Un incidente desagradable más ocurre aquellos días: el gobernador de Oviedo dirige a Calvo Sotelo un telegrama insultante y ofensivo, con motivo de una alusión que éste hizo en la Sesión de Cortes del día 16 de junio. Calvo da cuenta de él al Gobierno, y ante la pasividad del mismo, Ventosa, el día 23, protesta porque no se ha depurado la responsabilidad del gobernador de Oviedo por dicho telegrama, delito previsto en el art. 161. La contestación del Gobierno fué que dicho funcionario negaba la autenticidad del telegrama, pero que, a pesar de ello, había presentado la dimisión, a lo que el señor Ventosa replicó que eso era inaceptable, puesto que la Prensa de Oviedo, al dar cuenta del telegrama, decía: «Por el Gobierno Civil se nos remite copia del siguiente telegrama remitido a Madrid.»

Cada día que pasa se ven más negras las pinceladas de ese cuadro sombrío. Se acaba con las instituciones madres de nuestra Patria, que son su sostén y apoyo. Pero queda una cosa incólume: los valores espirituales; el alma de España, que es indestructible, porque «el alma es sólo de Dios».







## CAPITULO VII

### Rusia da sus instrucciones

Mientras tanto, Rusia daba sus últimas instrucciones para edificar sobre el caos la sucursal hispánica de su dictadura del terror y de la sangre. El documento que las contenía fué llevado simultáneamente a Madrid, en el mes de julio, por técnicos soviéticos, que entraron en España por Irún, Port-Bou, Barcelona y Cádiz. Disponía:

«A. Urgentes acusaciones, aun sin ser actuantes, de elementos directivos de las agrupaciones políticas Falange Española, Nacionalistas de Albiñana, Acción Popular, Radicales, Renovación y Tradicionalistas, y de las Juventudes de las mismas, al Gobierno, Dirección General de Seguridad, Gobernadores y Alcaldes, sin reparo ni titubeo alguno y, si fuera preciso, simulando y falseando concomitancias y relaciones de los acusados con elementos fascizantes. Han de emplearse todos los procedimientos que procure el ingenio de cada «pionier», siendo mejor el logro de la detención de los acusados, para anular así cualquier posibilidad de su actuación. Las acusaciones han de llegar, no sólo a los afiliados y simpatizantes, sino también a los familiares y criados de los mismos, que pudieran sensibilizarse al contemplar las detenciones de los otros. Se exigirá a cada autoridad que las



detenciones sean intervenidas directamente por los milites marxistas, y a los detenidos se les impresionará adecuadamente para que se den cuenta de que la violencia sería extremada «ipso facto» si resultase cualquier acción posterior de actuación propia o de las relaciones de cada uno. para anular así cualquier posibilidad de su actuación.

»B. Reforzar los grupos de choque y vigilancia de cuarteles, dotándose de pistolas ametralladoras a los que aún no las tengan. Enlazados con éstos han de estar los grupos de incursión en los cuarteles, los cuales serán el enlace con el comité de cada cuartel y vestirán de soldados, y mandados por personal efectivo militar de los que se dispone actualmente como incondicionales. Enablada la lucha entre el grupo de choque y el personal del cuartel, el grupo de incursión tendrá fácil entrada, se pondrá en contacto con el comité respectivo y accionará el plan de ataque dentro del cuartel.

»C. Los comités interiores de los cuarteles renovarán cada dos días sus relaciones de personal, clasificándolo mediante los signos y los colores en: enemigos, neutros simpatizantes y adictos. Puesta en ejecución la rebelión, el personal del comité interior, bajo la estricta responsabilidad personal, eliminará rápidamente y sin vacilación alguna a todos los que figuren en la clasificación de enemigo, no olvidando que esta eliminación alcanzará a jefes, oficiales, clases y aun a los soldados. Cada miembro del comité interior tomará sus medidas para llegar consigo, y sin posibilidad de que un extravío lo descubra, la relación de los individuos de cuya eliminación sea ejecutor personal. A los calificados de neutros se les vigilará estrechamente, para que no puedan polarizar su posible reacción en sentido inverso, y procurando que decidan su simpatía por la rebelión. Una vez triunfante la rebelión, estos elementos neutros serán so-



metidos a duras pruebas, para no dejar vivo el peligro de un cambio de conducta, a que suelen tender siempre estos temperamentos poco definidos. Los comités interiores de los cuarteles cuidarán de que los grupos exteriores de vigilancia entren en los locales con el pretexto de auxiliar a la fuerza para contener a la rebelión. Al frente de cada unidad de grupos reunidos figurará el jefe del grupo de entrada, al que todos acatarán sin discutir su calidad ni jerarquía; cualquier discusión sobre este punto, será sancionada sobre el mismo lugar por los dos miembros de ejecución de que dispondrá el jefe de grupo.

»D. Han de considerarse modificados los grupos de ataque y despeje de generales de cualquier matiz, con mando y sin mando, jefes de Cuerpo y coroneles, con mando y sin mando, y también de cualquier matiz. Los ataques a los primeros estarán constituidos por diez hombres. Dos por lo menos provistos de pistolas ametralladoras. Se advierte que estos generales tienen dos ayudantes o secretarios, y por lo tanto ha de procurarse que el ataque sea iniciado dentro del domicilio de cada uno. La eliminación la llevarán a cabo los tres hombres del grupo que sean más decididos, y afectará solamente al general, pero sin reparar ante el menor obstáculo en actuar con cuantas personas se opongan, cualquiera que sea su edad o sexo. El resto del grupo atacante actuará según aconsejen las circunstancias, y siempre obrando con los ayudantes según los datos que tengan de cada uno.

»Los grupos de ataque a los sin mando, pero con residencia en las plazas, estarán compuestos de tres hombres, uno de ellos con pistola ametralladora, y llevará un retén de dos hombres para que la eficacia del ataque sea tangible rápidamente.

»E. Los grupos de ataque a los oficiales que vayan a



incorporarse a los cuarteles, quedarán igualmente, advirtiéndose que como las fuerzas militares fascistas tienen dispuesto el recoger estos oficiales en automóviles con protección, los grupos de nuestras milicias habrán de situarse en sitio estratégico, armados y en automóviles, para atacar lateralmente desde las esquinas los vehículos militares. El fuego se abrirá con pistola ametralladora. El arma corta no se usará más que a corta distancia y para la defensa personal.

»F. Con toda urgencia se activarán las plataformas para la colocación de las ametralladoras en los lugares destinados, a fin de poder atacar con toda energía a cualquier Cuerpo que no se pueda contener antes de salir a la calle. Se tendrán agrupadas las planchas que se han de colocar en cada camión, de modo que sea fácil el ensamblamiento para colocar las ametralladoras y salir las unidades motorizadas a estrangular cualquier resistencia. En estos automóviles se cargarán las bombas de mano que a cada uno se tienen asignadas de dotación.

»G. Las fuerzas a pie de las milicias se situarán conforme a las órdenes del respectivo jefe de grupo, de tal modo que rápidamente puedan ponerse los uniformes y correaes que se tienen preparados, y tomar el armamento largo. Como serán mandados por jefes y oficiales del Ejército, les será fácil confraternizar con los de los Cuerpos que puedan salir de los cuarteles.

»H. Iniciada la rebelión, grupos de milites con uniformes de Guardias civiles o de Asalto, detendrán a todos los jefes de partidos políticos antimarxistas, con el pretexto de defensa personal, pero con ellos habrá de obrarse con arreglo a las instrucciones dadas para el trato de generales sin mando.

»Igualmente grupos uniformados, con pretexto de pro-



tección, procederán a detener a los grandes capitalistas que figuran en el apéndice B de la Circular número 32. Con éstos no se empleará ninguna violencia, si no mediase resistencia, y se exigirá las entregas de los saldos de sus cuentas corrientes de los Bancos y las transferencias de sus valores. Caso de ocultación, se aplicará el trato de eliminación integral, incluso de sus familiares, sin exclusión de ninguno. Convendrá que los grupos uniformados a los cuales se señala esta misión cerca de los grandes capitalistas, lleguen a intimar expresamente y buscar la complicidad de los criados de los mismos. Pueden ser grandes elementos para esto, los chóferes y ayudantes de cámara. Este servicio se llevará a cabo con escrupuloso esmero, para evitar imprudencias, y con castigos ejemplares para escarmiento, adecuados.

»I. Los militares que han de ser objeto de más estrecha y dura vigilancia, son los que figuran como adictos y simpatizantes. Se advierte que este personal llegado a nuestras filas, son elementos de comportamiento indeseable dentro del Ejército, y ha de seguirse la misma táctica que en Rusia, aprovechando primero sus servicios, y luego aplicándoles el trato que a los enemigos, ya que para que nuestra obra permanezca, es preferible un oficial neutro que uno de los que ha sido traidor a su uniforme y luego puede ser traidor a nuestra causa.

»J. Debe activarse la instrucción de movimiento de las milicias, así como la de armas y tiro para la buena disciplina y la eficacia en el manejo de las armas, acostumbrando a cumplir sin vacilaciones la misión que a cada uno se confiara, y haciéndoles ver el peligro que para ello les puede acarrear la traición. Diariamente, y aprovechando la soledad de la noche, se harán explicaciones de las tácticas de calles, para que se acostumbren a esta actuación.



»Las milicias encargadas de defender poblaciones se situarán en las inmediaciones de los lugares de salida para evitar que, derrotado el Ejército, pueda replegarse al exterior. Se situarán los nidos metálicos de ametralladoras mirando a las poblaciones, y al intentar salir las fuerzas se abrirá fuego de fusilería y si, a pesar de ello, intentasen avanzar, se hará uso de las bombas de mano ofensivas.

»Otras milicias se situarán a un kilómetro de las poblaciones principales, con los mismos elementos que los citados anteriormente, así como en camiones blindados armados con ametralladoras, con la misión de impedir por todos los medios la entrada de fuerzas dentro de las poblaciones.

»Estas milicias, próximas y alejadas de las poblaciones, estarán enlazadas con un automóvil ligero, dotado de pistolas ametralladoras, y en la mitad del camino habrá dos ciclistas, por si sufre algún incidente este auto ligero. Asimismo, desde el interior de las poblaciones hasta las milicias contiguas, existirán radios de unión con bicicletas, que les tengan al corriente de cómo marcha la rebelión.»



## CAPITULO VIII

### Asesinato de Calvo Sotelo

Cuando en una batalla el soldado pierde la moral, el ejército sucumbe, y cuando un pueblo pierde la moral, ese pueblo también sucumbe. Ese parecía que tenía que ser el porvenir de España en aquellos días: sucumbía, porque había perdido la moral. Hacía falta algo que la impulsase, que la hiciese vibrar, que los uniese a todos.

Así lo creía el señor Calvo Sotelo, quien paseando con su íntimo amigo señor Bau, le dijo: «Esto va de mal en peor, estoy convencido de que es necesario que me maten a mí para que la gente reaccione, y *si ha de ser así, para el bien de España, ofrezco mi vida gustoso.*»

En la Casa del Pueblo de Valencia, los representantes de la III Internacional ya el 16 de febrero de 1936, habían tomado entre otros, el siguiente acuerdo:

«Encargar la eliminación de los personajes políticos y militares destinados a jugar un papel de interés en la contrarrevolución».

La Masonería, por su parte, tomaba acuerdos semejantes. En la sesión de la Gran Logia de París, establecida en Rue Cadet, 16, celebrada el 8 de julio de 1936, se examinaron las fichas de Albiñana, el gran perseguido de Azaña durante su primer bienio; la del conde de Rodezno,



jefe de los Tradicionalistas; la de Gil Robles, jefe de Acción Popular; y la de Golcochea, jefe de Renovación Española; amén de las de Primo de Rivera, Ventosa y Calvo Sotelo. Copiaremos lo dicho y acordado sobre Calvo Sotelo, el gran patriota a quien todos los verdaderos españoles lloramos: «Calvo Sotelo—dicen—monárquico, exministro de la Dictadura. Hombre de preparación extraordinaria, técnico financiero. Peligrosísimo por su poder de captación de las masas... Se halla relacionado perfectamente con influyentes personalidades extranjeras. Es urgente su eliminación total, para impedir la formación del Frente Nacional, cuya jefatura ostentaría de modo indiscutible. Transmítase esta orden con urgencia a nuestros hermanos de Madrid para su rigurosa observancia. Aprémiese a los H:H:H: Casares Quiroga y Barcia, para su inmediata ejecución.»

Trasladada la orden a la Logia Masónica de la calle del Príncipe, número 12 (Madrid), se aprobó en Tenida Extraordinaria. Los ejecutores no podían estar mejor situados para cumplirla: Casares Quiroga y Barcia eran ministros.

En esta situación, fué cambiada la guardia particular del señor Calvo Sotelo por orden superior, y a los dos días, uno de los recién nombrados, Serrano de la Parte, pidió misteriosamente al diputado a Cortes, señor Bau, una entrevista secreta, acordándose celebrarla en la Cervecería «Chócala», de la calle de Alcalá. Serrano de la Parte le dió cuenta de que su jefe (Aguirre) les había dicho al nombrarles para la escolta, que «no iban a cuidar al señor Calvo Sotelo, sino a vigilarle, y que si se producía un atentado contra él, procuraran no detener a nadie». Bau comunicó esto a Calvo, el cual lo encargó lo transmitiera a su vez al ministro de la Gobernación (Moles), como así lo hizo. No quedando Bau satisfecho, de



la actitud del ministro, se lo comunicó a Gil Robles, y éste a Ventosa. Al día siguiente, el Gobierno, como toda medida de seguridad, acordó trasladar a La Coruña al policía de la escolta de Calvo Sotelo, Serrano de la Parte, que había efectuado la denuncia.

Pocos días después, saliendo de su casa, dice Calvo Sotelo a los suyos: «Haceos la idea de que algún día tendré que dar mi vida por la Patria.»

No hay que olvidar la sesión del 16 de junio, en que Calvo Sotelo contestó a amenazas del presidente del Consejo, Casares Quiroga, con las siguientes frases.

«Tengo las espaldas muy anchas, señor Ministro».

«La vida podéis quitarme, pero más no podéis».

«Es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio».

«No pasaréis».

Así la cosas, el 11 de julio, la diputada gubernamental Dolores Ibarruri «La Pasionaria», dijo desde su escaño (al terminar un discurso Calvo Sotelo): «Este hombre habla por última vez». ¡Ella lo podía saber!

A los dos días, el 13 de julio de 1936, a las tres de la madrugada, Calvo Sotelo era arrancado de su domicilio, a la orden de un equipo de guardias de Asalto, mandado por el capitán Conde Romero. Las últimas palabras en su casa fueron con la institutriz de sus hijos, a quien dijo, en francés, que avisase a sus hermanos de lo que ocurría; la Policía, entonces, le advirtió que debía hablar en castellano.

Mientras bajaban a la calle, un policía decía a otro: «Es muy gordo esto que vamos a hacer», a lo que Conde Romero replicó: «El que ha ordenado esto está en un puesto suficientemente alto para tomar toda la responsabilidad.»

A las tres de la mañana estaban en la Dirección Gene-



ral de Seguridad, ante Alonso Mallol, el hermano de Calvo y otros familiares, para averiguar el paradero de don José. Nada se sabía; la orden de detención no procedía de ese Centro, como habían alegado los guardias. A las siete de la mañana, el Conde de Vallengano dió cuenta al Congreso de lo ocurrido; horas después, los señores Andrés Amado, Sáinz Rodríguez y Luis Calvo Sotelo visitaban al Subsecretario de Gobernación, Ossorio Tafall, el cual contestó con evasivas a las preguntas que se le hicieron: «Ya veremos..., no será nada grave», etc. Al fin dijo que la camioneta número 17 estaba en el cuartel de Pontejos llena de sangre.

Por su parte, el conde de Mayalde y otros amigos realizaron gestiones en otros Centros oficiales, sin resultado satisfactorios.

La noticia corre inmediatamente por la capital. Las gestiones realizadas por otros amigos y parientes para averiguar su paradero son infructuosas; recorren centros oficiales: Ministerio de la Gobernación, Dirección General de Seguridad; nadie sabe nada en concreto. A media mañana se habla de secuestro, pero pocas horas después, a la una de la tarde, se encuentra el cadáver en el depósito del Cementerio de las Ventas (del Este), en las afueras de Madrid.

Son detenidos el chófer de la camioneta número 17, los dos guardias de la puerta de la casa particular de Calvo Sotelo y los que en el cementerio se hicieron cargo del cadáver. El chófer declara que aquella noche durmió en el cuartel de Pontejos hasta las cinco de la mañana. El Consejo de ministros confirma esta noticia.

La misma noche ocurrió algo curioso, que es digno de mención: a las dos de la madrugada, una camioneta de guardias de Asalto sacaba también de su casa a don Fer-



nando Primo de Rivera, teniente de Aviación, y lo conducía a la Dirección General de Seguridad. Dos horas después, otra camioneta iba a su casa a buscarle, encontrándose con que ya se había efectuado la detención. Según parece, el capitán que mandaba la primera camioneta era compañero de promoción de Fernando y, sin duda, enterado de que iba a correr la misma suerte que Calvo Sotelo, se precipitó a detenerlo él, para evitarle la muerte.

A la mañana siguiente, la esposa de Primo de Rivera, acompañada del conde de Mayalde, estuvo en la Dirección General de Seguridad, donde no había manera de ser recibidos, hasta que, alegando aquél su calidad de diputado a Cortes, consiguió ser recibido por Aparicio, en funciones de Jefe Superior de Policía, quien dijo que, efectivamente, estaba en los sótanos de la Dirección General de Seguridad don Fernando Primo de Rivera, escapándosele la siguiente frase: «como esta noche han obrado por su cuenta...».

Fernando Primo de Rivera, entre varias instrucciones, dió las siguientes: Que dirigiera interinamente la Falange don Rafael Galcerán; unas recomendaciones a Luis Ponce de León (Jefe Nacional de Milicias de Falange) y, por último, que deseaba ser trasladado a la Cárcel cuanto antes. El mismo conde de Mayalde hizo la gestión ante el ministro de Justicia, Blasco Garzón, y el mismo lunes, por la tarde, ingresaba Fernando Primo de Rivera en la Cárcel, incomunicado.

Mientras tanto, Casares Quiroga, presidente del Consejo, conferenció extensamente con Martínez Barrio, presidente de las Cortes, y después de la entrevista, este último convocó en su casa a los jefes de minoría del Congreso. El Consejo de ministros se reunió mañana y tarde, y para que no se pudiera decir que no se hacía nada para



mantener el orden, ¡se detuvieron 19 afiliados a Renovación Española!

La minoría comunista acuerda pedir la disolución de la CEDA, JAP, Renovación Española, Tradicionalistas, y, en general, de todos los partidos de Derechas, así como la suspensión de los periódicos «Informaciones», «Ya», «A B C», «Debate» y «Siglo Futuro».

El Gobierno niega la autorización a que se instale la capilla ardiente a Calvo Sotelo en la Academia de Jurisprudencia.

El padre y la esposa de Calvo van al cementerio a ver el cadáver del mártir; el padre besó repetidas veces la cara de su hijo muerto. Se le encontró una fuerte contusión en el pie y una herida de arma de fuego, mortal de necesidad. Fué muerto a tiros en la misma camioneta que le conducía.

El entierro se verificó al día siguiente, a las cinco de la tarde, asistiendo unas 25.000 personas. Una voz sentida y serena se oye, es la voz del corazón de España que se hace escuchar: «No te ofrecemos que rogaremos a Dios por ti, te pedimos a ti que ruegues a Dios por nosotros».

«Y ahora, ante esa Bandera colocada como una reliquia sobre tu pecho, ante Dios que nos oye y nos ve, empuñamos solemne juramento de consagrar nuestra vida al cumplimiento de esta triple labor: imitar tu ejemplo, vengar tu muerte, salvar a España; que todo es uno y lo mismo, porque salvar a España será vengar tu muerte, e imitar tu ejemplo será el mejor camino para salvar a España».

Esta voz de que os hablo está dignísimamente representada por la de don Antonio Goicoechea, presidente de Renovación Española.

Gil Robles dice: «El crimen no ha de quedar impune, pase lo que pase; cueste lo que cueste».



La Mesa del Congreso no puede asistir al entierro, porque se lo impide a todo trance el público allí congregado.

El ambiente patriótico que allí se respiraba lo define admirablemente el marqués de Luca de Tena, en su libro: «A Madrid 682».

«Las frases del mártir y las de Goicoechea corren como por onda clandestina por toda España; no hay ciudad, pueblo ni aldea que no se entere de lo ocurrido y no comprenda la gravedad de las circunstancias, y no hay hombre honrado que no esté convencido de que ese estado de cosas no puede seguir un día más, y con ese optimismo patriótico tan nuestro, sin necesidad de altavoces, todos actúan, todos se preparan: generales, financieros, pueblo, masas, Falange, Requeté, Renovación, políticos, industriales y campesinos.»

Algo más grave se descubre días después: que, de acuerdo con varios ministros, *los partidos obreristas preparan para el 1.º de agosto la instauración del comunismo libertario en toda España*. Ante ese último peligro, hasta los españoles más acomodaticios reaccionaron diciendo: «Hace falta la guerra, para que venga la paz».

«O luchamos como hombres, o morimos como mujeres», y ante ese dilema, se repetía de boca en boca la frase del mártir: «*Prefiero morir con honra a vivir con vilipendio*».

Y en España se reproduce aquellos días el mismo ambiente del 2 de mayo de 1808, que tan bien define López García con estas palabras:

¡Guerra!, clamó ante el altar  
el sacerdote con ira.  
¡Guerra!, repitió la lira  
con indómito cantar.  
¡Guerra!, gritó al despertar  
el pueblo que al mundo aterra;



y, cuando en hispana tierra  
pasos extraños se oyeron,  
hasta las tumbas se abrieron  
gritando: ¡Venganza y guerra!

Gil Robles había regresado el mismo día de Biarritz, en automóvil, y el conde de Rodezno, de Pamplona; se entrevistaron por la tarde reptidas veces en casa de la marquesa de Comillas.

El presidente de las Cortes conferenció con todos los jefes de minorías y les propuso una semana de suspensión de Cortes, a lo que se opusieron Gil Robles, Cid y Ventosa.

El Gobierno reunió la Diputación de las Cortes el día 16, con objeto de pedir un mes más de prórroga al estado de alarma. Asistieron, en representación del Gobierno, los ministros de Estado (Barcia) y Gobernación (Moles) y, en representación de los grupos parlamentarios, los señores Fernández Clérigo, Portela, Ventosa, Vallengano, Gil Robles, Carrascan, Cid, Prieto, Alvarez del Vayo, Araquistain, Recio, López, Pérez Urría, Corominas, Díaz Ramos, Palomo, Vargas, Aizpún, Domingo y Tomás y Piera.

Sobre la ausencia del presidente del Consejo, Casares Quiroga, en la reunión, sobra todo comentario; lo que ello representa de cobardía y falta total de cumplimiento del deber es inculicable.

El conde de Vallengano, con gran entereza, leyó la declaración de la minoría de Renovación Española, en protesta del atentado contra el jefe de la misma, concebida en los siguientes términos: «Bajo el pretexto de una absurda e ilógica represalia ha sido asesinado un hombre que jamás preconizó la acción directa, ajeno completamente a las violencias callejeras, castigándose en él su actuación parlamentaria, perseverante y gallarda, que le convirtió en el vocero de las angustias que sufre nuestra Patria. Este



crimen, sin precedentes en nuestra historia política, ha podido realizarse merced al ambiente creado por las incitaciones a la violencia y al atentado personal contra los diputados de Derecha que a diario se profieren en el Parlamento.»

«Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto. No queremos engañar al país y a la opinión internacional, aceptando un papel de fingir la existencia de un estado civilizado y normal, cuando, en realidad, desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una monstruosa subversión de todos los valores morales, que ha conseguido poner la autoridad y la justicia al servicio de la violencia».

El conde de Vallellano se retiró inmediatamente de la sesión.

Gil Robles, en su discurso, dijo, entre otras, las siguientes frases: «Tened la seguridad de que la sangre del señor Calvo Sotelo recaerá sobre vosotros...».

«Cuanto mayor sea la violencia, mayor será la reacción; por cada uno de los muertos, surgirá otro combatiente. Tened la seguridad, esto ha sido la ley constante de todas las colectividades humanas, de que vosotros, que estáis faguando la violencia, seréis las primeras víctimas de ella... Y, dentro de poco, vosotros seréis en España el Gobierno del Frente Popular del hambre y de la miseria, como ahora lo sois del de la vergüenza, del fango y de la sangre».

El señor Ventosa no aprobó la prórroga del estado de alarma, haciendo constar que su minoría la ha aprobado siempre a todos los gobiernos, pero que no lo hace a éste desde el momento que se declara *beligerante*. A todos, menos a Casares: «por su pasión, por su espíritu,



por las características de su personalidad, más apta para encender la guerra civil que para sofocarla».

El ministro de Estado dice, entre otras cosas: «que no se sabe si eran guardias o no lo eran los que mataron a Calvo Sotelo, y que el Gobierno ha hecho desde el primer momento cuanto podía hacer».

El ministro de la Gobernación dice: «que en cuanto el señor Calvo Sotelo se le quejó de los nuevos guardias, le indicó le diese los nombres de dos, que inmediatamente se los cedería, como así lo hizo».

El 17 de julio se reúne el Consejo de Ministros, acordando convocar sesión de Cortes para el martes 21.

El presidente del Consejo hace gestiones para impedir que los diputados entren armados en el hemiciclo, y para evitar el mal efecto de tener que cachearles, se acuerda que lo realice un representante de cada minoría para todos los de su grupo.

Son puestos en libertad los guardias de la puerta de la casa de Calvo Sotelo.

El conde de Rodezno, José Antonio Primo de Rivera, Gil Robles y Goicoechea tenían que correr la misma suerte que Calvo Sotelo; hubo quien les avisó a tiempo, y Gil Robles se fué a Francia, Goicoechea a una finca de la provincia de Salamanca, y el conde de Rodezno también pudo huir. No así José Antonio, que estaba en la cárcel, y que por causa de ello ha sido posteriormente víctima de las hordas marxistas.

El asesinato de Calvo Sotelo, como él previera, fué el golpe definitivo para un resurgir nacional. Desde las elecciones de febrero, era perdida toda esperanza en los procedimientos parlamentarios y evolutivos, que sostuvieran dentro de la República los partidos moderados: CEDA, Agrarios, Lliga...



No sólo el público había perdido toda esperanza; los mismos dirigentes de aquellos partidos consideraban ya su actuación perfectamente inútil. No había enmienda posible; se corría a carrera desenfrenada hacia el abismo de la revolución comunista, que se estaba preparando a la luz del día, con la complicidad vergonzosa del Gobierno mismo. Las gentes esperaban ansiosas la aparición de un redentor, que fuera la levadura vivificante de sus deseos de liberación; adivinaban, con instinto popular, que sólo el Ejército podía ya llevarles la salvación. Y en él esperaban.

Así fué el júbilo, a la primera noticia del Alzamiento en Africa; el Movimiento esperado estaba en marcha; se cerraba el capítulo triste del derrumbamiento de España, sellado en rojo por la sangre generosa del mártir Calvo Sotelo.

Pero el nuevo capítulo triunfante que se abría es tema ya de la tercer parte de este libro. Cerramos esta primera, relatando unas anécdotas curiosas, que revelan los temores del Gobierno en aquellos momentos, sus esfuerzos para evitar la sanción inevitable. Ante la realidad del Movimiento, el 18 de julio, dimitía el gobierno de Casares Quiroga; Azaña llamaba a Martínez Barrio, y le encargaba la formación de un gabinete, a base de cubrir las carteras de Gobernación, Guerra y Marina con militares de prestigio; se intentaba el mayor engaño: dividir el Ejército y desencuadrar el Movimiento.

Ya el Gobierno de la República conocía la importancia de la figura de Mola en la prevista sublevación del Ejército; se le temía y se deseaba atraerle. Martínez Barrio tuvo la idea de llamar al austero General y separarlo de los demás conspiradores. Se ha recogido la conversación que desde su despacho de Pamplona tuvo Mola con Martínez Barrio en aquella circunstancia memorable. Sobornos y



adulaciones contra la firmeza de roca del temple del General:

«Sí, al habla... El general Mola. ¿Quién es ahí?

—...

—¿Cómo? ¡Ah! ¿Don Diego Martínez Barrio? Le escucho respetuosamente.

—...

—Agradezco a usted mucho, señor Martínez Barrio, las palabras lisonjeras e inmerecidas que le inspiran mi condición y mis servicios pasados. Con la misma cortesía y nobleza con que usted me habla, voy a contestarle. El Gobierno que usted tiene el encargo de formar no pasará de intento; si llega a constituirse durará poco, y antes que de remedio habrá servido para empeorar la situación.

—...

—No lo dudo, pero yo veo el porvenir de distinta manera. Con el Frente Popular vigente, con los partidos políticos activos, con las Cortes abiertas, no hay, no puede haber, no habrá Gobierno alguno capaz de restablecer la paz social, de garantizar el Orden Público, de reintegrar a España y a sus hijos un decoro, un espíritu y una ley desde hace mucho tiempo en ruinas.

—...

—Por lo pronto, me basta recordar a usted que el general Primo de Rivera constituyó el Directorio el 16 de septiembre. A primeros de octubre la nación estaba pacificada.

—...

—No, no es posible, señor Martínez Barrio. Ustedes tienen sus masas y yo tengo las mías. Si yo acordase con usted una transacción, habríamos los dos traicionado a nuestros ideales y a nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos arrastrasen.



—...

—¡Desde luego! Lo tengo previsto. La batalla va a ser ruda, penosa, larga. Pero es el deber.

—...

—¡Mi última palabra!

—...

—Con todo respeto y consideración me despido de usted, señor Martínez Barrio.»

Finalmente, el 19, constituido un nuevo gobierno, el de Giral, le llama el general Miaja, con el que el general Mola sostuvo el diálogo siguiente:

—Me han nombrado ministro de la Guerra y quiero enviar a usted mi primer saludo.

—¿Usted ministro?

—Sí, señor.

—Pues que sea enhorabuena.

—Gracias.

—¿Piensa usted fusilarme?

—No por cierto. Ya sabe usted que lo cuento entre mis amigos.

—¿Recibió usted una carta mía?

—Sí; pero no he tenido tiempo de contestarla.

—Pues hace más de un mes que se la escribí.

—Ya hablaremos...

Poco después llamaba Miaja de nuevo.

—Me dice el Comandante Militar de Vitoria que le ha ordenado usted declarar el estado de guerra. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—Pero ¿es que ha ocurrido algo?

—No ha ocurrido nada.

—Pero si el general de la División no lo ha ordenado, ¿por qué lo ordena usted?

—Porque soy yo el general de la División.





—¿Y el general Batet?

—El general Batet no pinta nada. Soy yo el que asumo el mando.

—¿Pero no sabe usted que hace falta un decreto para eso?

—Eso, mi general, era antes.

—Entonces, ¿usted está sublevado?

—Sí, señor.

—¿Usted?

—Sí, yo, con toda la División.

—Ya me lo podía haber dicho antes.

—Pero si se lo he dicho. Le he preguntado que si pensaba fusillarme. Además, podía usted figurárselo.

El Gobierno sigue comunicando por radio las siguientes noticias:

«Que en el país la vida es pacífica y normal».

«Que el Gobierno y los poderes públicos estaban fortalecidos por la lealtad del Ejército en toda la Nación».

Los diplomáticos, por su parte, comunican a sus respectivos gobiernos noticias en consonancia con las transmitidas por el Gobierno de Madrid, excepto el embajador de Francia, don Juan Herbette, que da cuenta de la gravedad de las circunstancias y de la difícil situación del Gobierno, dadas las guarniciones sublevadas y la fuerza de las masas con que cuentan.

El pueblo es armado ese mismo día; en Madrid, como en Barcelona y Valencia, en los locales de la C. N. T., F. A. I. y U. G. T. se reparten armas a todos los asociados o simpatizantes.

Lo que ocurre en Madrid desde esa fecha lo expone admirablemente el conde de Foxá, en su reciente libro, titulado «Madrid de Corte a Cheka». En él se da uno perfec-



tamente cuenta del triste ambiente que se respiraba en la capital de España después del día 19 de julio.

Días después Madrid queda bajo la suprema custodia del general Miaja, personaje merecedor de un breve comentario.

No se trata de publicar una vulgar biografía, explicando la fecha de su nacimiento, el *afortunado* lugar donde éste tuvo efecto y mucho menos quiénes fueron sus padres. Para conocer al hombre, para dejarlo retratado, bastarán las siguientes anécdotas:

Estaba Miaja en Melilla, con mando en la plaza, cuando decidió hacerse una casa en dicha población. Estuvo pensando cómo podría ahorrarse el importe de los jornales a emplear en dicha obra, y con gran visión y alto espíritu pronto encontró solución al problema: disfrazó de moros a unos cuantos soldados del Regimiento y les tuvo trabajando mañana y tarde. Pronto se enteró el Alto Mando de aquella farsa; una tarde, se paseaba por las calles de Melilla el general Marina, al pasar por delante de dicha obra preguntó afablemente a uno de los presuntos «moros» de qué kábila era; ¡cuál no fué su sorpresa cuando éste le contestó en perfecto castellano: «¡Soy del Octavo Ligero, mi general!» En esa casa sorprendió el Movimiento Nacional a toda la familia de Miaja, que después fué objeto de canje.

El mismo personaje era años después general de la Brigada de Madrid, y sus pabellones particulares estaban en el mismo edificio que la Brigada; el consumo de carbón y electricidad (sobre todo en invierno) le resultaba a fin de mes una cantidad apreciable. También esta vez supo resolver el problema: instaló una línea directa entre la Brigada y sus pabellones, y con la corriente de aquella se suministraba la fuerza de su casa: cocina, calefacción y luz.



No se tardó tampoco en descubrir el truco, al ver los jefes de Contabilidad de la Brigada el considerable aumento del consumo mensual.

Gil Robles, a la sazón ministro de la Guerra, lo destituyó, intentando Miaja presentar una reclamación oficial en el Parlamento, de lo que le hicieron desistir sus propios compañeros de la Brigada, advirtiéndole que, de insistir en sus propósitos, darían publicidad a dichas confusas actuaciones.

Al volver Azaña al Poder, fué Miaja nombrado jefe de la División de Madrid, *como premio a su actuación pasada*. Así eran los hombres de la República.



## SEGUNDA PARTE

---

### GÉNESIS DE LA RESURRECCIÓN

---

#### CAPITULO IX

#### **Los primeros tanteos**

La generación espontánea no existe en este mundo. El grito redentor que diera Franco el 18 de julio en Africa, y que abría a la esperanza el corazón de todo el pueblo español, tenía necesariamente su gestación, larga, difícil, dolorosa...

Un período de preparación y de tanteos había precedido a aquel grito. El lector seguirá con interés creciente el hilo de esta historia, paralela a la del derrumbamiento, que escribieron los gobiernos de aquella República de tan triste memoria para España. Es la historia, en gran parte oculta, de la precursión.

\* \* \*

El 11 de mayo de 1931, como consecuencia y so pretexto de una reunión que los monárquicos pretendieron celebrar en Madrid, inaugurando un centro en la calle de



Alcalá, se produjeron en toda España (excepto Cataluña, por razones especiales) manifestaciones callejeras, con la correspondiente quema de conventos e iglesias y con el «placet» del Gobierno; en las provincias donde el Gobernador se opuso, no ocurrió nada.

En Cádiz, por ejemplo, la quema de conventos se inició con verdadera saña. Varela, jefe del Regimiento de Infantería de la Base Naval, ante ese espectáculo, llamó al Gobernador civil Labandera, para preguntarle qué actitud adoptaba, a lo que el Gobernador le contestó que él estaba a la expectativa, y que no se debía hacer nada hasta que el Gobierno decidiera. Varela montó en cólera, fué al cuartel, hizo salir sus fuerzas, y él delante de ellas recorrió las calles de Cádiz, hasta que, delante de una iglesia, se enfrentó con las turbas. Cinco minutos les dió de plazo para que se disolvieran, y después de simular una carga, recobró Cádiz su tranquilidad habitual, salvando con este gesto el entonces coronel Varela todas las iglesias de la ciudad. Varela fué por este acto amonestado por el Gobierno de la República; pero realizó el primer gesto militar contra el abandono y la impericia del gobierno rojo.

Viendo el cariz que tomaban las cosas en España, emprendieron los elementos que deseaban la vuelta del antiguo régimen una labor de recaudación de fondos, y en quince días llegaron a reunir cerca de millón y medio de pesetas.

El proyecto preparado consistía en una organización de trabajos, distribuída en la siguiente forma:

1. Creación de una entidad de Estudios, que recogiera y divulgara textos de grandes pensadores sobre la legitimidad de una sublevación, para lo cual se creó «Acción Española» en 15 de diciembre de 1931;
2. Preparación de ambiente en el Ejército, a la cual



ayudaron desde el primer momento algunos generales, por si era preciso un alzamiento anticomunista; y

3. Creación de un partido con plena legalidad, cuando menos aparente, que justificase reuniones, suscripciones y enlaces.

Consultada la más alta personalidad residente en el extranjero sobre este último extremo, en principio se negó a ello, entendiendo que no convenía tomar resolución de esta clase hasta que no se viera cómo se orientaba la CEDA, de reciente creación. Pero, ante nuevas gestiones, y teniendo en cuenta la necesidad de algo que justificase reuniones, etc., con este sólo fin y objeto, asintió quien tenía forzosamente que aprobarlo; los comisionados regresaron con una carta de dicha personalidad, autorizando el plan total, pero con la sana observación de que se evitara a todo trance que el partido político que se iba a crear tuviera el menor choque con los otros partidos afines, y que la función de carácter político tuviese únicamente la actividad indispensable para justificar su existencia.

\* \* \*

En diferentes ocasiones, la gente, desconocedora de esas gestiones, se preguntaba: «¿Qué hacen las milicias y los militares?», y ellos no respondían a esa pregunta, porque la contestación hubiera equivalido a una autodelación. No obstante, a 1.º de junio de 1931, ya los generales Ponte, Cavalcanti y Orgaz (si no recuerdo mal), celebraron reuniones con personas civiles y militares: Vegas, marqués de Quintanar, Arcentales, Fuentes Pila, etc., en las casas particulares de Pardo Bazán y Arcentales, en Madrid, pa-



ra tratar de las posibilidades de un movimiento anticomunista. Viajes a Santander, Sevilla y Valencia; reuniones en esta última población con el marqués de Villores, consultas en el extranjero, etc.

\* \* \*

Apremiantes ruegos de los señores antes mencionados: marqués de Las Marismas, Vigón, etc., a los que se unieron los de Calvo Sotelo, Yanguas Messía, Sáinz Rodríguez, barón de Viver y otros más, en la capital francesa el 29 de septiembre de 1932, en una histórica reunión celebrada en el domicilio de la vizcondesa de la Gironde, y a la que asistió, presidiéndola, el propio Alfonso XIII, hicieron que quedara encargado del Partido Monárquico Español don Antonio de Goicoechea, y que se llevase a la práctica el plan concebido. Dicho señor, al regresar a España con motivo de la muerte de su esposa, fué detenido en la frontera y conducido a la Cárcel Modelo, y luego a la de Gijón, donde ingresó el 13 de octubre de 1932; en ella permaneció poco más de un mes, y al salir de la misma empezó, con los señores conde de Vallengano, Yanguas Messía, Fuentes Pila, marqués de Las Marismas, Eliseda, etc., la preparación del plan trazado.

\* \* \*

Faltaba en este vasto proyecto un partido que preparase las masas a la lucha, e inmediatamente aparecieron quienes cumplieran con esa misión.

No habíamos llegado todavía al año 1930, cuando Ledesma Ramos y Jiménez Caballero, sin duda temerosos de lo que pudiera sobrevenir, fundaron un periódico tipo



fascista, titulado *La Conquista del Estado*. El 13 de junio del 31 aparecía en Valladolid el periódico *Libertad*, hablando ya desde su primer número del «genuino movimiento revolucionario», de la «revolución social», «disciplina y audacia», «por España grande, por España verdaderamente libre, ¡a la lucha!». En sucesivos números va diciendo este periódico:

«Pedimos, pues, la revolución social, para que todo hombre apto encuentre trabajo dignamente remunerado, para que nadie se vea privado de la posibilidad cierta de elevar su condición según sus medios, y para que el campo—que es España—sacuda las cadenas de la hegemonía burguesa.»

«¡Castilla salvará a España! ; ese es el grito de la nueva revolución.»

«Luchar hoy por salvar a España es luchar por su independencia.»

«Los ricos debenn ir delante en esta guerra patriótica.»

«El sistema del porvenir será fatalmente obrerista o de justicia social.»

«O comunismo antinacional y sanguinario, o sindicalismo nacional y cristiano.»

«Elija a tiempo la burguesía de qué lado le conviene caer.»

«Dígame si no es llegado el momento de la guerra cierta, en la que se mata y se muere por el ideal».

«Es la guerra por la conquista de los entendimientos: la *propaganda*.

»Y hay otra, *ya indispensable*, porque el comunismo y el anarquismo, como se sabe, no luchan sólo con frases y discursos: la lucha física, *¡la guerra civil!*...

»Para una y otra, cada uno debe dar lo que tenga y po-



nerlo sin reparo en manos de los suyos. *En la guerra todos los compañeros de milicia somos hermanos; todo es de todos los que luchan.*

*«Es necesario disponer de todo para la guerra, y darlo pronto para que sea menos costosa la lucha y la victoria más segura.»*

«¡II de abril de 1932!»

¡Viva España una!  
¡Viva España grande!  
¡Viva España libre!  
¡Abajo el marxismo!»

*«Esta es la hora de acudir al arma. Abandonad por el tiempo que la Patria lo pida vuestro confiado vivir, y alejaos rápidamente de la divertida e inconsciente sociedad que ha permitido esta abyección nacional.»*

*«Demos la mano, con soberbio aliento de castellanos de fe y hambrientos de conquista, a la otra mitad secular de la cristiandad europea, erguida en número de millones para la gran Cruzada».*

Así van preparando los precursores de la Falange al pueblo en la idea de la revolución, del sacrificio, de la guerra, de las penas, de la lucha por la salvación de España.

\* \* \*

A fines de mayo de 1932, en el domicilio de una dama, sito en la Avenida de la Plaza de Toros, de Madrid, se reunieron por primera vez, ya anochecido, los generales Franco, Sanjurjo, Varela y Goded; cenaron allí y estuvieron reunidos hasta altas horas de la madrugada.

¿De qué trataron en aquella reunión tan misteriosa?



Por noticias recibidas de diferentes conductos se puede asegurar que se trató extensamente de la situación de España, de una posible intentona comunista y de las medidas a adoptar en este caso concreto. El acuerdo fué unánime, y el plan quedó perfectamente trazado: irse preparando con objeto de impedir un golpe comunista; no precipitarse, pero tampoco dejar adelantarse al enemigo.







## CAPITULO X

### El golpe fallado de Agosto

En esa misma primavera del 32, unos cuantos patriotas, completamente desconectados de los generales antes nombrados, sin contar tampoco ni con los falangistas ni con los tradicionalistas, estudiaron la manera de dar un golpe de fuerza, *por su cuenta y riesgo*. Hicieron una compra de armas en el extranjero, y en una avioneta las descargaron en la Sierra de Urbasa (Navarra); ¡pocas armas podrían transportarse en una avioneta! Sanjurjo, que formaba parte de la conspiración, en sus constantes viajes por España como Director General de la Guardia civil, pudo darse cuenta de que ni el pueblo ni las guarniciones estaban para eso, y así se lo manifestó repetidamente a sus compañeros. Pero ellos, a pesar de todo, a primeros de agosto de 1932 decidieron dar el golpe de fuerza.

La preparación del movimiento fué llevada a cabo por personas mucho más impulsadas por el corazón que por la cabeza. La organización del mando central era defectuosísima y la indiscreción de ellos fué algo inexplicable; meses antes era ya de dominio del vulgo que se preparaba algo.

Era el 10 de agosto de 1932 por la noche. Estaba ca-



sualmente en Francia, y a última hora me sorprendieron unas declaraciones del entonces ministro de la Guerra en España, Azaña, quien al salir de la sesión de Cortes, y contestando a unas «buenas noches» de un periodista, dijo: «No sé si serán muy buenas, porque la juventud parece que quiere estropearlas; pero, veremos». Sin duda el Gobierno estaba al corriente de lo que se preparaba, porque en bares, cafés y teatros era donde se reunían y tomaban acuerdos *algunos* de los conspiradores. ¡Cuánta gente había oído desde su mesa del café todo el plan del golpe de Estado, expuesto por un contertulio de la mesa de al lado.

A la mañana siguiente se confirmaba la noticia de un movimiento *monárquico* como lo calificó el Gobierno; me apresuré a regresar a España, y ya en la frontera, carabineros que me conocían me dieron cuenta del fracaso del golpe en Madrid, y de haber triunfado en Sevilla el general Sanjurjo. Una vez en San Sebastián, y posteriormente en mis conversaciones con los jefes del movimiento, pude conseguir datos interesantes de lo que ocurrió aquellos días.

En Madrid se constituyó, en casa del marqués de Molins, el puesto de mando de los generales que dirigían el movimiento; todos vestidos de paisano, y algunos de ellos sin salir de allí en toda la noche; los generales Fernández Pérez y Calvanti recorrieron las calles a últimas horas; una serie de gentes, en casas particulares, se reunieron también a cumplir sus objetivos, y desde cada una de ellas se trasladaron, uniformados y armados, unos a tomar el edificio de Correos y otros al Ministerio de la Guerra; muchos fueron los que se «rajaron» a última hora, y sólo trece llegaron a las puertas traseras del Ministerio, donde se encontraron con la desagradable sorpresa de que habían cambiado la guardia que les era adicta, teniendo que renun-



ciar a sus propósitos. Algunas víctimas hubo que lamentar: entre otras, don Justo San Miguel y Martínez Campos, muerto en la Plaza de la Cibeles, a traición, por el capitán Meléndez. Exteriormente eso fué todo lo que ocurrió en Madrid.

El general Barrera salió, en el avión de Ansaldo, para Biamitz, aquella madrugada, dándolo todo por perdido, y desde allí se fué a los dos días a Sevilla con la idea de ayudar a Sanjurjo; pero al llegar a Tablada, éste ya se había rendido, y Barrera tuvo que salir de nuevo para evitar que le detuviesen.

De los generales comprometidos, algunos, como Cavallanti, fueron detenidos, y los demás pudieron esconderse o pasar inadvertidos.

¿Fallaron las guarniciones o es que nunca estuvieron de acuerdo? ¿Cómo se perdió tan rápidamente esa tentativa? ¿No había elemento civil comprometido? ¿No entró en el complot el Partido Radical? ¿Y Acción Ciudadana?

Muchos motivos pueden haber influido en el fracaso: falta de preparación, precipitación, indiscreción; deficiencias en el mando central, según reconoció el propio general Sanjurjo; falta de aviso a muchos que de antemano estaban comprometidos; lo que está fuera de duda es que el país no estaba aún preparado para una guerra civil y que faltaron a esa empresa, además, preparación y ambiente. También dijeron, incluso los propios conspiradores, que algunos elementos que la dirigían tuvieron especial empeño en ser pocos, creyendo ser suficientes, y tal vez alguno con miras interesadas. Descarto toda hipótesis de que el general Sanjurjo entrase en esa maquinación indigna e impropia de ese hombre todo corazón, patriota y modesto, que fué llevado a esa empresa, como diré, completamente a la fuerza. Esto explicaría, no obstante, la ausencia en aquel movimien-



to de los generales Franco, Mola, Fanjul Queipo, Saliquet, Monasterio, Varela, Dávila, héroes del actual Movimiento Nacional; ello explicaría también que el propio general Cabanellas fuera quien hiciese detener a Sanjurjo, y que los hijos del general Primo de Rivera desconociesen por completo el plan trazado, como así me lo reconoció Miguel Primo de Rivera cuando estuvimos unas horas detenidos en la Dirección de Seguridad en San Sebastián.

De lo ocurrido en provincias, únicamente lo de Sevilla tiene interés.

Sanjurjo estaba en un restaurant de la Cuesta de la Reina, próximo a Madrid, la noche del 10, tomando el fresco con unos amigos, cuando fueron a buscarle y rogarle fuese inmediatamente a Sevilla; él se negó, en principio, pues, como he dicho antes, en sus frecuentes viajes por España no había visto ambiente favorable a ello, a pesar de sus constantes requerimientos; pero insistieron tanto, que al fin se dejó tentar y salió con su hijo Justo y su ayudante, el teniente coronel Infantes.

Llegó a Sevilla de madrugada, y a las pocas horas dominó la ciudad, sin que hubiese que lamentar una sola víctima. Ejército, Guardia Civil, Policía, pueblo y hasta la Guardia de Asalto estaban a su lado incondicionalmente. En el curso de aquella mañana publicó el Manifiesto, en el que explicaba los móviles de aquel alzamiento.

Al atardecer cambió la cosa completamente de aspecto: las noticias de la Radio, dando cuenta del fracaso en Madrid, así como en las demás provincias, desanimaron a la gente, hasta que, al fin, en la madrugada del 11, el coronel Rodríguez Palanca, como jefe más antiguo de la guarnición, en vez de cumplir las órdenes de combate contra las fuerzas que venían de Madrid, se presentó al



general Sanjurjo para decirle, en nombre de la guarnición, que ante la gravedad de las circunstancias se negaba a seguirle. Pocos detalles se pueden dar de la conversación entre el General y el Coronel: se dice que la impresión de desprecio y asco que produjo en Sanjurjo la traición de los que se habían juramentado seguirle, hizo que allí mismo, o en el Parque de María Luisa, momentos después, se quitase el fajín, símbolo de mando. Ante ese espectáculo salió de Sevilla con el general García de la Herrán, su hijo Justo y su ayudante, el teniente coronel Infantes, en automóvil, seguidos de otro con Guardia Civil, camino de Huelva. Llegado a las proximidades de la ciudad, a eso de las seis de la mañana, una pareja de Seguridad los detuvo, saliendo aquella misma mañana para Madrid, custodiados por la Guardia Civil; ingresaron a las ocho de la noche en la Dirección General de Seguridad, y luego en Prisiones Militares, siendo juzgados por la Sala Sexta del Tribunal Supremo.

Desde Sevilla envió el general Sanjurjo un enlace al coronel Varela, en Cádiz, dándole cuenta de la sublevación; dicho enlace apareció en el cuartel cuando Varela estaba reunido con las autoridades, y a pesar de ello le pasó el recado en forma tan indiscreta e inoportuna, que quedó delatado. Las autoridades civiles no tardaron en comunicárselo al Gobierno, que acordó la detención de ese ilustre militar; quien pasó a Prisiones Militares en Guadalajara, después a Sevilla, y al final a Cádiz, donde fué absuelto después de ocho meses de prisión.

El hecho de que militar del prestigio de Varela no estuviese enterado a su debido tiempo del alzamiento, es una prueba más de la mala organización con que se llevó éste a cabo.

Las diligencias del juicio contra Sanjurjo sumaron



unos 200 folios. Rodea a este asunto una campaña de prensa (gubernamental) pidiendo: ¡energía, justicia, ejemplaridad! El defensor, Bergamín, desplegó gran habilidad, alegando que en la rebelión hay cuatro grados: conjuración, tentativa, delito frustrado y delito consumado; no pudiendo aplicarse este último a Sanjurjo; recogió los antecedentes del General y sus méritos ante España y ante la República, y declaró que ese golpe no fué contra el Régimen, sino contra el Gobierno y las Cortes. Lo calificó de usurpación de atribuciones, y por tanto, merecedor de reclusión temporal.

El 24 de agosto se celebró la vista, a las ocho en punto de la mañana, en el Salón de Plenos del Supremo, donde escasamente pudieron estar presentes un centenar de personas; grandes precauciones dentro y fuera del Palacio de Justicia.

Sanjurjo reconoció que no iba contra la República, sino contra el Gobierno.

El Fiscal, en su informe, reconocía el valor de los acusados; Sanjurjo había prestado grandes servicios a la Nación; le impresionaban las altas condecoraciones que poseía; pero las virtudes militares son: valor, honor y patriotismo; la acción de Sevilla había privado a sus autores de las dos últimas. Lo calificó de delito de sedición, militar, pidiendo la pena de muerte para Sanjurjo y reclusión perpetua para los demás.

García de la Herrán dijo: «El mayor honor para mí consiste en seguir la suerte de mi general; así como una desdicha y una infamia estar en mi casa, mientras él corría riesgos por los que colmaba de beneficios al país. Estuve prisionero de los moros, y varias veces me pusieron al pecho la boca de los fusiles para matarme... pero jamás me insultaron. Hoy se dijo aquí que nosotros no tenemos ho-



nor... ¿Que no tenemos honor? Agradezco a mi ilustre defensor sus esfuerzos; mas ya nada me importa la pena. el mayor castigo nos ha sido impuesto hoy al negarnos nuestro honor.»

A las dos de la tarde terminaba la vista del proceso, y a las once de la noche el Fiscal de la República notificaba oficialmente a la Prensa la sentencia: pena de muerte para Sanjurjo: reclusión militar perpetua a García de la Herrán, doce años y un día de reclusión temporal para el teniente coronel Infantes.

El Consejo de ministros se reunió a las diez de la mañana; a la una de la tarde continuaba el Consejo en Palacio, bajo la presidencia de Alcalá Zamora, y a la salida sólo se dijo que el Consejo había acordado separar del Ejército al capitán Sanjurjo.

Gestiones particulares en pro del indulto: hasta la inquieta madre de Fermín Galán hizo gestiones en ese sentido. Sanjurjo, por su parte, sólo pidió que le diesen dos horas, antes de ejecutar la sentencia, para arreglar sus asuntos familiares.

Por la tarde hubo otro Consejo de ministros en Palacio, y al salir de él, Azaña fué a casa del Presidente de la República, proponiéndole la conmutación de la pena de muerte por la de reclusión perpetua. A la mañana siguiente (26 de agosto de 1932), ingresaba Sanjurjo en el penal del Dueso, con el número 52, vestido de penado. Así se trataba al general cuyos ascensos habían sido *todos* por méritos de guerra y que, según el propio fiscal, «había prestado grandes servicios a la Nación».

Los encartados de Madrid fueron despóticamente tratados por Casares Quiroga, entonces ministro de la Gobernación, y deportados la mayoría a Villa Cisneros en el «España número 5». La impresión que produjeron esos



deportados entre los naturales del país la da la anécdota siguiente: Pocos meses antes había enviado Casares Quiroga a Villa Cisneros unos anarquistas, a los que previamente había confinado en Bata. Al ver ahora el porte y la condición de los nuevos castigados, la población indígena no salía de su asombro. ¡Duques, marqueses, jefes ilustres del Ejército! ¿Cómo explicarse aquello? Uno de los primeros días se acercó al coronel Serrador un moro cetrino, preguntándole:

—¿Tú ser coronel?

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Yo, saber, coronel! Pero Gobierno España estar tontón. Primero mandar gente mala, sucia, pobre, bruta, por no querer República. Ahora mandar gente buena, barriga grande, mucho dinero, gran cabezas de talento, por no querer República. Y yo preguntar: ¿Quién... ¡puñales!, querer en España la República?

En fin, otros fueron detenidos en Madrid mismo; entre ellos el propietario de la casa que fué utilizada como puesto de mando, marqués de Molins, y toda su servidumbre. Días después, dada su avanzada edad y haber caído enfermo, se le autorizó a trasladarse a su domicilio, negándose a ello hasta tanto que no se dejase igualmente en libertad a sus servidores.

¡Bonito gesto de un Grande de España!

A pesar de sus errores de oportunidad y táctica, el tiempo ha demostrado que fueron esos bravos muchachos la verdadera vanguardia de los centenares de miles de voluntarios que hoy luchan por la salvación de España.

No queda más que inclinarse ante los muertos del 10 de agosto; ante los que tuvieron que soportar los sufrimientos del destierro; ante los que fallecieron en él por falta



de cuidados médicos; ante los que de ellos, y por ostentar este título, han sido fusilados por los marxistas de la zona roja, especialmente en Madrid; en fin, ante los que han muerto en el campo de batalla en defensa de los mismos ideales por los que se alzaron en esa noche del 10 de agosto de 1932, pero ahora con más fortuna y médicos.







## CAPITULO XI

### **Otros tanteos: monárquicos y requetés**

Nuevas gestiones se hicieron tiempo después con un plan muy amplio; se consultó a todos los partidos de Derecha casi sin excepción; incluso se llegó a hablar con Aguirre, por mediación del P. L.... sobre la actitud de los nacionalistas vascos y, según mis noticias, no distaron mucho las pretensiones de los unos de las de los otros. Un general llegó a entrevistarse con Aguirre en Zarauz, y en esa ocasión quedaron rotas definitivamente las negociaciones.

\* \* \*

Fué el año 1933 de gran actividad política en relación con la preparación del Movimiento Nacional; dentro de él se pusieron no pocos jalones a la magna obra del resurgimiento de la Patria.

Acción Española creó una revista de tipo doctrinal, dirigida por don Ramiro de Maeztu, que en poco tiempo alcanzó gran autoridad, tanto en España como en el extranjero, y organizó ciclos de conferencias a cargo de las más relevantes figuras de nuestra intelectualidad, que ad-



quhirieron merecida resonancia, fijándose en toda esta labor las ventajas de la institución monárquica.

Ostentaba Goicoechea la representación del Movimiento en el extranjero.

Para cumplir el segundo punto de los tratados en la reunión de París antes citada, o sea continuar la acción militar, se nombró, como persona de confianza, a un jefe del Ejército, quien se encargó de la propaganda entre los militares, para prepararse para un posible movimiento anticomunista. Su labor, callada y lenta, dió por resultado la constitución de la *Unión Militar Española*, en la que ingresaron numerosos jefes y oficiales, bajo la dirección suprema del general Sanjurjo. Esta institución, que fué en sus comienzos apoyada por elementos de Renovación Española, más que nada, sirvió de enlace entre los militares entre sí, y de éstos con la Falange y los Requetés.

Al fin, el 12 de enero de 1933, se dió cumplimiento del tercero de los acuerdos aludidos, creándose el partido de Renovación Española.

En el mes de abril de 1933, salió de la cárcel de Cádiz, el coronel Varela, después de ocho meses de prisión. Ya desde ella, en su celda, dedicó no pocas horas a estudiar la gravísima situación de España, donde el Ejército estaba cada día más desmembrado, sin cohesión de ninguna clase y sin espíritu para poder contar con él en un momento dado. Una mañana empezó a pensar en elementos civiles en que apoyarse, para el caso en que se hiciera imprescindible un golpe de fuerza anticomunista, y acudieron a su mente los Requetés navarros. En la prisión de Guadalajara celebró ya diferentes reuniones con los señores conde de Rodezno y Fal Conde, y al salir de ella, empezó a recorrer caseríos navarros, donde en los graneros se instruían cientos de muchachos, y se iban encuadrando en forma ad-



mirable. Unas veces vestido de cura y otras de aldeano, Varela consiguió hacer infinidad de gestiones, sin ser advertido por las autoridades. Así empezó la movilización de los tercios del Requeté, cuyo objetivo inicial era encuadrarse con tropas regulares para mayor garantía de éstas.

Una vez nombrado Varela general, se creyó más conveniente, para evitar fuese descubierto, sustituirlo por otro, y así se hizo, continuando su labor el teniente coronel Rada. Muchos requetés fueron a Italia y a Túnez a hacer instrucción y a aprender el manejo de las bombas de mano. Se hicieron compras de armamento, cuyas negociaciones llevó a cabo en el extranjero, especialmente en Amberes, el general Ponte.

\* \* \*

Muchos de los elementos que en 1931 formaban el partido Centro-Constitucional, comprendiendo todo lo que se avecinaba en España, empezaron a pensar en otros caminos para la definitiva salvación de España: Sáinz Rodríguez, Sangróniz, etc., además de la cooperación que prestaron a Acción Española. en 1933 fundaron la OLSA, Sociedad Anónima, y bajo el pretexto de estudios legales sobre Ley Agraria, celebraban reuniones preparatorias de un movimiento, frecuentando aquellos locales los señores José Antonio Primo de Rivera, conde de Rodezno, Goicoechea, Ruiseñada y Arredondo (que representaba a José Antonio Primo de Rivera), etc

También en casa del señor Sangróniz (Castellana, 9), se celebraban otras entrevistas entre los generales Varela, Mola, Orgaz, etc.



Ri  
des  
tid  
la  
de

pis  
cio  
An  
mu  
tuv  
Cat  
dar  
con  
del

de  
Jan  
An  
Leo  
en



## CAPITULO XII

### **La Falange Española**

Sería a primeros de año cuando José Antonio Primo de Rivera, en sus tertulias literarias, empezó a exponer sus deseos de intervenir activamente en la creación de un partido, dada la orientación que acusaban los gobiernos de la Nación, y celebró reuniones encaminadas a la fundación de lo que después fué la Falange Española.

El 4 de octubre de 1934 se reunió en Madrid, en un piso de la calle de Riscal, número 3, el primer Consejo Nacional de Falange Española, bajo la presidencia de José Antonio Primo de Rivera, y actuando de secretario Raimundo Fernández Cuesta. Mientras se celebraba la reunión, tuvieron noticias del levantamiento comunista de Asturias, Cataluña, etc. Acordóse que cada representante se trasladara a su respectiva provincia para establecer inmediato contacto con sus afiliados y ponerse inmediatamente al lado del Poder constituido.

El día 7 por la mañana, una vez conocida la rendición de la Generalidad, todos los reunidos, en el Círculo de Falange (unas 100 personas), yendo al frente de ellas José Antonio Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Fernández Cuesta, Ledesma Ramos y el teniente coronel Rada, se dirigieron en manifestación al Ministerio de la Gobernación, para



ofrecerse al Gobierno; en diferentes puntos del trayecto fueron detenidos por las fuerzas de Seguridad y Asalto, pero una vez explicada su finalidad, les autorizaron a continuar.

Un perturbado, sin duda, se enfrentó con ellos, y con el puño en alto gritó: «¡Viva Rusia!» La gente fué a echarse sobre él; pero, al darse cuenta de ello José Antonio, le abrazó para protegerle. Una vez en la Puerta del Sol, ante el Ministerio, José Antonio, en nombre de la Falange, y rodeado de unas 2.000 personas, dirigió unas palabras al presidente del Consejo, don Alejandro Lerroux, quien desde el balcón del Ministerio las agradeció en nombre del Gobierno.

El domingo 29 de octubre de 1933 se celebró un mitin en el Teatro de la Comedia, de Madrid, en el que intervinieron los señores José Antonio Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Valdecasas. Allí expusieron todas las consideraciones que les inducían a creer en la conveniencia de realizar gestiones encaminadas a crear la gran Falange Española.

Por su parte, el triunvirato de las JON-S convocó a Consejo Nacional para los días 12 y 13 de febrero del año siguiente, quedando en esas fechas realizada la fusión entre Falange Española y las JON-S, constituyéndose F. E. de las JON-S, bajo el mando supremo de José Antonio Primo de Rivera.

Este llevaba a cabo con entusiasmo la organización de Falange Española, y mantenía el calor de sus afiliados a base de propaganda de todos órdenes, y de las siguientes publicaciones: «Revolución», «Fascio», «FE», «Arriba», «Libertad», «Combate», «Unidad», «Patria Sindicalista», etcétera.

Los dieciséis puntos capitales, para cuyo triunfo reque-



ría la colaboración de todos los españoles, fueron redactados en las oficinas de la OLSA; eran los siguientes:

1.º Afirmación rotunda de la unidad española. Lucha implacable contra los elementos regionales sospechosos de separatismo.

2.º Vigorización nacional; imponiendo a las personas y a los grupos sociales el deber de subordinarse a los fines de la Patria.

3.º Máximo respeto a la tradición católica de nuestra raza. La espiritualidad y la cultura de España van enlazadas al prestigio de los valores religiosos.

4.º Expansión imperial de España; reivindicación inmediata de Gibraltar; reclamación de Tánger y aspiraciones al dominio en todo Marruecos y Argelia. Política de prestigio nacional en el extranjero.

5.º Suplantación del actual régimen parlamentario, limitando las funciones del Parlamento a las que le señale e indique un Poder más alto. Este poder se basará en las milicias nacional-sindicalistas, y en el apoyo moral y material del pueblo.

6.º Ordenación española de la Administración pública como remedio contra el burocratismo extranjerizante.

7.º Exterminio, disolución de los partidos marxista, antinacionales. Las milicias suplantarán a ese respecto a la inacción de los Poderes que hoy rigen, quebrantando su iniciativa la fuerza de aquellas organizaciones.

8.º Oponer la violencia nacionalista a la violencia roja. Acción directa al servicio de la Patria.

9.º Sindicación obligatoria de productores; declaración de ilegalidad de la lucha de clases. los sindicatos obreros vendrán obligados a colaborar en la Economía Nacional, para cuyo objeto el Estado Nacional-Sindicalista se reserva el control de su funcionamiento.



10.º Sometimiento de la riqueza a la disciplina que impongan las conveniencias nacionales, esto es, la pujanza económica de España y la prosperidad del pueblo.

11.º Las corporaciones económicas, los sindicatos, serán organismos públicos, bajo la especial protección del Estado.

12.º Impulso de la economía agrícola; incremento de la explotación comunal y familiar de la tierra; lucha contra la propaganda anarquizante en el campo, destructora de las más sanas reservas de nuestro pueblo.

13.º Propagación de la cultura hispánica entre las masas, facilitando la entrada en las Universidades a los hijos del pueblo.

14.º Examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país, y su extirpación radical.

15.º Penas severísimas para todos aquellos que especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo; castigo riguroso para los políticos que hoy favorecen traidoramente la desmembración nacional.

16.º El Estado Nacional-Sindicalista confiará los mandos políticos de más alta responsabilidad a la juventud de la Patria, es decir, a los españoles menores de cuarenta años.

Posteriormente, en El Escorial, se fijaron en sustitución de éstos, los 27 puntos que han sido adoptados, a excepción del último, para el régimen del nuevo Estado Español. Estos 26 puntos que quedan, son los siguientes:

I. Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla, es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esa tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases.



2. España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos. La Constitución vigente, en cuanto incita a las disgregaciones, atenta contra la unidad de destino de España. Por eso exigimos su anulación fulminante.

3. Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico, como título de preeminencia en las empresas universales.

4. Nuestras fuerzas armadas—en la tierra, en el mar y en el aire—habrán de ser tan capaces y numerosas como sea preciso para asegurar a España en todo instante la completa independencia y la jerarquía mundial que le corresponde. Devolveremos al Ejército de tierra, mar y aire, toda la dignidad pública que merece y haremos, a su imagen, que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española.

5. España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar; España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el comercio.

Exigimos para la Patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.

6. Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad Patria. Todos los españoles participarán en él al través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará al través de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico,



representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido.

7. La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles.

Pero sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre.

A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y la libertad de la Patria. Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles, o a moverlos contra el destino de la Patria.

8. El Estado Nacional-Sindicalista permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aún protegerá y estimulará las beneficiosas.

9. Concebimos a España en lo económico como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española, mediante un sistema de sindicatos verticales, por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional.

10. Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación. Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también el marxismo. Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas, hoy descarriadas por el marxismo, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado Nacional.

11. El Estado Nacional-Sindicalista no se inhibirá cruelmente de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que



cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica. Reprobamos e impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro, y la anarquía en el régimen del trabajo.

12. La riqueza tiene como primer destino—y así la afirmará nuestro Estado—mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.

13. El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales, y la protegerá contra los abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas.

14. Defendemos la tendencia a la nacionalización del Servicio de Banca y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos.

15. Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso.

Mientras se llega a la nueva estructura total, mantendremos e intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales.

16. Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado Nacional-Sindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados, a costa del esfuerzo de los demás.

17. Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquirimos el compromiso de llevar a cabo, sin contemplaciones, la reforma económica y la reforma de la Agricultura.



18. Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica), por los medios siguientes:

Asegurando a todos los productos de la tierra un precio mínimo remunerador.

Exigiendo que se devuelva al campo, para dotarlo suficientemente, gran parte de lo que hoy absorbe la ciudad en pago de sus servicios intelectuales y comerciales.

Organizando un verdadero crédito agrícola, que al prestar dinero al labrador, o bajo interés, con la garantía de sus bienes y de sus cosechas, le redima de la usura y del caciquismo.

Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria.

Ordenando la dedicación de las tierras, por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos.

Orientando la política arancelaria en sentido protector de la Agricultura y de la Ganadería.

Acelerando las obras hidráulicas.

Racionalizando las unidades de cultivo para suprimir, tanto los latifundios desperdiciados, como los minifundios antieconómicos por su exiguo rendimiento.

19. Organizaremos socialmente la Agricultura por los medios siguientes:

Distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar y estimular enérgicamente la sindicación de labradores.

Redimiendo de la miseria en que viven a las masas humanas que hoy se extenuan en arañar suelos estériles, y que serán trasladadas a las nuevas tierras cultivables.

20. Empezaremos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la fozosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria.



21. El Estado podrá expropiar, sin indemnización, las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

22. Será designio preferente del Estado Nacional-Sindicalista, la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos.

23. Es misión esencial del Estado, mediante una disciplina rigurosa de educación, conseguir un espíritu nacional, fuerte y unido, e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria.

Todos los hombres recibirán una educación premilitar, que les prepare para el honor de incorporarse al Ejército nacional y popular de España.

24. La cultura se organizará en forma de que no se mallogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso, incluso a los estudios superiores.

25. Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico—de gloriosa tradición y predominante en España—a la reconstrucción nacional.

La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.

26. Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N.-S., quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios, para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, y aspira a la revolución nacional.

Su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con el espíritu acendrado de servicio y de sacrificio.



nac  
tan  
min  
ner  
rio  
Cer  
imp  
cias  
ava

per  
pre  
a f  
me

sali  
Un  
jul,



## CAPITULO XIII

### **Se concreta el Movimiento**

En el verano de 1935, el general Aranda, como Gobernador Militar de la región, organizó unas maniobras militares en la zona minera de Asturias, a la que asistieron el ministro de la Guerra, señor Gil Robles; el inspector general del Ejército del Norte, general Goded; el subsecretario de Guerra, general Fanjul, y el Jefe del Estado Mayor Central, general Franco. Esas maniobras tuvieron la mayor importancia, y han jugado gran papel en esta guerra; gracias a ellas se pudo llevar adelante, con tanto éxito, el avance en dicha zona.

Es posible que, al proponer esas maniobras, Aranda no pensara en una guerra como la actual; pero sí es cierto que preveía otra sublevación en esa región, y quiso estudiarla a fondo. Esas maniobras forman una de las piezas fundamentales de la preparación del Alzamiento Nacional.

\* \* \*

Momento propicio para un golpe de Estado pareció la salida violenta de Gil Robles del Ministerio de la Guerra. Una reunión tenía que celebrarse en casa del general Fanjul, en las afueras de Madrid, que hubo de suspenderse,



debido a la precipitación con que sobrevino y se tramitó la crisis.

Al conseguir Gil Robles el Ministerio de la Guerra, un diputado le preguntó «si era para *algo*», a lo que él replicó que, desde luego, podía estar seguro que lo era.

Mucho se criticó a Gil Robles por no haber dado el golpe entonces desde el Ministerio, en vez de entregarlo, pero tal vez no encontró las cooperaciones necesarias cerca de las guarniciones.

Por otra parte, duraba todavía la escama de las guarniciones de resultas del fracaso rotundo del 10 de Agosto, en que no hubo ni el menor ademán en favor del Movimiento en ninguna otra guarnición de España—excepto las nombradas, Sevilla y Madrid—, y ya se ha visto hasta dónde llegó la de Madrid, y lo poco que resistieron los de Sevilla.

\* \* \*

Como se ha podido ver claramente, se habían distribuido el trabajo preparatorio falangistas, tradicionalistas, monárquicos, militares y legalistas (aparentes), en grupos que parecían a simple vista divididos, pero que, cuando menos tácitamente, cumplía cada uno magníficamente el papel asignado, sin meterse para nada en el camino del otro, y marchando todos hacia el mismo fin: «quitar el Poder, el día que las circunstancias lo exigieran, a los usurpadores del Frente Popular, por los medios que fueran precisos, y con ello salvar a España del yugo comunista.»

Falange atraía a las masas, al pueblo, a base de las nuevas doctrinas nacional-sindicalistas; Renovación Española recogía a los monárquicos, y la CEDA, la clase burguesa y la juventud luchadora, pero que todavía conservaba fe en lo constitucional, y no perdía oportunidad de



ver si por los medios legales se evitaba el derramamiento de sangre; los tradicionalistas, atraían masas también, pero no a base de lo nuevo, sino enarbolando la bandera de lo tradicional de España, y los militares estaban siempre dispuestos y preparados a colaborar en toda empresa para salvar la Patria cuando fuera preciso.

\* \* \*

Al fin, a raíz de las elecciones generales del 16 de febrero de 1936, el mismo día 20 de ese mes ya se reunieron, con absoluta unanimidad de pareceres, militares de todas categorías en las distintas provincias, y civiles de todos los partidos de Derecha.

Ante la actitud de rebeldía adoptada por las Izquierdas, algunos generales pulsaron de nuevo las guarniciones, sin resultado satisfactorio; llegando esta noticia al Gobierno, que acordó muy pocos días después enviar al general Franco a Canarias y al general Goded a Baleares. Días después, el 28 de febrero, se sacaba a Mola del mando del Ejército de Africa, y se le encomendaba al Gobierno Militar de Navarra.

A los pocos días de las elecciones, también, tanto elementos de la CEDA, como agrarios, etc., se consideraron en número enorme desligados de sus partidos y se afiliaron a F. E. en masas grandísimas. Era el fracaso definitivo de los partidos políticos constitucionalistas y parlamentarios.

\* \* \*

Una mañana, tal vez por casualidad, se encontraron a la puerta del Ministerio de la Guerra los generales Fanjul y Franco y el coronel Aranda. Según mis informes, uno



de ellos habló de la necesidad de ir pensando en un golpe de Estado, con respecto a lo cual el general Franco opinó que lo mejor sería que cada uno declarara el estado de guerra en su región, y que después se pusieran de acuerdo. Gracias a esta sana advertencia del general Franco, y al estudio que se hizo de la defensa por regiones, se ha hecho posible la guerra actual, una vez perdidas Madrid y Barcelona para España.

\* \* \*

A final de febrero se reunieron en Madrid, en casa del diputado señor Delgado, los generales Franco (días antes de salir para Canarias), Mola (que llegaba de Africa, de paso para Pamplona), Villegas y Varela, marcando las directrices del Alzamiento, siempre en caso de que las circunstancias así lo exigieran, como se podía fácilmente imaginar ya entonces.

Al día siguiente de la reunión, un automóvil con dos ocupantes paró de noche ante la casa del general Franco: era el general Varela, que en el coche del diputado señor Delgado, y conducido por éste, recogía al general Franco: dentro del coche concretaron ambos generales los últimos pormenores de la preparación del Movimiento, antes de salir este último para Canarias. Parece ser que las últimas palabras de Franco, al marcharse, fueron: «Se me aparta de aquí, pero os juro que volveré en cuanto las circunstancias exijan mi presencia, para el bien de España.»

Ya en Canarias Franco, de acuerdo con sus directrices y presididos por el general Rodríguez del Barrio, representante del general Sanjurjo, se reunieron constantemente los generales Orgaz, Varela, Fanjul, Villegas, Rodríguez Carrasco y Galarza, preparando el Movimiento.



La Junta de Generales la componían: el general Rodríguez del Barrio, Inspector General del Ejército; Franco, Comandante Militar de Canarias; Saliquet, disponible forzoso; Goded, Comandante Militar de Baleares; Fanjul, disponible forzoso; Ponte y Varela, disponibles forzosos en Cádiz, y Orgaz, disponible en Las Palmas.

\* \* \*

Tenían también organizadas sus Juntas regionales; estaban designadas las Divisiones de que cada uno debía hacerse cargo.

El prestigio de esas personalidades era la mayor garantía de éxito: no se trataba de una partida de oscuros aventureros con audacia y sin tradición, sino que era una escogidísima legión de hombres de honor, corazón y patriotismo.

Se formaron dos planes: uno era considerar Madrid como fundamental y Africa como secundario; y el otro, considerar, a la inversa, fundamental Africa y Madrid secundario, quedando en este segundo caso Madrid como objetivo, y, por tanto, preparándose desde Africa la marcha sobre Madrid.

También se estudió el levantamiento a base de ir de acuerdo con un alto empleado del Ministerio de la Gobernación, quien un día determinado avisaría a todas las Divisiones la orden de declarar la Ley Marcial; pero dicho empleado no se decidió a hacerlo.

\* \* \*

El 14 de marzo fueron detenidos José Antonio Primo de Rivera, Raimundo Fernández Cuesta y Ruiz de Alda, so pretexto del atentado frustrado contra Jiménez Asúa. Una



vez encarcelado José Antonio, su hermano Fernando tenía amplios poderes de Falange, y fué él quien llegó al acuerdo secreto entre militares y falangistas, por si era necesario alzarse contra un movimiento comunista .

En Madrid, don Ramón Serrano Suñer era enlace del general Franco, desde Canarias; con el general Yagüe, en Ceuta, mediante clave que poseían ambos; el teniente coronel Rentería, representaba a Mola en la capital de España; otro teniente coronel era quien servía de enlace entre todos esos diversos elementos, y don Rafael Garcerán era el enlace de José Antonio Primo de Rivera con el general Mola.



## CAPITULO XIV

### **Sus bases técnicas**

No podrá reprocharse a los preparadores del Movimiento de 1936 la imprevisión y abandono de que se culpó justamente a los de 1932; en la siguiente «Instrucción Reservada número 1», copiada íntegramente, puede advertirse el espíritu que los animaba y la meticulosa preparación:

«Las circunstancias gravísimas por que atraviesa la Nación, debido a un pacto electoral que ha tenido como consecuencia inmediata que el Gobierno sea hecho prisionero de las organizaciones revolucionarias, llevan fatalmente a España a una situación caótica, que no existe otro medio de evitar que mediante la acción violenta. Para ello, los elementos amantes de la Patria tienen forzosamente que organizarse para la rebelión con el objeto de conquistar el Poder e imponer desde él el orden, la paz y la justicia. Esta organización, eminentemente ofensiva, se ha de efectuar, en cuanto sea posible, con arreglo a las siguientes bases:

*Base 1.<sup>a</sup>* La conquista del Poder ha de efectuarse aprovechando el primer momento favorable, y a ella han de contribuir las fuerzas armadas, conjuntamente con las aportaciones que en hombres y elementos de todas clases faciliten los grupos políticos, sociedades e individuos aislados



que no pertenezcan a partidos, sectas y sindicatos que reciben inspiraciones del extranjero: socialistas, masones, anarquistas, comunistas...

*Base 2.<sup>a</sup>* Para ejecución del plan, actuarán independientemente, aunque relacionadas en la forma que más abajo se indica, dos organizaciones: civil y militar. La primera tendrá carácter provincial; la segunda, el territorial de las Divisiones Orgánicas.

*Base 3.<sup>a</sup>* Dentro de cada provincia, Comité provincial (primer orden), compuesto por un número de miembros variable, elegidos entre los elementos de orden, Milicias afectas a la Causa y personas representativas de las fuerzas o entidades económicas, de composición lo más reducida posible. A estos Comités compete:

a) Designar el Comité suplente, organizar los de Partido Judicial (segundo orden), y dictar las normas por que se han de regir éstos y los de Ayuntamiento (tercer orden), que serán organizados por los de segundo orden.

b) Nombrar Presidente, Secretario y Agente de enlace con los Comités militares de guarnición o territoriales, según que la provincia sea o no cabecera de División Orgánica.

c) Tener designados a los individuos con instrucción militar pertenecientes o no a las Milicias contrarrevolucionarias, que les pidan los Comités militares por los conductos de los agentes de enlace, para reforzar los Cuerpos armados en el momento de la movilización, en inteligencia de que dichos individuos han de estar dispuestos a la lucha y a morir por nuestra *Santa Causa*.

d) Tener designado el personal técnico y obrero que, en momento oportuno ha de encargarse de los servicios municipales, Correos, Telégrafos, Teléfonos, Estaciones de Radio (estos tres últimos bajo la dirección de Ingenieros



militares, si los hubiera), agua, luz, gas, electricidad, panificación y demás para la vida regular de toda población, en inteligencia que en primer término habrán de ser empleados los funcionarios u obreros que presten servicios en ellos y se sepa con toda seguridad han de ser entusiastas colaboradores.

e) Tener preparado el personal auxiliar de la Policía gubernativa, en donde convenga incrementar las plantillas o sustituir total o parcialmente los funcionarios de la Escala Técnica.

f) Tener preparadas las personas que han de hacerse cargo del Ayuntamiento de la capital, y aprobar los nombres que propongan para los de los pueblos los Comités de segundo y tercer orden.

g) Hacer rápidamente las estadísticas de vehículos de tracción mecánica y de sangre, y tener designados los que han de incorporarse a las unidades armadas, a petición de los Comités militares, desde luego con sus conductores.

h) Organizar la defensa contra las alteraciones del Orden público, en las poblaciones donde no haya fuerzas armadas; podrán delegar esta defensa en los pueblos, en los Comités de segundo y tercer orden.

i) Tener designados, de acuerdo con el Jefe del Comité militar territorial, la persona que, al producirse el Movimiento, ha de encargarse del Gobierno Civil de la provincia (siempre que sea posible es preferible que de dicho Gobierno Civil se encargue el Jefe más caracterizado de la Guardia Civil; si no es persona de carácter, es preferible una civil).

j) Prestar cuantos auxilios les pidan las autoridades militares, una vez producido el Movimiento, especialmente todo lo referente al abastecimiento de tropas y ganados.

k) Facilitar los recursos que sean necesarios, tanto an-



tes como después del Movimiento; éstos siempre habrían de estar perfectamente justificados y ser lo más limitados posible, porque la esplendidez conduce al abuso.

*Base 4.<sup>a</sup>* En la capitalidad de cada División Orgánica actuará un Comité militar (regional), compuesto de los Jefes más caracterizados de cada arma, afectos a la Causa y presididos por el de mayor categoría. En las guarniciones donde no exista cabecera de División, también habrá un Comité local, compuesto en análoga forma y dependiente del regional. Donde no haya más que un Cuerpo, el Comité lo integran las tres personas de mayor categoría comprometidas. Los Comités militares tienen por misión:

a) Tener dispuestos los bandos declarando el estado de guerra; los talonarios de requisición, y estudiada la movilización, en inteligencia que los Cuerpos de Ejército habrán de ser incrementados en un 25 a un 75 por 100 de su efectivo con el personal facilitado por los Comités civiles; en las poblaciones en que sea posible, se nombrarán Comités suplentes para el caso de que fueran arrestados o inutilizados los anteriormente citados.

b) Tener estudiado y solicitado, previamente, del Comité civil de primer orden, los vehículos y conductores para el transporte de tropas y material, bien entendido que, en principio, habrá de tenerse preparado el transporte de las dos terceras partes de las tropas movilizadas de cada guarnición, con su material y víveres, teniendo presente que en todo transporte hecho con camiones se necesita una reserva de vehículos equivalente a la cuarta parte del número preciso, y que cada cincuenta carruajes necesitan una reserva móvil de gasolina de mil litros y ciento de lubricante.

c) Estar en relación, por conducto del miembro que



se designe, con el agente de los Comités civiles de primer orden.

d) Recibir, transmitir y ejecutar la orden de movilización y avance.

e) Entenderse, por conducto de su Presidente, con el Jefe Director del Movimiento o con la persona que lo represente.

f) Organizar la defensa militar del territorio y el avance sobre el objetivo que se indique, con arreglo a las instrucciones que se reciban de la Dirección, o de las que le dicte su propio juicio, si no las hubiese recibido.

g) Buscar el apoyo de la Armada en los puntos en que esto sea conveniente, e incluso su colaboración.

h) Solicitar de los Comités civiles los auxilios necesarios que se indican expresamente en la base tercera, reduciendo a lo estrictamente necesario los de orden económico.

*Base 5.<sup>a</sup>* Producido el Movimiento y declarado el estado de guerra, se procederá en el acto a refundir en uno solo los Comités civiles y militares en los lugares donde haya guarnición, para proceder de común acuerdo, según las inspiraciones y órdenes que reciban del Director del Movimiento. Llegado este caso, los Comités provinciales cívico-militares quedarán subordinados al de la capitalidad de la Cabeza de la División.

Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas.

*Base 6.<sup>a</sup>* Conquistado el Poder, se instaurará una Dic-



tadura militar, que tendrá por misión inmediata restablecer el Orden público, imponer el imperio de la Ley y reforzar convenientemente el Ejército, para consolidar la situación de hecho, que pasará a ser de derecho.

*Base 7.<sup>a</sup>* Los Alféreces y Suboficiales que tomen parte en el Movimiento serán recompensados con el empleo inmediato o destino civil, si así lo desean, de sueldo equivalente al del empleo recompensa que se les ofrece. Los Cabos en análogas circunstancias, percibirán una gratificación en metálico, de carácter vitalicio, o colocación civil decorosa; los soldados, la seguridad de trabajo, con jornal remunerador, en las provincias de donde son naturales.

*Base 8.<sup>a</sup>* La organización ha de llevarse a cabo en el plazo máximo de 20 días, porque las circunstancias así lo exigen.

*Base 9.<sup>a</sup>* Los Comités civiles sólo han de tener conocimiento de su organización particular. — *El Director*  
Abril 1936.»



## CAPITULO XV

### **Preparación del Alzamiento**

El 14 de abril, con motivo del aniversario de la proclamación de la República, hubo un desfile en la Castellana, con asistencia del presidente de la República y del Gobierno en pleno. A las 13,30, al desfilar la Cruz Roja, un grupo empezó a gritar «¡U H P! ¡U H P!», e inmediatamente sonaron unos disparos, cayendo muerto el alférez de la Guardia civil don Anastasio Reyes.

Al día siguiente era el entierro, a las tres de la tarde, asistiendo a él, en una presidencia, entre otras personalidades, el Subsecretario de Gobernación, el Director General de Seguridad, etc., y en otra presidencia el señor Gil Robles. El cortejo fúnebre salió a las tres del cuartel de la Guardia civil, situado cerca del antiguo Hipódromo, y al pasar por la calle de Miguel Angel, frente a una casa en construcción, una descarga contra la comitiva salió de dicha obra, causando varios heridos; un muchacho de 18 años, que perdía mucha sangre, se abrazó a un guardia civil al momento que lanzaba un «¡Viva España!» Al pasar por Lista, desde una obra se lanzó otra descarga, y desde otra obra del Paseo de Recoletos, la tercera. En la Plaza de la Independencia, ante un silencio absoluto, se rezó un responso y se despidió el duelo. Hubo un momento en que las masas querían tomar el Congreso por asalto



y tuvo que intervenir, con toda su autoridad, el señor Gil Robles para evitar imprudencias. Los diputados pasaron en la Sesión de Cortes momentos de gran pánico.

En uno de los ataques resultó muerto el joven de 24 años Andrés Sáenz de Heredia, primo de José Antonio Primo de Rivera.

El Gobierno acordó, ante lo sucedido, detener, entre aquella noche y el día siguiente, a 170 falangistas. Esta fué toda la medida que tomó *para asegurar el orden en las calles de Madrid*.

\* \* \*

La Junta Militar actuaba intensamente, y el levantamiento lo tenían que efectuar: en Africa, Franco; en Navarra, Mola; en Burgos, el general González de Lara; en Cataluña, el general Rodríguez Carrasco; en Madrid, Varela (que tomaba el Ministerio de la Guerra) y Orgaz (Capitanía General); en Valladolid, el general Saliquet. Se reunieron todos los generales residentes en Madrid en una casa del barrio de la Guindalera, y allí se juramentaron *todos* a cumplir su misión al primer aviso. La reunión fué emocionantísima; al fin se acordó para el lunes día 20 de abril el levantamiento; a las diez de la mañana, hora de entrada en las oficinas, pensaban infiltrarse en los Ministerios y Capitanías. Cuando todos los generales estaban ya en sus puestos, dos días antes, el sábado 18, el general Rodríguez del Barrio, jefe del mismo, llamó urgentemente por teléfono al general Varela; éste se persona en su domicilio y Rodríguez del Barrio le alega razones de carácter particular, que seguramente sólo debe conocer Varela, por las que se le imposibilitaba realizar el alzamiento. Varela intentó disuadirle, pero todo fué inútil. Llamadas urgentes a



todas las provincias dando contraórdenes; indignación de muchos y lágrimas de requetés y falangistas, que veían defraudadas sus ilusiones de poder, al fin, luchar por España contra el marxismo.

El Gobierno se enteró de lo que se preparaba y envió a Varela a Cádiz y a Orgaz a Canarias.

\* \* \*

El general Sanjurjo, ante esta nueva situación, el 29 de mayo nombró al general Mola como jefe del levantamiento, dada la facilidad de movimientos que éste tenía en Navarra.

En Madrid fueron nombrados, en vez de los generales Orgaz y Varela, los generales Fanjul y Villegas, e ingresaron en la conspiración los generales Cabanellas y Queipo de Llano.

La operación estaba calculada de la siguiente forma: las fuerzas de Aragón atacarían a Madrid por Guadalajara; Navarra y Logroño, por Somosierra; Burgos y Valladolid, por el Alto del León y Navacerrada, y Valencia, por Tarancón. El Mando concedía gran importancia a la rapidez con que las fuerzas pudieran atacar a Madrid, pues daban ya por seguro el fracaso en la capital, a causa de las escasas adhesiones que allí se tenían.

\* \* \*

El 27 de mayo salió Garcerán de la Cárcel de Madrid, y el 29 fué llamado por José Antonio a Salillas (como abogado en ejercicio en Madrid); allí, después de darle cuenta extensa de la situación del Movimiento, bajo juramento de no revelar nada a nadie, le encargó visitase al general Mola y le entregase una admirable carta, como así lo hizo, el 1.º de junio, en Pamplona.



La entrevista entre Galcerán y Mola duró más de dos horas, y en ella se concertaron todos los pormenores del alzamiento, en relación con la Falange, y se establecieron contraseñas, enlaces, etc. Ya desde aquel día quedó establecida la correspondencia, que fué casi diaria, entre el General y la Falange, yendo dirigida a casa de Garcerán (calle de Rosalía de Castro, 25, Madrid).

Durante el mes de junio, el eje del Movimiento fué Pamplona, donde estaba su ejecutor, Mola. Este celebró entrevistas con el diputado a Cortes tradicionalista señor Oriol (en el Alto de Azpiroz); primer contacto directo de tradicionalistas y el General. Cerca de Irurzun se entrevistó con el general Queipo de Llano, almorzando juntos en una fonda de por allí. Con Kindelán (general Jefe del Aire), se entrevistó varias veces: una en Pamplona y otra en el Alto de Olagain, cerca de Lecumberri. Con Cabanellas, el 14 de junio, cerca de Tudela, en la carretera; parece ser que alguien comunicó esta entrevista al Ministro. Con Fanjul, a primeros de julio, en Pamplona. También con el general González de Lara, que aún era el jefe de la División de Burgos, y con Benito, de la guarnición de Huesca.

Garcilaso puso al fin en contacto al general Mola con los Requetés. El ilustre prócer, gran caballero y patriota, conde de Rodezno, visitó a primeros de julio a Mola. Parece ser que en dicha entrevista no encontró el General la menor dificultad por parte de Rodezno a sus pretensiones de contar con el Requeté para el Alzamiento, pero el Conde tenía que consultar previamente con la Junta Suprema Nacional, que estaba en San Juan de Luz y con don Alfonso Carlos. Hecha la consulta, el príncipe Javier de Parma, en nombre de don Alfonso Carlos, y la Junta, acordaron ofrecer al general los 7.000 hombres puestos



en pie de guerra, con armamento, correajes y debidamente encuadrados. Mola no podía creerlo y les decía: «No necesito tantos, con 1.500 tengo bastante», pero le disuadieron de la idea de no quedarse más que con una parte «porque sería para los no elegidos un disgusto terrible». Mola pensaba encuadrar 50 voluntarios en cada regimiento, y nada más.

Entre los problemas que se trataron se halló el de la bandera, que se resolvió llevándola los carlistas en sus tercios, y además se discutió también si irían o no mezclados los requetés con las tropas regulares.

Garcilaso organizó la red de enlaces del General con las demás regiones: de su despacho salían órdenes, contraórdenes, fichas, disposiciones, etc.

Don Juan Antonio Bravo, gran amigo suyo y de los generales Goded y Fanjul, sirvió no pocas veces de enlace entre estos generales y el general Sanjurjo en Portugal. También sirvieron frecuentemente de enlaces los capitanes Sanjurjo, Fernández de Córdoba, Valdesevilla, Ruiseñada, Landuy, Barrera, Lastra y Vicario.

Con Batet, que desde el 13 de junio era general de la División de Bungos, se reunió, a petición de éste, en Pamplona, en Vitoria, y el 13 de julio en el Monasterio de Irache (cerca de Estella), a cuya reunión acudieron ambos con gran recelo. Según parece, Batet exigió a Mola su palabra de honor de que no se sublevaría.

Por correspondencia recibía instrucciones de los generales Sanjurjo y Franco, y se comunicaba con la Junta de Madrid, compuesta, en aquellos días, por los generales Ponte, Saliquet, Fanjul, Villegas y González Carrasco.

También por aquellos días, Franco celebró en Canarias una extensa entrevista con el almirante Salas, con motivo de



una visita que hizo a las islas el acorazado «Jaime I». Esta reunión fué muy comentada.

Durante el último mes, Mola, jefe del Movimiento, hizo alguna visita de inspección, que aprovechó para pulsar las guarniciones; una de ellas fué a Logroño, donde le tenían preparado un atentado.

\* \* \*

Por su parte, Calvo Sotelo celebró muchas entrevistas con diferentes elementos civiles y militares. Una de las últimas la tuvo con el general Villegas, quien debía dirigir el Movimiento en Madrid, pero no se decidió a ello, y después fué fusilado por las hordas marxistas en dicha localidad.

También celebró entrevistas con los señores Gil Robles (en casa de don Juan Pujol) y con Ventosa en el Hotel Ritz, dándoles cuenta de sus trabajos; a alguna de ellas asistió don Joaquín Bau.

\* \* \*

El conde de Rodezno visitó repetidas veces a José Antonio Primo de Rivera en la cárcel, y se mantenía en estrecho contacto con la Junta Suprema Nacional del Partido Tradicionalista, que actuaba desde San Juan de Luz, presidida por Fall Conde, y de la que formaban parte los señores Lamamié de Clairac, Zamanillo, el teniente coronel Rada y los capitanes Baselga y Villanova.

\* \* \*

Ya al fin, se acordó la misión definitiva de cada general en el alzamiento: Queipo de Llano iría a Andalu



cía; Cabanellas, actuaría en Zaragoza; Saliquet, en Valladolid; González Carrasco, en Cataluña; Goded, en Valencia; Villegas, en Madrid; Franco, en Africa, y Mola en Navarra y Burgos. Después de este acuerdo no se cambió más que Madrid, ya que el general Villegas, como he dicho, no se decidió, nombrándose pocos días antes de estallar el Movimiento al general Fanjul para sustituirle y Goded fué permutado por González Carrasco de Valencia a Cataluña, petición del primero, como se dará cuenta.

\* \* \*

El general Goded, antes de su permuta, tenía ya un plan de ofensiva preparado, que expuso extensamente a don Juan Antonio Bravo. Consistía en enviar una columna desde Valencia hacia Teruel, la que se enlazaría con el ejército de Aragón; otra por Contreras a Madrid, y la tercera hacia Alicante.

El Movimiento tenía que efectuarse entre los días de San Juan y San Pedro; pero una orden del general Mola lo retrasó, en el sentido de que, a partir del 15 de julio, estuviese cada uno en su puesto esperando la orden. Se confirmó que empezase en Marruecos y no en la Península como se había pensado en un principio.

El señor Bravo, enlace del general Mola, llegó a Pamplona, siendo portador de un tubo de aspirina, dentro del cual llevaba un papel que decía, poco más o menos: «Naranjas, regular; monjetas, mal; estoy requerido por aquella guarnición para ir allí en vez del general González Carrasco, que es el destinado. Espero instrucciones». Era el general Goded, desde Mallorca, que por naranjas quería decir Valencia, y por monjetas, Cataluña. Mola le contestó que estaba conforme con la sustitución.



Después el señor Bravo estuvo en Lisboa para dar cuenta al general Sanjurjo, por encargo del general Fanjul, de la situación de las guarniciones. También le notificó que del coronel Aranda no se sabía nada, a lo que Sanjurjo contestó que de Aranda respondía él como de sí mismo. También encargó el General que le visitara un jefe de Estado Mayor, con el plan de operaciones proyectado por Mola.

Una de las últimas indicaciones del general Sanjurjo fué que de Madrid se encargase un general acostumbrado a mandar fuerzas, indicando a Varela o Saliquet. Estando Saliquet encargado de Valladolid y Varela preso, Mola dio el encargo a Fanjul.

\* \* \*

José Antonio Primo de Rivera, desde su prisión, se dirigió a sus fuerzas de Falange, con este escrito:

*Prisión Provincial de Alicante, 29 de junio  
de 1936.*

*Camaradas de la primera línea de Madrid:*

*Desde esta nueva cárcel, donde se cree encerrar el espíritu de la Falange, teniéndome encerrado, os envío, con el pensamiento en nuestra España y el brazo en alto, mi mejor saludo nacional-sindicalista.*

*Si algo tiene de agobiante la prisión, por otra parte leve sacrificio al lado del que tantos camaradas sufrieron, es el de alejarme físicamente de nuestros peligros, de nuestros afanes. Pero estoy lejos en cuanto a la distancia material; fuera de ella, no sólo en el ardor del espíritu, sino en una*



*actividad silenciosa que no descansa, estoy más cerca de vosotros que nunca.*

*Desde esta celda de una cárcel fuerzo sin descanso los hilos que llegan a nuestros más lejanos camaradas.*

*Podéis estar seguros de que no se pierde un día, ni un minuto en el camino de nuestro deber. Aun en las horas que parecen tranquilas, maqui-  
no sin descanso el destino de nuestro próximo triunfo. No lo olvidéis, camaradas de Madrid, en la hora de ocio forzado que acaso os traigan algunos días, no caigáis en la tentación de emplearos en otra cosa que el adiestramiento para una misión no lejana y decisiva. Vuestro entusiasmo prefiere el combate a su preparación, pero lo que se acerca es demasiado grande para que lo arro-  
tremos sin prepararlo. Mejorad vuestros métodos, acrecentad vuestra lucha en menesteres de lucha, y redoblad vuestra fe en el Mando. Ya sabéis que quien lleva con más orgullo que ningún distintivo las tres estrellas de plata de la Milicia, y con ellas al pecho os ha conducido, al través de tres años de lucha, hasta las horas presentes de crecimiento, estará a vuestra cabeza, pase lo que pase, en el instante decisivo, y con la ayuda de Dios os hará entrar en la tierra prometida de nuestra España UNA, GRANDE y LIBRE. ¡Arriba España!  
El Jefe Nacional, Jefe de la Primera Línea. José Antonio Primo de Rivera.*

Otra carta, dirigida al Ejército, titulada: «A los Militares», fué aprobada por la Junta de Generales, e impresa y repartida por dicha Junta a las guarniciones.



Por fin, en una última carta que dirigió a un amigo, le decía: «Cuento con mucha sangre joven para la salvación de nuestra España». Escribió también la carta ya mencionada al general Mola, quien la recordó en diferentes ocasiones con verdadera emoción.

Fernando Primo de Rivera, Ramón Serrano Suñer y el conde de Mayalde, tenían en estudio la fuga de José Antonio de la cárcel; había dos proyectos encaminados a tal fin. Uno de ellos, ideado por el mismo José Antonio, consistía en aprovechar un viaje que desde Alicante iba a efectuar a Madrid para realizar la defensa de la legitimidad del partido F. E. en el Supremo, y desde el tocador del edificio salir por la ventana y escapar por una puerta que estaba siempre cerrada, pero de la que Fernando Primo de Rivera ya se había agenciado una llave, y con bigotes y cejas postizas subir a un coche y esconderse en Madrid mismo, en un piso desde donde pudiera dirigir el Movimiento, pues le horrorizaba salir de España en esos momentos.

La otra solución no le gustaba, precisamente por esa última razón de tener que salir de España. Consistía en salir de la cárcel, cosa fácil, como contaré después (en complicidad con la guardia) y un marino aviador (cuyo nombre debemos callar) lo trasladaría a Cerdeña (Italia).

Estos planes no pudieron realizarse. El primero, porque el Gobierno iba retardando, indudablemente con algún propósito, la celebración de la sesión del Tribunal que motivara el viaje del preso; el segundo, porque el piloto pidió el día 13 de julio que se retrasara el plan unos días. Ese día justamente tenían que salir de Madrid para Alicante Fernando Primo de Rivera y el conde de Mayalde para concertar el plan definitivo.

El 4 de julio fué puesto en libertad Raimundo Fernán-



dez Cuesta, ocupándose inmediatamente de los últimos detalles del Movimiento, con el Jefe de Milicias accidental y con Fernando Primo de Rivera. Las reuniones se celebraron en casa del doctor Barrado. La organización de Madrid, encomendada a Fernández Cuesta, contaba con 2.000 hombres y, momentos antes de ser detenido de nuevo el 11 de julio, había celebrado entrevistas con los hoy generales Muñoz Grande y Reventería, ofreciéndoles dichas fuerzas.

\* \* \*

El miércoles 15 fueron unos amigos a Alicante a ver a José Antonio; entre ellos el conde de Mayalde. Mientras estaban allí reunidos, ocurrió algo digno también de contarse: el sargento de guardia de la prisión se acercó a José Antonio, y le dijo, saludándole a la romana: «A sus órdenes, José Antonio, puede usted mandarme cuanto quiera», a lo que José Antonio contestó: «Gracias, pero lo que siento es que no podré devolverte la visita al calabozo». —«No me pasará nada, porque mis jefes piensan lo mismo que yo», replicó el sargento.

\* \* \*

Aquellos días se dieron de baja infinidad de militares de la U. M. E., que dirigía el coronel Barba oficialmente (!) y se pusieron bajo las órdenes de José Antonio, por haber U. M. E. transmitido una orden que decía: «Tía grave», que era la consigna de que una vez más se debía aplazar el Alzamiento.

José Antonio envió el 15 un recado al general Mola, diciéndole que, si no se alzaba, lo haría él el 17 (a los dos



días) con los regimientos de Alicante, Alcoy y la Falange de allí. Este recado llegó a Pamplona, después de pasar el enlace que llegó a las cuatro de la mañana del 16, por el capitán Lastra, del regimiento de América y el comandante Esparza, del Estado Mayor del General, contestando éste que ya estaba todo previsto para el levantamiento el 19 en Africa, el 20 en Pamplona, el 21 en Alicante y Madrid, y ese enlace debía haberse cruzado con otro que comunicaba esas noticias a José Antonio.

El conde de Mayalde quedó encargado de comunicar al coronel Moscardó, por medio del actual gobernador de Toledo, señor Cirujano, la orden de sublevación; Moscardó la esperaba con ansia.

\* \* \*

El 16 de julio envió el general Mola a un comerciante de Pamplona a entrevistarse con Galcerán, en Madrid, con orden de comunicarle, para que él a su vez la transmitiera a José Antonio Primo de Rivera, la seguridad de que, en los días 18, 19 y 20 se efectuaría el Movimiento; el último enlace entre José Antonio y la Falange de Madrid tuvo lugar el mismo día 16, efectuándolo don Manuel Sarrión, segundo pasante del bufete de abogado de José Antonio.

\* \* \*

La tensión nerviosa de la gente aumentaba por momentos; Mola intentaba calmarla, pues necesitaba tiempo para tenerlo todo preparado: faltaban guarniciones y cooperaciones de todos órdenes. un general le mandó un recado, preguntándole: «si esperaba, para dar el golpe, *la adhesión incondicional de Azaña y Casares Quiroga!*». Se-



gún mis noticias, este general fué Martínez Monje, quien luego no se decidió a dar el golpe en Valencia. Pero como veréis al hablar de Marruecos, las circunstancias precipitaron allí los acontecimientos, y la noche del 18, Mola dió el toque de alerta, de acuerdo previamente con Sanjurjo y Franco.

Ese mismo día, 18 de julio de 1936, se oyó por radio en toda España la voz serena y firme de Franco, que decía:

«Al tomar en Tetuán el mando de este glorioso y patriótico Ejército, envío a las guarniciones leales para con su Patria el más entusiasta de los saludos. España se ha salvado. Podéis enorgulleros de ser españoles. Tened fe ciega. No dudar nunca. Firme energía sin vacilaciones, pues la Patria lo exige. El Movimiento es arrollador; ya no hay fuerza humana para contenerlo. El abrazo más fuerte y el más grande. ¡Viva España!»

\* \* \*

Son estas las primeras horas de la Nueva España, de la España de Santiago, de Don Pelayo, de los Reyes Católicos; de una España Imperial, Grande, Digna y Nacional. «*En España empieza a amanecer*».

El prestigio, la autoridad y el respeto, que van unidos al nombre de Franco, comunican a todos seguridad en el resultado final, y así empieza la aventura del heroico pueblo español, que no surge de la ambición, sino de la necesidad. Creo que en el largo relato de lo ocurrido durante el primer semestre de 1936 en España se ha demostrado bien cuál era la situación y cuán necesario era salir de ella, fuere como fuere, costase lo que costase; por muy contrario que se fuese a un golpe de fuerza, las circunstancias obligaban a ello, y cada día que se retrasaba éste se entregaban nuevas armas al enemigo.



España, desde ese momento, se convierte en la orientadora espiritual de Europa.

¿Con qué se cuenta para salvarla? Esta pregunta era en aquellos memorables días una incógnita. Puesto que si lo hubiese conocido el vulgo, difícilmente se hubiera podido llevar adelante la empresa.

El 17 de julio se conocían, como factores a nuestro favor, los siguientes:

1. Un trabajo de orientación de meses y organización desde su puesto de Jefe del Estado Mayor Central, realizada por el general Franco.

2. Meses y meses de labor preparatoria, de sondeos de opiniones de jefes y oficiales, realizada por algunos generales, y muy especialmente por los generales Varela, Orgaz y Ponte; el primero por encargo explícito del general Sanjurjo, con miras a alzarse contra un movimiento comunista.

3. Una voz constante, serena, firme y valiente, que termina con la muerte, la de José Calvo Sotelo.

4. Labor preparatoria y de organización definitiva, realizada por el general Mola desde Pamplona.

5. El ofrecimiento espontáneo y desinteresado de las antiguas y prestigiosas fuerzas del tradicional Requeté al general Mola; formando así, no sólo una trinchera infranqueable contra el comunismo soviético, sino una base firme de ofensiva.

6. Preparación de ambiente, en el orden civil, del clarividente y valiente patriota José Antonio Primo de Rivera, en discursos, reuniones y organización básica de lo que hoy es la gran masa de Falange Española, que había dejado ya en esa fecha 100 muertos en defensa de sus ideales.

7. Las juventudes de Renovación Española, dirigidas



por don Antonio de Goicoechea, exponiendo constantemente su vida en reuniones preparatorias.

8. Las grandes masas que representaban, en forma tal vez incompleta, los deseos del país, organizando propagandas antimarxistas en toda España.

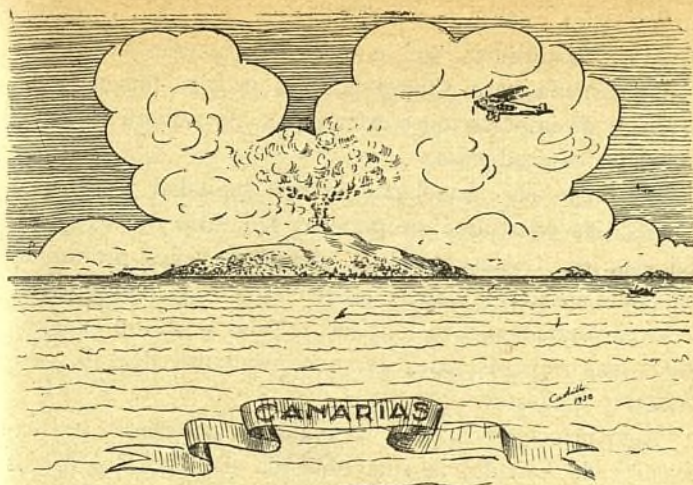
9. Un comité constituido en el extranjero por personas de gran relieve, cuyos nombres no parece oportuno citar de momento, y que consigue aportaciones de gran valor, que España sabrá agradecer en su día.

Sobre todo ello el valor incalculable del prestigio sin mancha de Franco, que dice desde Africa el 18 de julio:  
«¡Ahora!»









## TERCERA PARTE

---

### ORÍGENES DEL ALZAMIENTO

---

#### **En Canarias**

Son las islas Canarias una porción del territorio español, algo apartado de la Península, situada frente a la costa occidental africana, constituida por unas cuantas islas del Atlántico, y que forma actualmente dos provincias españolas. Conocida en la antigüedad con el nombre de islas Afortunadas, no debían figurar en la Historia hasta la época de las grandes conquistas marítimas, y fueron incorporadas a la Corona de Castilla a fines del siglo XV.

Son, por lo tanto, las islas Canarias, una representación escogida del alma española en su período de más es-



plendor. Fertilísimas, son uno de los puntales en que se apoya España para valerse por sus propias fuerzas y no necesitar de importaciones extranjeras. Su riqueza en frutos tropicales es prodigiosa.

Son algo más. Su clima, de una suavidad y variedad ideales, las constituye en perfecto sanatorio del cuerpo y del espíritu. Costas, cumbres elevadas, valles profundos, espesas arboledas; todo lo poseen estas islas maravillosas, y su emplazamiento en longitud, latitud y altitud combina todas esas riquezas, para dar una resultante ideal de salubridad y bienestar.

Algo más todavía: son la avanzada occidental por excelencia de España, la ruta obligada de todos los barcos que desde Europa llegan a la América del Sur o descienden a lo largo de la costa de Africa. El puerto de Las Palmas es uno de los de más tránsito del Atlántico, depósito franco de multitud de mercancías, sede de riqueza.

Por su situación, por su representación, bien podrían poseer las islas Canarias una columna de Hércules, donde se leyese con orgullo y gloria, la nueva insignia de España: «Plus Ultra». Son el camino obligado de civilización a civilización, de mundo a mundo.

Por su apartamiento de la Península se consideraba a las islas Canarias como desligadas de su vida y de su historia. Pero Dios escribe recto con caracteres torcidos, y en esta ocasión ha quedado esto revelado con singular claridad.

La malevolencia de los gobernantes del Frente Popular relegó a Canarias, como a un semidestierro, al ilustre y joven general don Francisco Franco Bahamonde, creyendo que allí poco menos que lo inutilizaban, por considerarle peligroso para sus intereses.

Creyeron que con un poco de mar apartarían de los



destinos de España al que había de ser su salvador, ignoraban que para el español de temple ese era un obstáculo bien insignificante. Cuando llegó el momento, poco le costó al noble caudillo «volar» literalmente en socorro de su España, y presentándose en Marruecos dirigir desde allí el alzamiento militar, origen del grandioso Movimiento Nacional. De Canarias, pues, rumbo a Oriente, en sentido inverso al que hasta ahora han tenido todos nuestros grandes movimientos de conquista y civilización, vino a España la salvación. Y es porque, al movimiento oriental y bárbaro del comunismo, debía oponerse el concepto hispano occidental de la civilización, y bien estaba que para enfrentarse con Rusia, fuesen las islas Canarias, nuestra avanzada occidental, el punto de donde partiera Franco y la nueva Reconquista Española.

Son, pues, las islas Canarias, como Navarra como Castilla la Vieja, como Galicia, como Aragón, como Mallorca, «forjadoras de la nueva España». Si hasta ahora eran riqueza de España y emblema de nuestro avance hacia el Nuevo Mundo, ahora se han convertido en orgullo y honra nuestros, y en recuerdo querido de uno de los más gloriosos momentos de la Historia de España.

\* \* \*

La actuación de las islas Canarias en el Movimiento va íntimamente ligada a la presencia en Santa Cruz de Tenerife, como Comandante Militar de la plaza, del general Franco.

En las Palmas era Comandante Militar el general Balmes, y residía en calidad de desterrado en las Islas, el general Orgaz. Ambos generales estaban del todo identifi-



cados con el general Franco en cuanto concernía al Movimiento. El 16 de Julio tuvo el general Franco que salir apresuradamente hacia Las Palmas, para asistir al entierro del general Balmes, muerto a consecuencia de un disparo que se le escapó de un arma en el Campo de Tiro. Franco iba acompañado en su viaje por su esposa e hija, que en vista de los sucesos que se aproximaban, tenía deseos de embarcar en un vapor extranjero con destino a Lisboa.

A las dos treinta de la madrugada del día 18, recibía el general Franco, retransmitido desde Santa Cruz de Tenerife, un telegrama procedente de Melilla, con el texto siguiente: «Este Ejército, levantado en armas, se ha apoderado de todos los resortes del mando en este territorio. La tranquilidad es absoluta. ¡Viva España!»

La suerte estaba echada. ¡Comenzaba la gran aventura por el resurgimiento nacional y moral de España!

Al recibir este telegrama, Franco se trasladó, con su mujer e hija, a la Comandancia Militar. Desde allí empezó a tomar las medidas que el momento prescribía, para Canarias, para Marruecos, para toda España. A las siete de la mañana se proclamó el estado de guerra y seguidamente se declaró, por el otro lado, la huelga general. Con todo, bien pronto pudo sojuzgarse la revolución, y el traspaso de poderes del Gobernador civil de Las Palmas al general Orgaz se realizó pacíficamente.

A continuación, en Las Palmas y toda su jurisdicción se manifestó el entusiasmo del público en favor del Movimiento, y la juventud, como en todas partes, acudió presurosa a ofrecer a España sus brazos y sus vidas.

Entretanto, en Santa Cruz de Tenerife se sabía que los extremistas se habían propuesto dar un golpe contra Franco. Por este motivo, aun cuando el general Franco hubiese



salido ya rumbo a Las Palmas, como arriba se dice, el día 17 se reforzó la guardia y se acuartelaron las tropas. La guarnición quedaba al mando del coronel de Estado Mayor señor González Peral.

A la una de la madrugada del 18 se recibió en Santa Cruz, con destino a Franco, el telegrama cuyo texto he citado más arriba.

El coronel González Peral se puso seguidamente al habla con el general Franco, y siguiendo sus instrucciones, mandó al Jefe de la circunscripción de Melilla la respuesta siguiente a su telegrama: «Gloria al heroico Ejército de Africa. España sobre todo. Recibid el saludo más entusiasta de estas guarniciones, que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honra.—*Franco*».

Obedeciendo a las instrucciones dadas por el general Franco, a las cinco de la mañana empiezan en Santa Cruz de Tenerife las operaciones para hacerse dueños de los puntos estratégicos de la población. El comandante Moreno Urueña llevó a la Plaza de la Constitución a sus tropas, a situarse debidamente y a cercar el Gobierno civil, cuya guardia se unió sin resistencia a los soldados.

Al detener al Gobernador civil era propósito de permitirle salir para el extranjero, correspondiendo a las atenciones que había tenido con el general Franco cuando éste le pidió una escolta, meses atrás, para evitar el atentado con que se le había amenazado. Pero el Gobernador, señor Vázquez Moro, en lugar de tener en cuenta la consideración que se le tenía, a las seis de la tarde se asomó a un balcón del Gobierno civil, donde estaba detenido, para arengar a las masas y a unos guardias de Asalto que por allí rondaban, recomendándoles se sublevasen contra el Ejército. Tuvo lugar por dicho motivo una lucha en la



calle, con muerte de dos guardias y un voluntario. Pero no tardó la guarnición en hacerse dueña de la situación, dando como consecuencia el desarme de la guardia de Asalto y la formación de un Consejo de Guerra contra el señor Vázquez Moro, que cumpliendo la sentencia dictada en dicho Consejo fué ejecutado algo más tarde.

Ya no hubo más lucha en Santa Cruz, y toda la extensión de las Islas Canarias pasó, sin más sacudidas, a integrar el territorio Nacional. Mientras tanto, llamado por su destino, el general Franco acudía «volando» a Marruecos para ponerse a la cabeza de las tropas que desde allí debían acudir, sin pérdida de tiempo a la Península, a reconquistar a España para Dios y para la civilización.

\* \* \*

En la moderna guerra civil española de 1936 deben figurar en forma primordial, en todos sentidos, las actividades de la Aviación. Es otro de los timbres de gloria de nuestra Patria. Es curioso cómo, al paso que a nadie se le ocurre asomarse con curiosidad al oír el silbido de una locomotora o el claxon de un automóvil, un imán irresistible lleva al cielo las miradas en cuanto el oído percibe el ruido del motor aéreo. Y es que es tan grandioso pensar cuántas dificultades ha tenido que vencer el hombre para llegar a volar, que aún queda el ánimo presa de invencible admiración al darse cuenta de que se trata de una realidad.

Maestros en todo de nuestras tropas, los generales españoles han sido los primeros en valerse, con toda la frecuencia que les ha sido posible, del moderno método de transporte para ir más de prisa allá donde el deber o la necesidad les llamaba.



En nuestra actual contienda, dos ilustrísimos generales: Sanjurjo primero y Mola después, han perecido víctimas de su patriotismo y de su arrojo, al confiar, en condiciones muy precarias, su vida a las alas de un avión.

El general Franco es también de los caudillos españoles que en el desempeño de su misión olvidan su propio peligro ante lo grande de su tarea. Estaba en Canarias cuando se preparaba el Movimiento. Debía trasladarse sin pérdida de tiempo a África. El mar, más seguro que el aire, es también más lento. Y Franco se dispuso a «volar» para llegar a Tetuán a toda prisa.

Era preciso, para que Franco llegase a Tetuán, que dispusiese de un aeroplano seguro, rápido y que trabajase con sigilo. El señor Bolin, que residía en Londres, se encargó de buscar un avión que realizase tan delicada misión. A fin de mantener el secreto, para salir de Inglaterra, el avión llevaba cuatro pasajeros, escogidos cuidadosamente. Dos jóvenes inglesas: Diana Pollard y Dorothy Watson, el padre de la primera y el señor Bolin, eran los «pasajeros» del avión. Una de las jóvenes turistas llevaba escondido en su cinturón la orden del levantamiento.

Pero para explicar este raid arriesgado y decisivo, mejor es copiar íntegro el texto de la descripción que de él hizo, en *La Tarde*, de Canarias, el capitán piloto Bebb, que fué quien lo realizó:

«En la tarde del 9 de julio, un hombre moreno penetró en nuestras oficinas del aeródromo de Croydon y preguntó con marcado acento español:

—¿Podría hablar al capitán Olley? Es muy importante.

Y en seguida el visitante fué introducido en el despacho del Director de la Compañía Olley. Diez minutos más tarde fuí llamado a mi vez, diciéndome:



—¿Aceptaría usted realizar, en el mayor secreto, un vuelo hasta las Islas Canarias?

Yo asentí con la cabeza. Entonces el extranjero, mirándome a los ojos, declaró con su voz cantarina:

—Es indispensable que nuestro itinerario evite el territorio español, no debiendo aterrizar en él por ningún pretexto. Decía «indispensable» y «por ningún pretexto» de una manera dulce, que cuadraba mal con la autoridad de su mirada.

La atmósfera me pareció extraña, y al estrechar la mano del español tuve la impresión clarísima de haber sellado un pacto con la aventura. ¿Existiría todavía un poco de romanticismo en el mundo? Iba a verlo en seguida.

«¡Contacto!». La hélice comenzó a girar y pronto el terreno de Croydon no fué sino una mancha verde. Estábamos en el alba del 11 de julio. Cuatro pasajeros habían ocupado plaza en mi aparato: un inglés y su hija, una joven y el misterioso español.

Yo sentía sus miradas fijas en mi nuca. ¿Qué grave secreto transportaban, pues, mis viajeros?

Nuestra primera escala fué en Burdeos. Apenas habíamos aterrizado, cuando muchas personas se precipitaron hacia el aparato. Una conversación animada se entabló en seguida con mis pasajeros. A juzgar por la expresión de los interlocutores debía tratarse de cosas muy importantes, pero no logré entender ni una palabra del asunto por la sencilla razón de que no conocía el español, lengua en la cual se expresaban todos ellos con un virtuosismo algo sorprendente. Por otra parte, yo tenía que hacer algo más que escuchar, vigilando la llegada de la esencia y los depósitos de la misma.

En el momento de la partida me comunicaron que un segundo individuo, de nacionalidad española, iba a subir



a la carlinga y a acompañarme en el raid. «¡Bah!, pensé, ya veremos». Y hasta Biarritz, segunda escala prevista, no me ocupé sino de los mandos. Tan pronto como estuvimos en tierra me dediqué a hacer que llenaran totalmente los depósitos de combustible, para alcanzar Lisboa de un solo vuelo.

Evitar en absoluto el territorio español no había que pensarlo. Se lo expliqué a mis clientes antes de despegar.

—Bueno, me respondió el español de Croydon; pero desde aquí hasta Portugal no debe usted aterrizar por ningún motivo.

Esto lo decía en el mismo tono melifluo que en las oficinas del capitán Olley, pero creo que esta vez su mirada era aún más severa. Puede, pues, suponerse cómo, después de traspasar los Pirineos, vigilaría yo mis aparatos de a bordo y mandos, y cómo estaría ojo avizor para que no ocurriera incidente alguno. Yo me cuidaba más del pilotaje que de cuanto pudieran charlar mis pasajeros. Sin embargo, cuando volábamos sobre una ciudad les oí repetir: «Burgos... Burgos...». «Después de todo tal vez tengan razón», pensé, e hice la comprobación sobre mis cartas aéreas, sin dar por ello mucho valor a este detalle. Lo importante, en verdad, era que todavía no estábamos a la mitad del camino y el avión marchaba a toda velocidad.

«No aterrizar, no aterrizar». Estas palabras sonaban sin cesar en mis oídos.

En Lisboa ocurrió una escena semejante a la de Burdeos. Nos recibió un grupo de españoles voluntariamente exilados, quienes conversaron con mis pasajeros todo el tiempo que se empleó en reponer los depósitos de esencia. Por fin, después de grandes abrazos de despedida, pudimos volver a remontarnos con rumbo a Casablanca. La travesía sobre España me había puesto los nervios de punta.



Tanto, que ya encontraba más agradable volar sobre el Atlántico y me sentía con más seguridad sobre las olas que sobre Guipúzcoa, Navarra o Extremadura. La ciudad blanca apareció por fin y ví aproximarse con alegría el término de mi penúltima etapa. «Nada más que una», me dije. «¡Si hubiese sabido!».

Nosotros no debíamos salir de Casablanca hasta el 14 de julio, por la mañana. Y entonces fué el desfile de Cabo Juby, el Océano, la sombra de nuestro avión sobre las olas, el sol y hacia las dos de la tarde Las Palmas de Gran Canaria, final de nuestro viaje...

Mis pasajeros se dispersaron, no sin haberme recomendado con insistencia un excelente hotel. Hice que encerraran mi aparato y mi primer cuidado después fué enterarme de las noticias, pues desde Croydon estaba ignorante de cuanto ocurría en el mundo. Un mecánico me comunicó que Calvo Sotelo, Jefe de la Derecha española, había sido asesinado la víspera por guardias de Asalto. Esta información me pareció de gran importancia y no sé por qué imaginé que jugaba o jugaría algún papel en mi aventura.

Al día siguiente, después de almorzar, tocaron directamente a la puerta de mi habitación. Acababa precisamente de tenderme en la cama para la siesta, y por eso dije con una voz un poco descompuesta:

—Adelante.

El visitante se excusó mucho de molestarme, pero no dejó por eso de dirigirme, durante más de una hora, toda clase de preguntas. Me preguntó por qué razón me encontraba en Las Palmas sin autorización especial, quién era yo, cómo había llegado hasta allí... A todo este interrogatorio me contenté con responder que era un simple piloto al servicio de un grupo de turistas, un aviador «alquilado».



Llegado cierto momento, el desconocido me dijo bajando la voz:

—Por otra parte «el General» desea veros.

—¿Qué General?

—¡Chist!

Después, antes de marcharse, me lanzó esta última pregunta:

—¿Sabe usted dónde está la iglesia?

—Únicamente sé donde se encuentra la Catedral.

—En este caso esté usted a las cuatro en punto ante la puerta central. Un coche se detendrá frente a usted y el conductor le hará una señal. Suba al vehículo inmediatamente y os llevará a la montaña.

Eso fué todo por el momento, pero un poco más tarde me presentaron al general Orgaz, quien, asimismo, comenzó a interrogarme. Y la ceremonia anterior se repitió. Acabó confiándome que «cierta persona» esperaba la llegada de un piloto inglés y que debía tratarse de mí.

Dicho de otra manera, yo me encontraba nadando en pleno misterio. Las cosas, además, no terminaron aquí, pues desde que mi conversación con el general Orgaz hubo terminado, un nuevo español vino a mi encuentro y me hizo comprender, en términos apenas disimulados, que valía más olvidar para siempre lo que acababa de ocurrir.

¿Lo que acababa de ocurrir? Yo sería incapaz de indicarlo a ciencia cierta. «Ya veremos», pensé.

En efecto, tuve una noche de plazo, puesto que al día siguiente por la tarde volvió a comenzar la maniobra. Hacía las cuatro, un nuevo mensajero vino a mi encuentro. Hablaba inglés impecable. ¿Se trataba de un compatriota? No, sin duda, pues muy rara vez he visto un tipo más puro de castellano como éste; después de las formalidades de rigor, me hizo seña para que le siguiera hasta la terra-



za. Una vez allí, y después de haberse asegurado de que no había nadie por los alrededores, me mostró una hoja de papel, en la cual leí estas breves palabras: «Condúzcalo ante «cierta persona».

Por fin, yo iba a descubrir tal vez la clave del enigma. Iba seguramente a trabar conocimiento con la persona misteriosa que tenía todos los hilos de la intriga. Pero a última hora hubo contraorden y se resolvió que me trasladara decididamente a la montaña, donde permanecería oculto hasta que mi pasajero estuviese dispuesto para emprender la salida. Al día siguiente, sin embargo, las cosas parecieron irse aclarando.

Desde las cuatro de la madrugada, el visitante español de la víspera vino a despertarme y me declaró con brusquedad que el momento de partir había llegado.

Esta vez ya no se hablaba del viaje a la montaña. Se aproximaba el desenlace. Por fin iba yo a saber algo. Me vestí apresuradamente y seguí al desconocido hasta el cuartel donde deseaba conducirme. No esperé mucho tiempo. A las once y cincuenta y cinco minutos un primer mensaje me previno: «Prepárese». A las doce en punto recibí una segunda orden, todavía más breve, aún más imperativa: «Salga».

Escortado por un destacamento de motociclistas armados fui conducido seguidamente al aeródromo. El coche marchaba a toda velocidad, no acortándola sino en ciertos parajes convenidos, donde algunos emisarios enviados para conocer el terreno nos señalaban con un breve gesto que la carretera estaba libre.

Divisé a mi avión en medio del campo, ya listo para la partida.

—¿Están llenos los depósitos?, pregunté.

—Todo está listo, me respondió un mecánico.



—¿Y el pasajero?

—Mírelo.

Ví llegar a grandes pasos decididos a un hombre joven, que llevaba anudado a la cintura el fajín de jefe, y cuyo rostro imberbe iba muy pronto a propalarse en millones y millones de ejemplares por los diarios del mundo entero.

—General Franco, me dijo, tendiéndome la mano.

«Cierta persona», pensé yo examinando a este hombre, del cual ya presentía la importancia. Sus cabellos negros ensortijados, entre los cuales se mezclaban algunos hilos de plata, desbordaban por el gorro tradicional sobre el que estaban bordados los dos bastones en cruz, insignia de su grado.

—En marcha para Casablanca.

Alguien dijo:

—¿Y el uniforme, mi general?

—Ya lo he dicho. En marcha. No hay que perder ni un minuto.

«Su uniforme»... ¿Qué había querido decir este hombre? No tuve mucho tiempo para preguntármelo, pues en efecto, mientras volábamos sobre las olas del Atlántico, el General se quitó el uniforme, encerró sus efectos en una maleta y después de meter en ella también los papeles que llevaba sobre sí, la arrojó al mar. Inmediatamente le vi ponerse un jaique y un albornoz y arrollarse a la cabeza un turbante. Se le hubiera creído un verdadero árabe salido de los zocos de Marrakech.

«No querrá ser reconocido», pensé. «¿Qué estará preparando?».

Yo sabía que Franco era un jefe bastante sospechoso para el Gobierno de Madrid y que no ocultaba sus opiniones derechistas, y me preguntaba si el asesinato de Calvo Sotelo no había precipitado las cosas, después de algunas



tergiversaciones de última hora. En todo caso se debieron producir cambios imprevistos, puesto que el proyecto de residir yo en las montañas, según se me había dicho, no llegó a realizarse. Mis hipótesis se detenían aquí, por otra parte, y estaba a mil leguas de prever los acontecimientos que debían desarrollarse desde el día siguiente. Calvo Sotelo, Franco... Yo juntaba naturalmente estos dos nombres, pero sin prever ni remotamente las consecuencias de esta ilación.

De repente, el General se alargó hacia mí:

—¿A qué hora piensa usted que llegaremos a Casablanca?

—Al anochecer, le respondí. Pero como no me entendía, con los dedos le señalé las nueve.

Eran, efectivamente, las nueve y las primeras estrellas colgaban del cielo marroquí cuando, después de una corta escala en Agadir, necesaria para reponer la esencia, aterrizamos en el aeródromo de Casablanca. Un personaje misterioso esperaba, a pesar de lo intempestivo de la hora, y nos condujo secretamente a un edificio situado junto al campo, en el cual pasamos la noche.

Al día siguiente, desde el alba, continuamos nuestro vuelo en dirección a Tetuán.

El General se mostraba inquieto. No cesaba de mirar a tierra, y yo sentí que acaso sería más peligrosa la misión de tomar tierra aquí que si otro día hubiese tenido que aterrizar en el corazón de Asturias. Pero lo que yo no sabía era que la hora fatal se aproximaba. ¡Suponeos! Estábamos a 18 de julio...

—¡Tetuán!, exclamó el General.

Y su voz expresaba una intensa alegría. Oprimí la palanca, di vuelta en torno a un minarete y lancé el aparato hacia el campo militar. Una enorme multitud de legionarios



rios aguardaba. Franco se levantó en la carlinga con la mano en alto. Los soldados reconocieron a su antiguo jefe, y se entregaron a un delirante entusiasmo. El General, sacado en hombros por brazos vigorosos, llevado en triunfo, se me escapaba...

A trescientos kilómetros por hora yo había llevado hacia los territorios del Marruecos español, por sobre las olas del Atlántico, a aquel que iba a ser el alma del Movimiento y el Jefe supremo del Ejército nacionalista!

\* \* \*

Así habla Bebb, y su relato es tan elocuente por lo que dice como por lo que calla. Emoción, agitación, reserva, desconfianza inclusive. Y en medio de todo, ¡cuánta serenidad y heroísmo!

Lo que no puede decir, pues no lo oyó cuando Franco subía al automóvil, que de la Comandancia Militar de Las Palmas debía llevarle al aeródromo, son las palabras que el Caudillo pronunció, a modo de despedida, o de testamento, por si la suerte le era adversa, cosa que no ocurrió, afortunadamente: «Disciplina, disciplina y disciplina; fe, fe y fe». La cualidad que allana las montañas, como dice la Iglesia: la fe, como móvil; la disciplina, como medio.





EN M

M  
agua  
ansia  
de ta  
mora  
horiz  
cielo  
men

E  
por  
apar





## CAPITULO XVII

### En Marruecos

EN MELILLA.—EN CEUTA.—EN TETUAN.—EN LARACHE  
Y SU REGION.—EN OTRAS POBLACIONES.  
EN TANGER.—LA AVIACION

Mientras Franco, silencioso, ve discurrir primero las aguas del mar, luego bosques, montañas y llanuras, con el ansia muda de llegar, de llegar cuanto antes al punto donde tan necesaria era su presencia, en la hermosa ciudad mora de Tetuán, por la tarde, a lo lejos, en el fondo del horizonte, donde no se sabe si es el mar que acaba o el cielo que empieza, se distingue un punto: se cree primeramente que es un barco; luego se ve que es un avión.

El mismo nerviosismo de Franco y de su piloto anima, por otra parte, a los que en Tetuán ven aproximarse el aparato, sin saber si era un avión enemigo que intentaba



bombardear la población. ¿Será rojo? ¿Será nacional?, se preguntaban unos a otros, hasta que al fin aterrizó el aparato y Franco desciende de él.

Había de ser la guarnición de Marruecos la que se ornara con la gloria de iniciar la redención de España, y no podía ser de otro modo, ya que esa guarnición era la representación genuina del alma militar española. En aquel suelo habían adquirido temple y prestigio los directores del Movimiento; allí habían empezado su labor constructiva, el reverso de la medalla de la acción destructora de los marxistas. Mientras los Regulares adoraban a sus Jefes y habían de acudir presurosos a dejarse matar por España, las hordas marxistas se veían forzadas a recurrir a la purria internacional, atraída por el olor del dinero, para suplir a los voluntarios que no podían abundar en un país de ruindades y egoísmos, por defender un ideal inexistente. Además, en Africa residía también ese otro organismo glorioso de España: la Legión Extranjera, cuyos oficiales y caballeros de tal manera han amado a España, que han dado profusamente sus vidas por ella.

El heroísmo de nuestra guarnición de Marruecos ha sido tanto mayor, cuanto que para llevar a cabo la gesta gloriosa han tenido que luchar con dificultades sin nombre. El Gobierno de la República, por saber que precisamente en Marruecos se hallaba «el alma militar de España», trabajó todo lo posible por envenenarla. Y con especial predilección se valió del gran elemento destructor del patriotismo, de la Masonería, para minar el terreno y prepararlo para las propagandas marxistas. Masones eran gran parte de los generales y altos jefes que a Marruecos envió en los últimos tiempos el Gobierno, y de no haber sido tan eficaz y reciente la labor patriótica de los generales Franco y Mola, posiblemente las cosas hubieran ido de muy dis-



tinta manera al efectuarse el Alzamiento, primero en Marruecos y a continuación en España.

\* \* \*

A raíz de la proclamación de la República, y ante la actitud de los Gobiernos, indiferente unas veces frente a las constantes ofensas del pueblo a las instituciones militares, de las que en más de una ocasión llegaron a ultrajar el honor; agresiva otras, la guarnición de Marruecos, ya desde los primeros momentos se sintió dolorida y distanciada de aquellos Gobiernos, no obstante haber mantenido en todo momento una conducta respetuosa y disciplinada. Así vemos cómo presenció el cambio de colores de la Bandera, bajo la cual tanta sangre habían derramado; cómo se substituyó un himno histórico por otro ramplón, cuyo único recuerdo iba unido al de una página triste de nuestra Historia, cuando un oficial traidor, arengando a nuestras tropas de Cádiz para que no fuesen a contener la revolución del Plata, nos hizo perder las hermosas tierras argentinas; toleró, en fin, con aparente pasividad, verse dirigida por un ministro de la Guerra engendro de maldad, falto de valor y dignidad, así como de todo lo indispensable al hombre y mucho más al militar.

Agravóse la situación a raíz de las elecciones del 16 de febrero, en cuya ocasión, no sólo en la Prensa, sino en calles y actos públicos, el Frente Popular extremaba la nota provocativa al Ejército. La paciencia de la guarnición empezaba a agotarse.

El 24 de abril se inauguró en el Campamento de Tauima un grupo escolar y una barriada de casas baratas para las familias de los legionarios. Hubo un banquete, en el cual habló el teniente coronel Tella, uno de los militares



de más prestigio de la zona; lamentó, en un hermoso discurso, lleno de fe y patriotismo, las campañas contra el honor del Tercio, cuya gente no hace más que cumplir con su deber... y morir. Se dirigió repetidas veces al general Romerales, Jefe de la Circunscripción, rogándole que no escuchase a los enemigos del Ejército. Luego se encaró con el Delegado Gubernativo, y en frase admirable de estilo y concisión, puso en sus labios las palabras de Juan Bravo, el comunero castellano: «¡Mientes tú y aun quien te lo mandó decir!». Este discurso dió lugar a una delirante ovación de los legionarios, que prorrumpieron en vivas a «la verdad» y mueras «a los espías». Tella salió de Tauima en brazos de los legionarios, mientras los que quedaban le aplaudían delirantemente y otros entonaban el Himno del Tercio con entusiasmo indescriptible. La voz de España y el toque de alerta se oían por primera vez en Marruecos; pero aquella misma noche, en un cine de Melilla, los elementos del Frente Popular volvieron a atacar duramente a Tella, a quien justamente temían como enemigo irreconciliable y empezaron seguidamente sus gestiones para obtener del Gobierno su traslado.

Tella prosiguió su trabajo de sondeo en todas las guardaciones, hasta que en Alcázarquivir le comunicaron que el Gobierno le había destituido. Salió para Ceuta, donde visitó al general Gómez Morato, Jefe superior de las fuerzas de Marruecos, protestando del acuerdo. Regresó a Melilla, dirigiendo un discurso de despedida a sus tropas, que las emocionó hondamente, y que imprimió a ruego de distintas personas. Esta alocución decía:

«Sé que hablo a caballeros legionarios que, como yo, piensan, y, como yo, sienten en español y solamente en español (y si hay alguno que no sea así, peor para él, y

Españ  
ceder.

»Se  
rencor  
español  
y que  
salvac  
las in  
ritu p  
sadilla  
Españ  
las ma  
davía,  
tas a  
pedir  
no pu  
el Ejé  
pre, la  
salvar  
pre a

»A  
justici  
seguri  
que n  
sentim  
Legión

Es  
Tella  
dejan  
bor d  
El  
res de  
que e



España en su día le exigirá también cuenta de su proceder...

»Somos también los únicos quizá que, desprovistos de rencores y de egoísmos, podemos llevar todavía al pueblo español, al buen pueblo español, como nosotros engañado y que con nosotros sufre, los indispensables alientos de salvación, los viriles entusiasmos, los gestos de hombría, las inyecciones regeneradoras de espíritu nacional y espíritu patriótico, que le hagan reaccionar y librarse de la pesadilla que nos agobia a todos y que amenaza hundir a España; pero que no la hundirá, yo os lo aseguro, porque las manos encargadas de defenderla no están muertas todavía, sino solamente crispadas ante la traición y dispuestas a arrostrar los sacrificios que sean necesarios para impedir que se llegue a perpetrar el crimen de lesa Patria, que no puede quedar ni quedará impune. Si ese momento llega, el Ejército, y en la vanguardia del Ejército, como siempre, la Legión, servirá de escudo a los buenos españoles y salvará a España, destruyendo de una vez y para siempre a los traidores a la Patria y al honor nacional.

»Ahí os queda el bastón de mando. Si algún día se hace justicia y vuelvo a mandaros, me lo devolveréis, con la seguridad de que seguirá siendo digno de vosotros y de que no me moveré jamás por otros impulsos ni por otros sentimientos que por el bien de España y el bien de la Legión.»

Esta alocución sirvió de pretexto para sumariarle, pero Tella se enteró a tiempo y se refugió en la zona francesa, dejando encargado al coronel Seguí que prosiguiese la labor de organización emprendida por él.

El Gobierno acordó relevar a *todos* los mandos militares de Marruecos, y el propio Ministro llamó a Yagüe para que escogiese en la Península *el puesto que quisiera*: el



teniente coronel Yagüe contestó: «La segunda Legión del Tercio». El Ministro insistió repetidas veces que eso no podía ser; que se trataba de un acuerdo del Gobierno; pero Yagüe insistió siempre en lo mismo: «*La segunda Legión del Tercio, y nada más*».

\* \* \*

En el «Centro de Hijos de Ceuta» seguían reuniéndose Yagüe y sus amigos; cambios de impresiones, desmanes y optimismos, todo lo sentían igual y al unísono. ¿Por qué?, porque todos pensaban y sentían a España de la misma manera.

Pocos días antes del Movimiento, parece que un contentulio dijo: «Se nos tiene con el agua al cuello, mi teniente coronel», a lo que Yagüe contestó: «Pues a mi vaso le falta sólo una gota para rebosar».

Así llegó el 12 de julio, fecha en que en el Llano Amarillo de Ketama se concentraron las tropas de Africa, después de unas maniobras; hubo revista y desfiles militares. Alvarez Buyla (Alto Comisario interino), su séquito y la representación extranjera pasaron revista a las tropas, y luego, desde una tribuna presenciaron el desfile de unos 18.000 hombres, que duró dos horas aproximadamente; las ovaciones se repetían cada vez con mayor entusiasmo, hasta que al pasar al frente de sus fuerzas el teniente coronel Yagüe, no quedaban unas manos que no aplaudieran ni una boca que no aclamase con entusiasmo indescriptible. Unos aviones evolucionaban en lo alto, mientras una sección de soldados retiraba las piedras de un campo, «por si alguno quería aterrizar». Al darse cuenta de ello Gómez Morato, ordenó se parase el trabajo, y muy alterado dijo: «Mandaré hacer fuego contra el que



intente aterrizar». Según parece, había recibido la confidencia de que el general Franco pensaba ese día aterrizar allí. Después hubo banquete oficial, y a los postres los discursos de rigor, terminando ese día del Llano Amarillo de Ketama con el canto, en boca de miles de hombres, del Himno glorioso de la Academia de Infantería.

Se acercaban los memorables días 16, 17 y 18 de julio: el ambiente estaba preparado para dar el golpe; todos en sus puestos, menos los mandos superiores, que eran adictos al Gobierno del Frente Popular. Había que luchar para conseguirlos; pero tampoco faltó aquí, como se irá viendo en el proceso de lo ocurrido en esos días memorables en todas las provincias de España, la ayuda de la Virgen, que en este caso era la morena «Virgen de Africa».

#### EN MELILLA

En Melilla, el 14 de abril tuvo lugar un desfile de una manifestación marxista ante el Casino Militar, con gritos subversivos en la boca y el puño en alto. Los jefes y oficiales de la guarnición con ese motivo, acudieron al general Romerales, que ya se ha dicho era Jefe de la Circunscripción, queriendo hacerle sentir cuán funesta era su política de abstención frente al furor de las turbas. Romerales, hombre afecto a las logias y de carácter bastante indeciso, para resolver la situación se limitó a clausurar el Casino. ¡Bonito modo de apaciguar los ánimos exaltados de la guarnición!

Una de las personas más perseguidas era el teniente coronel, disponible, don Maximino Bartomeu, procedente de la Legión. En una ocasión se le quiso hacer víctima de un atentado, librándose por haberse confundido su coche con el del comandante señor Entrena, también de la Legión.



El coche de éste fué tiroteado, aunque afortunadamente pudo salvarse huyendo a toda velocidad.

Alma de la preparación del Movimiento en Melilla era el teniente coronel Seguí, retirado voluntario por la Ley «Azaña». Con el fin de obrar con más libertad, trabajó siempre en secreto, y no vistió jamás el uniforme, negándose a que apareciera su nombre en la Prensa cuando se movía de un lado a otro.

El 16 de julio llegó al Palacio de la Circunscripción, a las ocho de la noche, un telegrama cifrado, procedente del Territorio del Riff; que decía: «Interventor Regional me ruega comunique a V. S. que tiene noticias de prepararse un movimiento extremista, y que cabos han recibido instrucciones de asesinar a oficiales cuando reciban aviso».

Conferenciando con el Jefe de Estado Mayor, Romerales dijo:

«Acabo de regresar de la Delegación Gubernativa. El Delegado ha celebrado una conferencia con Madrid y el ministro de la Gobernación le ha indicado que se va a iniciar un movimiento de derechas en toda España y que empezará precisamente aquí, en Melilla. Ha pedido, además, que se garantice mi persona, la del Interventor Regional, Burgos, y algún otro. El movimiento es de Derechas, insistió, y con algunos soldados del Tercio. En su consecuencia, esta noche vendrán a vigilar la Circunscripción fuerzas de la Guardia civil».

Consultó entonces con los Jefes de la Circunscripción, y mientras los adictos al Gobierno formaban corro junto a él, los de Derechas callaban por no comprometerse. El Delegado Gubernativo, como medida de precaución, mandó custodiar los alrededores del edificio de la Circunscripción por parejas de la Guardia civil.

Esa misma tarde del 16 de julio, por su parte, el coro-



nel Solans, residente en Melilla, conferenció con el Coronel Interventor del Riff, señor Sánchez González. A consecuencia de esta comunicación se dió orden al comandante de Regulares de Alhucemas, señor Ríos Capapé, de que emprendiera la salida de Villa Jordana, con su Tabor, para dirigirse a la Alcazaba. Ríos Capapé cumplió la orden recibida, llegando a las puertas de Melilla el 17 al anochecer, sin haber tenido conocimiento aún de que el Alzamiento ya había tenido lugar con éxito. Con tal prudencia y acierto se llevaban las gestiones y tan rápida fué la actuación de la guarnición de Melilla.

Llegó el día 17 de julio. A primera hora de la tarde se reunió en la Comisión Geográfica el grupo compuesto por los tenientes coroneles Seguí, Bartomeu y Gazapo, capitanes Medrano y Cano y tenientes Comas, La Torre, Tasso, Bragado, Sánchez Suárez y Samaniego. Mantenían relaciones constantes con los otros núcleos. El teniente coronel Bartomeu fué al cuartel del Tercio a escribir él mismo, a máquina, el Bando declarando el estado de guerra. Seguí dispuso su plan de actuación: incautación de las radios de los buques, toma de los edificios oficiales y servicios públicos, etc.

Pero esa reunión en la Comisión Geográfica había sido denunciada por un traidor que se fingía falangista, y que después ha pagado su traición con la vida. Le habían entregado un paquete que contenía tres pistolas y dedujo que a las tres de la tarde, que era la hora fijada para la reunión, proseguiría el reparto. La denuncia fué presentada al Delegado Gubernativo, Fernández Gil, en cuyo poder quedaron, como piezas de convicción, dos de las tres pistolas del paquete.

Fué llamado a la Delegación el Jefe del Cuerpo de Seguridad de Melilla, teniente Zaro, procedente del Arma de



Caballería. El Delegado Gubernativo le encomendó que efectuara un registro en la Comisión Geográfica; Zaro alegó que el Cuerpo de Seguridad no efectuaba registros, sino que se limitaría a proteger con sus fuerzas a la Policía encargada del registro.

A poco, en la Comisión Geográfica se dan cuenta de que están cercados por once guardias de Seguridad, que precedían a los agentes de Policía y que iban mandados por el teniente Zaro. Eran las cuatro y diez de la tarde. Los conjurados, jugándose el todo por el todo, con bombas de mano en los bolsillos, salen a enfrentarse con las tropas. El teniente coronel Gazapo, dirigiéndose a Zaro, le dijo:

—¿Qué le trae por aquí, teniente?

—A mí, nada; respondió Zaro. —El enviado del Delegado Gubernativo se lo dirá. Y a continuación habló breves momentos con este último.

El agente de Policía balbucea que lleva una orden de registro.

Se procura entretenerlos con excusas, y el teniente coronel Gazapo comunica por teléfono con Romerales, quien contesta:

—Me lo ha pedido el Delegado Gubernativo, y he dado mi aprobación; de modo que el registro ha de efectuarse.

Gazapo, entonces, le arrojó decidido el guante:

—*PUES, ENTONCES, MI GENERAL, A "LA DE TRES".*

Y colgó el aparato.

Mientras despistaban a los que efectuaban el registro, se llamó a la Representación del Tercio para que enviaran gente.

Acudieron en seguida veinte legionarios al mando del sargento Sousa. El teniente La Torre, que estaba en el



patio, los arengó: «Es por España, ¡por España! ¡Confíad en vuestros oficiales! ¡Carguen armas... apunten!

Pero la orden de fuego no se dió. El teniente Zaro arrojó por fin la máscara con que valientemente se había cubierto, y dirigiéndose a La Torre le dijo con voz clara y serena:

—Compañero: mis guardias no disparan contra el Ejército, sino que van con él...

Y mientras tanto, uno de los guardias, arrojando el fusil al suelo, exclamaba:

«¡No tiréis, que somos padres de familia!» Y todos hacen lo mismo.

Grandioso momento, en que la nobleza de un teniente, hoy capitán de Caballería, ahorra un doloroso derramamiento de sangre y conquistaba para España la adhesión de sus fuerzas. La Torre, emocionado, estrechó la mano de Zaro, diciendo:

—Tú eres mi hermano.

Mientras que el teniente coronel Gazapo, que estaba observando la escena, se dirigía a Zaro con la demanda siguiente:

—¿Quiere usted ser mi amigo?

—Sí, porque soy español de los pies a la cabeza...

A las cuatro y veinte minutos de la tarde del 17 de Julio de 1936, en el patio de la Comisión Geográfica de Melilla, ha empezado el Movimiento salvador de España.

\* \* \*

Se avisa inmediatamente al cuartel del Grupo Automovilista; salen sin tardanza autos hacia Nador, Táxima y Segangan, para trasladar tropas a Melilla. Iguales rápidas órdenes se dan para acudir a la Cárcel, a la Delegación



Gubernativa, al Ayuntamiento y a la Representación de Regulares. Se avisa a las Banderas de Tauima; se corta el cable de amarre de Telégrafos; se ocupan los centros oficiales; se toman los cuarteles; todo sin resistencia.

Salió Seguí, iniciador del Alzamiento Nacional en su fase activa, a arrancarle a Romerales el poder. Le encontró en su despacho de la Circunscripción, rodeado de oficiales y jefes que forcejeaban, unos por conseguir que resignara el mando en el coronel Solans, la más alta personalidad militar presente; otros por que no cediera ante las amenazas. Romerales ya había llamado al Delegado Gubernativo para comunicarle que iba a resignar el mando. Seguí, que entraba pistola en mano, interrumpió la comunicación telefónica, prendiendo al General y a todos los militares desafectos al Movimiento que estaban allí y que fueron acudiendo.

El edificio fué ocupado por media sección del Tabor de Regulares de Alhucemas.

Entretanto, el teniente Bragado se dirigió a la Delegación Gubernativa con algunos soldados y legionarios, enviando un emisario para pedir la rendición. Al ver que transcurrían veinte minutos sin volver el emisario, subió sin vacilación al despacho del Delegado, Fernández Gil.

—No replique y entrégueme el mando urgentemente, le dijo.

—Le pido garantía para mi familia.

—Somos caballeros. Entrégueme el mando, que nada le sucederá.

Y sin más, se rindió la Delegación Gubernativa de Melilla. Bragado cogió el teléfono y dijo al teniente coronel Seguí:

—Cumplimentada la orden, mi teniente coronel. Sin novedad.



Se sumó a los sublevados una compañía del Batallón número 7, que acudía a la Circunscripción llamada por Romerales.

A las cinco empezó el tiroteo por las calles; los extremistas asaltaron armerías, pretendiendo alzarse, pero les faltó arrojo, decisión y patriotismo; aunque eran más, pronto fueron dominados por las pocas fuerzas de que se disponía. Se encomendó al falangista Antonio Cuadrado Yelo, herrador militar que ya se distinguía hacía tiempo por su activa colaboración al Movimiento, que saliera de la Comisión para acudir al parque Automovilístico a pedir enviaran camiones a Nador, Segangan y Tauima, para recoger urgentemente todas las fuerzas disponibles. Cuadrado salió como una flecha, y por el camino hizo correr la frase terrible: «¡Que viene el Tercio!», que bastó para amedrentar a los más osados. Luego fueron llegando a Melilla las fuerzas del Tercio y tabores de Regulares, y ya no hizo falta más para que la ciudad quedase completamente pacificada.

El grupo de Regulares de Melilla, al mando del teniente coronel Barrón, hoy coronel, acudió a tomar el aeródromo de Tauima, base terrestre. No hubo necesidad de lucha; el capitán Ugarte y el teniente Cirujeda salieron al encuentro de las tropas que se acercaban, y se unieron inmediatamente al Movimiento. El teniente Pérez del Camino, cuya filiación política se ignoraba hasta aquel momento, huyó a la zona francesa en un aparato. En cambio, se unió a los nuestros el teniente aviador don Luis Bengoechea, que se hallaba en Melilla de permiso.

Poco después llegaba por el aire, procedente de Larache, un avión que pretendía aterrizar en Tauima y vacilaba para hacerlo. Al fin descendió de él el general Gómez Morato, que avisado por el Gobierno de Madrid acudía





desde Larache, y que apenas en tierra fué detenido por las fuerzas que allí acudieron. En un principio creyó haber caído en un lazo tendido por Romerales.

Hagamos justicia; los oficiales y jefes que fueron sumariados y condenados, supieron reconocer sus errores al llegar el momento supremo, renegar de la masonería y morir como cristianos al grito de «¡Viva España!». ¡Paz a los muertos!

Romerales, antes de morir, arengó a los soldados, recomendándoles obediencia a sus jefes. Besó de rodillas la Bandera y cayó gritando «¡Viva España!».

La base de hidros del Atalayón tuvo que ser rendida por la fuerza, por el escuadrón de Regulares, al mando del capitán Corbalán. Vencidas esas fuerzas rebeldes, las restantes unidades de la base de hidros de Mar Chica se sumaron en seguida al Movimiento.

\* \* \*

Al anochecer llamaron desde la Subsecretaría de Guerra de Madrid, preguntando cómo iban las cosas por allí. A fin de ganar tiempo, se les despistó como se pudo, para que no se enteraran de cuál era la verdadera situación.

Poco después se publicó el Bando declarando el estado de guerra, cuyo preámbulo está concebido en los siguientes términos:

«Una vez más el Ejército, unido a las demás fuerzas de la Nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de los españoles, que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: ESPAÑA.

»Se trata de restablecer el imperio del ORDEN, no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino tam-



bién en su misma esencia; para ello, precisa obrar con JUSTICIA, que no repara en clases ni categorías sociales, a las que ni se halaga, ni se persigue, cesando de estar dividido el país en dos grupos: el de los que disfrutan del Poder y el de los que son atropellados en sus derechos, aun tratándose de leyes hechas por los mismos que las vulneraron: la conducta de cada uno guiará la conducta que con relación a él seguirá la AUTORIDAD, otro elemento desaparecido de nuestra nación y que es indispensable en toda colectividad humana, tanto si es en un régimen democrático como si es un régimen soviético, en donde llegaría a su máximo rigor. El restablecimiento de este principio de AUTORIDAD, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones.

»Por lo que afecta al elemento obrero, queda garantizada la libertad de trabajo, no admitiéndose coacciones ni de una parte ni de otra. Las aspiraciones de patronos y obreros serán estudiadas y resueltas con la mayor justicia posible, en un plan de cooperación, confiando en que la sensatez de los últimos y la caridad de los primeros, hermanándose con la razón, la justicia y el patriotismo, sabrán conducir las luchas sociales a un terreno de comprensión con beneficio para todos y para el país. El que voluntariamente se niegue a cooperar, o dificulte la consecución de estos fines, será el que primero y principalmente sufrirá las consecuencias».

A las ocho se comunicó con la guarnición de Ceuta, preguntando si ya se habían alzado. La respuesta fué negativa; entonces informaron de Melilla que ellos ya lo habían hecho, y Ceuta contestó que allí iban a hacerlo inmediatamente.



A media noche la guarnición de Melilla transmitió a todas las de la Península un telegrama que decía: «Sin novedad». Era la consigna que indicaba que el Movimiento había empezado, y que España estaba ya camino de su salvación.

\* \* \*

El mismo día 17 se sublevó contra sus jefes la marinería de nuestra escuadra. A la mañana siguiente se presentaron en el puerto de Melilla los destructores «Sánchez Barcáiztegui» y «José Luis Díez». El coronel Solans, Jefe de la Circunscripción, después de alguna discusión, mandó al capitán Medrano para hablar con el Comandante del «Sánchez Barcáiztegui». Este desembarcaba ya para dirigirse a las Autoridades militares de Melilla. Por el camino le explicó que él y un oficial de su buque eran de Derechas y estaban con el Movimiento, pero que se hallaban aislados y carecían de medios para oponerse al Gobierno.

—Pues nosotros, dijo Medrano, estamos en último caso dispuestos a ir hacia el interior, antes que entregarnos al Gobierno de Madrid.

Al llegar al despacho del Estado Mayor y ver cómo la guarnición de Melilla iba con completa unanimidad al Movimiento, el noble Comandante, que poco después era fusilado en Málaga, y que cayó gritando «¡Viva España!», no quiso ni aguar la alegría y el entusiasmo reinantes, ni revelar la tragedia horrorosa de la Marina, cuyo desenlace próximo presentía. Al despedirse, para reintegrarse a su barco, les dijo:

—Tenemos órdenes terminantes de bombardear sin compasión las plazas de soberanía, hasta arrasarlas... Si ha



de hacer fuego, lo haré de forma tal que los disparos serán cortos o largos, pero ninguno caerá sobre vosotros.

En términos similares se mantuvo otra conversación esa misma tarde del 18 de julio, con otro oficial que desembarcó en el puerto de Melilla, procedente de un destructor.

El 19 de julio, un avión rojo «Douglas» bombardeó el campamento de la Legión de Tañima, ocasionando varias víctimas entre la población civil. La serie de crímenes rojos empezaba.

## EN CEUTA

Ceuta fué uno de los sitios donde las manifestaciones comunistas, a raíz del «triunfo» del Frente Popular en las elecciones de febrero, revelaron extremos más aparatosos. Les siguió meses después otra gran manifestación «popular», con ocasión del día 1.º de mayo, fiesta del «Trabajo» de *los que no quieren trabajar*. Mujerzuelas de todas las fachas encabezaban esos desfiles, de los que el último constó de diez mil personas, puño en alto y ademán insofocable. Después del desfile cayeron como plaga de langosta en el Hogar de los Estudiantes Católicos, en las oficinas de Acción Popular y en todas las iglesias de la ciudad, saqueando, destrozando, pateando y en último término incendiando. Estacionados ante el Gobierno Civil, desde cuyos balcones abiertos les escuchaba el Delegado Gubernativo, pedían a grito pelado la horca para todo el mundo, la cabeza de Yagüe y la disolución del Tercio. Delegado Gubernativo, Policía y Cuerpo de Seguridad, se cruzaron de brazos.

A partir de ese día, las calles más céntricas de Ceuta



se hicieron intransitables para las personas decentes: las mujeres huían de ellas para no ser insultadas; los milítarés renunciaron a atravesarlas vestidos de uniforme. Se sucedieron ininterrumpidamente huelgas y motines; se cambiaron los nombres históricos y tradicionales de las calles por otros que desde lejos sonaban a extremismo y masonería.

Pero en Ceuta residía Yagüe, el jefe heroico de la Legión. El fué allí el alma del Alzamiento, como Seguí en Melilla. El organizó el soberbio desfile del Llano Amarillo de Ketama, del que se ha dado cuenta al principio de este capítulo. Las autoridades frentepopulistas que presenciaron ese desfile se dieron cuenta de cuán vivo estaba el pensamiento de España entre los legionarios y demás fuerzas allí presentes. El general Romerales llegó a notar que los oficiales que asistieron al banquete, cruzándose unos con otros, pedían con insistencia y una entonación particular: «Café». ¿Para que querrán tanto café?, se preguntaba, y es que ignoraba la consigna: "Camaradas: ¡Arriba Falange Española!".

En la tarde del 17 de julio, el Ayuntamiento celebró sesión ordinaria. Estaba terminando cuando llamaron urgentemente al Alcalde, para decirle que la guarnición de Melilla se había sublevado, y que estaban a sus órdenes el Ingeniero del puerto y un telegrafista, por si quería huir con ellos a Tánger, lo que era muy urgente, antes de que cerraran los caminos. El Alcalde, escéptico, no creyó que la cosa corriera tanta prisa. Volvió a la sala donde se celebraba la sesión, pero ya dentro de ella, el nerviosismo empezó a apoderarse de él; terminó la sesión como pudo, y al final, comunicó a los asistentes el peligro en que estaba la República, y que todos debían unirse para defenderla. Con gran alboroto salieron de la sala, gracias a lo cual



pronto fué rumor público el alzamiento de Melilla. El pánico de la población fué indescriptible. La amenaza de que llegaba el Tercio en son de guerra, aterrorizaba a los que poco antes vociferaban contra él.

A las ocho se recibió el mensaje de Melilla notificando el Alzamiento. La guarnición de Ceuta se dispone a hacer lo propio sin pérdida de tiempo.

A las once de la noche, el teniente coronel Martínez Simancas, recibió orden de Yagüe de tocar generala. Salió el grupo de ametralladoras, mandado por el comandante López Bravo, y a poco, seguían los Regulares, los Ingenieros, el batallón del Serrallo, que enlazó con el Tercio, y la Artillería.

La resistencia fué nula; los jefes rojos se habían escondido todos. El Alcalde no pudo huir; los demás lo hicieron tan a prisa como pudieron. La Delegación Gubernativa quiso sostenerse, pidiendo sin cesar socorros a Madrid, que no podía enviárseles. Un teniente pretendía defenderse con la Guardia de Seguridad; el propio Delegado Gubernativo le hizo desistir de sus propósitos. El comandante Civentos, a la cabeza de los Regulares, entró sin dificultad en el edificio, recomendando al Delegado que efectuase sin demora el traspaso de poderes al capitán Arjona, que se hizo cargo de la Delegación Gubernativa de Ceuta, quedando el antiguo Delegado arrestado en sus habitaciones particulares.

Seguidamente salieron para proclamar el estado de guerra dos compañías del batallón del Serrallo, haciéndolo con toda solemnidad en la Plaza de los Reyes. Firmaba el Bando el general Franco, «General de los Ejércitos Nacionales».

Con igual sencillez se realizó la toma del Ayuntamiento, por una sola pareja de la Guardia Civil.



Los diez mil hombres que el primero de mayo desfilaron en Ceuta puño en alto, fueron rendidos sin más lucha. Sus jefes les habían abandonado cobardemente, y frente a su actitud se alzó en Ceuta, como en tantos otros sitios, el ánimo esforzado de los jefes y oficiales del Ejército español. Bien dice Calderón, en su auto sacramental: «¿Quién hallará mujer fuerte?», poniendo la frase en boca de un valiente general que habla con su ayudante:

Que no vale, en armados escuadrones,  
Tanto, Haber, al medir de los aceros,  
Un cordero, caudillo de leones,  
*Cuanto un león, caudillo de corderos.*

\* \* \*

El día 25 de julio, festividad de Santiago, los buques de la escuadra roja: «Libertad», «Cervantes» y «Jaime I», colocándose frente a Ceuta, empezaron un violento bombardeo, que duró desde las seis y media de la mañana a las once y media, con una hora de descanso en el intermedio. Aunque el tiro iba dirigido principalmente contra la altura de El Hacho, varias granadas cayeron en la ciudad, causando víctimas y desperfectos. Un proyectil de 305 milímetros cayó a corta distancia del cañonero Dato, llegando algunos cascos a caer a bordo, aunque afortunadamente no se registraron víctimas. El ataque fué repelido por las baterías de la plaza.

El 1.º de agosto salió del puerto el torpedero número 19, en viaje de exploración, para ver la posibilidad de llevar a Algeciras el convoy de fuerzas destinado a la Península.

El vaporcito tuvo que arrostrar serios peligros. Vigilaban la ruta de la Península todos los barcos que días an-



tes habían realizado el bombardeo de Ceuta, agregándoseles los destructores y submarinos de la escuadra de Tánger, y aun tres destructores modernos, tres submarinos y seis pesqueros armados. Pero, a pesar de todo, el viaje de exploración se realizó con buen éxito.

De él nació en Franco la resolución de realizar el paso del convoy. El golpe de audacia que esto representaba es una prueba más del espíritu que le anima y, al mismo tiempo, de su justa visión de las cosas. Todas las opiniones eran contrarias a la empresa, pero Franco la decidió, y la preparó con gran acierto. «Yo necesito pasar esas fuerzas, decía. Todos los peligros los sé y los comprendo; pero hay necesidad de que pase el convoy. Y pasará.»

Era el 5 de agosto, fiesta de la Virgen Morena de Africa, Patrona de Ceuta. El cristiano Caudillo se acordó en tales circunstancias de los tiempos pasados en aquella guarnición, y de la festividad del día. Muy de mañana acudió ante la imagen de María para solicitar su apoyo en la magna empresa, oyendo misa en el Santuario que le está dedicado. acompañado del Ayuntamiento en comitiva solemne. Y luego dió la orden de salida del convoy para las cuatro y media de la tarde. A dicho hora estaba el Caudillo con su Estado Mayor, el general Orgaz y ayudantes, despidiendo al convoy; Franco, con el brazo en alto y sus acompañantes, cuadrados, saludando militarmente. Los momentos no podían ser más emocionantes.

Una vez zarpó del puerto el convoy marítimo, exponiéndose a grandes riesgos, Franco y su Estado Mayor, junto con una multitud de personas, seguían con la ansiedad en el corazón la ruta de los barcos, desde la altura de El Hacho, donde estaba establecido el Puesto de Mando, hasta que desaparecieron en la niebla. Comprendiendo lo



crítico de la situación, todos pidieron protección a Nuestra Señora de Africa.

El convoy iba formado por las motonaves «Ciudad de Ceuta» y «Ciudad de Algeciras», el vapor de marcha lenta «Arango» y el remolcador «E. Benot». Iban abarrotados de tropas y armamentos de todas clases. ¡La escolta la formaban únicamente el cañonero «Dato» y el guardacostas «Uad Kert», que también llevaban fuerzas y material de guerra!

Franco seguía con gran impaciencia el paso del convoy; pasaba el tiempo y no llegaban noticias de él. El teléfono de campaña permanecía mudo. Al fin se oye una llamada telefónica: Franco toma el auricular precipitadamente; todos estaban pendientes de la expresión de su semblante. Era el general Kindelán, que comunicaba al Caudillo la llegada del convoy sin novedad, después de sostener fuego sin consecuencias con el enemigo. La emoción producida por la noticia puede fácilmente comprenderse.

En lugar de comentarios, al llegar a este punto, voy a transcribir la relación que del arriesgado paso da don Manuel Súnico y Castedo, comandante del «Dato»:

«Por la noche recibí una orden telegráfica del jefe de las fuerzas navales, disponiendo que estuviese listo para salir, con el ancla a pique, a las 5 h. 30 m. del día siguiente, 5 de Agosto. Las tropas embarcaron de noche. Mandé aviso al «Benot» para que a las 5 estuviese a mi costado para despegarle la popa, quedando sorprendido al saber que tenía a bordo una batería de Artillería y fuerzas, enterándome entonces también que el «Arango» formaría parte del convoy, con lo que ya no había homogeneidad en la velocidad de los transportes. Designé a los tenientes de navío Miguel, Boado y Corval, y al alférez



de navío Lazaga, para conducir, respectivamente, el «Aran-go», el «Ciudad de Algeciras», el «Ciudad de Ceuta» y el «Benot».

»Establecí un sistema de señales para ser izado por cualquier buque que avistase a otro enemigo. El teniente de navío Planelles fué destacado a Punta Ciris como auxiliar de la observación de tiro. Poco después se me presentó el teniente de navío Blanco, para transmitirme la orden de que la salida se aplazaba hasta las 15 h. 30 m. La causa de la suspensión se debía a que el «Lepanto», tocado por una bomba de avión, había entrado en Gibraltar para evacuar bajas y se esperaba su salida inmediata. Próxima la hora, se acercó al «Kert» y luego a nosotros un bote con el mismo teniente de navío, para comunicarnos la orden de salida, que se haría en esta forma: «Uad Kert», «Dato», «Aran-go» y «Benot», y después las dos motonaves correos. A poco de navegar, debido a la fuerte marejada de Levante, el «Benot» se vió obligado a volver atrás. En este momento volaron sobre el convoy un «Dornier» y un trimotor, que en seguida desaparecieron. Pero, a causa de su poca velocidad, el «Aran-go» pronto quedó en cola, por lo que tuve que llevar desde que salí las máquinas a media. El rumbo era Punta Carnero. Las diferencias de velocidad hicieron que la formación se convirtiese en una línea en fila de grandes intervalos; los correos pasaron al «Kert» y, observando que se alejaban solos, puse toda velocidad para protegerlos, pasando al «Kert» y colocándome en el centro de la línea.

»Al encontrarme como a unas cinco millas de Punta Carnero apareció un destructor enemigo, que venía como de Tarifa y que resultó ser el «Alcalá Galiano», arrumbado a la cabeza del convoy y a mucha velocidad. Hizo varias descargas con sus piezas de proa al correo que iba en ca-



beza. Y en ese momento metí a babor, atravesando la línea del convoy y marcando al «Alcalá» como a unos 45° por babor. El destructor metió a estribor, rompiendo el fuego el «Dato», al meter la caña, con el máximo alcance de sus piezas. Poco antes se había unido al convoy el torpedero «19», que había salido de Algeciras a nuestro encuentro.

»El combate continuó a rumbos paralelos, próximamente, y de vuelta encontrada. Apenas el «Dato» rompió el fuego, el destructor, que casi había centrado a los correos, dirigió su tiro sobre mí; dada su velocidad, al poco tiempo pasó tras el buque cola del convoy, como a unos 1.500 metros de él; entonces metí la caña a estribor para continuar el combate a rumbos paralelos y de la misma vuelta. El «Kert» también rompió el fuego sobre él con su pieza. Desde el «Arango» se le hizo igualmente fuego con ametralladoras y fusilería, ya que le pasó, como digo, bien cerca.

»En esta fase del combate fué muy preciso el tiro del «Dato», viéndose cómo los piques cubrían de muy cerca la amura de babor del «Galiano». Trató éste de entrar en la bahía de Algeciras, pero sin duda debido a la precisión de nuestro tiro, metió para fuera, alejándose hacia Levante. El combate duró, aproximadamente, una media hora, disparándose más de cien proyectiles.

»El convoy, sin novedad, entró en el puerto».

No pudo atacar a la atrevida expedición más que el destructor rojo «Alcalá Galiano». Las alas de España impidieron que los otros buques de su escuadra se acercaran y los hicieron refugiarse en la bahía de Tánger.

\* \* \*

Las represalias rojas no se hicieron esperar. Un avión fué a bombardear la población civil de Algeciras, mien-



tras que la imponente «flota» acudía a descargar sus iras sobre el «Dato», con sus cañones de 305 mm. Pronto los cañonazos del «Jaime I» barrieron el castillo, puente, palo y costado de estribor, luego los cañones antiaéreos, las piezas de proa, estribor y babor, la caseta de radio y los reflectores. Numerosas víctimas yacían sobre cubierta. Se declaró el incendio en los paños de proa y el barco empezó a hundirse. El comandante Súnico, con un nudo en la garganta y las lágrimas en los ojos, tuvo que dar la orden de abandonarlo.

Pero pronto se le sacó del fondo, y volvió a empezar su marcha gloriosa en la Historia de España.

\* \* \*

Tradición antiquísima en el territorio africano es la devoción a la «Virgen Morena de Africa», cuya festividad se celebra el 5 de agosto, coincidiendo con la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves.

Ignórase a ciencia cierta de dónde procede la imagen. Ocurre con ella lo que con tantas otras Vírgenes milagrosas de nuestra bendita tierra española. Pero la guarnición de Marruecos tiene en ella fe honda y arraigada, y le confía con amor todas sus empresas.

Venérase la imagen en Ceuta, y parece que la ciudad la tomó por Señora y Patrona, votando celebrar fiesta de guardar el 9 del mes de febrero, en agradecimiento a que se había librado de una epidemia de peste que había asolado las tierras de Andalucía. Esto ocurrió en el año 1651, cuando Ceuta estaba en poder de Portugal.

El voto fué fielmente cumplido en Ceuta hasta el 9 de febrero de 1932, o sea por espacio de doscientos ochenta y un años. La República Española no podía tolerar que



ceremonia tan piadosa se perpetrara en sus tiempos, y la suprimió sin más explicaciones.

El Ayuntamiento de Ceuta decidió, en conmemoración del paso del convoy marítimo a través del Estrecho, realizado bajo la protección especial de la Virgen de Africa, renovar su «voto», efectuándolo así a partir del 9 de febrero de 1937. Y se tomó oficialmente un acuerdo firmado por todas las personalidades asistentes, el día 5 de agosto del mismo año 1937, aniversario de la salida del convoy y fiesta de la Virgen de Africa, descubriéndose al mismo tiempo una lápida conmemorativa del paso del convoy, ante la puerta principal de la iglesia.

### EN TETUAN

El 17 por la mañana se reunieron el coronel Sáenz de Buruaga y los tenientes coroneles Yuste, jefe de las fuerzas jafifianas, Beigbeder y Asensio, conviniendo en las líneas generales de la ocupación de Tetuán. Las instrucciones eran un modelo de brevedad y precisión.

Era Alto Comisario interino de Marruecos Alvarez Buylla, en sustitución de Moles, llamado a Madrid para la cartera de Gobernación. La labor de Moles en Marruecos había sido nefasta; nuestro desprestigio corría el peligro de ser absoluto, ante las autoridades marroquíes, tan acostumbradas a respetar el nombre de España. Alvarez Buylla no valía más que Moles.

A las dos y media de la tarde se recibió en Tetuán la orden de aplazar el Alzamiento por 24 horas, esperando la llegada de Franco. Buruaga, Beigbeder y Asensio subieron al cuartel de Regulares de la Alcazaba, trazando el nuevo plan: Buruaga establecería allí mismo su puesto de mando; Beigbeder tomaría posesión de la Delegación de Asuntos



Indígenas y de la dirección de los servicios de los servicios del Majzen; Asensio ocuparía la ciudad y el aeródromo, al mando de las tropas. Yuste dispondría el movimiento de las Mehal-las.

Entretanto, los servidores rojos del Cuerpo de Comunicaciones, que eran muchos, comunicaron sin pérdida de tiempo desde Tetuán al Gobierno de Madrid la noticia del alzamiento que acababa de iniciarse en Melilla.

El rumor corrió pronto por la ciudad, como reguero de pólvora. La emisora de la Guardia Civil captó la noticia, que de este modo llegó a conocimiento de la guarnición. Buruaga, con gran serenidad, dió inmediatamente orden de acuartelamiento. El espíritu de este alto jefe está compendiado en estas palabras, salidas repetidas veces de sus labios: «Yo estoy dispuesto a morir».

Poco después llegaba a Riffien, al cuartel de la Legión, enviado por Buruaga, el auto de los capitanes Cano y Bordonado, confirmando la noticia del alzamiento en Melilla y pidiendo órdenes. Yagüe les dió instrucciones de comunicarlo a Buruaga, anunció su salida para Ceuta con las Banderas y les ordenó que cayeran sobre el aerodromo de Tetuán, donde se aguardaba resistencia.

El coronel Buruaga llamó entonces a la Alta Comisaría para notificar ceremoniosamente al capitán Buylla que «desde ese momento dejaba de ser Alto Comisario y que él tomaba todos sus poderes». Buylla, que estaba rodeado de todos sus compinches, ¡se quedó como quien ve visiones!

Llamaron al teniente coronel Yuste, desde la Alta Comisaría, para que enviase en seguida unos cuantos tabores de Mehal-las. Yuste prometió llamarlas en seguida, ¡aunque su objeto era muy distinto del que se proponía la camarilla roja!



Poco después, Buylla y los suyos se enteraban de que el comandante Asensio y el capitán Rivero se habían incautado de las líneas del Gabinete Telegráfico, entrando, armas en la mano, en la propia Alta Comisaría. Fué enviando Buylla emisario tras emisario para ver lo que ocurría, y todos fueron cayendo en la trampa, hasta que él mismo fué a hablar con Asensio; el aspecto resuelto y activo de éste le descompuso, y regresó a su despacho con el pánico en el alma. En eso llamaron desde el aerodromo; el comandante La Puente, rojo por derecho propio, alardeaba de resistir. Buylla se apresuró a animarle en su propósito, agarrándose a esa esperanza como a un clavo ardiendo.

A media noche, Buruaga formó a sus Regulares, y en español y en árabe, repetido por un oficial moro, dió la consigna siguiente: «¡Regulares; ¡A cumplir con vuestro deber. Como siempre, por España!»

Las tropas, al mando del teniente coronel Asensio, empezaron a entrar en las calles de los barrios altos. Los rojos, cogidos por sorpresa, aunque supieron primero el alzamiento de Melilla, quedaron acorralados. Servicios públicos, círculos extremistas, ciudad entera, quedaron pronto sójuzgados. La Policía al mando del comandante Alvarez de Pablo, se entregó sin resistencia, igual que los otros organismos oficiales, y lo mismo la Secretaría General. Pocos momentos después, fuera del aerodromo y de la Alta Comisaría, todo Tetuán se había rendido.

Una misión sumamente delicada había que cumplir: la toma de la Delegación de Asuntos Indígenas. Beigbeder, destinado a ese puesto, se encargó de llamar por teléfono al delegado del Gobierno rojo, notificándole que «debía entregarle en seguida la Delegación y marcharse a su casa,



porque desde aquel momento él, coronel Peña, ya no era absolutamente nada.»

Luego llamó Beigbeder al comandante Granados ayudante del Jalifa, con las instrucciones siguientes:

—«Hable usted inmediatamente con S. A., y dígame que el Ejército de Africa, bajo el mando del general Franco, que llegará mañana, se alzó esta noche con sus armas contra el Gobierno y el Régimen, para salvar a la Patria de la anarquía y el deshonor.»

La respuesta que trajo Granados del Jalifa, fué la siguiente:

—«Mi teniente coronel: me encarga S. A., con el mayor interés, que sea felicitado en su nombre el Ejército de Africa, que saluda entusiastamente al general Franco, y pide a Dios para nuestra nueva España un triunfo completo y glorioso.»

—Está bien. Haga usted presente a S. A. la gratitud del Ejército de Africa, y asegúrele que para Marruecos y el Islam empieza una era feliz de comprensión y confraternidad, unidos los dos Imperios por sus intereses y sus ideales comunes.»

Luego comunicó Beigbeder la misma noticia al Gran Visir, Sidi Ahmed Ben El Hach Abd-El-Krim El Gaumfa. La labor de los generales que conquistaron para España el suelo y el alma de Marruecos, empezó a dar sus frutos en ese momento: el Jalifa Muley Hassán, su Gran Visir y todo el Majzen se regocijaron ante la aurora que amanecía para la España que habían aprendido a amar.

Después de estas ceremonias protocolarias, Beigbeder acudió a tomar el edificio de la Delegación de Asuntos Indígenas y a asumir el mando y dirección de todos los servicios del Majzen. Entró en el edificio acompañado sólo de dos ayudantes. Los que aguardaban estaban muertos de



miedo. Al entrar, el teniente Sánchez Barcaíztegui, de la Guardia Civil, se dió cuenta de que alguien apuntaba contra ellos, y se precipitó pistola en mano para meterlos en razón. Beigbeder, con plena serenidad, le sujetó, diciendo: «¡No! ¡Ni tiros ni sangre sin necesidad!»; y, no siendo necesarios, no hubo sangre ni tiros.

Una vez dueño de la Delegación, Beigbeder se dirigió a las Intervenciones y puestos de las Mejzanías. Casi nadie se le resistió, y los pocos que lo hicieron fueron destituidos en el acto. Luego habló a los kaídes, valiéndose de palabras del Korán, y los puso a todos del lado de España.

\* \* \*

Al teniente coronel Asensio le tocaba la misión de hacerse dueño del aerodromo. La cosa no era fácil, pues entre los aviadores, gente joven y arriesgada, había mucho extremista. Ya se ha dicho que el comandante La Puente había ofrecido, jactanciosamente, al Alto Comisario, resistir en su puesto.

Asensio salió para el aeródromo al mando del 2.º Tabor de Regulares de Tetuán, dispuesto a rendirlo al amanecer. Buruaga, entonces, llamó por teléfono a La Puente en el aerodromo, diciéndole:

—Tengo el mando absoluto de Tetuán y le ordeno, le exijo, que entregue ahora mismo el aerodromo al teniente coronel Asensio, que os tiene cercados con sus tropas. Pero ahora mismo, si no quiere que entren a la fuerza y corra vuestra sangre.

La Puente tuvo la osadía de replicar:

—¡Antes pasarán sobre mi cadáver!

A lo que Buruaga, lleno de indignación, respondió:

—Así se hará. ¡M...!



Al amanecer resonaron los primeros cañonazos. Un proyectil prendió fuego a un cobertizo, que se incendió. La jactancia de La Puente se desvaneció como el humo y el aerodromo se rindió casi sin disparar un arma. La conducta posterior de La Puente se pareció mucho más a la de un tímido conejo acorralado que a la del gallo erguido de momentos antes.

El conjunto de oficiales del aerodromo acogió la rendición con gran satisfacción, sumándose de corazón al Movimiento. Algún elemento rebelde destruyó siete aparatos, pero la toma del aerodromo se realizó sin ningún muerto y poquísimos heridos leves.

\* \* \*

Por aquellas horas llegaron a Tetuán los soldados de la Legión y se dirigieron seguidamente a cercar la Alta Comisaría. El coronel Buruaga salió entonces de la Alcazaba, dirigiéndose a dicho edificio, donde entró, acompañado sólo del capitán Cruz, sin topar con ninguna dificultad. Pronto se enfrentó con Alvarez Buylla y su camarilla, notificándoles que por razón de los «hechos consumados» era él desde se instante el Alto Comisario. Alguien quiso replicar y Buruaga, inconscientemente, puso en sus labios la frase de Don Juan de Austria momentos antes de la Batalla de Lepanto:

—«Señores, ya no es hora de aconsejar, sino de combatir».

En un auto subieron todos, Buruaga inclusive. Se condujo a los detenidos al chalet del Secretario general; a la demanda del mismo Buylla, se les puso guardia.

\* \* \*

En la mañana del día 18 ya los periódicos de la loca-



lidad encabezaron sus primeras planas con grandes letras que decían:

«El Ejército de Africa, al mando del general Franco, que llegará mañana, se ha unido a un Movimiento Nacional y patriótico. Las nuevas autoridades han tomado posesión de sus cargos sin incidente alguno. La tranquilidad es absoluta».

Empezó la desbandada de extremistas: unos tuvieron éxito en su huida, otros cayeron en manos de nuestras autoridades antes de realizarla. El pueblo, en cambio, acogió con júbilo indescriptible la noticia de su redención; aún no estaba suficientemente envenenado, por suerte suya, por las propagandas marxistas o libertarias.

Pronto acudieron a la Alta Comisaría los cónsules extranjeros para saber cómo habían de fijar su posición. Bu-ruaga los atendió a todos con su tranquila serenidad y decisión.

\* \* \*

Después de su entrada tan plácida dentro de la auténtica España, Tetuán empezó a vivir unas horas de inquietud. En primer lugar, se aguardaba ansiosamente a Franco, que debía llegar aquel día, pero de quien no se tenían noticias; se ignoraba, además, cuál era la actitud y suerte de las guarniciones de la Península; y, por último, cayeron sobre la hermosa ciudad africana las primeras cóleras desechadas del Gobierno de Madrid.

Paseaba la gente con despreocupación y alegría por las calles, llenas de la agitación inherente a la movilización militar. De repente se recibió un aviso de Riffien, de que un bimotor rojo había bombardeado su campamento y se dirigía a Tetuán. La defensa antiaérea era casi nula y se aguardó lo que ocurriría. El bimotor, con la canallería pro-



pia en todo momento de los adictos al Frente Popular, en lugar de dirigirse sobre los objetivos militares, bombardeó sin piedad la Residencia, el barrio moro y dos mezquitas, causando quince muertos entre la población indígena. El pánico que produjo el brutal atentado es fácil de comprender.

Resolvió la situación, con notable pericia e hidalguía, el Gran Visir Sidi Ahmed el Gaumía, a pesar de contar 76 años y estar muy delicado de salud; acudiendo sin demora, a caballo, desde su casa de Tetuán, supo, con su prestigio y autoridad, apaciguar los ánimos del pueblo aterrado y hacerlo regresar en actitud pacífica a sus hogares. El acto de valor del Gran Visir fué recompensado horas más tarde por el general Franco, que prendió en su pecho la Cruz Laureada de San Fernando.

¡La Cruz sobre el pecho de un musulmán! ¡La insignia del Rey Santo que tomó a los moros Córdoba, Jaén y Sevilla! ¡Milagro realizado por nuestros generales, para que las Autoridades mahometanas amen a España!

\* \* \*

La falta de noticias de Franco inquietaba a la guarnición de Tetuán. ¿Se salvaría de los numerosos atentados que las hordas rojas preparaban contra él? ¿Aterrizaría aquel día en Tetuán, como se esperaba? Al fin se recibe un recado telefónico desde Arbana, que el avión tan esperado acababa de pasar por allí. Buruaga acude en automóvil, sin pérdida de tiempo, a encontrar al que llegaba «volando». Franco, al ver a Buruaga se echa del avión a tierra para abrazarle. «Y los dos, dice Buruaga, ¡nos echamos a llorar!». Lágrimas de militares, ¿qué sois, perlas o fuego?

Desde el aerodromo Franco marchó con Buruaga a la



Alta Comisaría, tomando a continuación el mando del Ejército de Africa y el gobierno del Protectorado y de los territorios. Enterado del inicuo bombardeo de aquel día, dirigió por escrito una protesta, enérgica y breve, al Presidente del Consejo de Ministros de Madrid.

A poco se oía por radio el mensaje de Franco; mensaje que llevaba aliento y esperanza a las guarniciones de la Península. Algunas de ellas ya se habían alzado aquella tarde misma; otras iban a hacerlo al día siguiente; todas vibraron al oír los acentos que desde el otro lado del Estrecho les transmitían su entusiasmo y su fe.

Por la mañana del 19, Franco recibió a la oficialidad franca de servicio; luego se trasladó a Riffien, a convivir con sus legionarios.

Por la tarde tuvo lugar en Tetuán la emocionante ceremonia de imponer al Gran Visir la Cruz Laureada de San Fernando, en recompensa a su brillante actuación de la víspera. Tanto Franco como Sidi Ahmed el Gaumía hablaron: el primero, para ensalzar la labor del Gran Visir; éste, para agradecer la merced recibida. Ante la Alta Comisaría rindieron honores la Guardia Jalifiana, una compañía de Cazadores de Ceriñola, el segundo Tabor de Regulares de Tetuán, un tabor de Regulares de Larache, un tabor de la Mehal-la de Tetuán y fuerzas de Artillería y Aviación.

Por la noche empezó la emisión oficial de la Radio Nacional, dando cuenta al mundo entero de la llegada de Franco y de la ceremonia de la tarde. Durante los días siguientes, el general Franco acudió diariamente a transmitir desde la Radio su entusiasmo a la España que luchaba y sufría. Unas veces se dirigió al pueblo (noche del 22), otras a la Guardia Civil (igual fecha); el 24 y el 25 dió a la nación noticias para contrarrestar el aislamiento en



que la intervención del Gobierno rojo, allí donde triunfó, y la actuación tortuosa de la Prensa extranjera, tenía a las distintas poblaciones españolas. Franco, desde Marruecos, Queipo de Llano, desde Sevilla, empezaron la tanda de inyecciones de Patria y fe que tanto necesitaba España; calmaron muchas ansiedades y alentaron muchos corazones.

### EN LARACHE Y SU REGION

Llegó a Larache en la mañana del día 17 de julio el general Gómez Morato, Jefe Superior de las Fuerzas Militares de Marruecos, para enterarse del alzamiento que tenían preparado los cabos, según informes de Madrid. La guarnición, preparada ya, como no había llegado aún la hora, recibió con correcta cortesía al General, que quedó completamente despidado.

Por la tarde, estaba sentado Gómez Morato en el Casino, cuando le llamaron desde Madrid. El General acudió a la llamada.

—¡Aquí, el general Morato!

—¡Al aparato, el Ministro de la Guerra!

—Diga, diga, señor Ministro...

—General, ¿qué pasa en Melilla?

—¿En Melilla? Nada.

—Pero, ¿no tiene usted ninguna noticia de Melilla?

—Ninguna. ¿Por qué?

—¡Porque aquella guarnición se ha sublevado esta tarde, y debe usted marchar inmediatamente a Melilla!

El General se dispuso a cumplir con las órdenes del ministerio. Montó en el avión, y al llegar al aerodromo de Tauima, se encontró con un capitán para arrestarle y una escolta de Regulares para conducirlo.

El teniente Boza, de Ingenieros, sorprendió esta con-



versación telefónica, y la puso en conocimiento de sus jefes.

Seguidamente ocuparon sus puestos el coronel Múgica, el capitán Prados, el abogado Sánchez Ferrero y otros. Pronto quedaron las calles y paseos desiertos, vacíos los cafés y casinos. Formaron las tropas acuarteladas, empezóse a oír el sonido de tambores y cornetas.

Una compañía de Las Navas, al mando del capitán Moreno Farriols, salió a proclamar el estado de guerra en la Plaza de España. Una sección de Ingenieros ocupó Correos, Telégrafos y la Red Telefónica. La compañía de ametralladoras de Las Navas se emplazó junto al Hospital de Convalecientes.

La toma de los Servicios de Comunicaciones costó la vida de los dos tenientes Boza y Reinosa, heridos a traición. Fueron las dos primeras víctimas del Alzamiento, y su sangre ha servido de fecunda semilla de héroes, siendo vengada su muerte inmediatamente por las fuerzas a sus órdenes, que realizaron brillantemente sus objetivos.

De la Jefatura del territorio se hizo cargo el teniente coronel Alfaro.

En cuanto a Alcázarquivir y Arcila, poblaciones de la región, el estado de guerra se proclamó sin incidentes. En la primera plaza se puso al frente de las tropas de Regulares su antiguo jefe, el teniente coronel Losas, que había sido destituido recientemente por intrigas de las logias masonicas.

### EN OTRAS POBLACIONES

Especial alabanza merece la labor de los interventores de Marruecos en estos últimos años. Como los generales, atrajeron a los moros al amor del Ejército español, los in-



terventores también los han conquistado con su hábil política y recta administración. Mención singularísima debe tener la labor tenaz y prolongada del interventor coronel don Juan Bautista Sánchez.

Era jefe de la Intervención de Tensaman, en la zona oriental, el comandante don José Bermejo. Con él se entendía admirablemente, en pro de España, el comandante Sidi Mohamed Mezzián, Jefe de los Regulares de Alhucemas. Ambos colaboraron íntima y eficazmente, cerca de los caídes y notables musulmanes, para conseguir su adhesión al Movimiento, cuando llegase la hora.

Al producirse el Alzamiento en Melilla, Mezzián pasó a Bermejo el siguiente mensaje cifrado:

«Baja a Nador».

Con lo que Bermejo entendió, por estar ya convenidos, que debía hacerse cargo de la Intervención Regional. Acudió con fuerzas, y se encontró con que el interventor, José María Burgos, ya había huído a la zona francesa con su familia. La ocupación de la Intervención, por consiguiente, se realizó sin esfuerzo. La colaboración de Sidi Mohamed Mezzián le ha valido el cargo de coronel habilitado.

\* \* \*

Todos esos poblados que llevan nombres emocionantes, recuerdos de tantos hechos heroicos de nuestro Ejército en los años 1909 a 1927, colaboraron plenamente en la obra de redención de España. Nador, Zeluán, Targuist, Villa Sanjurjo, Dar Drius, Segangan, Villa Jordana, Riffien, Alhucemas, Beni Urriaguel, cada uno aportó su grano de arena, utilísimo y agradecido.

El Interventor del Riff, coronel don Juan Bautista Sánchez, había realizado una eficaz campaña en las cábi-



las, demostrando que lo que se preparaba era una Guerra Santa contra el ateísmo, cosa que las puso todas incondicionalmente de nuestro lado. El kaid Solimán el Jatabi, gran amigo de España, llamó en elocuente arenga a todos los guerreros de Beni Urriaguel. Ninguno faltó a la jura en Axdir; el ardor combativo de la kábilas marroquíes encontraba en la Guerra Santa de España una magnífica válvula de escape. Como corona de esa emocionante jura, la alocución siguiente, emitida por la Radio, ofrendó a España y a Franco la sangre de los rifeños:

«¡Por la gloria de Dios! ¡Por la fuerza y el poderío que residen en El!

»Al glorioso héroe, tan afortunado de mano, alma y corazón: al general Franco. ¡Que las bendiciones divinas sean sobre ti y los que contigo combaten en la buena senda! Nosotros deseamos ayudar a tu Ejército con nuestras personas, nuestros hijos, nuestros hermanos y nuestras haciendas, para conseguir que España vuelva a ser lo que era, aunque tenemos pleno convencimiento de que el Ejército se basta a sí solo para vencer.

»Nuestros hombres que irán no han de dejar a vuestros opresores un solo lugar de España donde refugiarse, y nosotros, con el imperio de Dios a nuestro lado, extirparemos el mal de esa tiranía. Porque Dios ayuda al siervo tanto como dure la ayuda del siervo a su hermano. Nosotros no regresaremos de España hasta que los mayores y los menores gocen de vuestra paz. Sea esto en gratitud a España. Nosotros hemos hecho esta petición dos veces a nuestro muy amado interventor el comandante Blanco, y hemos escrito con la misma súplica a amigos nuestros de vosotros, como lo es Enrique Arques. ¡Ya veréis a nuestros heroicos hombres cómo no les importa la muerte!».

Tanto afán tenían las fuerzas reclutadas en Marruecos,



no sólo las marroquíes, sino las Armas de nuestro Ejército, en acudir a la lucha que, como ya hemos visto al hablar de Melilla, el tabor de Regulares del comandante Ríos Capapé, destacado en Torres de Alcalá, se anticipó a todas las fechas previstas y el 16 iba en marchas forzadas rumbo a Melilla.

Al llegar la noticia de la sublevación de la guarnición de Melilla a Villa Sanjurjo, las tropas estaban acuarteladas y dispuestas a todo. El Coronel jefe del territorio fué detenido en su propio despacho; los centros oficiales fueron ocupados por las fuerzas de Regulares y por la noche embarcó para Melilla una bandera de la Legión. La tranquilidad no fué perturbada y seguidamente empezó el movimiento de militarización de las tropas.

Aquellos heroísmos de nuestro Ejército de Marruecos trajeron estas abnegaciones. La gratitud, virtud de las almas bien nacidas, arraigó bien en el temperamento generoso del pueblo marroquí.

### EN TANGER

El Estatuto Internacional de Tánger contiene, en su artículo número 3, las cláusulas siguientes:

«La zona de Tánger queda colocada bajo el régimen de neutralidad permanente. Ningún acto de hostilidad podrá, pues, ser realizado por la zona ni contra ella, ni dentro de sus límites, ni en la tierra, ni en el mar, ni en el aire.

»No podrá crearse ni mantenerse en la zona establecimiento alguno militar, terrestre, naval o aeronáutico, ni tampoco bases de operaciones ni instalaciones susceptibles de ser utilizados con fines belicosos.

»Queda prohibido todo depósito de municiones y de material de guerra».



Las condiciones en Tánger, por consiguiente, son muy distintas que en las plazas de nuestra Soberanía en Marruecos. Tánger debe ser región perfectamente neutral. Y sucede frecuentemente que los países neutrales, en momentos dados, deben adoptar actitudes forzadas y equívocas, como su vida propia no sea lo suficientemente intensa para indicarles sin vacilación el rumbo que deben seguir.

Resultado: que en Tánger las autoridades estaban sometidas a un régimen de cautela y prudencia que las ataba mucho las manos y que, en cambio, la población tenía dentro de sí todos los gérmenes revolucionarios de las grandes ciudades cosmopolitas. Estaba prohibida toda propaganda o empresa que tendiera a alterar en Tánger el orden establecido para la zona francesa y española de Marruecos, pero en Tánger había una enorme población de advenedizos y aventureros, imbuídos de las peores teorías.

Así sucedió que Tánger, al llegar el momento, distó mucho de permanecer neutral, y en Tánger hemos de llorar la única nota discordante de la gran armonía de nuestras posesiones de África. La hostilidad contra la auténtica España estalló rotunda desde el primer momento.

Sucedió, por ejemplo, que un momento se creyó que Franco elegía el campo de Aviación de Tánger para aterrizar de su vuelo desde Canarias. El Consulado General arrancó por orden del Gobierno rojo, una orden de detención contra él del Fiscal francés del Tribunal Mixto. Faltaba para esa detención base jurídica, ya que Franco aún no había abierto la boca y no podía ser acusado de rebelión. Francia comprendió después lo absurdo de esa maniobra, y ha tratado de borrar toda huella de la misma.

En la noche del 17 de julio, cuando nuestro Ejército triunfaba en todas partes, el enemigo trató de ofrecer la última resistencia en la frontera de Tánger. Al perder la



partida, los rojos se internaron en el territorio, encontrando decidido apoyo en sus compinches de allí. La Policía fronteriza, en más de una ocasión, hizo cuanto pudo por entorpecer nuestras concentraciones y favorecer la huida de los elementos rojos. Al final, nuestro interventor Jiménez Muro, con fuerzas de la Mejzanía, se hizo dueño, en un golpe de audacia, de las comunicaciones del Puente Internacional, del Borch y de Regaña. Se instituyó una activa vigilancia, se sanearon las Administraciones, se interceptaron las comunicaciones de todas clases, y en último término se abrieron nuevamente los caminos para España.

Otra fase de la hostilidad de Tánger para la España Nacional consiste en su actitud con respecto a la Marina roja española. El puerto de Tánger se convirtió en asilo descarado de todos sus barcos, y hasta se pretendió permitir el paso a través del territorio de Tánger a los diez mil marineros refugiados en ese puerto, para que fuesen a atacar nuestras tropas en la línea fronteriza. Un alarde de Jiménez Muro lo evitó a tiempo.

Siguió después una insidiosa campaña de difamación contra España, y de propaganda perturbadora en las kábilas, para evitar que enviasen sus contingentes al servicio de Franco. El Ministro nacionalista que nombró Franco fué expulsado, y la Legación española fué asaltada por una turba de indeseables, que se estableció en ella para desarrollar su plan de operaciones.

Franco protestó desde Tetuán de la actitud «poco neutral» de Tánger, pero Tánger se negó a reconocerle beligerancia ni autoridad, hasta que, al fin, la paciencia se acabó, y Franco envió a las autoridades de Tánger un ultimátum, exigiendo que se cumpliese la neutralidad obligada por el Convenio Internacional. El Comité de Control, intimidado, tomó el partido de «enterarse» de cuáles eran las condi-



ciones de su Convenio, y en su consecuencia obligó a la escuadra roja que se amparaba en el puerto a evacuarlo sin tardanza. Con eso se contentó, y la Administración de Tánger continuó haciéndonos sordamente todo el mal que pudo.

El móvil de la «súbita prudencia» de Tánger, era, sencillamente, el miedo. Un día llegaron rumores confidenciales de que aquel día iba a entrar la Legión en el territorio. Los compinches rojos celebraban un banquete. Por poco se les indigesta, y a partir de aquella noche, el ministro de la España roja, sus secretarios y todo el personal de la Embajada, durmieron «por prudencia» en el Consulado francés.

\* \* \*

No han faltado en Tánger dignas representaciones españolas, que han actuado con eficacia y decisión. Hay que citar el nombre del doctor Amieva, Representante Diplomático; el del ministro de España en Tánger, don Juan Peche, y los de los secretarios de Embajada, Castillo, García Lleras y Seoane. Citaré también los del marqués del Mérito, de Valdés, y por último del conde de Casas Rojas, antiguo representante de España en Tánger, que residía aún allí al estallar el Movimiento, y que dejó escritas unas interesantes notas del ambiente que se respiró en Tánger durante los primeros días del Movimiento, y sobre todo de la actuación diversa, heroica en unos, tristísima en los otros, de los oficiales de Marina de los barcos que fueron tocando sucesivamente en ese puerto.

Esos valores positivos de nuestra España mantuvieron su prestigio, y consiguieron que en todos los servicios de la Administración Nacionalista ondeara libre la bandera bicolor.

De este modo se defiende la soberanía española en Tán-



ger que, en manos del Gobierno rojo de Madrid, Valencia y Barcelona, hubiera desaparecido bien pronto entre las codiciosas manos de las otras potencias, que ansían arrebatarnos nuestros derechos allí.

Lo que ha ocurrido en Tánger demuestra, una vez más, que los regímenes de diferenciación son muy poco recomendables para los países que quieren actuar con dignidad y libertad de movimientos.

### LA AVIACION

Al terminar este capítulo de Marruecos debe hacerse una mención del heroísmo desplegado por la Aviación. Ya se ha visto cómo cayó el aerodromo de Tetuán en poder de las fuerzas de Asensio, cómo se protegió el paso del convoy a través del Estrecho. Pero, ¿cómo pudo realizarse el milagro? ¿De cuántos aparatos se disponía?

El 20 de julio, según cuentan los propios oficiales, se habían reparado tres aparatos y, con ellos, empezaron la vigilancia del Estrecho.

El mismo día se comenzó el transporte de tropas a Sevilla.

Un trimotor «Fokker» y unos «Breguets» viejos fueron el material utilizado. En los talleres se trabajaba incesantemente, y la consigna era: «trabajar, no dormir, no descansar».

Otra labor de los aviones de Tetuán fué divisar y atacar a los barcos petroleros con destino a los rojos. Ni los antiáéreos del «Jaime I» pudieron desviar a nuestros aviadores de su objetivo.

El 26 de julio llegó un «Douglas» de Sevilla, reparado en aquellos días, ya que había sido inutilizado por el capitán Vara del Rey en un golpe de audacia. Se sumó a



los demás para el transporte de tropas. La labor era compartida por todos los aviones de la base de Ceuta.

El 5 de agosto, ya se ha dicho, la Aviación ayudó al transporte de tropas por mar. Los tripulantes de los hidros «Dornier» llegaron a bajar al agua, rozando las arboladuras de los rojos para bombardearlos mejor. Al terminar el combate, la emoción fué tal, que entre barcos y aviones se cambiaban las más expresivas demostraciones de alegría y de compañerismo.

El regreso a la base se efectuó sin la pérdida de un solo aparato, y aquella misma tarde, Franco, que ya había frecuentado otras veces el aeródromo, se presentó en él para dar las gracias por la brillante cooperación.

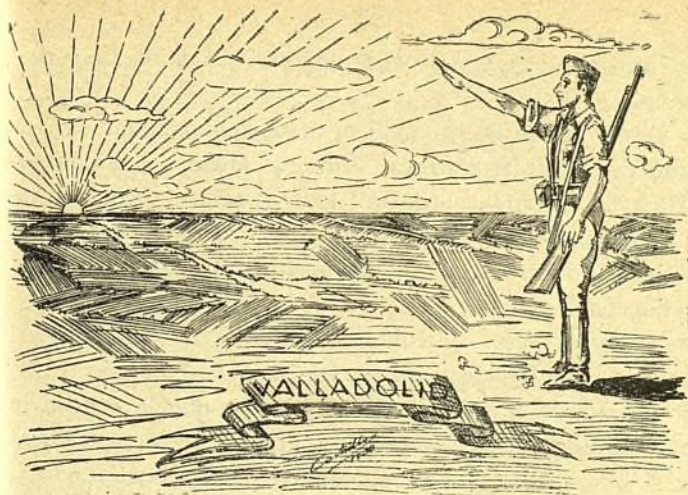
El 7 de agosto se hacía cargo de las fuerzas aéreas del Ejército, en la base de Tetuán, el general Kindelán.

En resumen, durante los distintos meses de Julio a noviembre, la Aviación efectuó los siguientes servicios:

	Bombardeos	Transporte de material Kgs.	Transporte de hombres
Julio .....	102		2.063
Agosto .....	191	104.000	8.453
Septiembre .....	51	248.669	9.732
Octubre .....	51	17.251	2.300
Noviembre .....	80		845

La Aviación española ha trabajado con el entusiasmo que corresponde a los que siempre «planean» por las alturas, entre la inmensidad del cielo, de la tierra y de los mares.





## CAPÍTULO XVIII

### En Valladolid

En un piso modesto de una calle estrecha, frente a una iglesia de la segunda población de Castilla, testigo, sin embargo, de gloriosos hechos de la Edad Media, corte y capital de Castilla durante los tres últimos siglos de la Reconquista, donde la reina Berenguela hizo renuncia de sus derechos a la corona a favor de su hijo Fernando «el Santo», con miras ya a la unidad de España: la capital donde contrajeron matrimonio en 1469 doña Isabel de Castilla con don Fernando de Aragón, nuevo y definitivo para la unidad española; cuna de Felipe II, que tanto trabajó para el prestigio de esa misma España; importante ciudad en cuanto tiene que ver con la historia de nuestra Patria y de sus momentos políticos más trascendentales; alma de la unidad española; en Valladolid, ante una mesa y un mueble archivador, giran y resuelven problemas de la ma-



yor importancia para España, una serie de militares y paisanos.

Desde allí se fragua todo el movimiento militar de Valladolid, Avila, Salamanca, Zamora, Medina del Campo, Plasencia, Cáceres y Segovia; todo el centro y corazón de nuestra España. Y desde Salamanca, Valladolid y Burgos, es desde donde después se han regido los altos destinos de la España Nacional.

Allí vivía un comandante de Artillería, don Gabriel Moyano, hombre de pequeña estatura, delgado, de carácter ponderado y valiente. Hacía tiempo que le ocurría lo que a la mayoría de los españoles, que se sentía extranjero en su propia tierra, pero aguantaba porque ante todo era disciplinado.

Se celebran las elecciones del 16 de febrero, viene el bandolerismo de actas del día siguiente, acapara el poder Azaña, y es entonces cuando Gabriel Moyano se considera libre para actuar. «El Gobierno legal, dice, es el primero que falta a la Ley». Y el 18 de febrero empieza en ese modesto piso a preparar lo que no se podía hacer en los grandes palacios en aquellos momentos, aun cuando así correspondiera a la importancia de los asuntos que allí se trataban: reuniones, acuerdos y enlaces con los diferentes elementos de las guarniciones de Valladolid, Avila, Salamanca, Zamora, Plasencia, Segovia, Cáceres y Medina del Campo, salen de ese local.

La Junta Central se reunía en ese modesto piso constantemente; acostumbraban a entrar por la parte posterior de la casa, por no llamar la atención, de dos en dos, y salían por un jardincito interior. Desde el principio se vieron muy vigilados. Con no pocas dificultades de todos órdenes tropezaron durante los cinco meses de gestación: dificultades económicas, persecuciones, dificultad de organización y de



enlaces. etc. Las guarniciones de Salamanca, Zamora, Segovia y Cáceres estaban francamente mal, no así Plasencia, Avila (capital) y Medina del Campo.

Se forma una Junta compuesta por los jefes y oficiales siguientes: coronel de Infantería, con destino en el Centro de Movilización y Reserva número 13, don Ricardo Serrador Santés; teniente coronel de Caballería del Regimiento de Cazadores de Farnesio número 5, don Félix Monasterio; comandante de Artillería en el Regimiento ligero número 14, don Gabriel Moyano Balbuena; capitán de Caballería en la Sección de Contabilidad de la 6.<sup>a</sup> División, don Federico García; capitán de Artillería del Centro de Movilización y Reserva de Valladolid número 13, don Enrique Soler; comandante de la P. M. de la Guardia civil, don Marino Salinas; capitán de Artillería del 14 Regimiento ligero, don Eloy de la Pisa Bedoya, y capitán de Infantería de la Sección de Destinos de la 7.<sup>a</sup> División Orgánica, don Angel Gómez Caminero, los cuales empezaron a trabajar para la propaganda en las diferentes plazas de Segovia, Avila, Medina del Campo, Salamanca, Plasencia, Cáceres y Zamora.

En Valladolid se constituyeron Juntas en todos los Regimientos. Lograron formar Juntas auxiliares de la principal en el Regimiento de Infantería de San Quintín número 25, Artillería ligera número 14, Caballería de Farnesio número 5, 7.<sup>o</sup> Grupo de Intendencia, Centro de Movilización número 13, Caja de Reclutas número 44, Cuerpo de Oficinas y Militares y agrupar otros varios oficiales de diferentes Armas y Cuerpos. De todas estas Juntas se nombraron oficiales comisionados para representar a los suyos en la Junta Principal y tenerlos al corriente de cuanto se tratase.

Por las milicias civiles se nombraron también varias



Juntas, las cuales a su vez nombraron representante al teniente de Infantería, retirado, don Angel Soria.

Durante los meses de marzo, abril y mayo se trabajó en propaganda de circulares y hojas patrióticas enviadas a todas las regiones para levantar el espíritu e ir preparando la campaña, se repartieron aún entre los paisanos de los diferentes grupos políticos y se empezó a buscar el medio de armar a la gente, haciendo suscripciones para la compra de armas y saliendo en diferentes direcciones gente encargada de adquirirlas, tanto en Portugal como en Francia.

Salían comisiones a las diferentes plazas, así como enlaces a las de Madrid, Burgos, Pamplona y La Coruña, para trabajar en que todos estuvieran preparados para el Movimiento, encontrando en casi todas ellas un ambiente favorable para el Ejército.

\* \* \*

El día 17 de julio llegó el general Saliquet, acompañado del general Ponte, del teniente coronel de Estado Mayor don Enrique Uzquiano, comandantes de Estado Mayor don Anselmo López Maristany y don Luis Martín Montalvo, capitán don José Artieda y teniente de Caballería señor Silvela, siendo alojados todos en la finca que los señores de Cuesta tienen cerca de Mucientes. En dicho punto se celebraron varias reuniones entre dichos señores y la Junta Central, quedando acordada la fecha y hora fija para el 19, a las cuatro y media de la mañana, en que entraría y tomaría posesión de su cargo el nuevo general de la División. A partir de este momento todos los jefes y oficiales que componían la Junta se separaron para empezar la labor que tanto habían deseado, y como supieron



que el día anterior las guarniciones de Africa se habían sublevado, ellos no podían esperar más. Se les había dicho que en la 6.<sup>a</sup> División empezaría el Alzamiento y ellos por tener menos fuerza lo secundarían. Pero en el estado en que se pusieron las cosas no había más que cumplir con el juramento de salvar a la Patria echándose a la calle, y así lo hicieron, pues la División de Valladolid fué *la primera en España que se alzó en armas* contra el Gobierno.

La mañana del día 18 de julio se pasó en continuo ajeteo y en espera de órdenes concretas. Por la tarde, a eso de las cinco, corrió por Valladolid, como reguero de pólvora, la noticia de que existía la orden de trasladarse a Madrid todas las fuerzas de Seguridad y Asalto de esta plantilla. A los guardias los avisaban por las calles y en sus domicilios con gran prisa para que se presentasen en sus respectivos cuartelillos: los de Seguridad lo hacen en el suyo, que es cerrado después de enviarse las armas y municiones sobrantes al cuartel de la Guardia Civil, y ya se producen las primeras actitudes de protesta decidida en los de Seguridad, pero son llevados por sus jefes, en virtud de las órdenes recibidas, al cuartelillo de Asalto, en la Plaza de Tenerías. Allí se van reuniendo los guardias de Asalto, que llegan en grupos, y según van conversando unos con otros, va saliendo a flote la protesta de la marcha. Forman en el Gimnasio, al que tiene que bajar el comandante para moderar un poco estas actitudes y ver de lograr al fin sacarlos al exterior y formarlos en la calle al pie de los camiones y camionetas dispuestos para su traslado a Madrid. Los guardias desean todos un pretexto, un motivo, alguien que tenga la responsabilidad de arrostrar una actitud de franco levantamiento y desobediencia; un contacto con las demás fuerzas de la Guardia civil y del Ejército. Es cuando, providencialmente, atravesando los



jardines de la Plaza de Tenerías, vieron llegar a un capitán de Artillería, el señor Perelétégui, á quien, sin preguntarle nada, le bastó sin duda el ambiente que allí vió, y que hablándoles les excita a que, desobedeciendo las órdenes que tengan, no salgan para Madrid. Casi sin dejarle acabar de hablar es vitoreado por los guardias, así como se dan vivas al Ejército, que el capitán les dice secundará en todo su actitud. Se dan los primeros vítores a España, y el comandante, con algún oficial que se hallaba en su despacho, baja presuroso a la calle al oír las voces y se dirige airadamente al capitán, preguntándole y gritando si se da cuenta de lo que está haciendo y la responsabilidad que contrae; el capitán, ya rodeado por los guardias y acompañado del oficial señor Fernández Sanz, le responde que lo hace con plena responsabilidad de sus actos y que lo que se pretende hacer con aquellas fuerzas es un crimen, que son llevadas para combatir, al menos, contra sus compañeros de armas en el Ejército. El comandante agrega que él no lleva a los guardias para eso, si no que en Madrid son más necesarios. El capitán le responde que no pueden ser en ningún lado más necesarios que en Valladolid, donde allí mismo, a cien metros, se hallan grupos socialistas que él ha atravesado, viéndoles en actitud expectativa para en cuanto salgan los guardias apoderarse del armamento, entre él las ametralladoras que se dejan en la Plaza. Replica el comandante que si es preciso—desviando la cuestión—se llevarán las ametralladoras.

La actitud de los dos militares citados y de los guardias que les rodean y dicen, animándoles, que no se dejen engañar, es irreductible. El comandante, con la partida perdida, sube a dar cuenta al Gobernador, quien debió llamar a Madrid y comunicar esta actitud, por cuanto a los pocos momentos es llamado el comandante por el teniente co-



ronel Jefe de los guardias de Asalto, en aquella época señor Sánchez Plaza. No se sabe lo que hablarían ni la actitud del comandante, quien baja y dice que, ya que no quieren salir los guardias, deben al menos fomar para cubrir los servicios, pero ya los oficiales citados, unidos al capitán de Artillería señor Beltrán, que llega con el teniente Cuadra, también destituido de Asalto, bajan del despacho del comandante.

Varios guardias suben en las camionetas preparadas, y otros salen a pie hacia el centro de la población, a los gritos de «¡Arriba España!, ¡Viva España!» Esto produce la desbandada entre los grupos de izquierdistas y marxistas que había a la entrada del Paseo de Zorrilla, esperando la salida de los guardias con el peor y más perverso de los fines. Quedan solos en la Plaza de las Tenerías unos cuantos muchachos de Falange, que rodean al capitán señor Perelétégui y a los tenientes señores Cuadra y Fernández Sanz, y todos juntos, con algunos guardias, entran por la calle de Santiago. Ya están cerrados cafés y comercios, por las carreras que han producido los traidores al oír el grito de «¡Viva España!»

Hay que hacer resaltar un detalle que fué la salvaguardia de estos primeros y emocionantes momentos, y fué que el ya citado comandante de Estado Mayor señor López Maristany, que había presenciado desde la casa de don Eugenio Pardo lo ocurrido, se había acercado en la Plaza de las Tenerías al capitán señor Perelétégui, diciéndole que contuviera unas horas a la gente, pues salía en coche inmediatamente para avisar al general Saliquet, que desde hacía dos días se encontraba en una finca en las proximidades de la población.

El mismo día por la tarde salieron varios enlaces para otras Divisiones y plazas.



Una vez regresados, se dió cuenta al general Saliquet, quedando todos conformes de estar en sus puestos a la hora fijada. Ese mismo día, sobre las tres de la tarde, encontrándose en el Café Avenida el teniente Cuadra, y en el Cantábrico el del mismo empleo Fernández Sanz, llegaron algunos guardias diciéndoles que iban a trasladarles a Madrid. El teniente Cuadra dijo a los guardias: «Negaos a salir en absoluto, que todo se arreglará», saliendo el referido teniente a entrevistarse con el ya finado comandante de Artillería señor Moyano, a quien refirió todo lo que ocurría; este último dió órdenes al teniente Cuadra de lo que debía de hacer, como así fué en efecto, pues cuando se estaban desarrollando los acontecimientos ya reseñados en el cuartel de la fuerzas de Asalto, el citado teniente, acompañado de tres falangistas, un sargento de Artillería y un soldado del Depósito de Remonta, recorrió las calles céntricas de la población, invitando a los ciudadanos patriotas a secundar la actitud de las fuerzas de Seguridad y Asalto, ya sublevadas.

A eso de las siete y media de la tarde fueron al cuartel de Farnesio los oficiales retirados, dirigidos por el capitán Antolín Fernández Barredo, para dar cuenta de la sublevación de los guardias de Asalto y proponerles el adherirse al Movimiento. El teniente coronel Monasterio, con gran acierto, les dijo que debía hablarse previamente con el coronel (recientemente nombrado por Casares Quiroga), y él mismo fué a cumplir esa difícil misión. A las primeras palabras del teniente coronel Monasterio, el Coronel le interrumpe: «No insista usted; si ese es el sentir de mis oficiales, yo estoy con ellos».

Es costumbre que asista en los cuarteles al rancho de la tropa el capitán Jefe de día; no así el comandante Jefe de cuartel.



Ya anochecía; serían próximamente las ocho, entra la tropa al rancho como de costumbre; aparece en la sala el comandante Balmori, Jefe de cuartel, el cual recibe una espontánea e imponente ovación por parte de la tropa; un soldado grita: «¡Viva España!», y otro «¡Arriba España!» Estos gritos se suceden. Un soldado pide la palabra, y el Comandante se la concede; hace una arenga maravillosa, llena de entusiasmo en favor del Movimiento; se repiten las ovaciones, y así se sublevó el cuartel de Farnesio, cuyos regimientos tantas veces se han cubierto después de gloria en el frente.

Todos los oficiales que quedaron en Asalto, a excepción del teniente señor Feijó y de los ya citados Cuadra y Fernández Sanz, se esforzaban para convencer a los guardias que depusieran su actitud y obedecieran al comandante, acatando las órdenes de éste. Uno de estos oficiales llegó a sacar la pistola amenazando al cabo del Ejército, hoy sargento, señor Hernández, que estaba de agente de enlace, teniendo que guardar el arma por exigiárselo así unos guardias.

Como la orden de marcha de los guardias de Seguridad y Asalto de esta población se sabía en la «Casa del Pueblo» horas después de conocerse en el Gobierno civil, los dirigentes marxistas ordenaron a algunos de sus secuaces una estrecha vigilancia por los alrededores de los cuarteles donde las citadas fuerzas se alojaban. Esta vigilancia duraría hasta la salida de los guardias de esta capital. Pero al negarse los guardias a salir, al grito de «¡Viva España! ¡Arriba España!», los marxistas, atemorizados, emprendieron una vergonzosa huida en distintas direcciones, hasta llegar a la «Casa del Pueblo», donde refirieron lo que sucedía. En vista de esto, el citado nefasto centro circuló rápidamente orden verbal de que se presen-



tasen en el mismo todos los afiliados, con inclusión de las mujeres, como así lo hicieron muchas, algunas juzgadas después en Consejo de guerra sumarísimo.

Se refugiaron los marxistas en la «Casa del Pueblo» y otros centros análogos de la población, quizás con el fin de organizarse para dar comienzo a las traiciones, que todos conocemos, pues nunca tuvieron esos insensatos el valor de luchar frente a frente y cara a cara, sino que siempre se valieron de la traición, parapetados en las esquinas o portales, realizando sus cobardes agresiones cuando iban en número superior.

Libres las calles, no quedaron en las mismas más que algunos jefes y oficiales de la guarnición, jóvenes falangistas y requetés, los cuales, llenos de espíritu patriótico, vitoreaban a España e invitaban a los ciudadanos conscientes a sumarse al Movimiento que había comenzado.

El coronel del Regimiento de Infantería de San Quintín, señor Valverde, ordena al Jefe de cuartel, comandante de Artillería diplomado, don Ramón Pardo, que se encuentra en prácticas en el citado Regimiento, que formen dos compañías con armas, como así se hace, ordenándolas salir a la calle para dirigirse al cuartel de la 7.<sup>a</sup> División. Los falangistas y afiliados a otras instituciones también son armados, saliendo inmediatamente a la calle.

Próximamente a las ocho y media de la noche los tenientes señores Cuadra y Fernández Sanz, con guardias de Seguridad, Asalto, falangistas y requetés, toman los edificios de Correos y Telégrafos, la Telefónica y estación de «Radio Valladolid», dejando el Ayuntamiento y la «Casa del Pueblo» para que fuesen tomados por las fuerzas del Ejército, ya que de un momento a otro saldrían de sus respectivos cuarteles.

Al salir de la estación «Radio Valladolid» el teniente



Cuadra y su fuerza fué tiroteado por los socialistas, apostados en las esquinas de las calles adyacentes a la de Teresa Gil.

A las nueve y media de la noche «Radio Valladolid» lanzó la primera noticia alentadora del glorioso Movimiento Nacional, diciendo: «¡Viva España! La J. O. N.-S. se ha apoderado de la estación emisora. Nadie haga caso del gobierno antiespañol de Casares Quiroga; sabremos arrostrar al marxismo. ¡Arriba España! ¡Viva España!». Esto produce en los radioescuchas patriotas un júbilo indescriptible, saliendo a los balcones de sus casas muchas personas para aplaudir a los jóvenes valientes que, ya armados, circulan por las calles de la población.

Próximamente a las nueve y media de la noche del sábado, los elementos marxistas intentaron incendiar la iglesia de San Esteban, prendiendo fuego a una de las puertas de entrada, no propagándose el incendio al resto del edificio por un verdadero milagro. Aunque el párroco de dicho templo, señor Palomino, solicitó auxilio del Parque de Bomberos, no le fué prestado. El siniestro fué sofocado por un grupo de muchachos que se habían lanzado a la calle en persecución de las hordas salvajes.

Desde la finca de Cuesta-Maura se dirigen a la División Saliquet, Ponte, Uzquiano y ayudantes, en automóviles que paran frente al edificio.

El brigada de Infantería, Mayo (hoy teniente), jefe de la guardia, al ver automóviles y gente para él desconocida que intentan entrar en el edificio, creyendo que eran los marxistas que intentaban incautarse de la División, da la orden de «alerta». El momento es difícil, de poco hay una hecatombe y se dispara contra ellos, hasta que al fin reconoce a uno; forma la guardia y rinde hono-



res a Saliquet y Ponte. El primero pregunta por las habitaciones de Molero, adonde se le acompaña.

El general B..., de la 13.<sup>a</sup> Brigada, sale de su casa y pregunta: «¿Quién ha ordenado formar esta guardia?» el brigada Mayo le contesta: —El capitán. —Pues disuélvanse. —No nos disolveremos como no nos lo ordene el mismo capitán, y da orden de cargar. El general se retira a sus habitaciones particulares, y ya no se le ve más aquella noche.

Mientras tanto, en el piso principal están en una habitación el general Saliquet reunido con el general Molero; el primero propone al segundo una fórmula para andar de acuerdo en el Movimiento Militar, fórmula que el general Molero no acepta. Le hace serias consideraciones sobre la situación y el momento, y el coronel Q., ordenado por Molero, intenta llamar a Madrid para comunicar lo que ocurre; pero no lo consigue, porque ya se había cortado la línea telefónica. La discusión entre ambos generales se prolonga, y toma caracteres de verdadera pelea. Molero le amenaza con detenerle; un ayudante de Molero, Riobóo, desde detrás de una cortina, dispara con pistola contra el grupo de Saliquet, hiere al teniente coronel Uzquiano y mata a un falangista; los del grupo contestan, y cae herido el agresor, el otro ayudante del General, Liberal, y el propio general Molero.

Aquello fué una verdadera batalla, en que los tiros se disparaban a boca de jarro. Se llevan heridos al general Molero y ayudantes; estos últimos fallecen a los pocos días. Molero cura de su herida, y sigue en calidad de preso en la Academia de Caballería, de Valladolid.

Así se toma la División de Valladolid, y con ella Avila, Zamora, Salamanca, Medina del Campo, Segovia, etc.

A las diez y media de la noche, próximamente, comen-



zaron a salir las tropas de los respectivos cuarteles de las distintas Armas, dirigiéndose al cuartel de la División. A su paso por las calles, las tropas eran aclamadas con prolongados aplausos y vivas a España.

Este acontecimiento produjo en el despacho del Gobernador Civil una intranquilidad y nerviosidad que fué aumentando progresivamente a medida que avanzaba la noche, y que tuvo como remate final lo que era de suponer.

Sobre las once y media de la noche, fué llamado a su despacho por el gobernador Lavín, el comisario Jefe de Vigilancia señor Fernández Castañón, el cual momentos después bajó a la Comisaría, reuniendo en una de las dependencias de la misma a todo el personal, al que habló breves momentos. Algunos funcionarios de este Cuerpo salieron a esperar con los brazos abiertos a las fuerzas del Ejército, que estaban para llegar de un instante a otro, reflejándose en los rostros de los mismos el más ardiente y patriótico entusiasmo por la llegada de ese ansiado momento.

Otros funcionarios del mismo Cuerpo, con el inspector señor Arenillas Caballero, marcharon al Cuartel de la División para sumarse al Movimiento, poniéndose a las órdenes del general Saliquet, acompañando después al general Ponte, cuando éste se trasladó al Gobierno Civil para posesionarse del cargo de Gobernador.

Al reunirse en la «Casa del Pueblo» más de 800 individuos, parece ser que unos a otros se infundían alientos, estando dispuestos a sofocar ellos solos, con sus traiciones y otras ilegalidades, el Movimiento que se iniciaba. Aquella misma tarde se dió la orden de huelga general, que apenas si tuvo consecuencias, por el rápido desarrollo de los acontecimientos. A las once de la noche, al pasar por delante de la «Casa del Pueblo» una camioneta con fuerzas de



Asalto, fué tiroteada desde dicho edificio, repeliendo la agresión los guardias en la misma forma.

Al llegar las fuerzas del Ejército al cuártel de la División y ser divisadas por las fuerzas de Asalto, Guardia Civil y cuerpo de Vigilancia, fueron ovacionadas. Esto determinó que el gobernador civil, señor Lavín, abandonase rápidamente el edificio del Gobierno, acompañado de su secretario particular, por una puerta de escape, desaparición de la que no se dieron cuenta, en un principio, las personas que le acompañaban. Esto ocurría a la una menos doce minutos. A las cinco menos cuarto de la madrugada se presentaron a la puerta del cuartel de la División el señor Lavín y su secretario, siendo conducidos por el capitán de Artillería señor Soler y otros oficiales al edificio del Gobierno Civil, desde donde pasaron ambos detenidos a la cárcel, siendo trasladados en un automóvil, y para que nadie se diera cuenta del traslado, el señor Lavín y su secretario fueron sacados por la misma puerta que emplearon para la fuga horas antes.

A las dos de la madrugada próximamente, el general Saliquet dispuso la declaración del estado de guerra, trasladándose al edificio del Gobierno Civil para hacerse cargo del mando de la provincia, el general Ponte.

Durante toda la noche del sábado 18, hasta la madrugada del domingo día 19, numerosas personas desde los balcones de sus casas vitoreaban y aplaudían con ardiente entusiasmo a las fuerzas del Ejército y milicias que comenzaron a patrullar por las calles, como igualmente a los automóviles militares que pasaban, llevando órdenes de un lugar a otro.

No asustó al pueblo vallisoletano el paqueo continuo que los marxistas hacían desde sus escondites. El vecindario aplaudía y daba vivas a España y al Ejército, sin



importarle el tiroteo de los rojos. Por eso el artículo de fondo de *«Diario Regional»* del domingo día 19 de julio, terminaba con este párrafo:

«La noche del 18 de julio de 1936 será inolvidable en Valladolid, donde los bravos muchachos de Falange Española, una porción de hombres patriotas de partidos de Derecha, las fuerzas de la Guardia Civil, Seguridad y Asalto, las tropas de la guarnición y la gente asomada a los balcones, han fundido sus almas, sus anhelos y sus sentimientos en el crisol de un mismo amor; amor sincero, limpio, hondo, fervoroso y unánime a la Patria, vilipendiada, ultrajada, escarnecida y atropellada bárbaramente por una chusma demagógica entregada a toda licencia y desenfreno refrendados por el Gobierno del Frente Popular. ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡España sobre todas las cosas, y sobre España, sólo Dios!»

El día 19, a las cinco de la madrugada, salió un escuadrón de Farnesio, mandado por el capitán don Benjamín Martín Duque, al que se unieron voluntariamente el capitán García Ganges y el teniente Sánchez Huerta, que estaban sin mando, muertos ambos, después, en el Alto del León. Este escuadrón llevaba la orden concreta de tomar el Ayuntamiento, desde donde se había paqueado toda la noche. Por las calles desiertas llegaron a las inmediaciones de la Plaza Mayor, tomándola militarmente y distribuyéndose una sección, que mandaba el entonces teniente, hoy capitán, señor Raymundo, por la calle de la Pasión y otras por el lado derecho de la Plaza de la Rinconada y finalmente la sección de ametralladoras, montando varias de éstas en diversos pisos y a diferentes alturas. Una vez ocupada, llegó una centuria de Falange, mandada por el capitán Gonzalo Ortiz, que se situó frente al Ayuntamiento. Tras un breve tiroteo se abrió la puerta posterior del edi-



ficio, presentándose el conserje y deteniéndose a seis o siete bomberos que estaban dentro y que se presume fueran los «pacos».

Previamente, el capitán Martín Duque, Jefe de las fuerzas, había llamado, desde el Casino, a todos los teléfonos del Ayuntamiento, sin que le respondiese ninguno, ni aún el del lugar donde se hallaban los bomberos que fueron detenidos.

Tomado el Ayuntamiento, el Jefe de las mencionadas fuerzas, señor Martín Duque, pidió voluntariamente tomar la «Casa del Pueblo», donde se habían refugiado los marxistas. Esta petición había sido hecha anteriormente por el capitán de Asalto señor Ruiz, que había instalado una ametralladora en la torre de la Catedral y colocado sus fuerzas en las calles próximas a la «Casa del Pueblo». Ambos jefes se pusieron de acuerdo para tomarla rápidamente.

El escuadrón quedó en la plazoleta del Hotel de Francia, y fueron a efectuar un reconocimiento los capitanes Martín Duque, García Ganges, teniente Sánchez Huertas y el falangista Uribe. El reconocimiento se realizó desde el tejado del Pasaje Gutiérrez, torre del Salvador y casas más próximas al edificio, sacándose el convencimiento de que la gente estaba en los sótanos, a pesar de los parapetos que había en las azoteas.

Se pidió el envío de una pieza de artillería, que se emplazó en la calle de la Galera Vieja, haciéndose dos disparos previos de intimidación, que abrieron dos grandes boquetes en la fachada. Como consecuencia se presentaron seis o siete marxistas, tres o cuatro heridos gravemente, eligiéndose dos, el primero de los cuales se envió como emisario a la «Casa del Pueblo» para que, en el plazo de cinco minutos, salieran todos. Al llegar a la puerta, y sin saber desde donde dispararon, cayó muerto. Se envió un



segundo, tras alguna resistencia, garantizándole, como al anterior, la vida por parte del Ejército, y cumplió su misión notificando la orden a los refugiados.

Pasados los cinco minutos se rompió de nuevo el fuego, taponando previamente las calles adyacentes fuerzas del Ejército, Asalto y falangistas. Ante los disparos comenzaron a salir y entregarse los marxistas en grupos de 50 o 60, siendo conducidos a la calle de Enrique IV, donde se les ordenó ponerse cara a las paredes de las casas y con los brazos en alto.

Muchos de ellos maldecían de su suerte, diciendo que les habían abandonado sus jefes, dando muera a Largo Caballero y Rusia y vivas a España. Otros lloraban, pidiendo que no se les quitara la vida.

Seguidamente las anteriores fuerzas, ayudadas en todo momento por la Artillería, registraron detenidamente el edificio y casas colindantes, efectuando nuevas detenciones. El jefe de las fuerzas puso inmediatamente en libertad a las mujeres en estado y las que se encontraban allí con niños, siendo de 478 el número total de marxistas detenidos y juzgados en Consejo de guerra; los heridos se evacuaron y los presos fueron llevados al Gobierno civil para su entrega. La detención más importante de todas fué la del dirigente socialista Garrote. Era el único cabecilla marxista que se encontraba en la «Casa del Pueblo».

Ocupada ésta, quedó vigilándola una guardia especial del Ejército, Asalto y falangistas.

En la madrugada del 19, un grupo de marxistas incendió la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en las Delicias. Dicho templo había sido recientemente reparado después del primer incendio, y en él volvió a saciar sus instintos de destrucción y «daicismo» la masa marxista.



Al posesionarse en la madrugada del 19 de julio del Gobierno Civil el general Ponte, el diputado señor Calzada, desde el teléfono del Gobierno Civil, y fingiéndose el gobernador del Frente Popular, habló con el Ministerio de la Gobernación, diciendo que la «situación era insostenible». De dicho Ministerio le contestaron que resistiese todo lo que pudieran, hasta la llegada de un tren de mineros que de Asturias había salido con dirección a esta capital, para dar comienzo a «la revolución» marxista.

A las fuerzas leales al Movimiento se suman nuevos contingentes: hombres valerosos, a los que se les impone un brazalete de Acción Ciudadana con un aspa verde, y se les provee de un fusil, cooperando eficazmente al restablecimiento de la normalidad.

Hay algunos pueblos con focos marxistas, y para ellos salen camionetas con combatientes.

Unión Radio, de Madrid, lanza noticias que, por lo que a Valladolid se refiere, son falsas, lo que hace dudar de la veracidad de sus otras informaciones.

A media tarde voló sobre Valladolid un aeroplano, que fué tiroteado con ametralladoras. A las seis menos cuarto de la madrugada del lunes, apareció otro aeroplano, que también fué recibido a tiros.

A las ocho y media de la mañana del domingo, fueron puestos en libertad los presos falangistas que estaban en la cárcel de Avila, entre los que se encontraba el Jefe provincial de Falange don Onésimo Redondo. Los libertados llegaron a Valladolid por la tarde, y fueron recibidos con un entusiasmo apoteósico, lo mismo que en los pueblos por donde pasaron. Por la noche, Redondo pronunció desde la Radio local un hermoso discurso:

«Los que me oís, dijo, tenéis el ánimo suspenso ante el desarrollo del magnífico drama que hoy vive España. Di-



go el ánimo suspenso. no porque el resultado de la lucha sea dudoso, sino por la inquietud que quiere sembrar la radio de Madrid, a las órdenes todavía de lo que fué Gobierno. Fácil es percatarse del valor de los infundios de aquella emisora, con considerar que es una radio al servicio del marxismo. Y la profesión más constante del marxismo es la mentira. La mentira para los marxistas es como el agua al pez, elemento necesario de vida. Con falsedades han vivido y han dañado; con falsedades mueren los que especulan con la ignorancia del pueblo.

»El resultado de la lucha no puede ser incierto, es el Ejército el que la conduce, y contra el Ejército nadie puede. Locura y necedad es pensar otra cosa.

»Y al lado del Ejército—anotadlo todos!—, anótenlo sobre todo los que alimentan la esperanza de resurgir, está Falange Española de las J. O. N-S. Estas camisas que se han ofrecido por millares, albergan pechos que ya no se retiran sino con el triunfo o con la muerte. Estamos entregados totalmente a la guerra, y ya no habrá paz mientras el triunfo no sea completo.

»Para nosotros todo reparo y todo freno está desechado. Ya no hay parientes. Ya no hay hijos, ni esposa, ni padres; sólo está la Patria.

»Os invito a la reflexión, españoles, porque sin duda la emoción, la ansiedad y la alegría de los instantes, no os ha dado tiempo para las reflexiones políticas, que en la Falange son habituales y que nos acompañan con influjo de absoluta serenidad en estos momentos. Todo ha caído, todo ha sido rectificado y desdicho en el curso de los meses y los años, igual Derechas que Izquierdas, sólo la Falange permanece invariable; sólo las JON-S, desde hace cinco años, como guiado su dedo por el de la Providen-



cia, han señalado justamente lo que eran, han sido, son y serán las cosas de España.

»Sabemos exactamente lo que la Patria quiere recobrar en estos instantes: que no es menos que recobrase a sí misma. Había dejado de existir España, y éramos una dependencia humillada de toda la escoria, de toda la secuela de ideologías fracasadas y groseras. Éramos una colonia de Rusia, que es como decir colonia de la barbarie organizada. La gran nación creada por Castilla era, al aparecer, un espectáculo de ruinas y de fealdad.

»Ahora el Ejército ha salido por España, y del brazo de Falange, en la lucha civil de estos días, alumbramos al ser una España nueva, en la que habrá de nuevo paz, pan y alegría familiar y cristiana.

»No es la inseguridad del triunfo la que debe ocupar nuestra mente, sino la que esta tarde me manifestaba lleno de admirable gravedad un guardia civil:

«—¿Será esto para siempre?

»He ahí el pensamiento que debe asistir a los que en estos días vivimos el gozo de una victoria segura; que dure para siempre.

»La Falange, curtida en el aire de todas las pruebas, expectadora inmóvil de tantos desengaños, se halla presente para que la victoria sea duradera, para conseguir la estabilidad absoluta del Estado nuevo.

»Para ello lleva impregnada su doctrina y relleno su programa de la preocupación más profunda y extensa: la de redimir al proletariado. Aquí sí que suena bien este concepto y esta gran frase que sirvió para tanta política, para tanto fraude: redimir al proletariado.

»Pero redimirle es atraerle al ser íntimo de la Patria, del que se halla ausente. España se halla trágicamente dividida en dos mitades, y ocupa una de modo casi total el



inmenso ejército de los que sacan su pan cotidiano del trabajo físico de sus manos, y el proletariado, en gran parte, no quiere a España; no tiene alegría de formar parte de esta ilustre nación, la más grande por su Historia y por sus destinos.

»Devolvamos a los obreros este patrimonio espiritual que perdieron, conquistando para ellos, ante todo, la satisfacción y la seguridad del vivir diario: el pan. Volverán a ser españoles y producirán con ello la unidad cierta de la Patria y la estabilidad del Estado cuando tengan la alegría y la paz de un vivir digno, de una existencia familiar segura y numerosa.

»En este sentido España debe proletarizarse. Debe ser pueblo de ancha prole, que se multiplique en honor de la raza y en cumplimiento de sus altos destinos.

»Serán traidores a la Patria, miembros indignos del Estado, los capitalistas, los ricos, que asistidos hoy de una euforia fácil, que levantando acaso el brazo como si saludasen el advenimiento de la nueva era social, se ocupen como hasta aquí, con incorregible egoísmo, de su solo interés, sin volver la cabeza a los lados ni atrás para contemplar la estela de hambre, de escasez y de dolor que les sigue y los cerca.

»El nuevo Estado Nacional-Sindicalista operará con rigor y acabará con las palabras vanas y las promesas nunca cumplidas.

»El pan para todos y la justicia para todos es nuestro lema, y será pronto nuestra obra.

»España, Una; España, Grande; España, Libre.

»¡ARRIBA ESPAÑA!»

\* \* \*

A las dos de la madrugada del domingo, el Alto Mando tuvo conocimiento por la conferencia telefónica de que



os he hablado antes, de que se dirigía a esa población, procedente de Asturias, un tren con numerosos mineros, que venían para ayudar a los marxistas de esta capital.

Rápidamente se circularon las órdenes oportunas, saliendo a cortar el paso del mismo dos baterías del 14.º ligero de Artillería, que destrozaron completamente el referido tren y resultando con este motivo numerosos muertos y heridos.

El primer bando del gobernador decía así: «En pocas horas está quedando en España roto el mito y desvanecido el fantasma amenazador del marxismo y los sin Patria. Ha bastado el gesto del Ejército español, maravillosamente secundado por grupos patriotas, para lograr tal efecto. A estas horas el Madrid oficial, el del Frente Popular, se debate en la más horrorosa de las angustias, viendo cómo una a una las guarniciones españolas, y con ellas el total territorio de su demarcación, se sacude el yugo de una anarquía que ya iba haciéndose endémica, y mientras tanto sus elementos, llenos de odio y de impotencia, llaman a una lucha inútil a las huestes marxistas y manifiestan su terrorífica confusión con la anémica arquitectura de tres Gobiernos en sólo unas horas.

»Primero Marruecos, después Valladolid y todas las provincias de su División: Salamanca, Avila, Cáceres, Segovia y Zamora; después Burgos, Navarra, Palencia y Logroño, Sevilla y con ella todas las provincias andaluzas que han tomado contacto con las fuerzas de Africa desembarcadas en Algeciras; Asturias; en una palabra. España, ha vuelto por los prestigios de su gloriosa tradición. La victoria es segura. Ya no hay puños en alto con las caras hoscas y amenazadoras. Hoy en España sólo se ven los rostros sonrientes de nuestros soldados y los brazos viriles de la inmensa población que los ha secundado, abier-



tos a la cordialidad, a la noble efusión que inspira el excelso ideal del patriotismo y las realidades de Paz y de Justicia que desde hoy imperarán en nuestra Patria. ¡Viva España!

»Valladolid, 20 de Julio de 1936.—*El General Gobernador*».

El lunes 20 cesó casi por completo el tiroteo en las calles. Voló sobre Valladolid un avión de caza, huyendo ante el tiroteo que se le hacía con ametralladoras desde la torre de la Catedral y desde la Capitanía.

Se reanuda el trabajo en comercios, mercados, fábricas y talleres, excepto en la estación del ferrocarril, donde la paralización es completa. Se efectúa el entierro de las víctimas de la primera jornada, verdadera manifestación de duelo, y ya el martes 21 cesa totalmente el paqueo, todo el comercio abre sus puertas, la venta de periódicos se hace con normalidad y también funcionan normalmente cafés, autobuses, oficinas públicas, etc. En los talleres de la estación entran unos 600 obreros.

Se organiza una columna motorizada que va a marchar a Madrid para combatir a los elementos marxistas con que cuenta el Gobierno. Se preparó una imponente manifestación nocturna de despedida.

Componen la columna fuerzas de todos los elementos de la guarnición, a los que se suman muchos falangistas y requetés.

Un avión cruza sobre Valladolid arrojando hojas y periódicos con los más absurdos conceptos. Dicen, entre otras cosas, que el movimiento está vencido; que Valladolid está deshabitado porque el vecindario se ha trasladado al Pinar de Antequera para huir de los bombardeos; que la población arde por los cuatro costados; que han sido pasados a cuchillo los falangistas; que no queda más que un



pequeño foco en la calle de María de Molina, y otras patrañas por el estilo.

Continúan las incursiones a los pueblos, que con mayor o menor resistencia, y muchos sin ninguna, se suman al Movimiento.

Por la noche la tranquilidad es ya absoluta.

En Puebla de Sanabria fué detenido el general rojo Gómez Caminero, y su columna dispersada; después de detenido consiguió huir a Portugal, por complicidad con unos carabineros.

\* \* \*

Al hablar de Navarra se explicará con detalles la enorme masa de esa región; que con sus boinas rojas concurría desde los primeros días a los frentes; también al hablar de Galicia daremos cuenta de los cientos de miles que salían a detener al enemigo, alistados en la Falange.

Valladolid y su provincia no quedaron atrás; la juventud, desde los primeros días, no pensó más que en inscribirse en Falange y salir para el frente. ¿A qué se debe ese entusiasmo? Al móvil común de la Patria, alentado por la energía y entusiasmo de unos cuantos jóvenes de acendrada fe y dirigidos por Onésimo Redondo, Jefe provincial de Falange y de las J. O. N-S., el cual, a su vez, seguía las altas y acertadas directrices «del Ausente», el gran patriota José Antonio Primo de Rivera, Jefe Supremo de Falange, con el que estaba absolutamente compenetrado.

Muy pocos días pudo disfrutar Redondo de la iniciación del resurgimiento de España: el día 23 de julio, cuando se dirigía al Alto del León en automóvil, acompañado de su hermano y unos amigos, con objeto de levantar el ánimo decidido de aquellos bravos muchachos que defen-



dían sus puestos, a pesar de los constante bombardeos, al pasar por el pueblo de Labajos, en la carretera de Villacastín, una camioneta con elementos rojos recibió a tiros al Caudillo de Castilla, y cayó éste gravemente herido, falleciendo a las pocas horas. Su cadáver fué llevado a Valladolid, y su entierro constituyó una verdadera manifestación de duelo.

Su gran obra ya la dejó en marcha; sus propagandas no fueron estériles, y si Navarra es la cuna del Requeté, gracias a la tradición, es Castilla, y especialmente Valladolid, la cuna de la Falange, gracias a las campañas emprendidas por Redondo y sus compañeros; si el Requeté dió su juventud al frente, no se queda atrás en sacrificios y abnegación la Falange castellana. No fueron dos milicias antagónicas, no; se completaron instintivamente la una con la otra; el Requeté no tenía más misión que llamar a los suyos a Guerra Santa, y la Falange tuvo que conven- cer, atraer y encuadrar. La labor de los primeros, fácil, digna, tradicional; la de los segundos, delicada, difícil, pe- nosa.

Esas dos milicias constituyen hoy la gran Milicia Nacional de «Falange Española Tradicionalista y de las Jons», donde se une la tradición y la severidad con lo nuevo, lo moderno; no persiguiendo más que un solo fin: *salvar a España, y la salvarán.*

\* \* \*

El 20 de agosto instala su Cuartel General en el Ayuntamiento de esa población el general Mola, y desde allí dirige las operaciones del Norte de España y del frente de Madrid.

\* \* \*

Pasa más tiempo, era el viernes 15 de abril de 1938, por la tarde. No circulaban automóviles ni carruajes, más que



los oficiales; mucha gente por las calles y paseos. Estaba en mi despacho del Estado Mayor, cuando me comunicaron telefónicamente que nuestras tropas, con un frente de 20 kilómetros, habían asomado al «Mare Nostrum», al Mediterráneo; que al fin esas aguas volvían a limpiarse y que la Bandera española tradicional ondeaba ya sobre ellas, que, azules y tranquilas, la reclamaban hacía tiempo.

La 4.<sup>a</sup> División (antes 4.<sup>a</sup> Brigada de Navarra) fué la primera en llegar, al mando del general Camilo Alonso. El mismo abrió la marcha, y al llegar a la orilla del mar, hincó la rodilla en la arena, y mojando su mano en las aguas del Mediterráneo hizo con ella la señal de la Cruz. Muchos eran los soldados que lloraban de emoción.

Momentos después de enterarme de la noticia, salía detrás de mi general (Saliquet) a presenciar la tradicional procesión del Viernes Santo; atravesaba su coche, con banderín y escolta, despacio, las calles de Valladolid. Antes de llegar a la plaza del Ayuntamiento, el General ordenó parar la comitiva, y quiso seguir a pie, para cumplir también él las órdenes de circulación. Las calles estaban llenas de gente: señoras con mantilla, mujeres del pueblo, militares, soldados, paisanos y niños saludaban con respeto al reconocer la figura típica, rústica y severa del General, gracias a quien, por su valentía personal y por su amor a la Patria, se consiguió sacar, cuerpo a cuerpo, de manos bastardas, el mando militar de esta plaza, y que no tocaran los rojos ni una piedra de la importante capital castellana.

En la expresión de las gentes, con esa mezcla de silencio y murmullo característico de las masas, se respiraba en la atmósfera que, al mirar al General, decían todos a una: «Gracias a ti tenemos hogar, tenemos comercio, tenemos bienes, tenemos vida; gracias a ti, estas imágenes, que vamos a ver desfilar en la procesión, no han sido destruidas;



gracias a ti, las iglesias, por donde *todo* Valladolid ha desfilado estos días, no han sido destruídas por la barbarie; gracias a ti, por fin, hemos pasado dos años de tranquilidad y bienestar y hemos podido comer, mientras nuestros hermanos en la zona roja han sufrido las mayores bajas y privaciones.»

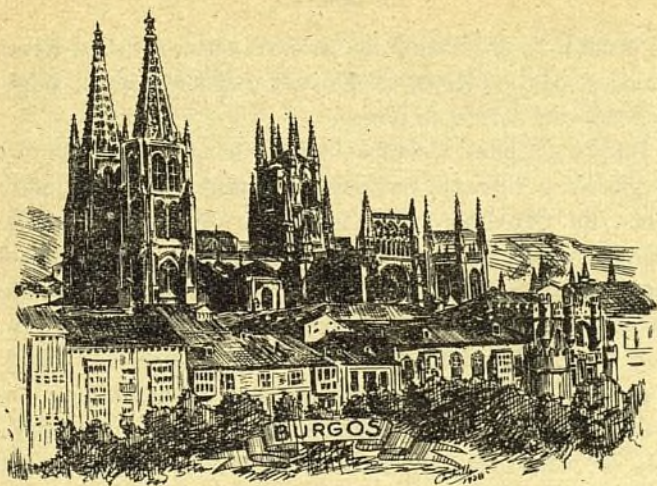
Seguimos andando hasta llegar a la plaza, y ya frente al Ayuntamiento, tocó la guardia los trompetines de rigor, y militares formando y paisanos y señoras con el brazo en alto, seguían saludando con emoción al paso del heroico General, salvador de todo aquello.

Desfilaba la procesión: imágenes policromadas, obras maestras de nuestros grandes escultores; emoción por las calles, luces y grandiosidad. ¡Qué pagarían por ver aquello los millones de católicos de la España roja! El General, con su Estado Mayor, presenciaba la ceremonia desde el balcón principal del Ayuntamiento. ¡Qué ilusión debe hacer ver todo aquello a la persona a quien se debe, en gran parte, el que todavía subsista; Lo mismo ocurre para Andalucía con Queipo de Llano, para Pamplona con Mola, para Oviedo con Aranda, para Cádiz con Varela, para Marruecos con Yagüe, simbolizados todos sus esfuerzos reunidos en la persona del Generalísimo Franco.



1  
Cast  
A  
mon  
hom  
men  
men  
1  
pero  
dent  
a ci  
Med  
ron  
inde  
cen





## En Burgos

Puede muy bien considerarse a Burgos como «alma de Castilla».

Ante la ciudad de los Condes, con sus incomparables monumentos, se rinde, imperiosa e involuntariamente, un homenaje al alma castellana. En efecto, todo, absolutamente todo cuanto en Burgos se admira, está exclusivamente relacionado con la historia de Castilla.

No busquemos en Burgos origen autóctono. Lo tiene, pero no es eso lo que interesa. No se encuentran antecedentes romanos. Su mismo nombre, Burgos (burgo equivale a ciudad), es netamente medieval. Burgos nació en la Edad Media, a los resplandores de la Reconquista, como nacieron Castilla y sus Condes, dependientes primero, altivos e independientes después, que se enlazan con reyes, se hacen reyes, se enseñorean de los demás reinos, se identi-



can pronto, en el reinado de Carlos V, sucesor de los Reyes Católicos, con los Reyes de España y señores de un Imperio donde «el sol no se pone».

Burgos es, pues, Castilla; es, por lo tanto, España. De sus glorias y riquezas medievales conserva reliquias grandiosas. Su Catedral ocupa un puesto de honor entre las mejores monumentos góticos de Europa; su puerta de los Condes admira y subyuga. Su Monasterio de las Huelgas emociona; conserva tantos recuerdos de su fundador, Alfonso VIII, el glorioso vencedor de Las Navas de Tolosa, de sus parientas las nobles abadesas y religiosas del Convento, de tantas reinas e infantes de Castilla y otras princesas de sangre real; tiene tal positivo valor artístico, que al visitarlo siente uno «vivir la Historia de España», escrita con letras en los libros; con piedras y sepulcros e inscripciones y códices y claustros románicos y puertas mudéjares... Una de las más preciadas reliquias es el estandarte moslem arrebatado al rey moro en la batalla de Las Navas. Deteriorado por el tiempo, habla con muda, pero intensísima elocuencia, de las pasadas glorias de los reinos españoles.

Otra gloria castellana está muy relacionada con Burgos y su provincia: la memoria de uno de nuestros grandes caudillos, héroe casi legendario, don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. De tierras burgalesas era oriundo el valiente guerrero; de ellas partió repetidas veces para sus gloriosas hazañas; en ellas supo despedirse tiernamente de su esposa e hijos cuando la causa de Dios y de la Patria se lo exigieron; a ellas regresó al terminar sus empresas; en ellas reposa, junto a su esposa Jimena, durmiendo el último sueño, en espera de la resurrección. Y como el nombre del Cid está íntimamente ligado con el despertar del idioma castellano, cuyo primer monumento escrito es pre-



cisamente la historia poética de sus hazañas, Burgos posee, en el Poema del Mío Cid, relato sencillo, tierno, conmovedor, una nueva gloria. La lengua castellana, la lengua española, tuvo su primera manifestación cultural en la sobria tierra burgalesa, que con su clima rudo y sus alturas de meseta es admirable síntesis del alma castellana, sobria como sus tierras, recia al dolor como corresponde a su clima.

\* \* \*

Como correspondía a la que debía ser el núcleo del Movimiento y durante mucho tiempo sede del Gobierno Nacional, el alzamiento tuvo lugar en Burgos desde el primer momento con unanimidad y entusiasmo. Incluso ya desde el 17 de julio se tuvieron algunos anticipos de lo que se avecinaba.

En efecto, a mediodía del viernes 17, el Gobernador ordenaba la detención en Gamonal de los ocupantes de una avioneta: eran éstos el Jefe de Falange de Pamplona y dos súbditos franceses. El Director General de Seguridad, Alonso Mallol, llegó sin tardanza desde Madrid, y después de una visita de inspección, regresó, llevándose él mismo a los detenidos. Y ya desde el anochecer del 17 se extremó la vigilancia en los diversos edificios militares, cuarteles, cárceles, etc.

Fueron detenidos en las primeras horas de la noche del mismo día 17, el general que mandaba la undécima Brigada de Infantería, don Gonzalo González de Lara, hombre digno, enérgico, valiente; el comandante don Luis Porto Real, y los capitanes don Nicolás Murga Santos y don Luis Moral Movilla.

La detención se verificó por orden del general Batet,



y los cuatro fueron conducidos al cuartel de la Guardia Civil.

Pocas horas antes llegaron a Burgos en automóvil el capitán de Caballería don Jaime Milans del Bosch y el de Infantería don Manuel Manso de Zúñiga, retirados voluntariamente del Ejército, y fueron igualmente arrestados.

Produjeron enorme revuelo en la guarnición de Burgos las detenciones relatadas. Todos los jefes y oficiales se recluyeron voluntariamente en los cuarteles, y al coronel Gistao, del regimiento de San Marcial, así como a los demás jefes de Cuerpo, les era difícil contener a sus subordinados, que querían tomar inmediatamente una actitud violenta. Se puede decir que la guarnición entera, sin una sola excepción, se encontraba ya en franca rebeldía contra el Gobierno.

Por fin decidieron ir a libertar al general González de Lara y compañeros de prisión. A media noche del 17, unas compañías de San Marcial y de Intendencia abandonan sus cuarteles y se dirigen al cuartel de la Guardia Civil, que rodean en actitud hostil.

La puerta es franqueada al capitán que manda la fuerza, que instantes después se encuentra frente al general González de Lara.

Enterado éste del propósito de sus subordinados, les agradeció el gesto que para su liberación han hecho, pero les hizo ver el peligro que se corría de frustrar el Movimiento proyectado, con un acto de fuerza prematuro, que acaso pudiera desbaratar todo el plan. La guarnición de Burgos debía esperar la orden del general Mola, y hasta no recibirla era preciso que se mantuviese tranquila. Tuvo que recurrir el general González de Lara a toda su autoridad y hacer llamamiento a la disciplina, para hacer desistir de sus propósitos a los que iban a libertarle de la



muerte. Los demás jefes y oficiales arrestados, asintieron a las palabras de su general. La expresión del general en aquellos momentos reflejaba sublimidad, patriotismo, el más profundo patriotismo; parece oírse aquella copla, tan castellana como el escenario donde ocurría aquello, que dice así:

«No gastemos tiempo ya  
en esta vida mezquina;  
por tal modo,  
que mi voluntad está  
conforme con la divina  
para todo;  
y consiento en mi morir  
con voluntad placentera,  
clara, pura;  
que querer hombre vivir  
cuando Dios quiere que muera  
es locura.»

*(Coplas de Jorge Manrique)*

Poco después, en una camioneta de guardias de Asalto, los detenidos, conducidos por el capitán Marín, de la Guardia Civil, salían en dirección a Guadalajara. No se sabe a estas horas siquiera si llegaron a su destino.

Heroico gesto el del general González de Lara y sus acompañantes, que perdieron sus vidas por la disciplina, por salvar al Movimiento, y por España.

En la mañana del 18, las fuerzas se hallaban acuarteladas, sin poder moverse ni salir tropas, oficiales ni jefes. Los grupos marxistas recorrían la ciudad, extremando la vigilancia, formando corros en calles y plazas.

La misma mañana llegó el general Mena, enviado desde Madrid para sustituir al general González de Lara, presentándose al general Batet. Por la noche quiso éste conferenciar aparte con el jefe de Estado Mayor, coronel Mo-



reno Calderón, y le preguntó cómo respiraba la guarnición y cómo sería acogido; a lo que el coronel, con la caballería que le caracterizaba, le dijo que la guarnición de Burgos, así como la de toda España, estaba divorciada del Gobierno, y que el recibimiento sería seguramente muy frío. Tan frío fué, que al llegar el general Mena al Cuarto de Banderas del regimiento de Infantería de San Marcial, con el fin de dar las instrucciones oportunas para el acto de presentación del día siguiente a las tropas, los oficiales le detuvieron.

Sobre las diez de la noche, el entonces teniente coronel Aizpuru, comunicó al coronel Moreno Calderón el plan de golpe de Estado preparado para esos días, cosa que el coronel desconocía, pero desde ese momento se sumó cuerpo y alma a él; le dió cuenta también de la detención del general Mena. El señor Moreno Calderón pasó a informar de ello al general Batet y pedirle su colaboración; el general se irritó con los oficiales y envió al coronel Moreno Calderón para intimarles que desistieran de su propósito. La oficialidad se negó, y dió a Batet media hora para sumarse a ellos o rendirse. Volvió a concedérsele un cuarto de hora, notificándole que, o él iba al Cuartel, o se iría a buscarle al final de ese plazo.

Parece ser que, entretanto, Batet llamó a Pamplona al general Mola telefónicamente, y con gran destemple le dijo que faltaba a su palabra, pues días antes, en una entrevista provocada por Batet, Mola le había asegurado que no se pensaba en un golpe de Estado. Ante esa actitud, parece ser que el general Mola colgó el aparato.

El coronel Moreno Calderón intentó insistentemente disuadir de su error al general Batet, que continuaba indignado con la guarnición, hasta que, al fin, el coronel le dijo:



—¿Me permite decirle una cosa que le va a herir?

—Dígamela.

—Pues bien, la guarnición de Burgos no puede olvidar ni soportar que en momentos en que el Ejército se veía más ofendido y menospreciado, ordenó usted a sus oficiales que permaneciesen sordos, ciegos y mudos ante los insultos a la Patria y al uniforme militar.

Batet, no sabiendo qué replicar a acusación tan formidable, humilló la cabeza.

En este trance de la conversación (serían las once y media de la noche), penetraron en el despacho de Batet el teniente coronel Aizpuru y el comandante Algar, los cuales le invitaron a entregarse. Todavía se resistía el General.

—«Yo no puedo entregarme en esta forma. Todo menos rendirme sin resistencia».

Algar y Aizpuru le dijeron:

—¿Qué va usted a hacer saliendo a la calle con veinte ordenanzas?

—Lo que sea. Yo tengo una Laureada que me obliga a luchar y a morir, si es preciso.

Algar, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Terminemos. Está usted detenido y preso.

Y le condujo a sus habitaciones, a las doce y cuarto de la noche, haciéndole quitarse el uniforme y vestir de paisano.

Las tropas en la calle proclamaban el estado de guerra.

A las dos de la madrugada, el Coronel entró a ver a Batet. Se lo encontró abatido, deshecho, oculta la cabeza entre las manos.

A la mañana siguiente le condujeron al cuartel, en calidad de preso, y tiempo después a Pamplona.

Las últimas horas del General fueron altamente ejem-



plares en religiosidad y patriotismo. Es muy de lamentar que en momentos transcendentales para el país no comprendiera dónde estaba el deber de un buen militar.

\* \* \*

Mientras tanto, en el Espolón, paseaba la gente, comentando los acontecimientos; los jóvenes de Falange se saludaban unos a otros con el brazo en alto con entusiasmo, y los del Frente Popular vigilaban desde esquinas y porterías los movimientos de la gente sana de la población.

A eso de las dos de la mañana, un grupo de unos 500 jóvenes socialistas y comunistas fueron al cuartel de la Guardia civil a recoger armas, dándoseles, por orden del Gobernador civil, unas armas cortas que allí tenían, hasta que las mujeres, al darse cuenta de ello, armaron un regular motín, impidiendo se continuara la entrega.

De allí se fueron a los cuarteles de Artillería e Infantería; pero coincidió esto con abrirse las puertas y salir a la calle el piquete que iba a declarar el estado de guerra. Apenas oyeron el redoble de tambores, emprendieron veloz carrera, y ya no se volvió a ver en Burgos la más mínima representación de los sin patria.

El piquete de Infantería leyó con las formalidades de reglamento el bando declarando el estado de guerra. Otras fuerzas se dirigieron a la Diputación y otras al Gobierno Civil, intimando al Gobernador a que se rindiese. Este no opuso resistencia, y junto con su secretario fué conducido al cuartel de Infantería, y luego al Penal. Del mando civil de la provincia se hizo cargo el teniente coronel Gavilán.

A los pocos minutos de hacerse éste cargo del Gobierno, sonó el timbre del teléfono. Era el ministro de la Gobernación, que preguntaba:



—¿Qué tal por ahí?

—Por aquí muy bien, pero que muy bien. Estupendamente.

—Pues aquí ya están por las calles las milicias del pueblo armadas.

—¿Sí? Pues tenga usted cuidado, que les van a dar para el pelo.

—¿Pero es que ahí ha ocurrido algo?

—No. Aquí no pasa nada. Pasa que el Gobernador soy yo, el teniente coronel de Caballería, que ha metido en la cárcel a todos los canallas de aquí.

—¡Viva la República! —barbotó descompuesto el ministro.

—¡Viva España! —remató Gavilán.

Al poco rato le llama el comandante del puesto de la Guardia Civil de un pueblo.

—Señor Gobernador: los rojos se han echado a la calle, varios de ellos están armados, quieren que les entregue yo mismo las armas. ¿Qué hago?

—¿Qué hace? Armar inmediatamente a todos los de Derechas y detener a esa gentuza.

—¿De veras?

—Sí, hombre. Aquí el teniente coronel de Caballería, gobernador de Burgos.

—Pero... ¿está proclamado el estado de guerra?

—Sí, desde anoche.

El guardia civil, que hasta entonces creía estar hablando con el gobernador del Frente Popular, lanzó un grito de loco.

—¡Viva España! Ahora mismo los armo. ¡Viva España!

\* \* \*



También se ocuparon fácilmente Correos, Telégrafos, y Teléfonos, se puso en libertad a los detenidos políticos y se dominaron sin dificultad los demás puntos estratégicos de la ciudad. La Guardia civil y fuerzas de Asalto se sumaron desde el primer momento al Ejército.

Al mando de la División quedó el general Mola, que desde Pamplona había dispuesto la forma cómo se había de efectuar el Movimiento en todas las provincias de su jurisdicción: Burgos, Logroño, Pamplona, Alava, Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Palencia. La Comandancia Militar de Burgos quedó encargada al coronel Gistao, del regimiento de San Marcial; del mando militar de la provincia se hizo cargo el general Dávila.

Al fin de la gloriosa jornada, una Salve solemne en la Plaza de Santa María fué cantada por miles de personas. Es difícil describir la emoción cuando se abrían de par en par las puertas de la Catedral, y de nuevo la Salve resonaba ante el trono de la Virgen, mientras las campanas de la Catedral sonaban. Sus ecos eran anuncio de la victoria, porque Dios era el abanderado de la Cruzada que se iniciaba.

El entusiasmo de la población fué absoluto, sumándose el vecindario y la juventud a la multitud que acompañaba y aclamaba a las tropas a su paso por la calle.

La bandera del Círculo Tradicionalista recorrió las calles entre delirantes ovaciones; las mujeres lloraban de emoción; los balcones engalanados y la juventud en masa entonaba los himnos de Falange y Oria-Mendi.

El paso de una columna de requetés que, procedente de Navarra, se dirigía a Somosierra en camiones, fué acogido con verdaderas muestras de entusiasmo, así como un batallón del regimiento de Bailén, que venía de Logroño y que también marchaba en la misma dirección.



Inmediatamente empezaron a llegar masas de campesinos de todos los pueblos de Castilla que engrosaban las líneas de Falange y se iban al frente. Del más escondido rincón de Castilla aparecía una lucida representación. Una prueba más de cuán poco habían arraigado en el sano y hermoso campo castellano las doctrinas soviéticas de nuestros gobernantes de entonces.

En cuanto al resto de la provincia, siguió decidida el ejemplo de la capital. Sólo en Miranda de Ebro hubo un conato de movimiento rojo, traicioneramente preparado por el gobernador de Burgos, que dejó intencionadamente desguarnecida la ciudad, llamando a Burgos toda la Guardia civil acantonada en Miranda. Esta guardia, española de corazón, encontró en su camino a la que enviada ya por las tropas nacionales acudía a toda prisa a pacificar a Miranda, y se unió apresuradamente a ella para regresar a su punto de partida.

Mientras tanto, en Miranda, desde los primeros instantes del domingo, los marxistas, aprovechando la situación, quemaron el convento de monjas agustinas y la parroquia de Santa María; a las tres de la madrugada asaltaron y saquearon la casa de Eranueva, quemando todo lo que no se llevaron o destrozaron. A las cuatro y media sacaban de la cárcel a los presos y les daban armas. Y mientras tanto otros grupos detenían a los jóvenes de derechas.

Poco después se tienen noticias de que regresan, con refuerzos, las tropas de la Guardia civil que pocas horas antes habían salido. Se formaron algunas barricadas a la entrada del puente del Ebro; se estableció un tiroteo entre la Guardia civil y los comunistas, colocados en posiciones estratégicas sobre el tejado de una casa contigua al puente, pero a las dos horas cesaba la lucha, y la Guardia civil se hacía dueña del puente, ayudada por las fuerzas de



Asalto que acudían desde Burgos. A las diez todo se había tranquilizado, y las fuerzas proclamaban el estado de guerra. Y desde entonces Miranda, Burgos y el resto de la provincia, han vivido tranquilas y plenamente adictas a la Causa Nacional.

\* \* \*

Al día siguiente, horas de gran inquietud: noticias unas ciertas y otras falsas (como sucede en estos casos) corren por cafés, círculos, hoteles y calles; Sanjurjo es esperado en avión para hacerse cargo del movimiento, dicen unos y otros... y no llega. Casas engalanadas, entusiasmo; las horas se hacen eternas. Al fin se reciben noticias concretas: Al avión que conducía al general Sanjurjo, al salir del campo de la Marina, del aerodromo de Cascaes, pilotado por el laureado comandante Ansaldo, al momento de despegar, una piedra que la rueda levantó del suelo le rompió la hélice, teniendo el aparato que capotar, y falleciendo al instante el general Sanjurjo. Sus últimas palabras fueron: «¡Qué contento estoy! Por fin ha llegado la hora de contemplar banderas españolas; *ahora ya puedo morir tranquilo.*»

El general Sanjurjo, valiente, patriota, todo corazón y modestia, sencillo y severo, designado por sus compañeros como Jefe de la sublevación, fallece en el momento en que iba a hacerse cargo del Movimiento; en el momento en que sus servicios parecía más necesarios a España, a la que él había consagrado su vida.

Su hijo Justo, capitán de Aviación, quien secundó en todo momento la obra de su padre, y en los momentos más difíciles no dejó de trabajar, sirviendo no pocas veces de enlace entre el general Mola, Goded y Fanjul, y quien sufrió persecuciones constantes, es detenido en el balneario de Corconte, martirizado y al fin asesinado.



Hasta última hora supo mantener el prestigio de su carrera y de su apellido.

El día 21, a primera hora de la tarde, aterrizaba en el campo de Gamonal un aparato en el que venía el general Mola.

Las autoridades acudieron a recibirle, tributándosele una acogida entusiasta.

Su entrada en Burgos la hizo en automóvil descubier-  
to, desbordando el júbilo, especialmente en el Paseo del  
Espolón, en que la muchedumbre no cesaba de aclamar al  
General. Desde allí encargó al general Ponte y Serrador la  
dirección de las fuerzas del Alto del León; desde allí dió  
las instrucciones pertinentes al coronel Camilo Alonso, a  
Beorlegui y a Ortiz de Zárate, para las operaciones sobre  
San Sebastián, Irún, etc. Designó al general Gil Yuste co-  
mo general en Jefe del 5.º Cuerpo de Ejército. Se comu-  
nicó con Aranda y alentó a los héroes de Gijón. Animó la  
columna del comandante Doval, que se dirigió hacia Naval-  
peral, etc., etc.

Eran muchas las noches que el General aparecía en  
el Paseo del Espolón, acompañado de ayudantes o ami-  
gos. Su íntimo amigo, señor González Garre, acostumbra-  
ba a acompañarle en estos paseos. El público, al darse  
cuenta de su presencia, le daba constantes muestras de afec-  
to y consideración. Desde Burgos visitó los frentes de So-  
mosierra, fué a Zaragoza, a Pamplona; repetidas veces al  
frente del Norte, y se reunió varias veces en Torquemada  
con el general Saliquet.

El 20 de julio se creó la Junta de Defensa Nacional,  
siendo nombrado presidente el general Cabanellas, que lle-  
gó en avión de Zaragoza, acompañado del coronel Monta-  
ner, siendo recibido por los generales Mola y Saliquet y  
quedando constituida inmediatamente aquélla por los gene-



rales Cabanellas, Mola, Ponte y Dávila, y los coroneles Montaner y Moreno Calderón.

También asistieron a esa reunión el juez de Burgos, el señor Bravo y el Administrador de Rentas públicas.

La cooperación de los señores Yanguas, Bau, Amado, Betanzos, Sáinz Rodríguez, Goicoechea, Vallengano y Sangróniz fué de incalculable valor desde los primeros momentos.

El primer acuerdo de la Junta de Defensa Nacional, tomado el 24 de julio, fué nombrar al general de División don Francisco Franco, general en Jefe de las Fuerzas de Marruecos y Sur de España, y al general de Brigada, don Emilio Mola, general en Jefe del Ejército del Norte.

El 5 de agosto, la Junta de Defensa Nacional acuerda nombrar al general Franco vocal de la misma, y el 16 éste anuncia su visita, llegando a dicha población en avión. Le esperaban en el aerodromo los generales Mola, Cabanellas, ayudantes y el Arzobispo de Burgos. El general Franco abrazó al hermano del difunto general Goded, sin que ninguno de los dos pudiesen decir al otro una sola palabra, dado lo impresionados que estaban ambos. Franco y sus acompañantes se dirigieron a la Catedral, donde oyeron misa. Al atravesar Franco las calles, el público le ovacionó con entusiasmo, repitiéndose las ovaciones frente al edificio de la División, cuando en el balcón se abrazaron Franco y Mola ante Cabanellas y demás generales que componían la Junta de Defensa Nacional.

El 20 de agosto, el general Mola trasladó su cuartel general a Valladolid, y el 29 la Junta de Defensa acordó restablecer la tradicional bandera bicolor, «símbolo egregio de la Nación», como decía el Decreto.

Este acuerdo se celebró con gran júbilo en todas las



importantes poblaciones de la zona liberada por el Ejército.

La radio de Burgos prestó desde el principio importantes servicios. Empezaba las sesiones con una frase que hacía recordar a los antiguos romanceros de Castilla, diciendo *Aquí, Radio Castilla: Burgos; al servicio de España.*

La emoción que producía esta frase majestuosa en el campo castellano y entre los pobres adictos al Movimiento en la zona roja, era indescriptible.

Aquí pueden citarse los discursos del general Mola, por Radio Burgos, en agosto de 1936, poco después de la ejecución en Barcelona del general Goded, a quien dedica sentidas frases, y el 13 de septiembre del mismo año, a raíz de la toma de San Sebastián. En este último discurso, es donde pronunció la frase que sirve de estribillo en este libro: «*España, una vez más, redimirá al mundo. ¡La Historia tiene la coquetería de repetirse!*»

Por las noches se iba al Espolón; de 9 a 10 tocaba la orquesta los himnos Nacional, de Falange, Oria-Mendi, Legión, etc.; el público los escuchaba en pie con gran emoción. De todos ellos, una frase nos quedaba a todos grabada, que rato después de cantada por el público nos repetíamos unos a otros; en la atmósfera, también entre la multitud, se oía una voz oculta que la repetía: «En España empieza a amanecer».

Mientras tanto, nuestras fuerzas defendían con serias dificultades los ataques rojos en el Alto del León y Somosierra; la Marina se sublevaba, mataba a toda la oficialidad; se tropezaba con serias dificultades para el paso de nuestras fuerzas de Africa; no teníamos ni aviones ni baterías ni gente en relación con el adversario, ni dinero; pero no obstante, oíamos con optimismo la frase antedicha: «En España empieza a amanecer».



El día 29 de septiembre era nombrado, por la Junta de Defensa Nacional, el general Franco, Jefe del Gobierno del Estado y Generalísimo de los Ejércitos de operaciones de Tierra, Mar y Aire, tomando posesión de dicho cargo en Burgos el día 1.º de octubre.

Se celebró esa fiesta con gran entusiasmo: casas engalanadas, calles llenas de público, etc. Delante de la División la muchedumbre en masa ovaciona al general Queipo de Llano, que llega en automóvil. Poco después llegan los generales Franco y Mola, repitiéndose las ovaciones del público. Sale al balcón Franco, pronunciando unas palabras, entre las cuales dice: «Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan».

Grandes ovaciones.

En el interior del edificio se efectúa el acto solemne de transmisión de poderes del general Cabanellas al general Franco, ante la Junta de Defensa Nacional, y después de dicho acto se pasean por la ciudad, entre aclamaciones del público, los generales Franco y Mola, en coche descubierto.

El mismo día se crea la Junta Técnica del Estado, con residencia en Burgos, y el día 4 se nombra Presidente de la misma al general Dávila, y Secretario de Guerra al general Gil Yuste, Secretario de Relaciones Exteriores al Embajador señor Guerra y Secretario general del Gobierno del Estado a don Nicolás Franco.

El Caudillo, esa noche, se dirigió a todos los españoles por el micrófono de Radio Castilla, para explicarles el alcance de su nombramiento.

Días después, el Generalísimo, con su Estado Mayor, se trasladó de momento a Salamanca, y en Burgos continuó la Junta Técnica del Estado.

Las circunstancias de la guerra hacen que S. E. el Generalísimo vuelva al cabo de unos meses a instalar allí su



Cuartel General, y que frecuente dicha población, donde está instalado también gran parte del Gobierno, siempre que las circunstancias de la guerra se lo permitan.

La población de Burgos, como puede verse, no ha desmerecido de su pasado glorioso, y ha prestado incondicional apoyo al Movimiento Nacional.









## CAPÍTULO XX

### En Avila

Santa Teresa, Sierra y Laguna de Gredos, campo castellano, frío, sol, murallas almenadas, un escudo que representa unos torreones coronados por una efigie de rey...

Indiscutiblemente, al español, lo mismo que al extranjero, lo primero que acude a la mente al nombre de Avila, es el recuerdo glorioso y vivo de la Santa Reformadora del Carmelo, la Mística Doctora del ingenio agudo y pluma privilegiada, la gloriosa española Santa Teresa de Jesús, maestra de la vida interior.

Luego se suceden en su pensamiento las ideas que acabo de apuntar, relativas a la histórica ciudad.

Estudiando sus antecedentes, encuéntrase la explicación de la actitud que en el Movimiento actual ha sostenido la población, por responder a su pasado de valor y fidelidad.

Glórias ilustres de la fe cristiana en Avila son los nombres de San Segundo, cuya conversión se atribuye al mismo Apóstol Santiago, que fué mucho tiempo Obispo de la ciudad y murió mártir en ella; su sepultura se venera en una iglesia que le está dedicada, y que, como la Catedral y la muralla, son de principios del siglo XII, en ple-



na floración del arte de transición románico-ojival. El nombre de Santa Barbada, virtuosa doncella que por huir de un joven que la perseguía con malos fines pidió a Dios que la afeara el rostro, cosa que el Señor la concedió, poblando instantáneamente de barba su cutis antes terso y bello. El del sabio obispo Alonso Tostado y Rivera, de rara erudición, memoria y capacidad para el trabajo. Finalmente, el de la ilustre Santa Teresa, que con su gloria eclipsa todas las demás, por brillantes que sean.

Avila, por su situación geográfica en una de las vertientes de la sierra del Guadarrama, divisoria de las dos Castillas, fué teatro a menudo en la Edad Media de luchas de la Cruz contra la Media Luna. Muchas veces ha sido tomada y perdida por los combatientes de uno y otro bando, muchas han sido derruidas en parte sus sólidas murallas, muchas ha sido el teatro de irrupciones y traiciones de todas clases. En último término, resalta el espíritu valiente y entero de los castellanos, su fidelidad a toda prueba.

El hecho más saliente de su historia, el que dió origen al escudo arriba descrito y a los nombres de Avila de los Caballeros y Avila del Rey con que se conoce a la capital, es un buen resumen de la historia de esa comarca y reflejo del alma de sus pobladores.

Reinaba en Castilla doña Urraca, hija de Alfonso VI y viuda de Raimundo de Borgoña, de quien tenía un hijo, el infante Alfonso-Ramón, heredero de la corona y acatado en toda Castilla como rey ya en vida de su madre. Doña Urraca había contraído en segundas nupcias matrimonio con Alfonso I el Batallador, de Aragón, valiente, bruto y ambicioso. El rey de Aragón tenía envidia de su hijastro, pues pretendía ser rey de Castilla, y trataba de suplantarle. En una ocasión pidió a Avila le reconociese como a rey, pues así lo era, por ser consorte, y tener más



autoridad que la reina por ser varón. Pero ya entonces estaba separado de su esposa, a causa de sus continuas disensiones, y Avila le comunicó con cortesía, pero con firmeza, que no podía reconocerle como rey mientras estuviese separado de la legítima reina, su esposa; que si se reunía con ella le acatarían como a rey y le ayudarían en sus empresas contra los moros; que le negarían todo auxilio si alguna vez se alzaba contra el que se reconocía como a heredero de la corona, el infante don Alfonso Ramón, hijo de la legítima reina doña Urraca.

Tiempo después pretendió don Alfonso el Batallador escuchar rumores de la muerte del Príncipe, que se había refugiado en Avila, defendido por sus murallas y el firme pecho de sus habitantes, y acudió nuevamente a solicitar sumisión de la ciudad. Se le contestó que la noticia de la muerte del Infante era falsa, y que estaba en Avila con perfecta salud. Pretendió Alfonso no creerlo si no veía al Príncipe, y entonces el Consejo de Avila le ofreció dejárselo ver si se acercaba él a las murallas. Alfonso mostró desconfianza, y exigió que un número de caballeros de Avila fuese entregado en rehenes mientras él se llegaba al pie de la ciudad. Le pidieron juramento de que respetaría la vida de los rehenes si se respetaba la suya, y en nombre del Rey prestó ese juramento su capellán, Cleto de Arcillán. Salieron sesenta caballeros castellanos de Avila y pasaron al campo aragonés a responder de la vida del Rey. Llegó Alfonso de Aragón al pie de la muralla, y desde allí le mostraron por encima de las almenas a su hijastro. Fué tal su despecho, que se dejó llevar de la cólera y faltó a su juramento, ordenando el sacrificio de los sesenta rehenes, con grandes torturas y crueldades.

Para vengar a los sesenta caballeros, entre los que se contaba su propio hermano, salió de la ciudad a retar en



singular combate al Rey de Aragón, el gobernador de la Plaza, Blasco Jimeno, acompañado de un sobrino suyo, Lope Núñez, que se empeñó en seguirle. El rey de Aragón, en lugar de aceptar el noble reto de Blasco Jimeno, lanzó contra él y su sobrino un pelotón de ballesteros y honderos, que acabasen con ellos. Una cruz de granito, llamada el «rollo», el «repto» o la «cruz del pandero», señala el lugar donde cayeron los dos valientes abulenses.

Años después, Alfonso VII, al suceder a su madre en el trono de Castilla, recompensaba la fidelidad de Avila, permitiéndola ostentar en su escudo su propia efigie, coronando las almenas de sus murallas. Desde entonces, llámase la ciudad: Avila de los Caballeros, o Avila del Rey.

\* \* \*

¡Fidelidad! ¡Gran virtud tan natural al castellano! Por ella murieron en su día esos sesenta y dos héroes.

Ocho siglos más tarde se encuentra de nuevo la población, desde entonces más bien teatro de glorias que de luchas, ante un nuevo conflicto. El comunismo feroz quiere dominarla, como el resto de España. El pueblo de Avila no lo quiere, no puede quererlo, y está dispuesto a defenderse hasta morir por no rendirse. El peligro es grande, inminente. El valor está a la altura de las circunstancias. La protección divina, como se verá, no abandona a ese pueblo de héroes y de santos...

\* \* \*

En Avila, como en casi todo el territorio español, se vivía el malestar consiguiente a la política desarrollada



por el Frente Popular desde su asalto al Poder en febrero de 1936, siendo varios de los oficiales de la guarnición, afiliados a la U. M. E., quienes empezaron a animar a los demás a estar preparados a sumarse a *lo que tenía que llegar* para salvar a España.

El espíritu de la oficialidad de la plaza era excelente, habiendo, como en todas partes, exaltados a quienes había que frenar para que no se produjeran conflictos.

Desde primeros de mayo estaba en Avila el capitán don Julio Pérez, muy perseguido dentro del Cuerpo por haber tomado parte en el Movimiento del 10 de Agosto.

Este señor dió gran impulso al estado de opinión de los capitanes y de algún jefe de la guarnición de Avila.

Como, aparte de la Guardia civil, no había más guarnición que un pequeño núcleo de ordenanzas en el Colegio Preparatorio Militar de Sargentos, todo se preparaba a base de la Guardia civil que, hábilmente pulsada por sus oficiales, se sabía estaba sana en su totalidad y deseando se la utilizase en el mejor servicio de España. Como preparación al Movimiento, con todo, se celebraron varias reuniones entre la oficialidad de la Guardia civil y la del Colegio.

La situación militar de Avila en 18 de julio era la siguiente: Comandante militar el comandante don Vicente Costell, persona de Derechas y consciente de la necesidad de actuar, pero de bastante edad y salud quebrantada. Se hallaba accidentalmente al mando del Colegio Preparatorio Militar, en período de vacaciones, encontrándose solamente presentes siete capitanes y un teniente, unos quince alumnos y dos cabos con quince soldados. El armamento de que se disponía consistía en 30 fusiles con 150 cartuchos cada uno. En la Caja de Recluta había un comandante, un capitán y un teniente, con seis soldados



sin armamento. En la Comandancia de la Guardia civil había un teniente coronel, que sólo llevaba ocho días en su destino, por lo que apenas conocía el personal a sus órdenes, tres capitanes, dos tenientes y alrededor de 50 guardias y clases. Un teniente de Asalto con unos 15 hombres. En total, ¡poco más de 100 personas!

Varios cambios de mando en la Comandancia de la Guardia civil hicieron que desde el 1.º de mayo quedase el capitán Pérez repetidas veces de Jefe interino de la Comandancia, lo que aprovechó para recorrer la provincia y tantear a oficiales y clases con el mayor éxito.

Destinado, con carácter provisional, un teniente coronel jefe de la Comandancia a fines de mayo (el señor Montende), se siguió laborando por ser persona muy grata y que simpatizaba con lo que se estaba fraguando; pero este jefe, de carácter algo violento, tuvo el día del asesinato de Calvo Sotelo un incidente desagradable con el Gobernador civil, que motivó que a la una de la madrugada del día siguiente (martes 14 de julio), se le hiciera salir de Avila para Madrid en un tren mixto, sin ni aún esperar que pudiera hacerlo en uno de los expresos de la mañana. Fué orden telefónica y sin apelación del general Pozas, a la sazón Inspector de la Guardia civil. Nuevamente se hizo cargo de la Comandancia el capitán Pérez, pero al darse cuenta el general Pozas, mandó al día siguiente un teniente coronel (don Romualdo Almogueras), lo que causó alguna alarma por haber tenido buenos destinos durante la República.

Por este motivo se reunieron los tres capitanes de la Guardia civil y algún teniente y acordaron que si, llegado el momento, no se unía a los demás, se «obraría en consecuencia».

En julio fué a Avila el comandante Gabriel Moyano,



de Artillería, quien habló de la inminencia del Movimiento y de la necesidad de estar preparados para que tan pronto se declarase el estado de guerra en Valladolid, se hiciese también lo mismo en Avila.

El 13 de julio se había recibido un telegrama cifrado de Madrid, notificando el asesinato de Calvo Sotelo y recomendando serenidad y disciplina. Los elementos exaltados trataron de tomar represalias, pero se opusieron el Comandante militar y los elementos que tenían fe en el Movimiento que se avecinaba. Tras largo forcejeo, a la una de la madrugada del 14 se calmaron los ánimos, convencidos que el mejor plato que se podía ofrecer al Frente Popular era la producción de pequeños focos esporádicos de carácter militar.

El 17 de julio decidió trasladarse a Madrid el capitán Pérez, de la Guardia civil, a recibir instrucciones, teniendo la suerte de que no le detuvieran, a pesar de que estuvo en la Inspección General del Cuerpo del Ministerio de la Gobernación, para dar excusa al viaje.

Se hizo sospechoso, con todo, al comandante Naranjo, alma de la Inspección General desde el 10 de agosto de 1932, fecha en que nos traicionó, estando comprometido en aquel Movimiento, y a quien, como premio, la República nombró secretario de la Inspección y verdadero dueño de ella. Dicho jefe preguntó al capitán Pérez: «¿Qué haces tú hoy en Madrid?», recalcando el *hoy*; pero con serenidad supo engañarlo y pudo regresar a Avila a cumplir su misión. No es de extrañar la actitud del comandante Naranjo, sospechando del capitán, pues ese mismo día en todos los corrillos de cafés y casinos se sabía que lo de Africa estallaría aquella tarde. Por eso, al anochecer, se empezaron a practicar detenciones de jefes y oficiales en varios lugares de Madrid.



Al llegar el capitán Pérez a Avila, a las nueve y media de la noche, se entrevistó inmediatamente con el capitán Dueñas, enlace del Colegio Preparatorio.

Apenas se tuvo noticia del alzamiento en Marruecos, los oficiales de la guarnición de Avila se reunieron en la Comandancia militar para ponerse a la disposición del jefe más caracterizado, comandante Costell, y, tras detenido estudio de la situación, se acordó enviar un enlace a Valladolid para tan pronto como esa guarnición declarase el estado de guerra, secundarla.

Se prestó voluntario el comandante de Intendencia señor Gaudín, quien a las pocas horas volvió diciendo que en el momento de salir de Valladolid los guardias de Asalto se echaban a la calle al grito de ¡Viva España!, y que la Artillería se disponía a hacer lo propio. Inmediatamente se acordó, llegado el momento, levantarse también en Avila.

A primera hora de ese día había recibido la estación de la Guardia civil un radio ordenando se tomasen medidas contra las personas de Derechas y se vigilasen las carreteras. El teniente coronel de la Guardia civil, al recibirlo, llamó a los tres capitanes para notificarles que algo grave ocurría, pues en Africa había empezado un Movimiento militar y ordenó al capitán Pérez, como más antiguo, tomase las medidas de seguridad más necesarias, pues él en tres días poco conocía de la Comandancia. El capitán dió a la tropa la consigna con arreglo a su deseo, es decir: registrar a todo el mundo «Derechas e Izquierdas» y detener a los de esta última orientación si llevaban armas o eran desconocidos en Avila.

A diferentes horas llamó el general Pozas al Teniente Coronel por teléfono, para saber cómo se respiraba en Avila y ordenarle concentrase la fuerza de la provincia en la capital para trasladarla a Madrid si las circunstancias lo



aconsejaban. Los capitanes se dieron maña para no dejar solo al Jefe ni un momento y se fueron enterando de cuanto le iban diciendo de Madrid. Por la tarde, al ser llamado el teniente coronel por el Gobernador civil, quien le ordenó que recogiese de las armerías todas las armas cortas y largas y las llevase al Gobierno civil, los capitanes de la Guardia civil vieron llegado el momento de recordar a su Jefe la orden que prohíbe llevar a ningún sitio armas en depósito, como no fuese a los Parques de Artillería y, donde no los hubiera, a los cuarteles. El teniente coronel empezó a darse cuenta de la actitud de simpatía hacia el iniciado movimiento en que estaban colocados todos y, afortunadamente, tras un breve forcejeo, se colocó desde aquel momento a nuestro lado.

Nuevamente pidió el Gobernador las armas en la noche del 18; se le contestó que estaba prohibido llevarlas a ningún sitio que no fuese los cuarteles, y aunque aparentemente se conformó, a las tres de la mañana del domingo 19 se presentó en Avila un tal Muro, exdiputado del partido comunista, que traía en mano una orden escrita de puño y letra del general Pozas, ordenando se le diesen facilidades máximas para armar al pueblo, y que, en consecuencia, se le dieran las armas que había en el cuartel de la Guardia civil. Tras larga discusión, en la que estaban presentes todos los dirigentes del Frente Popular de Avila y su provincia, el teniente coronel que asistió a la reunión, no sabiendo ya por dónde salir, dijo que iba al cuartel a preparar las armas, y que ellos hicieran una lista de las personas a quienes se les iban a entregar. Llegado al cuartel, los capitanes le informaron que ya no se podía esperar más, y que iban a sublevarse, para tomar el mando. Algunos dudaron, pero los capitanes Alcázar y Pérez, de la Guardia civil, ordenaron formar a la fuerza en el patio



del cuartel, y previas unas palabras de excitación, que fueron acogidas con vítores por los guardias, salieron, el primero a declarar el estado de guerra, y el segundo a ocupar el Gobierno Civil y demás oficinas públicas. En el momento de salir, llegó un radio de Valladolid, dando cuenta de haberse proclamado allí el estado de guerra.

Una vez decidido el Movimiento, marcharon las fuerzas de la Guardia civil, apoyándose en las de Asalto y Seguridad, a apoderarse del Gobierno. Esto se llevó a cabo sin violencia, deteniéndose en él, a más del Gobernador, la mayor parte de los dirigentes del Frente Popular y elementos representativos de las izquierdas, acompañados por una masa de obreros en número de unos doscientos. Se previno a los allí presentes que debían quedar recluidos en sus domicilios hasta nueva orden.

De este modo quedaron en prisión en su casa, «bajo su palabra de honor», por la poca afortunada actuación de un jefe, dos de los más peligrosos (uno de los cuales ocupaba el cargo de Fiscal de la Audiencia), quienes se apresuraron deshonorar esa palabra suya, huyendo y uniéndose a la columna Mangada, que tres días después empezó a merodear por los alrededores de Avila.

Inmediatamente después tomó posesión del Gobierno civil el comandante de Caballería y profesor del Colegio Preparatorio, don Luis Rubio.

A continuación, a las seis y cuarto de la mañana, se procedió a la lectura del bando de guerra por el capitán de Estado Mayor don Luis Peña, muerto gloriosamente poco después. Esta declaración del estado de guerra fué verdaderamente emocionante, por el entusiasmo con que el pueblo la acogió, más notorio por el carácter frío, rasgo principal de la psicología de la población.

También daba lugar a manifestaciones de entusiasmo el



paso de individuos pertenecientes a institutos armados; las ovaciones se repitieron al ser puestos en libertad las personas de Derechas que se hallaban encarceladas (entre otras Onésimo Redondo, gran patriota, fundador y caudillo de la Falange castellana), las cuales no salieron del recinto de la prisión sin antes oír misa y recibir la santa Comunión, dando con ello gran ejemplo de cristiandad.

Estos elementos de Derechas, unidos a los del Colegio Preparatorio, se apoderaron a su vez de Telégrafos, Teléfonos, Estación, Cárcel y avenidas y puntos estratégicos de la ciudad, sin descuidar la Casa del Pueblo. El teniente de Seguridad recibió órdenes rigurosas y terminantes de mantener el orden a toda costa.

El 19 por la tarde se congregaron en la Plaza de Santa Teresa nutridos grupos de obreros de todos los gremios, con el deliberado propósito de alterar el orden. Ante esa actitud, el mencionado jefe de Seguridad ordenó dar una carga con las porras, que bastó de momento para dispersar los grupos allí congregados. Poco después, al observar que volvían a formarse los grupos, pretendiendo correrse hacia el interior de la ciudad, el jefe de aquella fuerza ordenó cortarles el paso, a fin de alejarles del recinto amurallado y en espacio abierto poder atacarles con más intensidad y disolverlos. Como, no obstante esta amenaza, persistieran en su actitud, dió orden de descargar en el aire, recurso que bastó para la disolución total y definitiva de los grupos.

Esta fué toda la reacción enemiga que se verificó en Avila, y aquí termina la sublevación de la ciudad, cuyo principal mérito es haberla realizado siendo la capital *sin guarnición* más próxima a Madrid y que en el momento de hacerlo no se sabía lo que harían Segovia y Salamanca, que siguieron horas más tarde. Hoy, como siempre, para



cumplir un DEBER no se deben pesar los inconvenientes, sino el afán de cumplirlo. Aquí se trataba del deber de servir a España, que necesitaba de todos los españoles.

\* \* \*

Desde los primeros momentos cooperó con verdadero entusiasmo la casi totalidad de la juventud, sin distinción de matices políticos, viéndose que sólo predominaba la idea de Patria. Merece ser mencionada la actuación del elemento civil menos joven. En los grupos encargados de la defensa de la puerta del Alcázar, por ejemplo, el más joven pasaba de los 50 años, y prestaron su servicio tres días seguidos, con una elevación de espíritu verdaderamente admirable. En cuanto al elemento militar, su comportamiento fué magnífico, y en consonancia con el de la población.

Gracias a esta pronta colaboración, se pudieron montar los servicios de vigilancia y defensa de la población, y se logró también que más de media provincia permaneciese fiel a nuestra causa, teniendo en la otra media en jaque a las columnas de Mangada y del Rosal, impidiendo que se acercasen a Avila.

Se empezaron a organizar pequeñas agrupaciones, que podríamos llamar columnas (de ciento y pico de hombres la más numerosa), con guardias civiles y paisanos. Diariamente salían a diferentes pueblos de la provincia a dar la impresión de fortaleza, deteniendo en cada sitio a los dirigentes del Frente Popular. El 23 de julio, por ejemplo, una de estas «columnas», que se compondría de unos 45 hombres, marchó a Navalperal, derrotando a las tropas de Mangada, a las que hizo varios muertos, y cogió 14 prisioneros y varios camiones, con los que siguieron a las Na-



vas del Marqués y pudieron evacuar parte de los veraneantes, que así se libraron de los horrores de la dominación roja.

Esta movilidad de las columnas fué sin duda lo que evitó el avance de la ya citada columna Mangada.

El 24 de julio organizaron los rojos una concentración dirigida por Mangada y compuesta de unos 8.000 hombres, con objeto de tomar la capital. Unos 4.000 iban por el puerto de Arrebatacapas, los otros por el puerto Rico.

Avila peligraba, con sus murallas, sus iglesias, sus casas señoriales, sus museos y sus pacíficos habitantes. Las fuerzas enemigas avanzaban por la jara de la sierra. Entre Guardia civil y otros elementos militares y paisanos, todo lo que pudo movilizarse fueron unas 300 personas. Salen éstas al campo, se sitúan a unos ocho kilómetros de la ciudad y se concentran en las inmediaciones de las carreteras. Serían las tres de la tarde.

Llegan las primeras fuerzas enemigas, se las tirotea, ellas se defienden. Nuestras tropas se repliegan y se dirigen a organizar la defensa de la capital. «Ya están aquí. ¡Ya están aquí!», repiten niños y mayores.

Era la noche del 27. Las luces de la población se divisaban por la espalda en lo alto de la colina; sus murallas se vislumbraban a la luz velada de la luna.

Se espera el ataque de un momento a otro; familias enteras contemplan toda esa riqueza, sus propios hogares, abrazan a sus hijos y lloran. Recuerdan la frase de la Nelken: «Necesitamos llamaradas gigantescas que se vean en todo el planeta y oleadas de sangre que enrojeczan los mares», y ya se ven sepultados entre escombros, formados por los restos de su histórica, hermosa y artística ciudad.

Están alineados los defensores de la población (300 hombres con carabinas y escopetas de caza). ¡Dignos descen-



dientes de aquellos 62 héroes de que os he hablado antes! No hay familia que no rece un rosario colectivo; las imágenes religiosas de la iglesia están todas iluminadas; muchas beatas pasan la noche rezando en cruz ante ellas.

El Palacio de Benavides, el del duque de Valencia, el Torreón de Crescente, el de Orgaz..., Hospitales, Museos, la Catedral, la iglesia de San Vicente con su cripta y sepulcro, la de San Pedro, la de Santo Tomás, la de la Santa, las famosas murallas del siglo XI, los patios románicos y miles de personas que debían amanecer sepultadas en un montón de ruinas, ven el sol sonriente de la alborada serena.

¿Qué había ocurrido?

Horas después se supo que aquel día, a media mañana, estaba el propio Mangada en San Bartolomé de Pináres, a pocos kilómetros de Avila, y preguntó qué hora era. «La una», le contestaron. «Vamos a comer, y luego tomaremos Avila», dijo con vanidad femenina, presunción y empaque. Se añade que, cuando Mangada se preparaba para iniciar el ataque, a unos seis kilómetros escasamente de la población, se le presentó una leñadora que le detuvo, preguntándole dónde iba. Al contestar Mangada que a Avila, ella le dijo: «No vayas, todas las murallas están llenas de ametralladoras y cañones; hay una concentración imponente de fuerzas; los aviones os ametrallarán, vais todos a morir». Ante lo expuesto, aquél no tuvo valor ni para intentar la toma.

Aseguran en la Sierra que se trataba de Santa Teresa, que se apareció a Mangada por salvar su ciudad.

\* \* \*



Herido por la explosión de una bomba en el Alto del León, el entonces coronel Serrador, fué evacuado a Avila el 28 de julio. Estaba convaleciente de su herida, cuando la columna que iba sobre Navalperal sufrió un percance, y herido el coronel Cebrián, se retiraba en desorden, perseguida por la aviación. Serrador recogió los combatientes dispersos, los reorganizó y mandó fortificar las alturas de Cruz de Hierro. Luego el general Mola le ordenó ponerse al frente de la columna de El Espinar. Levantando la moral de esta columna, la llevó a la victoria, asaltando y conquistando el Puerto del Boquerón, donde el enemigo abandonó mucho material y numerosos muertos. Poco después Serrador se hace cargo del Gobierno Militar de Avila, donde despliega un celo incansable.

El 15 de agosto llega Monasterio a Avila con unos escuadrones de Caballería. La ciudad recobra su tranquilidad habitual. Enfermeras y médicos, niños y mayores, labriegos y señoras, van a sus ocupaciones corrientes. Y continúan rezando las beatas y estando iluminadas las imágenes de la Virgen. La vida sigue allí sana, como en todo tiempo.



En

N  
firme  
regem  
ment  
racter  
Esto  
había  
total.

E  
agríco  
cias  
ment  
name  
pued  
sas q  
ha re  
suced  
nicac  
consu



## CAPÍTULO XXI

### En tierras castellanas y leonesas

No menos que Valladolid, que Burgos, que Avila, son firmes columnas, en que se apoya el alma hispana para su regeneración, las restantes provincias castellanas. Posiblemente en algunas de ellas el Movimiento no presentó caracteres tan sensacionales, no tuvo momentos tan trágicos. Esto quiere decir que su alma era más española, y que había menos notas discordantes para desafinar en el acorde total.

Es lógico que sea así: regiones vastas, eminentemente agrícolas, con poquísimos núcleos industriales, las provincias castellanas desconocían muchas de esas ansias torpemente forjadas por las masas obreras, que las hacen eternamente inquietas y descontentas. A solas el labrador, no puede escuchar la voz destemplada del agitador de masas que preconiza la destrucción del capital. Y si su alma ha recibido sólido fundamento religioso, su soledad, como sucede con el marino, le pone inconscientemente en comunicación con la Divinidad, único testigo de sus sudores y consuelo de sus penas.



Casi lo mismo puede decirse del territorio correspondiente al antiguo reino de León. Sólo que en él hay circunstancias que introducen modificaciones. La provincia de León limita por el Norte con Asturias y Santander, en la abrupta región del puerto de Pajares y las escarpadas cimas de los Picos de Europa. Por lo tanto, está íntimamente en contacto con el peligroso núcleo rojo de la región minera de Asturias y posee región minera propia, siendo en tiempo de revolución las cuevas de las montañas la guarida de toda esa población envenenada por el marxismo.

En León, a fines de 1937, se desarrolló parte considerable de la brillante campaña que derrumbó finalmente todo el frente asturiano. La capital pudo salvarse, providencialmente, desde un principio, de la dominación marxista, pero el Norte del territorio estuvo muchos meses en su poder y experimentó los efectos de su barbarie. Algo parecido puede decirse de la provincia de Palencia: puesta su capital decididamente del lado de la España nacional desde un principio, el Norte de la provincia fué durante largo tiempo frente de guerra.

Hoy día ya no es así, gracias a Dios y a los buenos españoles. Las cinco provincias del reino de León son íntegramente españolas; ni un palmo de su territorio sirve de asiento al rojo. Y lo mismo puede decirse de Santander, reconquistada gloriosamente; de Burgos, sede de nuestro Gobierno; de Logroño, que un momento inspiró inquietud, pero que rodeado por Zaragoza, Navarra, Alava, Burgos y Soria, se vió incitado al buen ejemplo y lo siguió finalmente; de Soria, cuyos habitantes tienen el temple que corresponde a la dureza de su clima frío y a lo escarpado de sus sierras.

Indiscutiblemente, el alma castellano-leonesa desde el



principio tenía que entrar en la lucha por la regeneración de España con todo brío y denuedo. Sus juventudes respondieron con todo entusiasmo al llamamiento de Falange, engendrada y desarrollada con predilección en tierras castellanas.

### EN LOGROÑO

Antes de empezar el Movimiento, Logroño era una de las grandes incógnitas de la lucha. La región estaba hondamente infestada de ideas marxistas, comunistas y anarquistas. Sin embargo, era numeroso el elemento de Derechas, y en Logroño tuvo Falange Española, a raíz de su fundación, abundante cosecha de afiliados.

La balanza cayó, en Logroño, del lado de la causa del Bien y de la Patria. Pero forzosamente la existencia de las dos fuerzas que hasta julio de 1936 estuvieron latentes, dió lugar a algunos encuentros, que introdujeron durante breve tiempo el malestar y la alarma.

Los sucesos se desarrollaron del modo siguiente:

El 19 de julio, domingo, a las diez de la mañana, la Comandancia militar destituyó al Gobernador civil y al Alcalde, publicó el bando del general Mola declarando el estado de guerra y se hizo cargo del mando total de la plaza. La población se sujetó, sin protesta, al cumplimiento de todas las disposiciones dictadas.

El Comandante de la plaza, general Carrasco, cometió entonces la imprudencia de descuidar altos deberes y contentarse con la publicación de dicho bando y de algunas disposiciones de la Comandancia, sin proceder a detenciones ni extremar la vigilancia. Bastó esto para que el abundante elemento marxista se lanzara a la calle, declarando



la huelga general y entregándose a desmanes, que fueron pronto cortados por la llegada de la columna que desde Pamplona mandaba el general García Escámez, con destino a Guadalajara y Madrid, y que acudió en socorro de Logroño, por orden del general Mola.

No costó pacificar la población, a excepción de alguna resistencia ofrecida en la Fábrica de Tabacos, donde al fragor de los cañones y voces de guerra se sumaban los gritos de las infelices muchachas encerradas con los marxistas en el interior de la fábrica.

El retraso causado a la columna García Escámez por el tiempo invertido en dominar a los revoltosos de Logroño, era gravísimo en las circunstancias en que se encontraba España.

Gravísima era, por lo tanto, la falta del general Carrasco, aunque sólo fuera de inconsciencia. Por eso, cuando, llamado a Pamplona, se presentó confiado ante el general Mola alargándole la mano de amigo, éste retiró la suya con gesto altivo diciendo: «Yo no doy la mano a traidores». Y acto seguido ordenó la detención del general Carrasco.

Desde aquella fecha, aparte del bombardeo del 5 de agosto por la Aviación roja, que mató a cinco personas, contando mujeres y niños, Logroño y la rica comarca riojana han vivido en el ambiente patriota y activo, pero tranquilo, de la retaguardia, exteriorizando en cuantas ocasiones ha sido preciso su entusiasmo y su alto espíritu de sacrificio.



## EN SORIA

El 18 de julio, Soria contaba como única guarnición la Comandancia de la Guardia Civil, al mando del teniente coronel señor Muga, enteramente adicto al Movimiento. Nada sucedió en la capital los días 18 y 19. Al anochecer de éste, domingo, el citado teniente coronel tuvo detenido unas horas al Gobernador civil; a raíz de ello se decretó la huelga general para el lunes 20. La paralización fué completa. En la Casa del Pueblo tuvieron el aplomo de colocar una pizarra diciendo que los enfermos que necesitaran alimentos o medicinas debían obtener allí una autorización de compra. Enterado el señor Muga, acudió sin tardanza, arrancó de su sitio la pizarra y la pisoteó ante todos los socialistas allí congregados. No hizo falta más para sojuzgarlos completamente, siendo todos detenidos.

Al día siguiente se proclamó en la Plaza Mayor el estado de guerra. Todo el pueblo acogió con entusiasmo la noticia y vitoreó a España.

Soria tenía que seguir en el Movimiento Nacional la ruta que le han trazado sus recuerdos históricos. En su provincia está enclavado el territorio donde existió en tiempo de los romanos la ciudad de Numancia, cuya población, antes de entregarse a ellos, no pudiendo resistir, se arrojó a las llamas en su totalidad: mujeres, niños, propiedades y hombres.



## EN LEÓN

Por su significación histórica, por el alma de su pueblo, por su acendrado españolismo, León, la capital romana, residencia de las Legiones (el nombre antiguo de León, *Legio Séptima*, indica que fué primitivamente un campamento romano, de esos cuya perfecta construcción asombra aun hoy día al mundo moderno), la antigua sede de los monarcas leoneses, en los primitivos tiempos de la Reconquista hasta el reinado de San Fernando, adornada por este Santo Rey con una de las más preciosas Catedrales góticas que se conocen, debía sumarse íntegra desde el primer momento al Movimiento salvador.

Pero ya se sabe que en el mejor campo de trigo crece insidiosa la cizaña, y que hay que separarla de aquél al efectuar la siega. Cizaña había en el campo leonés, sembrada por el enemigo del género humano en forma de las funestas teorías disolventes del comunismo y del marxismo.

Por dicho motivo, aun cuando ya desde un principio pudo presentirse que León debía quedar decididamente del lado de la nueva España, no pudieron evitarse algunas horas de inquietud, y como circunstancia agravante, en los Picos de Europa y en el puerto de Pajares, al norte de la provincia, los criminales mineros de Asturias tenían su guarida y su cuartel general; desde allí tenían la intención de irrumpir como hordas salvajes en la meseta castellana. Así pretendieron hacerlo.

Ya es sabido que en todas las grandes empresas hay que dejar, entre las sabias previsiones y acertadas medidas que se tomen, un margen considerable para lo impre-



visto», que se presenta inopinadamente alterando planes y dando rumbos insospechados a los acontecimientos. Las previsiones de cada bando coincidían en que la región asturiana constituiría un grave peligro para la Causa Nacional, y punto de arranque de fieros ataques marxistas. Una circunstancia inesperada, la actitud magnífica del defensor de Asturias, entonces coronel Aranda, torció el surco de los acontecimientos; salvó a León e hizo caer del lado de España la balanza de los sucesos de Asturias de 1936. De este modo, su gallarda actitud redimió a Oviedo de los horrores perpetrados en ella en octubre de 1934.

\* \* \*

En León, el sábado 18 de julio por la tarde, la inquietud reinaba en la población. La radio de Madrid introducía la agitación con sus noticias. Marxistas y falangistas se increpaban con sus gritos en las calles, insultándose y acometiéndose.

Por la mañana del domingo llegó a Madrid la noticia de que de Oviedo había salido para Madrid un tren de mineros, que había de pasar por León. El tren llegó, en efecto, a las ocho de la mañana, con unos mil quinientos mineros fieros, desharrapados, mal armados, llenos de odio y de vanidad. Se desparramaron por León en actitud de desafío, asaltando bares y cafés *por cuenta del Gobierno*, proveyéndose de armas de todas clases en las armerías. Como aún éstas no eran suficientes, pretendieron asaltar el cuartel de Infantería, que rodearon.

El regimiento de Infantería número 26, alojado en el cuartel, al mando del coronel Lafuente, se dispuso a defenderlo heroicamente. La guarnición era escasa, unos doscientos soldados, ya que los demás estaban de permiso de verano.



A las dos de la tarde, por haber cundido alguna alarma sobre las dificultades para llegar a Madrid, salieron con rumbo a la capital la mitad de los mineros, que fueron posteriormente detenidos en su marcha. Esto disminuyó el alud de bárbaros que habían irrumpido en León. Pero quedó allí, con miras a obtener más armamento, el general rojo Gómez Caminero, quien se puso al habla con el general Bosch, Comandante militar de la plaza. Con él entró en el cuartel de Infantería, pidiendo la entrega de armas para el pueblo. El coronel Lafuente se negó, pero el general Bosch accedió y se entregaron a los mineros 300 fusiles, que se escogieron, es cierto, entre los más deteriorados. Los oficiales lloraban de rabia ante tal ignominia.

Seguidamente los mineros desalojaron la población.

El lunes día 20 comenzó la huelga general, decretada por la «Casa del Pueblo». Pretenden luego en vano tomar el cuartel de San Isidoro, de la Guardia civil, que se defiende con brío. A mediodía regresa, rebosando heridos y con muchísimas bajas, el tren de mineros que la víspera iba a conquistar Valladolid y entrar en Madrid, y que la Artillería hizo retroceder en Benavente. Ese tren no se detuvo y siguió su vergonzoso retroceso hacia Oviedo.

Pero el coronel Lafuente ya estaba, al comenzar la tarde del lunes, harto de aquella situación, y después de arreglar valientemente a sus tropas, salió con ellas a redimir a León. Todos los edificios públicos: Ayuntamiento, Casa del Pueblo, Catedral, se rindieron sin resistencia. Únicamente la hubo de alguna consideración en el Gobierno civil. Pero sus defensores, abandonados desde la mañana por el Gobernador civil, que había huído cobardemente (pero que posteriormente pudo ser detenido), acabaron por rendirse también.

El edificio de San Marcos, del que los marxistas se ha-



bían apoderado por la mañana, fué reconquistado por la tarde a la bayoneta por fuerzas de la Guardia civil, Asalto, Ejército y Falange. Los defensores huyeron por el lado del río, pudiendo detenerse a una parte de los mismos.

A las seis de la tarde se tomó la Emisora de Radio. Desde ella, el Ejército llama a los leoneses a cumplir con su deber, y ellos acuden presurosos, presentándose muchos voluntarios en el cuartel de Infantería.

El jefe de la guardia de Asalto de la plaza, teniente González, había sido detenido pocos días antes por sus ideas falangistas. Los guardias, desorientados, se mantuvieron el domingo, en su mayoría, a la expectativa. Al ser libertado el lunes el teniente González, arengó seguidamente a sus guardias, que entusiasmados le llevaron en hombros hasta el cuartelillo y se sumaron decididamente a la causa de España.

A partir del martes, día 21, en que se normalizó la vida en la capital, León, la ciudad legionaria desde hace dos mil años, desarrolló su vida con pleno entusiasmo del lado del Movimiento. Al Norte de la provincia quedó establecido el importante frente que durante quince meses luchó contra los marxistas asturianos, hasta que, en octubre de 1937, el estrepitoso derrumbamiento de ese frente devolvió íntegro el territorio leonés a España a que tan intrínsecamente pertenece.

\* \* \*

Como apéndice de la historia de León en el Movimiento, debe mencionarse lo ocurrido en el aerodromo de Nuestra Señora del Camino. El domingo 19 se insurreccionaron en él las clases, cabos, sargentos y brigadas. Detuvieron al comandante-jefe señor Rubio, a los oficiales y a tres sol-



dados leales. Después de muchas controversias decidieron fusilar a los detenidos al amanecer del lunes día 20. Y, efectivamente, los sacaron a dicha hora, poniéndolos contra un muro para ejecutarlos.

El alma militar del comandante Rubio se alzó entonces, imponente y heroica. Adelantándose del grupo, asumió sobre sí la responsabilidad de todos sus subordinados y reclamó ser él solo el fusilado. Terminó su apóstrofe con algunas frase patrióticas que llegaron al alma de los soldados del pelotón, quienes arrojando los fusiles se abrazaron a sus jefes al grito de «¡Viva España!» Se detuvieron a los cabecillas y se organizó un vuelo sobre León, que introdujo el pánico entre la población marxista, ayudando al triunfo en la capital de las tropas nacionales.

## EN PALENCIA

Desde últimas horas de la tarde y durante la noche del sábado 18 de julio, los elementos extremistas se mostraron agitados, refugiándose finalmente en la Diputación y en el Gobierno Civil, donde, bien provistos de armas, proyectaron defenderse.

Pero a las seis de la mañana del domingo, dos columnas del Regimiento de Villarrobledo, de guarnición en Palencia, salieron de los cuarteles con dirección a la capital para tomar los edificios públicos y demás puntos estratégicos.

Se rindió sin resistencia la central de Teléfonos. Se cercó el Gobierno Civil, invitando a los que estaban dentro a entregarse. La orden no se acató, y por consiguiente se inició el fuego, que fué tenaz por ambas partes. Pero a poco se rindieron los defensores del edificio, que fué ocupado a las nueve de la mañana.



Desde el Gobierno se telefoneó a la Diputación invitando al Presidente a entregarse. Se negó a ello y se le concedió un plazo de cinco minutos, pasado el cual, ya estaban las tropas en posición para asaltar el edificio. El Presidente de la Diputación se rindió entonces, quedando ésta ocupada definitivamente. A continuación, y sin resistencia, se tomaron Correos, Telégrafos y el Ayuntamiento, dándose la libertad a los falangistas detenidos, que se unieron con entusiasmo a las tropas.

El tiroteo duró todo el domingo, hasta la noche. Pero se venció la resistencia enemiga, y la religiosa y española población civil de Palencia pudo entregarse con júbilo al Ejército salvador. La juventud se alistó numerosa en el Ejército o en Falange; los hombres sentados se ofrecieron para la retaguardia, las jóvenes para los servicios de hospital, todo el mundo entregó su dinero para la suscripción patriótica. Y al norte de la provincia se constituyó un fuerte valladar, que ofreció resistencia a los marxistas de Reinosa, y que en ese sector sirvió de apoyo para la gloriosa campaña del Norte.

### EN ZAMORA

El domingo 19 de julio, la oficialidad del regimiento de Toledo, de guarnición en Zamora, se presentó ante el coronel Iscar, del Regimiento de Toledo, diciendo: «Mi coronel, ni una hora ni un minuto más: con su venia o sin ella. Esperamos ahora mismo su resolución». El coronel se unió inmediatamente a ellos.

A continuación, una compañía de ametralladoras y otra, desde el cuartel de Viriato, entraron en la ciudad, para ocupar el Gobierno Civil. No hubo que recurrir a la violencia: la Guardia Civil que defendía el edificio se unió

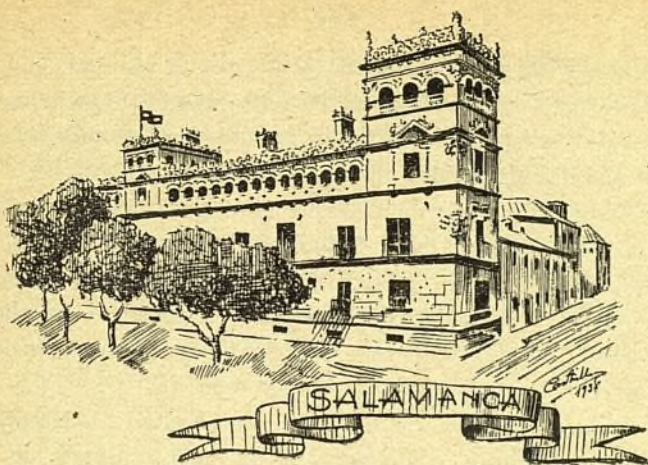


sin vacilación a las tropas que se acercaban. El capitán de una de las compañías llegó solo a la puerta del Gobierno, donde también se le unieron la guardia de Seguridad y la de Asalto. El Gobernador Civil abandonó sin resistencia su puesto a la primera intimación. Tampoco ofreció dificultades la ocupación de los demás edificios públicos, rindiéndose en último término la Casa del Pueblo.

Seguidamente se proclamó el estado de guerra, con gran entusiasmo de la población, que aclamó a las tropas. La única nota discordante en los acontecimientos de esos días fué el suicidio de un comunista, que se arrojó al Duero.

Pero no hubo ni alborotos callejeros ni huelga general. El pueblo se reveló en Zamora tal cual era, español hasta la médula de los huesos y adicto hasta la muerte a la Causa española. Como en las demás poblaciones, la juventud acudió a presentarse en filas; los elementos ya mayores a servir a la Patria en la medida de su capacidad y de sus fuerzas.





## EN SALAMANCA

La raza española, en Salamanca, parece haber querido exhibirse a la luz del más exquisito refinamiento de civilización.

En efecto. Despierta la historia de la hermosa ciudad, ya bajo la aureola de civilización. Nada se sabe de Salamanca a punto fijo hasta que los romanos se establecieron en ella, tendiendo sobre el Tormes, que la baña, un hermosísimo puente que aún subsiste.

Tampoco se conoce gran cosa de la suerte de la ciudad en época visigoda y árabe. Pero ya en el siglo XII debía ser muy importante y culta, puesto que su Catedral románica, construida por aquella época, es uno de los más perfectos monumentos del estilo, con su sólida nave, su hermoso claustro y su célebre Torre del Gallo.

Alfonso IX de León, padre de San Fernando, trasladó a Salamanca la Universidad que residía en Palencia. En esta Universidad, sin duda, estriba la mayor y más pura



gloria de los salmantinos. El refrán dice: «El que quiera saber, que vaya a Salamanca». Con ello resume lo que en prestigio valía esa Universidad, famosa en el mundo entero por sus discípulos, sus enseñanzas y sus maestros. En ella enseñaba Fray Luis de León, el gran poeta místico castellano. Y al volver a ella, después de largo tiempo de haber estado encerrado en las cárceles de la Inquisición, es cuando, en su primera lección, demostró su grandeza de alma al querer olvidar el tiempo transcurrido y empezar su discurso con las palabras: «Decíamos ayer...»

Bajo la sombra de su gran Universidad, Salamanca debió ser siempre, como antes se ha dicho, emporio de la civilización. Y lo fué. Así lo atestiguan sus monumentos.

Cuando a las turbulencias que reinaron en Castilla y León en los siglos XIV y XV siguió, con el reinado de los Reyes Católicos, el esplendor de nuestro imperio, Salamanca floreció rica y pujante. No contenta con su antigua Catedral, la ciudad empieza la construcción de otra nueva, que terminada dos siglos más tarde, recoge todas las tradiciones artísticas del tiempo que duró su construcción, desde el estilo gótico florido al herreriano más severo y al barroco más rico.

De la misma época del Renacimiento es la Plaza Mayor, monumento perfecto.

Florece con predilección en Salamanca el estilo plateresco, tan bello, tan español. Universidad, Casa de las Conchas, Palacio de Monterrey, son preciosas joyas de este estilo, no superadas en ningún sitio.

\* \* \*



En su aspecto elegante y refinado radican los blasones que ostenta orgullosa Salamanca. Alma selecta debe poseer un pueblo que tan bien sabe vestirse.

Y esa alma selecta, hija de su refinamiento, de su cultura y de su arte, no pudo menos de vibrar, con acorde de perfecta armonía, al estallar el Movimiento Nacional. Poca estridencia ni combate pudo haber allí donde todo vibraba al unísono. La elegancia salmantina mal podía avenirse con la hipocresía marxista, la vileza comunista ni la brutalidad anarquista.

\* \* \*

Unamuno definía a Salamanca con estos versos:

Salamanca, Salamanca,  
Renaciente maravilla,  
Académica palanca.  
De mi visión de Castilla.  
Oro en sillares de soto  
De las riberas del Tormes;  
De viejo saber remoto  
Guardas recuerdos conformes.  
Hechizo salmanticense  
De pedantesca dulzura;  
Gramática del Brocense,  
Florón de literatura.  
¡Ay mi Castilla latina  
Con raíz gramatical!  
¡Ay tierra que se declina  
por luz sobrenatural!

\* \* \*

A las once de la mañana del domingo 19 unos piquetes de la guarnición declararon en Salamanca el estado de guerra, con el bando de la División de Valladolid. Sin dificultad se tomaron el Gobierno civil, Alcaldía y emisora de Radio. Al ir a hacerse cargo del Gobierno militar el pique-



te correspondiente sonó un grito de «¡Viva España!», que fué aclamado. Poco después alguien gritó: «¡Viva la Revolución!», oyéndose seguidamente un disparo que hirió a un cabo. El piquete respondió con una descarga que hizo algunas víctimas.

Desde el lunes empezaron los ofrecimientos de personas de todas clases, que se presentaron al Gobernador militar de la plaza en número extraordinario. Pasaron de 500 los jóvenes que acudieron en los dos primeros días.

Ningún disturbio ni conato de huelga estalló en Salamanca. Y a excepción de Béjar, centro fabril, donde los primeros días quiso implantarse el comunismo, el resto de la provincia siguió el ejemplo de la capital. En Ciudad Rodrigo el Movimiento no triunfó en pleno hasta el lunes, por alguna resistencia del alcalde de la ciudad, que luego tuvo que huir. La vida se normalizó el martes.

La generosidad propia del castellano se reveló notablemente en Salamanca. Las gentes acomodadas ofrecieron desde el primer momento sus casas y coches a las entidades oficiales. Y la suscripción patriótica ha subido a una cifra sumamente elevada con relación a la importancia de la provincia.

\* \* \*

En cuanto tomó posesión del cargo de Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos el General Franco, escogió la señorial ciudad del Tormes como residencia oficial, instalando su Cuartel General en el edificio dedicado a Palacio Episcopal, frente a la Catedral, y convirtiéndose Salamanca en la verdadera capital de España. Allí llega desde Burgos el Generalísimo en los primeros días de octubre del 36, siendo recibido entusiastamente, y desde allí



dirige todas las operaciones del frente de Madrid y del Norte, secundado por su Estado Mayor; realizando frecuentes viajes, tanto al frente de Extremadura y de Madrid como al Norte. En sus obligaciones de Jefe de Estado cuenta con la cooperación del secretario general del Estado don Nicolás Franco y la del diplomático señor Sangróniz, que trabajan incansablemente por la nueva España.

El día 18 de diciembre, Alemania e Italia reconocen al Gobierno del General Franco y las recepciones de los dos Embajadores constituyen actos hermosísimos. Estos se celebran en el edificio del Ayuntamiento, sito en la Plaza Mayor. El recorrido que debía hacer el Generalísimo (o sea desde el Palacio Arzobispal al Ayuntamiento) estaba lleno de colgaduras y banderas, las calles atestadas de público; en la Plaza Mayor colgaban visibles los famosos tapices de Zamora, que daban a esa plaza, ya maravillosa, sabor y elegancia difíciles de describir. Poco antes de la doce, en automóvil, seguido por una escolta de Mehal-las, vestidas de gran gala, aparece en la Plaza el Embajador, y a las doce en punto el Jefe del Estado, rodeado de su guardia mora a caballo, siendo recibido con una delirante ovación, que se repitió al asomarse al balcón, junto con el Embajador, y al final, cuando se tocaron los himnos de Falange, Oria-Mendi, Marcha Real española e italiana.

El día 10 de abril dictó el Generalísimo un importante decreto unificando las milicias de Falange y Requeté en la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N-S., bajo su mando. Este acuerdo fué acertadísimo y se celebró en toda la España liberada con manifestaciones de entusiasmo.

Las operaciones militares hicieron que posteriormente tuviese que cambiar, una vez más, su residencia el Generalísimo Franco.



## EN SEGOVIA

El ambiente de Segovia, provincia muy próxima a la de Madrid, era muy diverso. Dominaban, como era de suponer en población de índole principalmente agrícola y de hondo sentir español, los elementos de Derechas; pero los pequeños núcleos obreros de la capital y los elementos del Frente Popular existentes a lo largo de la línea del ferrocarril del Norte y los que existían en San Ildefonso (que por su importancia merecen capítulo aparte) y en algún otro punto, daban origen a inquietud.

La entrega de despachos a los nuevos tenientes de la Academia de Artillería, que tuvo lugar el 15 de julio, a raíz del asesinato de Calvo Sotelo, ya reveló cuán elevado era el espíritu de nuestra oficialidad en esa plaza. Nuestra desventaja estribaba en la confianza excesiva en el espíritu de la población, que dejó casi desprovista de armamento a la guarnición de Segovia. En cambio los elementos de izquierdas estaban bien armados y preparados.

Por la tarde del 18 corrieron rumores del levantamiento del Ejército de Africa. Los elementos del Frente Popular comenzaron en seguida a rondar por las calles, vigilando con predilección las residencias de los oficiales. Por otra parte las Derechas también se lanzaron a la calle, estando a la expectativa. La fuerza pública se dedicó a cachear a los grupos y llevar a los armados al Gobierno civil. Allí, según la tendencia que mostraban, eran enviados a la cárcel si eran de Derechas, y se les ponía en libertad si eran de Izquierdas.

A las diez de la mañana del domingo 19, un capitán de Artillería, con un teniente de Seguridad y algunos guar-



días civiles, se presentaron en el Gobierno Civil, deteniendo al Gobernador y a su secretario. A las diez y media, un piquete de Artillería proclamaba el estado de guerra. Los obreros esperaban hasta el último momento que el Ejército se les sumaría, pero al enterarse del contenido del bando, se disolvieron con toda rapidez. El público de Derechas, en cambio, acogió su lectura con enorme entusiasmo, y empezó con vítores y aclamaciones al Ejército y a España.

El Ayuntamiento se entregó sin resistencia, como también la Casa del Pueblo, abandonada por sus principales dirigentes, que huyeron hacia Madrid. Se empezaron las detenciones de los elementos extremistas, y sólo en el barrio del Mercado tuvo lugar un pequeño tiroteo.

Siguió a esto un aislamiento angustioso. Los operarios de la imprenta del único diario se declararon en huelga, siguiendo instrucciones de la Radio de Madrid, y las únicas noticias que se tenían eran las que se captaban de las emisoras extranjeras. El capitán de Artillería señor Riera (hoy comandante), emulando al general Queipo de Llano, empezó con arengas patrióticas y noticiones optimistas a levantar la moral de la población. Entre otras noticias, dió una que nadie creyó, por inverosímil, y no obstante resultó rigurosamente exacta: que el regimiento de Transmisiones había huído de su cuartel de El Pardo, y estaba llegando a San Ildefonso. A las diez de la mañana, con su coronel a la cabeza, el regimiento entraba en perfecto orden bajo los arcos del acueducto romano.

Este refuerzo fué providencial. El Regimiento de Transmisiones acudió sin tardanza a cerrar el puerto de Navacerrada.

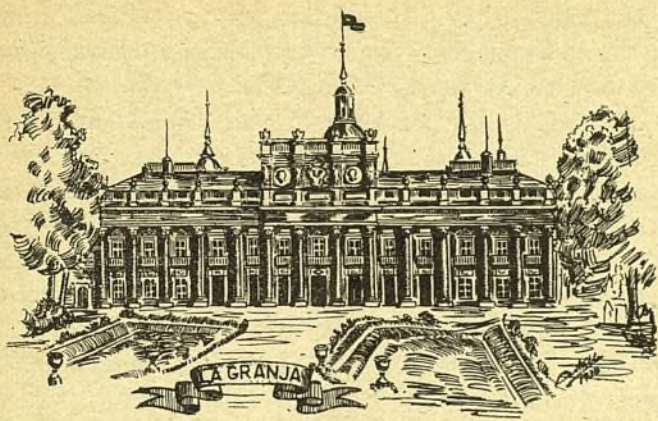
La misión de la ciudad de Segovia fué, después de iniciada la lucha, principalmente la de atender a los heridos y organizar hospitales.



Nada más sucedió en esta provincia, que antes de terminar julio estaba completamente tranquila. Desde entonces su entusiasmo no ha cejado jamás. Ni su generosidad tampoco: vidas, juventud, abnegación, trabajo, todo se ha prodigado. Incluso el dinero. Es difícil comprender cómo en tan pequeña provincia la suscripción patriótica haya podido alcanzar y rebasar la cifra de cinco millones de pesetas.

Pero profundizando un poco, las cosas se explican. El temple del segoviano es recio y fuerte como el Acueducto bimilenario construido por los romanos. El espejismo de las teorías anarco-marxistas no podía deslumbrarlo, ni las corrientes libertarias arrastrarlo. Se mantiene firme, como una roca, íntegramente español y cristiano, como conviene a su abolengo y a su Historia.





## EN LA GRANJA

El palacio maravilloso de los Borbones y el pueblecito de San Ildefonso habían de ser también testigos del resurgimiento de España. Por suerte para esa tierra, aunque se halle muy próxima al frente, no está enclavada dentro del terreno rojo. Gracias a ello se salvarán las bellezas de La Granja, que de otro modo hubieran, sin duda alguna, corrido la trágica suerte de tantas otras maravillas del arte español, perdidas para siempre a causa del vandalismo marxista.

Indiscutiblemente, al venir a España, supo Felipe V, el primer Borbón, traernos muchas cosas hermosas de su amada Francia, que en esos años disfrutaba de su mayor esplendor. Felipe V sentía añoranza de los jardines encantados de Versalles, de sus lujosos salones y de sus soberbias fuentes. Y fuentes, salones y jardines maravillosos ostenta ese rincón de la Sierra, próximo a Segovia, donde las condiciones excepcionales del suelo español añadieron una



belleza más al lugar, haciéndolo superior a Versalles mismo en cuanto se refiere a colorido y condiciones climatológicas como estación de verano y de placer.

El sitio elegido por Felipe V para emplazamiento de su palacio era una ermita, con su casa anexa, dedicada a San Ildefonso Arzobispo. Data del reinado de Enrique IV de Castilla. Sus sucesores, los Reyes Católicos, entregaron dicha casa, con sus huertas, al cuidado de los monjes agustinos. Más tarde se construyó una posada, o casa de recreo para los monjes del Monasterio del Parral. Y por eso dicha posada o residencia, con sus tierras, fué conocida con el nombre de La Granja.

Forma notable contraste en ese sitio encantado el marco duro, severo e irregular de la Sierra del Guadarrama y sus frondosos bosques, con las avenidas y jardines simétricos y de belleza clásica, cuya dirección estuvo confiada a Le Nôtre, el mismo artista del parque de Versalles. Igual contraste forman el austero carácter castellano con la flexibilidad francesa. Ambas cosas, con todo, bien dirigidas, armonizan.

El palacio fué notablemente engrandecido y embellecido por Carlos III, hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio.

El hijo de Carlos III contrajo matrimonio en La Granja con María Luisa de Parma, en cuya ocasión se firmó un tratado de alianza entre Francia y España contra Inglaterra.

Como hechos históricos famosos que recuerdan las paredes y jardines de La Granja, puede citarse, entre otros, la sublevación de sargentos que obligaron a doña María Cristina, la reina Gobernadora, a poner en vigor nuevamente la Constitución de 1812.

Desde su construcción, todos los reyes de España han tenido gran afecto a esa suntuosa residencia, y nuestro úl-



timo monarca, Alfonso XIII, en diferentes ocasiones ha demostrado su predilección por el palacio de La Granja, que ha habitado frecuentemente en momentos de descanso. El enfermo Príncipe de Asturias, también pasó allí largas temporadas. La popular infanta Isabel pasó todos los veranos en ese Real Sitio, donde era estimadísima; todas las mañanas tenía su tertulia con los veraneantes en una plaza de los hermosos jardines, constituyendo este corro uno de los mayores atractivos del veraneo allí.

El presidente de la República democrática, don Niceto Alcalá Zamora, también escogió ese lugar para el veraneo, aunque tuvo que hacer reformas en esa hermosura de palacio, donde tan a gusto estaban los Borbones hasta el último desgraciado Príncipe de Asturias, ¡para ponerlo en concordancia, sin duda, con el confort y lujo a que estaba acostumbrado el antiguo veraneante de Colmenar! Oía misa los domingos desde la Tribuna Real, y vivían, tanto él como su familia, aislados completamente de la colonia veraniega: no se sabe si debido a su extremada presunción o empaque, o bien a decisión preconcebida de los veraneantes de no alternar con quienes no podían considerar más que como unos intrusos, circunstanciales habitantes del palacio de los Borbones.

El hecho es que lo que se llamaba «el corro de la Infanta», desapareció, y se perdió gran parte del «charme» que tenían los jardines y la vida de allí. Muchas fueron las familias que por no presenciar ese estado de cosas cambiaron el lugar de veraneo.

El presidente de la República de allí pasó a San Sebastián, a terminar su veraneo, instalándose en el palacio de Miramar, que fué propiedad particular de la Reina doña María Cristina de Habsburgo, adquirido con fondos procedentes de su familia.



De este hecho no hay precedentes en la Historia de los pueblos.

\* \* \*

Los días 19 y 20 de julio fueron en La Granja de indecisión completa. Había allí mucho personal de la Real Casa, y como sucedió en Madrid, Aranjuez, etc., casi todo el personal era rojo y apoyaba al Frente Popular con votos y acción si era preciso, aunque parezca imposible; pero bien claro se vió en las elecciones del 12 de abril de 1931 en el distrito de Palacio en Madrid; caro lo han pagado y bien arrepentidos deben estar algunos de ellos a estas horas.

En la población, muy mezclada, los unos por los otros estaban a la expectativa de nuevos acontecimientos para inclinarse, o bien hacia los nacionales con Segovia, o hacia los rojos con Navacerrada y Valsain, por estar La Granja equidistante de ambas poblaciones; en todo caso estaba destinada a ser frente. Hacía falta «algo», una fuerza exterior, algo imprevisto, para que se decidiese en un sentido o en otro, y por fortuna para ese paraíso encantado, que tantos recuerdos reales tiene, llegó ese «algo» el día 21 a las 12 del mediodía.

Voy a explicar con detalles qué es ese «algo» y cómo vino.

Había en El Pardo un regimiento de Transmisiones completo (unos 500 hombres), que desde el día 19 estaba con el propósito de unirse a las fuerzas del Ejército; los jefes cambiaban impresiones constantemente, sin decidirse a tomar una resolución; mientras tanto, la guardia formada en la puerta detenía a cuantos camiones pasaban por la carretera procedentes de Madrid, a causa de las amenazas que algunos habían hecho, y llegaron a reunirse unos 50 prisioneros y 18 camiones.



El día 20 fué Largo Caballero en un coche oficial del Ayuntamiento de Madrid, con otro coche de escolta con policía secreta, a ver a su hijo que estaba allí de soldado. Algunos jefes de la guarnición pensaron en detenerlo, no decidiéndose nada en definitiva; el hijo, que ya estaba vigilado hacía unos días, habló con su padre sólo unos momentos, pues sin duda le debió decir que allí peligraba y que la gente no le soltaba ni a sol ni a sombra, como vulgarmente se dice; únicamente, padre e hijo, hablaron en la puerta unos instantes; el padre posiblemente le entregó dinero, pues sacó algo de la cartera y se lo dió, marchándose inmediatamente; esos momentos fueron ya de gran emoción, teniendo en cuenta que estaban padre e hijo rodeados de unos 20, entre jefes y soldados, dispuestos a disparar contra ellos si el hijo hacía el menor ademán de marcharse con el padre.

A primera hora del día 20 decidieron la marcha para el día siguiente (21), a las cuatro de la madrugada, en 18 camiones, un autobús y un coche ligero, donde iba el coronel Carrascosa, jefe de la patriótica expedición, y salieron del cuartel de El Pardo en busca de la nueva España. Al conocerse la noticia en Madrid salieron inmediatamente camionetas de Asalto en su alcance, cosa que no consiguieron, porque aquéllos, en vez de ir por el Alto del León, lo hicieron por una antigua carretera a Colmenar Viejo; allí las turbas los detuvieron, alegando ellos que iban a contener a los facciosos; un grupo les contó que estaban esperando al general Mola, que venía de Segovia, para detenerlo. El pueblo, convencido de que eran ciertos los propósitos expuestos, les aclamó; vivas «Al Ejército Popular», «¡que no dejéis ni uno!». «¡Viva el comunismo libertario!», «¡Viva Rusia!», fueron las últimas aclamaciones que oyeron, mientras los camiones emprendían



la marcha: Hoyo de Manzanares, Torrelodones y Navacerrada; allí una camioneta (la última), con avería, quedó en poder de las turbas con 30 soldados, que fueron fusilados al enterarse el pueblo del objetivo real de la expedición, cosa que seguramente se supo por un suboficial y un sargento que se pasaron por el camino.

El hijo de Largo Caballero era vigilado por dos sargentos durante todo el trayecto. Hacia las once llegaron a Valsain y al mediodía a La Granja. En esta población entró primero, en su coche ligero, el coronel Carrascosa, quien se entrevistó con el Jefe de puesto de la Guardia civil e inmediatamente fueron entrando los camiones, abrazándose la tropa con los 70 guardias civiles que allí había. Algunos elementos del pueblo, creyendo que se trataba de fuerzas rojas, les saludaron con el puño en alto, pero bastó el simular una carga para que se dispersaran inmediatamente.

Desde este momento, y gracias a la Providencia, quedó incondicionalmente de nuestro lado la hermosa e histórica población de San Ildefonso.

Al dar cuenta a Segovia de lo ocurrido, llegó la orden de que el Regimiento se trasladase a dicha población, donde fueron recibidos por una imponente manifestación de entusiasmo.

Gracias a estos valientes soldados, no sólo se salvó La Granja con sus maravillas, sino también el hermoso Palacio Real de Río Frío.

San Ildefonso de la Granja fué atacado por el enemigo repetidas veces, llegando en muchas de ellas a las mismas puertas de la población; en casas y monumentos hay cientos de impactos producidos por los constantes tiroteos; el 30 de mayo del 37 hicieron un ataque a fondo, en que



llegaron hasta los mismos jardines reales; Varela salvó esos días a La Granja.

Nuestro ataque del día 9 de marzo del 38, en el que se tomaron las posiciones de Malagosto, Reventón y Collado de las Flechas, mejoró grandemente la situación de San Ildefonso, por haber alejado al enemigo algunos kilómetros de la población. Una vez tomadas estas posiciones, se procedió a su fortificación, bajo fuego de fusil y mortero enemigo. Al día siguiente el enemigo realizó un contraataque, para recuperar las posiciones perdidas, con dos Brigadas que durante la tarde y noche anterior habían concentrado en Rascafría, no consiguiendo el objetivo y haciéndoseles muchas bajas.

La Granja lleva desde entonces la vida tranquila que corresponde a sus habitantes, que son gente honrada y de sanas costumbres.







## CAPITULO XXII

### En Somosierra, Navafra y el Alto del León

#### LOS HEROES DE SOMOSIERRA

El día 17 de julio, dando una prueba de gran visión, el general Mola, desde Pamplona, ordenó a Madrid, a don Carlos Miralles, que, con los números que las circunstancias le permitiesen, se situara en el puerto de Somosierra, interceptando el paso a cuantas personas intentasen franquearlo, hasta tanto que llegara la columna que de Burgos salía para esa, a las órdenes del coronel Gistao.

Sin duda el General, dudando del resultado del golpe en Madrid, quería evitar el paso de gente maleante a Burgos y Valladolid por ese puerto.

La expedición salió de Madrid la misma tarde, compuesta de 40 voluntarios de Renovación Española de Madrid, de los cuales solamente 10 disponían de armas largas; llegaron al puerto a las diez de la noche, y una vez ocupado el túnel del F. C. directo Madrid-Burgos, durmieron dentro de él como pudieron.

También de Renovación de Burgos salieron unos muchachos a reunirse con sus compañeros.



El día 18 tuvo lugar el primer choque de la guerra. Dos coches con guardias de Asalto procedentes de Madrid intentaron franquear el puerto, y los únicos muchachos que había en aquellos momentos allí (pues Miralles y el resto de ellos estaban en Burgos recogiendo armamento y municiones), defendieron la estratégica posición con tal valentía, que los guardias retrocedieron al punto de origen, con grandes pérdidas. No obstante, en ese encuentro hubo que lamentar la primera víctima del Movimiento Nacional.

A las pocas horas regresaban al puerto con armamento los 30 voluntarios restantes, declarando el estado de guerra decretado por el general Mola horas antes, y cortando la carretera con barriles de alquitrán, piedras y troncos.

El día 21, ya de lejos, se vió descender de la «Cabrerá», por la carretera de Madrid con dirección a Buitrago, un convoy de 70 camiones procedente de Madrid; 2.000 hombres enfurecidos, de la peor calaña, venían a luchar contra los 39 héroes; pero ellos, con gran espíritu, con fe en la causa que defendían, aun comprendiendo la gran superioridad numérica del enemigo, se situaron estratégicamente a unos 12 kilómetros, dispuestos a la defensa; el 22 se inició el ataque enemigo, que intentó envolver la posición, defendida heroicamente por los 22 muchachos que había en aquel momento, durante las cuatro horas que duró la batalla; destrozaron los dos primeros coches, en que iban un teniente coronel y dos oficiales que mandaban la columna, matando a los 14 ocupantes; escondidos entre matorrales y pedriscos tiraban con valor y acierto indiscutible todos; todos excepto uno: el jefe Carlos Miralles, que se mantuvo en pie, dando órdenes, a pesar de los constantes consejos de sus compañeros y amigos de que se agachase para no servir de blanco al enemigo; «Si yo me escondo, ¿qué vais a hacer los demás?», les contes-



taba. La aviación enemiga actuaba con eficacia; de pronto, a la una de la tarde, una bala perforaba el vientre del heroico jefe de la expedición; su hermano lo recogió en sus brazos, diciéndole: «Grita un ¡Viva España! conmigo», a lo que él contestó: «Con España ya he cumplido, déjame ahora cumplir con Dios». Hizo un acto de contrición, murmuró unas oraciones, y se le oyó decir: «Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte», repitió: «de nuestra muerte», y al fin, como ya de muy lejos, se oyeron estas últimas palabras: «Amén. JESUS», mientras su cabeza se desplomaba sobre el brazo de su hermano, al tiempo que su pulso dejaba ya de sentirse.

«*¡La Historia tiene la coquetería de repetirse!*» Las cristianas palabras del joven Miralles hacen recordar las de uno de los Comuneros de Castilla al ser conducido al patíbulo. Mientras recorrían el camino, la muchedumbre encanallada se permitió apostrofarlos y tacharlos de «traidores». «¡Traidores, no!» exclamó indignado Bravo. Y su compañero Padilla, con grandiosa mansedumbre, le dijo: «Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos».

En la hora suprema, en la que no se miente ni se representan papeles teatrales, el joven Miralles tuvo en sus labios palabras equivalentes a las del Comunero de Castilla.

Pocos quedan ya de los cuarenta héroes; dos hermanos Miralles fallecieron en otros frentes, así como dos hijos del conde de Gamazo, de los cuatro que estaban allí, dieron su cuerpo a la tierra y entregaron sus almas a Dios. Al cuerpo de los héroes, nuestro respeto; por sus almas una oración; a sus familiares, el único consuelo que tenemos todos los que en su caso nos encontramos: pensar que la sangre de los héroes y nuestro dolor son sangre y dolor de



redención, y cuando volvamos a la tranquilidad de nuestros hogares, cuando podamos cultivar con sosiego nuestras plantas, cuando veamos florecer las rosas de nuestros jardines, serán las primeras, las más escogidas, las que irán a nuestros muertos y a la tumba del soldado desconocido que los simboliza a todos.

También el poeta nos marca el camino con estas palabras:

Hay flores que son estrellas,  
hay estrellas que son almas,  
y almas de luz y de aroma  
que iluminan y embalsaman.  
Pero las flores se mustian,  
y las estrellas se apagan,  
y el barro vuelve a la tierra,  
y eterna sólo es el alma.  
Reprimiendo los sollozos  
Castilla teje plegarias,  
y al parigual de Castilla  
todo el solar de la Raza;  
y más allá de los mares,  
bajo el pendón de la Patria,  
sobre la cuna de un mundo  
que ya con la Cruz se ampara,  
hay capitanes muy recios  
y gente muy veterana  
con rostros de pesadumbre  
y disimulo de lágrimas.

Horas después de la muerte del heroico Miralles llegaban órdenes de abandonar momentáneamente el puerto, debido a la fuerte presión enemiga, y al día siguiente las fuerzas del coronel Gistao intentaban la toma, sin conseguirlo.

El general Mola, enterado de las dificultades surgidas en el puerto, mandó urgentemente al leureado coronel



García Escámez (hoy general), que se hiciese cargo de la operación; García Escámez recibió la orden en el momento de iniciar el ataque sobre Guadalajara; estaban sus fuerzas reconstruyendo un puente destruido por el enemigo, a seis kilómetros de dicha población, para seguir adelante.

El 23 llegó a Aranda, el 24 organizó la ofensiva, uniéndose a la columna un escuadrón de Caballería, dos batallones incompletos de Bailén y San Marcial y unas baterías. El coronel Escámez traía en su columna dos batallones de América, uno de Sicilia, uno de Falange, dos de Requeté y dos baterías recogidas en Logroño.

El ataque empezó el día 25 de madrugada; el teniente coronel Cebollino atacaba el flanco izquierdo con los batallones de San Marcial y Bailén, y el teniente coronel Rada atacaba el flanco derecho con la columna de Navarra. La Caballería estaba situada en unas lomas de trigales a la derecha del Puerto, y un sólo avión protegía la operación. Horas después aparecían cinco aviones enemigos que castigaron duramente a nuestras fuerzas, pero, a pesar de ello, el mismo día se recuperó el Puerto definitivamente para España, no sin haber tenido un desagradable incidente con cierto comandante que mandaba una columna de Falange y que intentó sublevar a las fuerzas contra García Escámez; el valor tantas veces probado de éste hizo que se dominara la situación, siendo fusilado inmediatamente dicho comandante por traidor a la Patria.

El teniente coronel Infantes, que se había unido a la columna en Aranda, ayudó eficazmente al coronel García Escámez.

El 27 progresaban las columnas en dirección a Robregordo, produciendo en Madrid tal impresión esta operación, que creían se trataba de una columna de 20.000 hom-



bres, con el general Mola al frente, que se dirigía a Madrid.

El 3 de agosto se intentó la toma de Buitrago, y en días posteriores intentaron nuestras fuerzas otras rectificaciones de líneas, quedando éstas definitivamente situadas en Peñas de la Nava, Las Rocosas, Prádena del Rincón, La Cebollera, Braojos, Gandullos y en la carretera general el pueblo de la Serna.

Estas estratégicas posiciones se conservan hoy día invulnerables, y desde entonces nada digno de mención hay en este frente.

### NAVAFRIA

El día 26 de julio el coronel García Escámez dió orden de que dos compañías del Requeté, mandadas por el comandante Vara del Rey, salieran para el puerto de Lozoya (Navafria).

El 31 de julio, cuando tenía ya preparado el coronel Escámez la operación para recuperar el Puerto, recibió un telegrama del general Mola que decía: «Sólo dispongo de 26.000 cartuchos para todo el Ejército del Norte; ni un tiro más»; teniendo que aplazarse la operación.

Una vez más se ve la mano de la Providencia; así las cosas, el vapor «Montecillo», que se dirigía a Málaga con material de guerra para los rojos, gracias a un buen patriota que previene a los nacionales, fingiendo un tiroteo desde un bou salido expresamente de Algeciras, entra en este puerto y conseguimos el material suficiente, hasta tanto que llegan de Africa, el 5 de agosto, con las tropas, partidas importantes del mismo.

Cuatro veces se había intentado la toma del Puerto, habiendo sido la última el 5 de septiembre, llegándose ese día a poca distancia de las trincheras enemigas. Fué



tal el fuego con que fueron recibidos, que hubo que retirarse, debido a la cantidad de oficialidad perdida.

Al fin, el 15 de septiembre se ocupó la casa forestal, el reducto frente al Puerto y las trincheras frente a los neveros.

El teniente coronel Rada efectuó allí una operación muy hábil, y seguido de Falange y Requeté, por la noche, dió un rodeo entre los pinos, apareciendo ante las trincheras enemigas al amanecer, atacando con granadas de mano.

El enemigo se refugió en la casa del bosque, que también fué atacada con granadas de mano y quedó incendiada, falleciendo allí 93 rojos; también había allí muchas mujeres.

A la mañana siguiente se tomó el Puerto, habiéndose cogido al enemigo cañones, 400 fusiles, 200 muertos y cinco ametralladoras.

Fué, sin duda, esta una de las operaciones más interesantes de aquellos momentos.

### EL ALTO DEL LEON

Guardada Somosierra desde los primeros momentos por aquellos jóvenes de Renovación Española de Madrid, quedaba un paso por el cual fácilmente podían penetrar los rojos en la auténtica Castilla: el Alto del León. Se confió al entonces coronel Serrador, hoy general, el mando de la columna que iba a enviarse a la Sierra del Guadarrama para la conquista del Alto del León. Era la primera operación militar seria de la campaña.

La columna motorizada salió de Valladolid el 22 de julio, a las dos de la madrugada; la formaron rápidamente las escasas fuerzas de la guarnición, y estaba constituida por:



Un batallón del Regimiento de Infantería de San Quintín; sus compañías, casi sin efectivo, fueron completadas por 150 voluntarios falangistas de Valladolid.

Un escuadrón y una sección de ametralladoras del Regimiento de Caballería de Farnesio.

Dos baterías del 14.º Regimiento Ligero de Artillería, al mando del comandante Moyano.

Servicios de Intendencia y Sanidad Militar.

Más tarde, en San Rafael, se agregó una compañía de Ingenieros, del Regimiento de Transmisiones que se pasó a nuestras líneas desde los cuarteles de El Pardo.

Por otro lado, el Gobierno de Madrid quiso enviar al Alto del León la única unidad de Caballería que tenía en esa región: el grupo de auto ametralladoras cañón de Caballería, residente en Aranjuez.

Esas fuerzas, que nos eran adictas, aprovecharon la ocasión de ser enviadas allí para pasarse casi en su totalidad de nuestro lado, aunque en el intento perecieron más de la mitad. Los rojos pudieron coger al comandante Gil Tejeiro, que mandaba esas fuerzas, y fusilarlo; también cogieron al teniente Alvarez Romero, que cayó herido al intentar pasarse, evacuándolo más tarde a Madrid. Los tenientes Casademunt y Gómez Calleja murieron en el momento en que trataban de incorporarse a nuestras fuerzas; y los tenientes Esquiro y Pinilla, que tuvieron éxito en esa empresa, han muerto posteriormente, cuando ya combatían a nuestro lado.

A pesar de la hora, todo Valladolid acudió a despedir a la columna que partía, llena de entusiasmo juvenil. El heroísmo era igual en todos, debiendo citarse un caso emocionante y ejemplar. Aquel mismo día había dado a luz un niño, en Valladolid, la esposa del capitán Artieda, de Estado Mayor. Este, entretenido en organizar la columna, no



tuvo un momento disponible para ir a su casa a conocer al nuevo vástago; salió con la columna por la noche, y la muerte le sorprendió pocos días después, sin haber visto al recién nacido ni poderse despedir de su mujer y demás hijos.

La columna motorizada llegó a Villacastín, donde se unió con otras fuerzas nacionales que habían salido de Segovia. También se reforzó con algunos veraneantes de El Espinar y de San Rafael, entre los que se encontraba el tenor Fleta.

Un motorista salido de exploración volvía apresuradamente, anunciando que el enemigo ocupaba ya el Alto del León y los montes laterales, desde donde habían tirado sobre él al pasar. Se decide el ataque, y a las dos se inicia la subida al puerto de Guadarrama, bajo el ardiente sol de Castilla.

El capitán García Ganges se había enterado en San Rafael de la muerte de su padre. Anteponiendo su deber patriótico a su cariño filial, desistió de formar en el entierro, y subió con la columna al Alto del León, donde poco después murió gloriosamente.

De todas partes, protegido por los pinos y las piedras y barrancos de la montaña, el enemigo tiraba sin descanso sobre la columna, que avanzaba sin vacilar. Cuando caía uno herido, los camilleros lo evacuaban a una enfermería improvisada en San Rafael, donde los médicos se multiplicaban sin dar abasto. Los heridos, sin preocuparse de sus dolores, daban vivas a España y pedían que se les curase pronto para volver a su puesto a combatir con sus compañeros.

A las siete de la tarde de aquel día, después de destruir dos compañías del Regimiento de Ferrocarriles, varias de Asalto y muchos batallones rojos, nuestros solda-



dos coronaron la meseta del Alto del León, clavando en su pico más elevado la bandera nacional. Nuestra Artillería destrozó completamente una columna motorizada que acudía en socorro de los rojos.

Desde aquel momento no hubo reposo para nuestros combatientes. El Gobierno rojo no cesaba de mandar fuerzas; su Aviación evolucionó durante todos los días siguientes sobre nuestras posiciones, bombardeándolas a mansalva, ya que no existía Aviación propia. Desde el amanecer hasta el caer de la tarde volaban sobre nuestro campo y llegaban hasta San Rafael, dejando caer sin parar sus bombas.

Las noticias que llegaban de las víctimas realizadas por estos bombardeos aéreos eran bien propias para deprimir a nuestros soldados. El coronel Serrador se multiplicaba para mantener el espíritu de sus tropas, lográndolo plenamente.

La lucha era terrible, las bajas en nuestras filas muy numerosas. No importa; cada uno de nuestros soldados caídos parecía decuplicar el ánimo de los que quedaban en pie. A pesar de la furia de los milicianos, el valor de los nuestros se sostenía y transcurrió todo un día sin que cediesen un palmo de terreno.

Parecía que la resistencia se hacía imposible. Sólo le quedaban a Serrador doscientos soldados. Uno de ellos se acerca a preguntarle tímidamente:

—Mi coronel, ¿tiene usted prevista la retirada?

La respuesta fulminante es la del héroe de todos los tiempos:

—¡Está previsto todo! ¡La retirada al cementerio, y usted, mamarracho, a su sitio!



Este es el secreto del avance de nuestras tropas. Cuando el desprecio a la muerte es absoluto, se triunfa por encima de la muerte.

En la tarde del 26 llegó a la posición el general Ponte, que tomó el mando de la columna el 27. Aquella misma mañana llegaron desde Pamplona varios batallones del Requeté, que se unieron sin tardanza en San Rafael a las tropas combatientes. El coronel Serrador caía herido el 28, siendo evacuado contra su voluntad.

La heroica defensa de la guarnición de Valladolid había dado lugar a que los socorros llegasen a tiempo y a que nuestras tropas alcanzasen un glorioso triunfo sobre el enemigo.

También el general Ponte supo mantener el entusiasmo de las tropas. Su valor, en todo momento, electrizaba a la gente; se le llamaba *el general vertical*, porque por mucho que silbase la metralla enemiga, no se agachaba.

El 1.º de agosto se presentó en el pueblo de Tablada una gran parte de la Guardia Civil de Ciudad Real y Cuenca, y el día 4, desde las posiciones, pudieron leer nuestros voluntarios un número de «A B C, de Madrid, del día anterior, en que se daba cuenta de la toma del puerto del Alto del León por las columnas salidas de Madrid. Ese mismo día, sin duda engañado por la falsa noticia, apareció en el kilómetro 51 de la carretera de Madrid, un automóvil llevando dentro dos ocupantes; al descender éstos del coche, felicitaron a la guardia allí formada por la toma del Puerto, arengándoles en tono altamente soviético; una vez hubieron terminado «su discurso», nuestros soldados le enteraron de la verdadera situación, quedando aquéllos con la impresión que podéis suponer. Al hacer la correspon-



diente identificación, se pudo saber que uno de ellos era Suñol (diputado a Cortes de la Esquerra Republicana de Cataluña). Las últimas horas de estos dos personajes izquierdistas distaron mucho de la sublimidad: humillación, ofertas de dinero; hubo de todo.



## CAPÍTULO XXIII

### En el Norte de España

#### EN VITORIA

Pasa con Vitoria y con toda la provincia de Alava una cosa digna de ser notada, y que aproxima esta región, de tradición absolutamente vasca, a su hermana y vecina Navarra, apartándola en cambio de Guipúzcoa y Vizcaya.

Puede decirse que, por historia y tradición, es Alava hoy día la más puramente vasca de todas las provincias, ya que San Sebastián, por haberse convertido en centro de turismo; su provincia, por las importantes industrias que en ella radican; y Bilbao y Vizcaya, por razones similares a las que producen el aglomeramiento fabril en Barcelona, contienen hoy mucho elemento llegado del exterior.

Alava, en cambio, es provincia del interior, de carácter principalmente agrícola.

Vitoria es una modesta capital, de sólo 50.000 habitantes, pero de hondas tradiciones regionales y religiosas.

Durante los últimos tiempos, hubo en Vitoria enorme propaganda «nacionalista» por la república de Euzkadi. Parecía que a ese pueblo tan tradicional, tal propaganda debía arrastrarle sin vacilación. Pues nada de eso, sencillamente porque esos nacionalismos parciales, hostiles a la



Patria grande, no arraigan en el alma de los bien nacidos, que no tienen ninguna duda sobre a quién corresponde su paternidad.

El pueblo alavés es probablemente más vasco que los «nacionalistas» de la república de Euzkadi. Pero bien pronto vió, sin deslumbramiento ni espejismo, el mal que a su tierra reportaba el alzamiento contra España, la traición que esto representaría, y el peligro que la unión con los marxistas y comunistas significaba para los sentimientos religiosos, tan arraigados en su alma. Y por lo tanto, no hubo vacilación, ni por un instante, como podremos ver bien pronto. Por otra parte los vascos, como buenos españoles, poseen en alto grado las reconocidas virtudes de tenacidad, sobriedad y abnegación, y los frutos del alzamiento en Vitoria y la provincia de Alava fueron bien pronto abundantes y hermosos en generosidad y heroísmo. Además, Vitoria debía responder a sus blasones históricos, ser digna de su puesto en la Historia, y recordar que el 21 de julio de 1813, el duque de Wellington, general en jefe de las tropas inglesas que nos ayudaban en la guerra de la Independencia, ganaba en Vitoria una batalla al ejército de Napoleón, que resultó definitiva para terminar con la guerra, obligando al intruso José Bonaparte a huir por la frontera, y rescatando parte del patrimonio artístico que se llevaba a Francia, en calidad de «equipaje».

No podía, tampoco, olvidar la provincia de Alava que durante las guerras carlistas se había declarado resueltamente del lado tradicionalista, y como gran parte de su juventud tenía puesto en el Requeté, no dudó, al llegar el momento, de si debía seguir las tradiciones de su partido y luchar junto a Navarra y a España, o unirse con la amalgama internacional-marxista-comunista y separatista, y juntar su destino con el de las derrotadas Guipúzcoa y Vizca-



ya. La balanza en Vitoria se inclinó, decidida, del lado de Dios y de España, y en recompensa ha podido coronarse nuevamente con los laureles de la victoria.

\* \* \*

A las siete de la mañana del domingo 19 de julio, las tropas de la guarnición de Vitoria proclamaron el estado de guerra, llevando al frente de ellas al hoy general Camilo Alonso. Seguidamente estalló el entusiasmo del público, y calles y plazas rebosaron júbilo y patriotismo.

La entrega de poderes públicos no presentó dificultad. El gobernador civil, con su familia, salió a mediodía de la provincia en un taxi.

La guarnición recorrió las calles, lo mismo que la guardia, y aparte algún pequeño incidente en la calle de Dato, reinó el orden más absoluto. Al día siguiente pretendió estallar la huelga en toda la provincia, pero pronto murió de inanición. Mientras la población se dedicaba en la retaguardia a trabajar intensamente en la causa nacional, la juventud se alistaba apresurosa en el Requeté o en Falange, para dar sus brazos y sus vidas a España; sembrar heroísmos y recoger laureles.

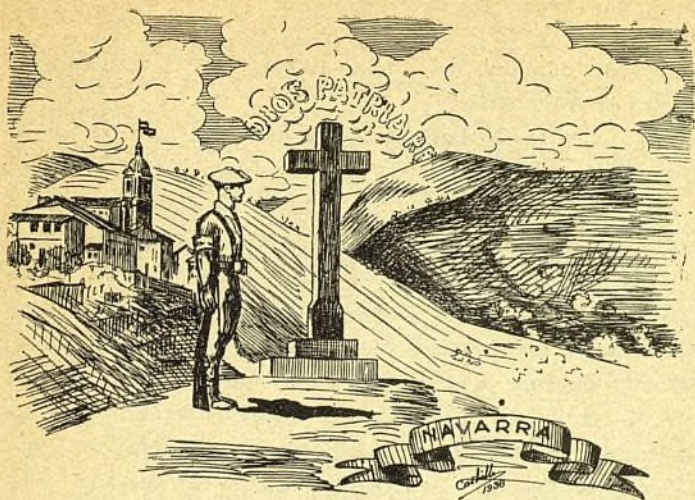
Durante largo tiempo fué Vitoria centro desde donde se irradiaban órdenes militares de gran trascendencia.

Ya, al poco tiempo de estallar el Movimiento, instaló allí su cuartel general el Estado Mayor de las Brigadas de Navarra, dirigidas por el heroico general Solchaga, y cuyo jefe de Estado Mayor era el general Vigón, que en la actual contienda ha podido aprovechar el fruto de sus años de estudio profundo en las cuestiones más delicadas de estrategia militar. Desde allí, pues, ambos generales y su Estado Mayor prepararon y dirigieron las operaciones del Norte de Es-



paña, hasta que, decidida ya la rotura del Cinturón de Hierro de Bilbao, gracias a importantes informaciones adquiridas, se instaló allí, además, el general Mola con su Estado Mayor, primero, y el general Dávila, después de la muerte de aquél.





## En Navarra

Al mencionar el pueblo navarro tiene uno la sensación de tratar de algo muy grande, muy fuerte, casi sagrado, relacionado íntimamente, desde largo tiempo, con las glorias españolas.

La grandiosidad agreste del terreno y las cualidades raciales hicieron de sus pobladores unos seres extraordinariamente valerosos, y sobre todo resistentes; si buscamos la tenacidad, tan propia de los españoles, en su verdadera cuna, probablemente en Navarra la encontraremos en su más pura representación.

Penetró posteriormente a la conquista romana una influencia en el recio país navarro: el Cristianismo, que el navarro se asimiló tan completamente, que hoy forma parte integrante de su ser. No se puede ser navarro sin sentir hondamente la Religión Católica y, por tanto, resentir agudamente las injurias contra ella; eso nos explica



la actitud unánime del pueblo navarro en la actual lucha contra el Anticristo.

En el sitio de Pamplona por los franceses, en el siglo XVI, cayó herido el capitán Iñigo de Loyola. El hastío de la inmovilidad le hace pedir libros de Caballería para leer. En ese católico país sólo pueden proporcionarle Vidas de Santos. Empieza su lectura y admirado de los hechos gloriosos de los soldados de Cristo, abandona la carrera de las armas, pasa a Montserrat, hace la guardia a la Virgen como buen soldado, escribe en el retiro de la Cueva de Manresa su libro de los Ejercicios y funda luego su gloriosa Compañía de Jesús, la gran defensora del Catolicismo en la Era Moderna. Estando en París conoce a un joven navarro, alma brava y generosa; le atrae a su Compañía y Francisco de Xavier pasa a ser el gran apóstol de Oriente, uno de los mayores santos de la Iglesia.

Por disposición del Gobierno Azaña, que vino a raíz de las elecciones de febrero de 1936, fué designado Jefe Militar de Navarra el general Mola, con intención de relegarle allí a la oscuridad y al olvido, tomando el General posesión de su cargo a principios de marzo. Por curiosa coincidencia, el general Mola era hijo y nieto de generales españoles que en su tiempo habían luchado por el Gobierno español contra las tropas carlistas.

Ha querido la Prensa mundial antiespañola, e incluso la indiferente, presentar al general Mola como un sublevado y a sus voluntarios como unos idiotas; pero los hechos son enteramente contrarios a dichas apreciaciones. No fué él quien se sublevó, fué el alma de la España toda que no ha querido renegar de todo su pasado; y los navarros no son más que hombres que quieren ser católicos y que quieren ser españoles, y que *sólo quieren ser católicos y*



*españoles*. Si estas ambiciones son ambiciones propias de idiotas, ¡quiera Dios que tengamos siempre muchos idiotas en nuestra tierra!

Así fué como ese general, que no conocía a Navarra ni a los navarros, supo ver cuánto bueno había entre la juventud navarra y lo mucho que de ella podía esperarse. Cuando solicitó 1.500 hombres le dieron espontáneamente 7.000. De tal manera se compenetró con ellos, que poco después Pamplona quiso tener el honor de considerarle hijo adoptivo.

\* \* \*

Tendencia se tendría a creer, en vista de lo dicho, que el espíritu rudo, heroico e inflexible del país navarro está desprovisto de sensibilidad. Esto es completamente falso. En Navarra abundan, como en toda la región pirenaica, hermosas muestras arquitectónicas del arte románico, que floreció precisamente en aquellos siglos de la Edad Media en que las luchas eran más enconadas y continuas. Hay que tener en cuenta que la bravura española es el perfecto triunfo del espíritu sobre la carne, y que las manifestaciones artísticas, emanadas del espíritu, no pueden faltar allí donde éste vuela a las más sublimes alturas. Las manifestaciones artísticas de origen religioso han superado en mucho a las demás, y aún hoy siguen siendo las mejores reliquias de los tiempos pasados, desde el templo egipcio de Karnak y el del Parthenon en Atenas hasta las logias del Vaticano, los frescos de la Capilla Sixtina, las Vírgenes de Murillo y las catedrales góticas.

En la misma música, arte cuyo desarrollo más perfecto ha venido al mundo con posterioridad a los otros, el rey de la armonía, Juan Sebastián Bach, era un hombre



profundamente religioso, y sus himnos y composiciones religiosas son lo mejor de su obra.

En el monasterio de Roncesvalles, en el punto donde se conmemora la derrota de Rolando, un severo edificio cobija a una comunidad de monjes entregados a la meditación. Una vez, el famoso tenor español Gayarre paseaba por los alrededores del monasterio a media noche, acompañado de un amigo suyo, incrédulo y clerófobo. La luna resplandecía en el cielo, iluminando las fachadas del claustro y del monasterio, causando impresión insuperable de grandeza. El escéptico, dirigiéndose a Gayarre, dijo: «Lástima de tanta grandeza y hermosura, para esos desgraciados que no sienten ni comprenden el arte». Gayarre, hombre de fe profunda, contestó: «¿Así lo crees? Pues vamos a hacer la prueba. Voy a ponerme a cantar, y si despiertan a mi voz demostrarán poseer temperamento de artistas». Empezó a cantar el «Spirto Gentil» de la «Favorita», y poco a poco se fueron abriendo las ventanas de cada celda, desde donde los frailes escuchaban extasiados aquellas notas sublimes, hasta que al fin no quedó una abertura cerrada. Impresiona pensar en el espectáculo: claro de luna, hermoso monasterio, severas paredes, hileras de ventanas abiertas, frailes escuchando, y la potente voz del tenor vibrando en el silencio de la clara noche.

\* \* \*

Días después de las elecciones del 16 de febrero, el Gobierno del Frente Popular, prescindiendo de la inmensa mayoría que para la dirección de la Diputación Foral obtuvieron las Derechas, pensó en nombrar, por Decreto, una gestora a base de elementos suyos, incluso comunistas. Al conocerse este intento en Pamplona, y en general en toda



Navarra, produjo tal indignación la cosa, que Consejo Foral, Diputación y pueblo, se unieron como una mole, dispuestos a todo, para evitar por todos los medios semejante monstruosidad. El plan por parte del Gobierno ya estaba trazado; a primeros de marzo unos comunistas atracaron el Palacio Provincial (de acuerdo con el Gobierno), debiendo servir este atraco de pretexto para destituir a la Diputación que, *dada su significación, resultaba provocativa en esos momentos, y para evitar nuevos disturbios*. Así, poco más o menos, fué como planteó el asunto el Gobernador civil a los diputados, que convocó el 10 de marzo, para rogarles que dimitieran, facilitando así el plan del Gobierno. Todos los diputados contestaron que, amparados por una ley especial y nombrados por la casi unanimidad de los votantes, ellos no podían ni debían abandonar los cargos, como no fuese a la fuerza. Los treinta consejeros de la Junta Foral se reunieron inmediatamente, y acordaron solidarizarse con la Diputación, cursándose fuertes telegramas de protesta al Gobierno, a las Cortes, etc., y acordándose, en el caso que llegara a constituirse dicha comisión gestora, que sería declarada facciosa; se trasladaría a Francia (como en tiempos antiguos) la auténtica Diputación, no obedeciendo desde ese día más acuerdos que los que emanaran de ella: suspensión de pago de contribuciones, etc. No faltó quien propusiera acuerdos más radicales: «seguir el camino de nuestros abuelos». «¡Qué caramba!, para morir hemos nacido», gritaba otro consejero indignado.

El día 1.º de julio toda Navarra conocía una noticia radiada por el Gobierno, según la cual ya se había nombrado la gestora, y a esas horas ya estaba reunida la Diputación con carácter permanente, informando extensamente don Raimundo García «Garcilaso». Un comité



secreto tenía el encargo de ordenar la movilización en el momento oportuno. El proyecto era organizar una marcha de juventudes armadas sobre Pamplona.

\* \* \*

Como decimos ya en otro lugar, por la circunstancia de residir el general Mola en Pamplona, fué ese el centro de toda la conspiración a partir del 29 de mayo, en que fué nombrado Director del Movimiento en la Península.

Ya a primeros de junio los enlaces funcionaban regularmente; en ese mismo mes, uno llegado de Valencia, anunciaba el golpe en aquella capital para el día siguiente. Mola se pasó la noche ante el teléfono, en espera de la orden, y ésta no vino.

El general Queipo estuvo varias veces allí cambiando impresiones con Mola.

Una tarde ocurrió algo digno de contarse, porque refleja el ambiente de aquellos momentos: llegó a Pamplona el general Gómez Caminero e hizo la visita de cuarteles. En uno de ellos, en su arenga, dijo lo siguiente: «El Ejército se llega a ofender cuando se injuria a su representante, que es el ministro de la Guerra, pero ni puede ni debe sentirse agraviado cuando se abofetea en la calle, aunque vaya de uniforme, a un simple teniente o capitán...» «Obedeced al Gobierno constituido, sea el que fuere, republicano o comunista». A esto replicó García Escámez: «Comunista, no». —«Pues le cortarán a usted el cuello», replicó el indigno general. «A mí y a todos los demás, que somos muchos», repitió García Escámez. Así acabó, aparentemente, la visita, pero en realidad terminó al día siguiente, en que el coronel García Escámez fué destituido del mando.

Otro día, el 4 de junio, aparecieron en Pamplona 100



policías a las órdenes de Alonso Mallol, con objeto de hacer un registro a fondo en la población, y especialmente al general Mola, pero éste, previamente avisado, destruyó un archivo donde tenía la clave del Movimiento. Los registros se hicieron «tan bien», que no encontraron una sola arma sin permiso, y *casualmente* estaban todos armados hasta los dientes.

El teniente coronel Yagüe, Jefe de la Legión, envió un recado por enlace a Mola, diciéndole que en Marruecos estaba ya todo preparado.

Por Navarra pasaron esos días; como se dice en otro lugar, Kindelán, Queipo, Cabanellas, Monasterio, Fanjul, González de Lara, Benito, Batet, etc., con objeto de entrevistarse en puntos determinados con el Jefe del Movimiento. Este estaba en constante contacto ya con los Jefes carlistas, con García Escámez, comandante Etayo, Garcilaso, comandante Esparza y Arraiza: reuniones con los Jefes del Requeté y con los enlaces capitantes Barrera, Lastra, Vicario, etc.

El 16 de julio, Mola y García Escámez se encerraron en la Comandancia Militar, y ya no salieron de ella. El 17 enviaron enlaces a todas las provincias. Por la tarde atravesó la frontera, con pasaporte falso, el teniente coronel Rada, Jefe supremo del Requeté Nacional. Enlaces del Requeté se repartieron por Navarra, transmitiendo la orden de movilización general: muchos no podían creerlo. «¿Pero, al fin, será verdad? ¡Dios mío, no puedo creerlo!»

La Falange de Pamplona también estaba ya en estrecho contacto con el General, por medio de su enlace, capitán Vicario. La contraseña de identidad era «Granada».

Por esas fechas llevó, el teniente coronel Pozas a Pamplona impresiones desfavorables de la preparación del Movimiento en Madrid, así como también las llevó desfavo-



rables de Barcelona Ramón Mola, hermano del General.

El 17 quedaron interrumpidas en la División las comunicaciones telefónicas. El 18, el general Mola visitó los cuarteles, continuó los preparativos, enlaces, visitas, etc.

La noche la pasó en vela el General, junto con el teniente coronel Ortiz de Zárate, Utrillas, Beorlegui, etc. Conferenció por teléfono con el general Martínez Monje (de Valencia), el cual se negó a unirse al Movimiento; con Llano de la Encomienda (general de la Cuarta División), que también se negó a seguirle, y también habló con Bilbao y San Sebastián. Ya de madrugada (como se da cuenta en otro lugar), habló con Miaja y Martínez Barrio.

¡Qué movimiento en las calles! Armas, camiones, circulación de todos órdenes, iglesias llenas de muchachos que querían recibir los Santos Sacramentos antes de ir a la lucha. Ese era el espectáculo de Pamplona y de Navarra entera en la famosa noche del 18 al 19 de julio.

Horas antes de declarar el estado de guerra, el general Mola, finalizando los preparativos, mandó llamar a su despacho a un comandante de la Guardia Civil, llegado hacia poco a Pamplona, y cuya actuación demostraba era muy adicto al Frente Popular.

La conversación se sostuvo en los términos siguientes:

—Quiero hablarle, empezó el General, no en plan de general, sino de compañero. He decidido sublevarme para salvar a España, y le llamo para decírselo y para saber si usted está dispuesto a sumarse al Movimiento que ha de estallar dentro de unas horas.

—Yo no puedo secundar ese Movimiento.

—Le advierto a usted que cuento con la guarnición y con toda la provincia.

—Yo cuento con mi fuerza.

—¿Cree usted?



— Sí, señor.

—Mire que me va a ser muy duro tener que enfrentar a mis tropas con la Guardia Civil.

—La Guardia Civil seguirá al lado del Gobierno.

—Entonces, ¿para usted no importa nada la salvación de España? ¿Qué haría usted si se implantase el comunismo dentro de unos días?

—Cumpliría con mi deber.

—¿Y cuál sería su deber?

—Obedecer las órdenes del Poder constituido.

—¿Sí? Pues aténgase a las consecuencias. Conste que no es una amenaza. Es un aviso. Ya ve usted lo tranquilo que se lo digo.

—Supongo que esto no será una encerrona que usted me guarda...

—¿Encerrona? ¡Usted no me conoce! Para eso no le hubiera llamado. Puede usted irse bien tranquilo. Por lo que a mí toca, nada tiene usted que temer, ni en su vida ni en su libertad. Adiós.

—A sus órdenes.

Trasladóse el Comandante apresuradamente al cuartel a dar órdenes a la guardia para salir inmediatamente de Pamplona. Y al mismo tiempo avisó al Gobernador Civil de la actitud que había tomado el general Mola.

Al recibir la orden de subir a los camiones para salir de Pamplona, la Guardia civil tomó frente a su Comandante una actitud decidida. Un guardia se adelantó a preguntar, en nombre de todos, a dónde iban y qué misión llevaban. Por toda respuesta, el Comandante repitió colérico su orden. Nadie obedeció, y el mismo guardia dijo: «Que ellos no iban porque eran fieles a España». Acabóse la paciencia del Comandante, que disparó su pistola sobre el guardia. Entonces toda la guardia replicó a



la agresión matando en el sitio al Comandante y alzándose dando vivas a España y al general Mola, mientras la poca oficialidad desafecta que aún quedaba huía apresuradamente.

El Gobernador Civil rogó a Mola que acudiese seguidamente al Gobierno, cosa de lo que él se excusó, alegando sus muchas ocupaciones. Insistían ambos, uno en pedir que fuese, el otro en negarse a ir... Y a poco llamaron a Mola desde Burgos, donde hablaba el general Batet:

—Me dice el Gobernador Civil que se ha negado usted a visitarle.

—Mi general, es que me es imposible salir.

—¿Imposible? No olvide que, no estando declarado el estado de guerra, el Gobernador es la única autoridad a quien debemos obediencia.

—Yo le guardo el respeto y reconozco su autoridad; pero no puedo abandonar mis ocupaciones. Si tanto le urge la entrevista, estoy dispuesto a recibirle aquí.

—Insisto en que debe usted ir a verle.

—Pero, mi general... ¿quiere usted que me maten?

Sus sospechas no eran infundadas. Semanas después averiguó que en el Gobierno le aguardaban para matarle, habiéndose introducido al efecto armas automáticas, y estando designados los que debían realizar el hecho.

Sin pérdida de tiempo, Mola envió una compañía del batallón de Montaña a la Plaza del Castillo para fijar el bando proclamando el estado de guerra. Eran las siete de la mañana del día 19 de julio; el toque de diana despertó a muchos con alegría y emoción a la vez: unos lloraban, otros reían y otros lloraban y reían a la vez. Los aplausos no cesaban desde balcones y azoteas, junto con los constantes «¡Viva España! ¡Viva siempre España!»

El bando era el siguiente:



«Bando:

»Don Emilio Mola y Vidal, general de Brigada y Jefe de las fuerzas armadas de la provincia de Navarra, HAGO SABER:

»Vacilar un momento más sería un crimen. España presa de la más espantosa anarquía, se desangra y muere. Vulnerada la Constitución, negados los más elementales derechos del ciudadano, comenzando por el de la vida, entregados pueblos y ciudades al dominio de los pistoleros, España ofrece hoy un espectáculo de miseria, sangre y dolores, como jamás ha registrado su Historia. El Ejército y la Marina, fieles a su consigna de derramar su sangre por la Patria, extienden hoy su brazo armado para detener a España al borde mismo del abismo.

»ORDENO Y MANDO. Artículo primero. Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de la provincia de Navarra y, como primera providencia, militarizadas todas las fuerzas, sea cualquiera la Autoridad de quien dependían anteriormente».

\* \* \*

No hizo falta más para que se manifestase en todo su entusiasmo la adhesión del pueblo navarro a la causa de España, y pronto se arrancaban de todas partes las banderas tricolores, mientras se alzaba la bandera bicolor por toda la población. Cuando dieron cuenta de este hecho a Mola, tuvo unos momentos de preocupación; al fin, alguien que estaba a su lado dijo: «Esta bandera es la que hemos jurado, y por ella hemos derramado muchos nuestra sangre en África». El silencio elocuente de Mola hizo que quedara definitivamente enarbolada la bandera de la verdadera España en Navarra.



Los guardias de Asalto se sumaron sin dificultad al Ejército y a la Guardia civil.

Poco costó hacer salir del Gobierno civil al Gobernador, y el general Mola, con gran hidalguía, lo hizo llevar, escoltado por un policía, hasta San Sebastián. El Gobernador pagó la generosidad española haciendo detener en San Sebastián al policía que le acompañaba, que sólo con grandes dificultades, y en forma verdaderamente milagrosa, pudo salvarse más tarde.

En la misma tarde del domingo llegaron cuatro aviones, que venían de la zona roja, uno de Barcelona y tres de Madrid. Al aterrizar fueron todos a presentarse al general Mola y a dar su adhesión al Movimiento.

Por la noche salió hacia Logroño, Alfaro y Soria la columna mandada por el coronel García Escámez, compuesta escasamente de 1.500 hombres. Esa columna tuvo que detenerse en Logroño, como se ha visto ya.

Toda Navarra se alzó con el mismo entusiasmo y unanimidad, y en seguida empezaron para ella sus páginas de gloria y de dolor.

\* \* \*

El eje del alzamiento continuaba siendo Pamplona. Allí se dió cuenta de la resistencia que efectuaba todavía el Cuartel de la Montaña en Madrid, Saliquet, desde Valladolid, comunicaba pormenores de la situación en el Centro; llegaban detenidos de Logroño el Alcalde, el Gobernador y el general Carrasco, que ingresaron en la Ciudadela; se recibían telegramas de Aranda desde Oviedo y de Franco desde Marruecos.

El 21 Mola salió para Burgos, donde instaló su Cuartel General. El 25, festividad de Santiago, se organizó una



misa solemne en la plaza del Castillo, a la que asistió Cabanellas (presidente de la Junta de Defensa Nacional), con boina roja. La impresión que producía ese espectáculo era soberbia, difícil de describir: la plaza cuajada de banderas españolas y boinas rojas; la multitud en calles laterales, balcones y azoteas vitoreaba constantemente, y al alzar el sacerdote prorrumpieron los emocionados acordes de la antigua Marcha de las Cortes.

La escena primera de la obra de Shakespeare: «Trabajos de amor perdidos», dice textualmente: «Navarra será algún día asombro del universo». Y ese día ya llegó.

El día 24 de julio, el general Mola autoriza a las brigadas de Navarra a llevar en su escudo la Corona tradicional.

El día 8 de agosto el general hizo repartir impresa una proclama a las Brigadas Navarras, que decía así:

«La circunstancia de tener que unirme al general Franco, que ha entrado victorioso en Badajoz después de dominar Andalucía, me impide visitaros personalmente para felicitaros por vuestro heroísmo... Contamos ya con todo el ejército de Africa en España, y con una aviación potente que domina a la del enemigo. Tengo la evidencia que seguiréis siendo el alma de esta cruzada contra la barbarie. ¡A Irún!, ¡a Fuenterrabía!, ¡a San Sebastián! Hay que ir inmediatamente. Vuestro general: Mola».

\* \* \*

Cuando entré en España a principios de agosto, por la frontera de Dancharinea (única entrada que existía entonces por Francia para la España Nacional), todavía los rojos tiroteaban desde los altos de Enderlaza sobre la carretera de Vera de Bidasoa. ¡Pamplona sola, pero fuerte



y firme! ¡Qué espíritu el de esa gente! La plaza del Castillo llena de público desde primeras horas de la mañana; muchos jóvenes y gente ya de edad atravesaban en camiones cantando los himnos de Falange, Oria-Mendi y de la Legión; se despedían muchos de ellos para siempre, e iban al frente en busca de la muerte. Aplausos constantes del público cada vez que pasaba uno de ellos.

A los pocos días volví a Pamplona: la plaza del Castillo estaba llena de público, y en un balcón un general grita: «¡Viva la muerte!» El público en masa le contesta: «¡Viva!» Hace una arenga, a la que responde una imponente ovación. Era Millán Astray, el fundador del Tercio Extranjero.

Al día siguiente necesitábamos para una misión determinada a un muchacho que vivía en una aldea a pocos kilómetros de la ciudad. Preguntamos por él en su casa, saliendo su madre a recibimos. «¿Está Fulano?». —No está, mi capitán; soy su madre; ¿quiere usted algo? —No, ver- le. —Pues es difícil; el día 18 de julio tocaron a Guerra Santa y se marchó. —¿No sabe usted dónde está? —No; ni tuvo tiempo de despedirse, y se dejó las herramientas de trabajo en el campo. ¿Ve usted? Allí están». Efectivamente, allí estaban abandonadas, a merced de las lluvias.

\* \* \*

Eran un padre y dos hijos; estaban estos dos en el mismo frente, cuando en la toma de Oyarzun, murió uno de ellos. El Comandante llamó al otro, y le dijo: Puesto que tu hermano ha muerto, tú te irás a tu pueblo; se lo dices a tus padres y te concedo quince días de permiso». El soldado contestó: «No, mi comandante. Cuando salimos de casa, mi padre al despedirnos nos dijo: —Yo me quedo



aquí al cuidado de la casa, de las tierras y de las mujeres; pero si uno de vosotros muere, que venga el otro a buscarme con el fusil y la boina del muerto, que yo le reemplazaré». Efectivamente, a las 48 horas escasamente aparecía en la misma trinchera, con el hermano del soldado muerto, su propio padre, con su gorra y fusil.

\* \* \*

De muchas familias salieron juntos al frente padre, hijo y nieto; tres generaciones.

La mayor parte de las casas se quedaron sin hombres. Chicos de 16 años, al no obtener permiso de sus padres para ir al frente, abandonaban el hogar.

En una familia se alistaron en el Requeté y fueron al frente, el padre y los siete hijos.

\* \* \*

De otra familia fueron al frente el padre y dos hijos, quedando en casa la madre y un tercer hijo, que no quiso seguirlos; pero, a la hora de la cena, la madre, echándole en cara su cobardía, se negó a servirle. El hijo marchó inmediatamente a incorporarse. El amor a la Patria era allí superior al amor familiar.

\* \* \*

Un padre cultivaba el campo con su hijo; le dice éste que se marche al frente, y el padre le contesta que se irán los dos, quedando los dos mozos de labor al cuidado del campo; cuando se dirigían padre e hijo al Gobierno Mili-



tar a ofrecerse, se encuentran a los dos mozos de labranza, con las armas al brazo, que se acababan de alistar para ir al frente.

\* \* \*

Un navarro llegó al hospital militar de Aranda a ver a su hijo, que estaba herido de mucha gravedad; coincidió su visita con la de uno de los jefes del hijo herido que venía a interesarse por su estado; al acercarse al padre, éste le dijo: «Si se me muere, aquí me tienen usted para sustituirle...»

\* \* \*

Dos hermanos requetés estaban en el mismo frente, tirando en trincheras próximas; a uno de ellos lo hieren, el otro duda entre socorrerle o seguir en el cumplimiento del deber, y se decide por lo segundo; se inicia el ataque por nuestras fuerzas, y a la orden de avance abandona al hermano moribundo, y con las lágrimas en los ojos emprende camino adelante.

\* \* \*

De otra familia, en aquellos mismos días, murieron tres hermanos; quedaba el cuarto y último en el frente. El mando, enterado del drama familiar, le mandó a buscar para encargarle una misión en la retaguardia, a lo que él se negó. El jefe le dijo: «¿Quiere usted que queden abandonadas todas las mujeres de su casa y que se acabe su familia? —No, mi coronel; pero acabar con una familia no es nada, al lado de que se salve España».

\* \* \*



En cada casa había escondida una boina roja, símbolo de glorias pasadas y de esperanzas futuras.

\* \* \*

Hacía falta aquellos días en un frente un voluntario para que cumplierse la siguiente misión: atravesar de noche, en cuclillas y con un paquete de metralla a la espalda, las líneas nuestras y las enemigas; hacer volar un puente detrás de estas últimas, y después regresar... si podía. Hubo inmediatamente veinte voluntarios; el que fué cumplió fielmente su cometido, y aprovechando el pánico que en las líneas enemigas produjo la explosión, pudo regresar ileso a nuestras filas.

\* \* \*

Era ya anochecido; llega el cadáver de un mártir que todos querían en la barriada; se congrega la gente ante su casa. Vivas a Cristo Rey, llantos, desolación; siguen para el cementerio; en la puerta, una mujer joven, serena, cubierta de crespones, se acerca al féretro, se arrodilla y reza; no derrama una sola lágrima. Unos cuantos se acercan a consolarla y ella, valiente, dice, dirigiéndose al difunto: «Tú eres el ser más querido para mí; mi vida sin ti no la concibo, pero cuanto más te quiero, más orgullosa estoy de haberte perdido por defender a Dios y a España». Era su viuda.

\* \* \*



Mola, en un magnífico discurso por radio, en Pamplona, el 31 de julio de 1936, expresó a los navarros todo su afecto y admiración, y les llenó de esperanzas sobre el resultado definitivo de la lucha.

\* \* \*

*Voluntario ilustre.*—Era el 1.º de agosto de 1936; entraban en Navarra, por la frontera de Dancharinea, a primeras horas de la madrugada, dos coches ocupados por el capitán Vigón, marqués de la Eliseda, conde de Ruiseñada, don Eugenio Vegas Latapié, don José Eugenio de Baviera y Borbón, don José Mesía y don Luis Zunzunegui. Por un sendero próximo a esa frontera pasaba a esas mismas horas un joven de gran facha, que sin duda quería franquear deliberadamente los controles fronterizos. Este sube en uno de los dos coches y emprenden el viaje a Pamplona; almuerzan en el hotel «La Perla», en un comedor privado, y continúan su viaje, después de haberse puesto el viajero desconocido un mono y la boina roja. Llegan a Burgos: en una casa particular son visitados por los señores Goicoechea, Yangüas y Vallengano; cambian impresiones, y siguen hacia Aranda, donde cenan en el Parador del Turismo, para seguir al frente de Somosierra. Mientras preparaban la cena, entra una pareja de la Guardia civil, a la que sin duda inspiraban sospechas dichos coches y ocupantes; deja uno de ellos el revólver sobre la mesa, y va preguntando los nombres de todos; al llegar el turno al que hasta ahora hemos llamado «el viajero desconocido», éste dijo: «Juan López»; le mira a la cara el Guardia civil, se cuadra, le saluda militarmente, y le dice: «V. A. es el Infante Don Juan, Príncipe de Asturias». Don Juan se sonríe con emoción, que se contagia a todos los



presentes, y antes de retirarse, el guardia le pide permiso para avisar a su capitán, pues está seguro que sentirá gran satisfacción en verle; a los pocos minutos llega éste, y es difícil describir la emoción de esos momentos. Ya a media cena, una llamada telefónica interrumpe el viaje; el general Dávila llama al teléfono al capitán Vigón, y le dice que por encargo expreso del general Mola, ruega al Infante Don Juan renuncie a su deseo de formar como voluntario en Somosierra, y pase cuanto antes otra vez la frontera, por exigirlo así las altas conveniencias del país. El Infante ante las indicaciones de sus compañeros de viaje, caído y triste emprendió el regreso con sus acompañantes y un coche escolta de la Guardia civil. Burgos, Vitoria, Pamplona, ya de madrugada, y la frontera. Dos lágrimas cayeron al Príncipe de Asturias al dejar otra vez la tierra española, adonde con tantas ilusiones entró en la madrugada del día anterior. Regresó a la villa encaramada en lo alto de la colina, en Cannes, que había abandonado al nacer su primera hija, al momento de recibir un telegrama de sus amigos dándole la conformidad a que pudiera realizar su varias veces expresado deseo de servir a España. Bonito rasgo del joven Príncipe, digno de la sangre que corre por sus venas.

En cuanto al Mando, poco tiempo después el Generalísimo Franco decía en unas declaraciones: «Mi responsabilidad es muy grande, y tengo el deber de no poner en peligro una vida que algún día puede sernos preciosa.» Queda, por tanto, sobradamente justificado el acuerdo.

\* \* \*



En pocos días fallecen una serie de jefes militares: Ortiz de Zárate llega el 18 de agosto gravísimo a Pamplona y fallece a las pocas horas.

Una guardia de cuatro Regulares, parientes y amigos, alternamos velando el cadáver que estaba expuesto en el Hospital. Su entierro resultó una verdadera manifestación de duelo.

El coronel Beorlegui, después de dirigir las operaciones más importantes de Irún, Oyarzun y San Sebastián, recibió una bala en la pierna; se cuida unos pocos días en el Hospital, y sale para el frente de Aragón, donde fallece de gangrena.

\* \* \*

Consigue, al fin, destino en el frente Don Alfonso de Borbón, hijo de S. A. R. el Infante Don Carlos, conde de Caserta, que lo tenía solicitado hacía tiempo. A los pocos días traen el cadáver del joven ilustre.

\* \* \*

Los hospitales llenos, pero la gente sigue en masa yéndose al frente y ofreciendo sus vidas, como los cristianos de las Catacumbas, para recobrar su fe amenazada.

\* \* \*

Ya no hay fiestas de San Fermín; allí no hay amigos ni parientes, ni padres ni hijos, en Navarra no hay más que la Guerra Santa contra el marxismo. «¡A la Guerra!»



«¡A la Guerra!», gritan unos y otros por las calles. Son los verdaderos mártires de Cristo Rey; tal es su honor, su orgullo y su tradición. Lo tradicional es *todo* en Navarra.

\* \* \*

Continúa el paso de camiones de voluntarios, que siguen siendo ovacionados desde balcones, cafés, etc. Todos ellos llevan en el pecho la imagen de Cristo Rey. Los que quedan, en oración constante.

\* \* \*

Con este espíritu marchaba la juventud al frente, quedando las familias y seres amados orgullosos de verlos salir, con las lágrimas en los ojos y la sonrisa en la boca.

Fué entonces solamente cuando, ante ese admirable espectáculo, *vi amanecer en España*. La victoria no puede salir de la anarquía y de la ignorancia. En nuestro Ejército hay disciplina y respeto, pero también cariño: cariño entre el soldado y el capitán, entre el oficial y su jefe; *se lucha en comunidad*. En el campo enemigo no hay unión, ni mando, ni espíritu; les falta, además, la base para la guerra: la sustancia, la fe.

Estamos en la lucha de la carne contra el espíritu, porque el Apóstol dijo que la carne «es el hombre entero en pecado» y el espíritu «es el hombre en gracia de Dios.»

Es la lucha del mal contra el bien, de un ideal contra las pasiones, de la mentira contra la verdad, de Dios contra Satanás, de un imperio dirigido por un dignísimo general contra una colonia extranjera, sin unidad de dirección ni de principios.



Es un Ejército uniformado, con sus cuadros completos, sus jefes, su disciplina; contra una masa de carne humana, disfrazada, como las mujeres vestidas de hombres en una orgía de Carnaval.

\* \* \*

«Navarra desbordó el embalse acumulado tenazmente durante dos siglos.»

\* \* \*

Prieto, dijo un día: «Un Requeté confesado es un bicho terrible», y todavía no sabía bien lo que era, y hasta dónde era capaz de llegar.

\* \* \*

La Junta de Guerra Carlista organiza rápidamente la cuestión hospitalaria, y la Diputación Provincial, por su parte, realiza una obra digna del mayor elogio, también impregnada de catolicismo. El 15 de agosto, acuerda la devolución de los bienes a la Compañía de Jesús, y el día de San Francisco Javier prestan los diputados juramento de fidelidad ante la imagen de Cristo, y apoyada la mano sobre los Evangelios, con las siguientes palabras: «¿Juráis ante Dios y por los Santos Evangelios defender la Religión Católica y la unidad de la Patria española, ser fieles al Jefe del Gobierno, del Estado, ejercer bien y fielmente el cargo de diputado y mejorar en lo posible los fueros de Navarro? —Sí, lo juro».

\* \* \*



Meses después vuelve a llenarse la plaza del Castillo ; la gente vibraba de entusiasmo. Asoman a un balcón un general y una niña a su lado, ambos con boina roja. Ovación delirante, aplausos y vítores sin cesar ; no hay manera de contenerlos ; al fin se consigue el deseado silencio, y se oye una voz justiciera que dice :

« ¡ Pueblo de Navarra, espíritu de España ! Sois la flor de nuestras costumbres ; sois el hálito de España en los momentos del Movimiento Nacional. La sangre de vuestros héroes, el espíritu de vuestra raza, la generosidad de vuestras madres quedarán grabados en mi corazón y en el de todos los españoles. Hoy España os rinde el homenaje debido a vuestro entusiasmo, a vuestro espíritu, a vuestra fe de buenos españoles y a vuestra grandeza de católicos. »

Imponente ovación. Era el Generalísimo Franco, que había abandonado por unas horas sus deberes militares para cumplir con un sagrado deber de justicia y, en recompensa al proceder de los navarros, acababa de firmar el siguiente decreto :

« Porque se destacó de modo señalado por sus heroísmos y sacrificios ;

» Porque fué la provincia en que se fijaba la mirada de los españoles en los días tristes del derrumbamiento de la Patria ;

» Porque fué el crédito de sus virtudes al que la convirtió en sólida base de partida de nuestro Alzamiento ;

» Porque fué su juventud en armas la que en los primeros momentos constituyó el nervio del Ejército del Norte ;

» Porque durante toda la campaña, los navarros, con su bravura legendaria, encuadrados en los Tercios de Requetés o en Banderas de Falange, y en batallones, rivalizaron en valor con las más distinguidas fuerzas del Ejército...



«Por eso: **CONCEDO** a la provincia de Navarra la Cruz Laureada de San Fernando, que desde hoy deberá grabar en su escudo.»

\* \* \*

Pamplona ya no es la de los primeros días; no se respira tanto a guerra como entonces, porque los frentes se alejan muchos kilómetros de ella; pero se alejan tan sólo territorialmente. En espíritu sigue unida con ellos como una mole infranqueable; no hay gente joven en cafés ni calles; heridos, imposibilitados y viejos es únicamente lo que se sigue viendo circular por esa región.

¿A dónde han ido las Brigadas de Navarra, hoy Divisiones? A todas partes. A Zaragoza acudieron los primeros días 1.000 requetés; a ellas les cabe la gloria de haber ganado Irún y San Sebastián; tienen parte principalísima en las luchas de Somosierra, en las tomas de Bilbao, Santander y Asturias. Posteriormente se han trasladado hacia Levante, y han tomado parte en las luchas encarnizadas por liberar a Teruel, Lérida y Castellón. Actualmente siguen combatiendo en ese mismo frente, por ganar para España el resto de esa región rica y envenenada, y, finalmente, hace pocas semanas colaboraron gloriosamente a la entera y definitiva liberación de Cataluña.

Indiscutiblemente, en la actual contienda son muchas las regiones de España que han aportado muchísimo para el triunfo definitivo. Más que Navarra, ninguna, pues ello lo ha dado TODO. Como flores han ido cayendo sus hijos por los campos españoles. ¡Hermoso ramillete que, allá, en la región de la inmortalidad, despiden suavísimo aroma y atraen para España la misericordia y la bendición de Dios!



Las montañas y los llanos, los ríos y las flores de la tierra de San Francisco Javier son la verdadera esencia del auténtico pueblo español; representan la verdadera tradición de la Historia.

Con ese espíritu, Navarra salva a España y al mundo, pero su primer impulso es DIOS; su ideal es el de sus padres y el de sus abuelos; luchan por la fe, para que España vuelva a ser católica. Este es el fruto de aquella generación que, como he dicho antes, sólo leía vidas de Santos.

Ha sido Navarra la flor del Movimiento Nacional; es la Covadonga de la nueva Reconquista. Su espíritu se contagia como epidemia por toda España, y en los frentes todavía, cuando oímos la palabra «navarros», comprendemos toda su grandeza, y que con ella quieren decir: respeto, seriedad, patria, religión, valor y abnegación.

Recuerdo que una mañana comentaba con un compañero lo admirablemente que estaba cultivado el campo navarro, y cómo todo parecía que tuviese el aspecto normal; dos campesinas pasaban casualmente a nuestro lado: una rubia y la otra morena; parecía hecho para ellas el antiguo romance que dice:

Eran dos pastoras  
libres de afición;  
una blanca y rubia,  
más bella que el sol;  
la otra, morena,  
de alegre color,  
con dos ojos claros  
que dos soles son.

Las preguntamos quién cultivaba las tierras; inmediatamente tuvimos la respuesta; marcándonos con el dedo el valle hasta el horizonte, una de ellas nos dijo: «Todos los



hombres útiles están en el frente; porque uno se quedó, las mujeres lo avergonzaron de tal forma que se enroló con los demás; no es que fuera rojo, es que, como no estaba llamada su quinta, creyó que no tenía que ir a luchar, *pero se fué*. Nosotras, las mujeres *navarras*, somos las que lo hacemos todo aquí.» ¡Dijo «navarras» con un orgullo!

¡Feliz aquél que en todo momento se enorgullece de su patria «chica» y de su «Patria Grande».

---



# INDICE

Dedicatoria .....	5
Prólogo .....	7

## PRIMERA PARTE

Capítulo	I.—La situación política a comienzos de 1936.	13
»	II.—Las elecciones del 16 de febrero.....	23
»	III.—Bajo el Gobierno del Frente Popular.....	27
»	IV.—Azaña, presidente de la República.....	33
»	V.—Las últimas advertencias .....	39
»	VI.—En pleno caos .....	51
»	VII.—Rusia da sus instrucciones .....	59
»	VIII.—Asesinato de Calvo Sotelo .....	65

## SEGUNDA PARTE

Capítulo	IX.—Los primeros tanteos .....	81
»	X.—El golpe fallado de Agosto .....	89
»	XI.—Otros tanteos: monárquicos y requetés....	99
»	XII.—La Falange Española .....	103
»	XIII.—Se concreta el Movimiento.....	113
»	XIV.—Sus bases técnicas .....	119
»	XV.—Preparación del Alzamiento .....	125

## TERCERA PARTE

Capítulo	XVI.—En Canarias .....	141
»	XVII.—En Marruecos .....	157
	En Melilla .....	163
	En Ceuta .....	173
	En Tetuán .....	182
	En Larache y su región .....	191
	En otras poblaciones .....	192
	En Tánger .....	195
	La Aviación .....	199



Capítulo XVIII.—En Valladolid .....	201
» XIX.—En Burgos .....	229
» XX.—En Avila .....	247
» XXI.—En tierras castellanas y leonesas.....	263
En Logroño .....	265
En Soria .....	267
En León .....	268
En Palencia .....	272
En Zamora .....	273
En Salamanca .....	275
En Segovia .....	280
En La Granja .....	283
» XXII.—Los héroes de Somosierra .....	291
Navafria .....	296
En el Alto del León .....	297
» XXIII.—En el Norte de España .....	303
En Navarra .....	307



## BIBLIOGRAFIA

- MARTINEZ ABAD (JULIO).—17 de Julio.—Artes Gráficas Postal Exprés. Melilla.
- CRONICA DE UN TESTIGO.—17 de Julio. La epopeya de Africa.—Imprenta Africa. Ceuta-Tetuán.
- DURAN DE VELILLA (MARCELINO) y GARCIA PRIETO (MANUEL).—18 de Julio.—Imprenta Provincial. Córdoba.
- CARRO (DR. V.).—La Verdad sobre la Guerra Española.—Tipografía Comercial. Zamora.
- LIEBANA (M.) y ORIZANA (G.).—El Movimiento Nacional.—Imprenta Francisco G. Vicente. Valladolid.
- ONESIMO REDONDO.—Ediciones Libertad. Valladolid.







BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200026995 Ayuntamiento de Madrid





**pesetas**

**Impreso en España**

Ayuntamiento de Madrid